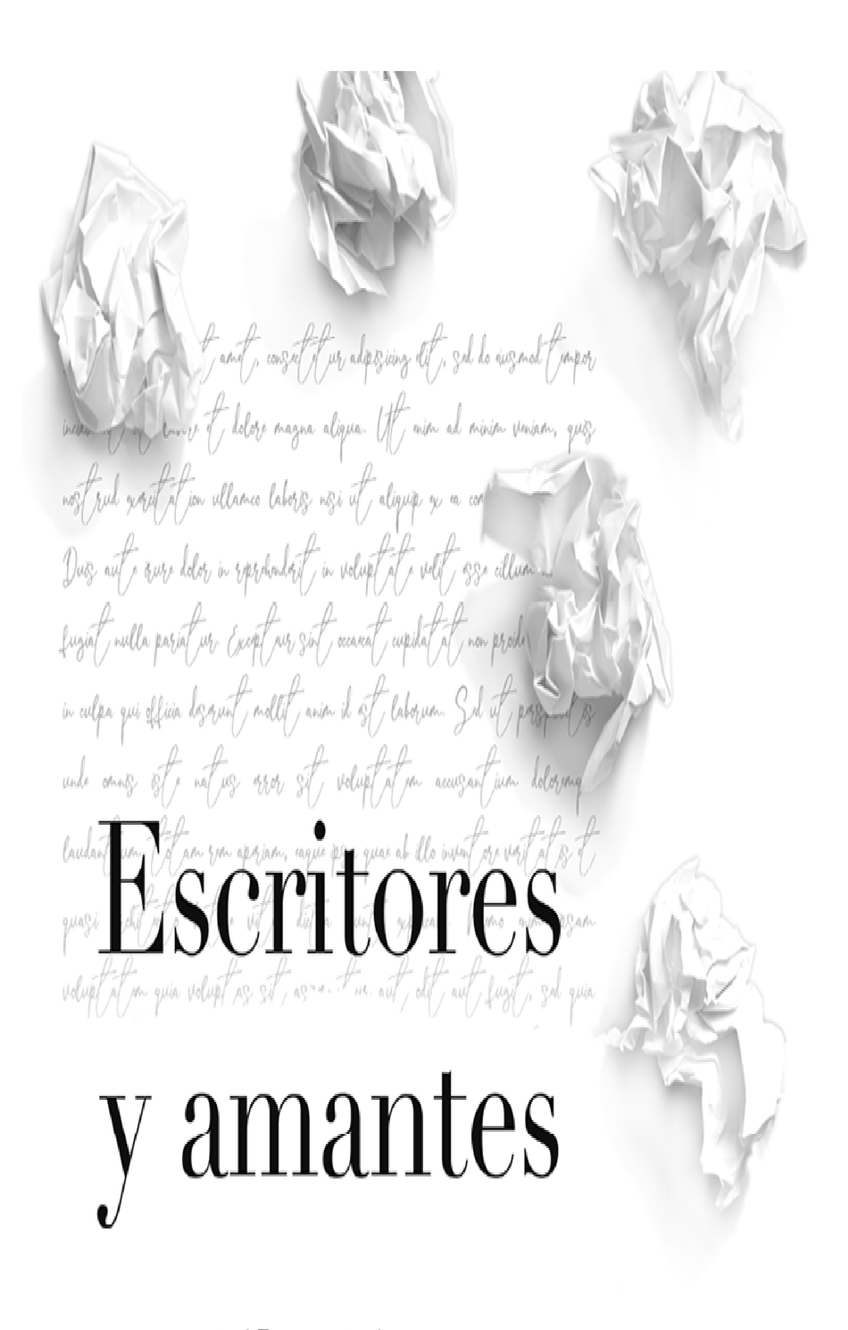

Escritores
y amantes
Lily King
Autora de *Euforia*

Escritores

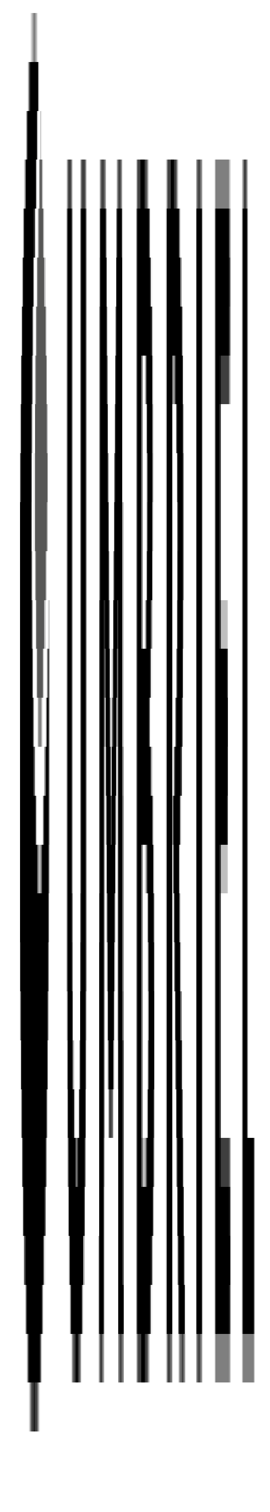
y amantes



Escritores y amantes

Lily King

Traducción de Natalia Navarro Díaz



Argentina • Chile • Colombia • España
Estados Unidos • México • Perú • Uruguay

Título original: *Writers & Lovers*
Editor original: Grove Press, un sello de Grove Atlantic
Traducción: Natalia Navarro Díaz

1.ª edición marzo 2021

Publicado mediante un acuerdo con Grove Press, un sello de Grove Atlantic, Inc., Nueva York, NY, USA

Plaza de los Reyes Magos, 8, piso 1.º C y D – 28007 Madrid
www.umbrieleditores.com

ISBN: 978-84-18259-46-3

Fotocomposición: Ediciones Urano, S.A.U.

Para mi hermana Lisa, con amor y gratitud.



Tengo un trato conmigo misma: no pensar en dinero por la mañana. Soy como una adolescente que intenta no pensar en sexo. Aunque también trato de no pensar en sexo. Ni en Luke. Ni en la muerte. Y eso significa no pensar en mi madre, que murió el invierno pasado cuando estaba de viaje. Hay muchas otras cosas en las que no puedo pensar si quiero escribir por la mañana.



Adam, mi casero, me observa mientras paseo a su perro. Cuando accedo a la entrada de su casa, lo veo apoyado en su Benz, vestido con un traje y unos zapatos brillantes. Por las mañanas necesita atención. Supongo que le pasa a todo el mundo. Disfruta del contraste entre él y yo, que voy con el chándal y despeinada.

—Has madrugado —dice cuando nos acercamos con su perro.

Siempre madrugo.

—Tú también.

—Tengo una reunión con el juez a las siete en el juzgado.

Admírame. Admírame. Admira al juez y el juzgado y las siete.

—Alguien tendrá que trabajar.

No me gusta cómo soy cuando estoy con Adam. Creo que a él tampoco le gusto. El perro tira de mí hacia una ardilla que se escabulle entre unos listones de madera de su enorme casa.

—Y bien —prosigue, reacio a dejar que me aleje mucho—, ¿cómo va la novela? —Lo pronuncia como si yo hubiera inventado la palabra. Sigue apoyado en el automóvil, solo ha vuelto la cabeza, como si le gustara mucho su pose y no quisiera moverse.

—Bien. —Las abejas que tengo en el pecho se revuelven. Unas cuantas bajan

por el interior del brazo. Una sola conversación puede arruinarme toda la mañana —. Tengo que escribir ahora. No tengo mucho tiempo, hoy trabajo un turno doble.

Tiro del perro hasta el porche de la casa de Adam, le quito la correa, le empujo para que cruce la puerta y bajo corriendo los escalones.

—¿Cuántas páginas llevas?

—Unas doscientas. —No me detengo. Me dirijo a mi dormitorio, que está en su garaje.

—¿Sabes? —Se aparta del vehículo con la intención de acaparar toda mi atención—. Me parece extraordinario que creas que tienes algo que contar.



Me siento a la mesa y me quedo mirando las frases que escribí antes de salir a pasear al perro. No las recuerdo. No recuerdo haberlas escrito. Estoy muy cansada. Miro los números verdes del reloj de la radio. Quedan menos de tres horas para que tenga que arreglarme para mi turno de comidas.

Adam fue a la universidad con mi hermano mayor, Caleb (y creo que Caleb estaba un poco de enamorado de él por entonces), y por eso me da un respiro con el alquiler. Me lo rebaja un poco más por pasear a su perro por las mañanas. La habitación era antes un cobertizo dedicado a la jardinería y aún huele a tierra y hojas podridas. Hay espacio únicamente para un colchón doble, una mesa y una silla, un hornillo y un horno tostador en el baño. Pongo el hervidor de agua en el hornillo para prepararme otra taza de té negro.

No escribo porque tenga algo que contar. Escribo porque si no lo hago, todo empeora mucho más.



A las nueve y media me levanto de la silla y froto las manchas de solomillo y moras de la blusa blanca, la plancho encima de la mesa, la cuelgo en una percha y paso el gancho de la percha por el asa superior de mi mochila. Me pongo los pantalones negros de trabajo y una camiseta, me recojo el pelo en una coleta y me cuelgo la mochila.

Saco la bicicleta del garaje que hay detrás de mi habitación. Apenas cabe con toda la porquería que tiene Adam: carritos viejos de bebé, sillas altas, mecedoras, colchones, cajoneras, esquís, patinetes, sillas para la playa, antorchas, juegos de fútbol de mesa. La furgoneta roja de su exmujer ocupa el resto del espacio. La dejó ahí con todo lo demás, menos los niños, cuando se marchó a Hawái el año

anterior.

«Qué forma de desperdiciar un buen automóvil», comentó un día la empleada doméstica mientras buscaba una manguera. Se llama Oli, es de Trinidad y guarda cosas como las cucharas de plástico de las cajas de detergente para enviarlas a casa. El garaje la pone de los nervios.

Avanzo por la Carlton Street, me paso un semáforo en rojo en Beacon y sigo hasta la Comm. Avenue. Hay mucho tráfico. Me inclino hacia delante y me levanto ligeramente del asiento mientras espero junto a un montón de estudiantes a que cambie el semáforo. Algunos de ellos miran con admiración mi bicicleta. Es una *banana bike* vieja que encontré en un vertedero de Rhode Island en mayo. Luke y yo la arreglamos, le cambiamos la cadena, apretamos los cables de freno y subimos el sillín oxidado hasta que quedó a mi altura. La palanca de cambios está en el cuadro y con ello parece más potente de lo que es en realidad, parece que hubiera un motor secreto en alguna parte. Me gusta la bicicleta, con el manillar alto, el sillín alargado y acolchado y el arco de detrás, donde me apoyo cuando avanzo sin pedalear. No tuve una bici de estas de pequeña, pero mi mejor amiga sí y nos gustaba intercambiarlas durante días. Estos estudiantes de la Universidad de Boston son muy jóvenes para haber subido alguna vez a una *banana bike*. Resulta confuso ya no formar parte del colectivo adulto más joven. Tengo treinta y un años y mi madre está muerta.

El semáforo cambia y vuelvo al sillín, cruzo los seis carriles de la Comm. Avenue, asciendo y atravieso el puente de la Universidad de Boston hacia el campus de Cambridge, por la zona del río Charles. Hay ocasiones en las que no logro pasar el puente sin venirme abajo antes. A veces sucede en el mismo puente. Pero hoy me encuentro bien. Hoy estoy entera. Me acerco a la acera de la parte con agua de Memorial Drive. Estamos en verano y el río parece cansado. En sus aguas hay una espuma blanca que arremete contra los juncos. Parece la porquería blanca que se le acumulaba a la madre de Paco en las esquinas de la boca al final de un largo de día quejándose sin descanso en la cocina. Al menos ya no vivo allí. Incluso el cobertizo de Adam es mejor que aquel apartamento a las afueras de Barcelona. Cruzo a River Street y Western Avenue y me salgo del asfalto para continuar por el camino de tierra que bordea el río. Estoy muy bien. Sigo bien hasta que veo los gansos.

Están donde siempre, junto a la base del puente, y hay veinte o tal vez treinta, graznando, retorciendo el cuello y hundiendo el pico en sus plumas o las de otros, o en los pocos espacios con hierba que hay en la tierra. El sonido que emiten se hace más fuerte conforme me acerco, los gruñidos y murmullos y chillidos de indignación. Están acostumbrados a que la gente pase por su camino y se mueven lo menos posible para apartarse de mí, algunos fingen que me

picotean los tobillos cuando paso pedaleando y las plumas de otros se remeten entre los radios de la bicicleta. Solo los más histéricos se lanzan al agua chillando como si los estuviera atacando.

Me encantan estos gansos. Se me hincha el pecho al verlos y me ayudan a pensar que las cosas volverán a estar bien, que superaré esta etapa igual que he superado otras, que el vacío inmenso y amenazador que tengo por delante es un mero espectro, que la vida es más ligera y más alegre de lo que pienso. Pero cuando estoy inmersa en esa sensación, en la sospecha de que aún no está todo perdido, llega la necesidad de contárselo a mi madre, de decirle que hoy estoy bien, que he notado algo parecido a la felicidad, que tal vez aún sea capaz de ser feliz. A ella le gustaría saberlo, pero no puedo contárselo. Ese es el muro contra el que me estampo siempre en una mañana buena como esta. Mi madre estará preocupada por mí y no puedo contarle que me encuentro bien.

A los gansos no les importa que esté llorando de nuevo. Están acostumbrados. Se ríen y chillan, y tapan así los sonidos que emergen de mí. Se acerca una *runner* y se aparta del camino pensando que no la he visto. Los gansos se dispersan junto a la caseta de los botes. En el puente Larz Anderson, giro a la derecha y avanzo por JFK hasta Harvard Square.

Este recorrido es una especie de purga que normalmente me dura unas cuantas horas.



Iris se encuentra en la tercera planta de un edificio, propiedad de un club social de Harvard que empezó a alquilar el espacio hace una década para amortizar cerca de cien mil dólares de tasas atrasadas. En verano no hay muchos estudiantes por allí y estos cuentan con una entrada separada en el otro lado de la enorme mansión de ladrillo, pero a veces oigo a algunos ensayando. Tienen su propio teatro, donde representan obras en las que los hombres se disfrazan de mujeres, y su propio grupo *a cappella* que entra y sale del edificio vistiendo trajes de etiqueta día y noche.

Aseguro con un candado la bicicleta al poste de metal de una señal de aparcamiento, subo los peldaños de granito y abro la puerta. Tony, uno de los jefes de camareros, ya está subiendo el primer piso con la ropa en el brazo. Él se queda con todos los turnos buenos y se puede permitir que le limpien el uniforme. Es una escalera elegante, cubierta por una alfombra manchada de cerveza que antaño debió de ser de un tono escarlata. Espero a que Tony llegue arriba y rodee el siguiente tramo de escaleras antes de empezar a subir. Paso junto a retratos de presidentes que han pertenecido al club: Adams, Adams, Roosevelt,

Roosevelt y Kennedy. El segundo tramo de escaleras es más estrecho. Tony se mueve despacio, todavía va a medio camino. Yo decelero aún más. La luz que proviene de arriba desaparece. Gory está bajando.

—Tony, hombre —grita—. ¿Cómo lo llevas?

—Largo, erecto y lleno de leche.

Gory se echa a reír. Los escalones vibran cuando se acerca a mí.

—Llegas tarde, chica.

No es verdad. Eso es lo que les dice siempre a las mujeres en lugar de saludarlas. No creo que sepa ni cómo me llamo.

Noto que las escaleras se hunden cuando pasa por mi lado.

—Se presenta una noche ajetreada. Un ochenta y ocho por ciento de reservas —comenta por encima del hombro. ¿Es que piensa que ya es de noche?—. Y el que está de turno acaba de llamar diciendo que está enfermo.

El que está de turno es Harry, mi único amigo en Iris. Pero no está enfermo, va de camino a Provincetown con el nuevo ayudante de camarero.

—Prepara el palo largo.

—Nunca salgo de casa sin él —respondo.

En mi entrevista, no sé por qué, sacó el tema del golf. Resulta que jugaba al cróquet, pero no en fiestas, lo hacía a nivel profesional, en competiciones. Supuestamente era uno de los mejores jugadores de cróquet del país. Abrió Iris tras ganar una competición importante.

Por debajo de mí, resopla ruidosamente tres veces, carraspea, traga saliva y sale a la calle con el dinero de la última noche en una bolsa en la que pone, con letras grandes, BANCO DE CAMBRIDGE. Alguien le ha pegado una nota en la espalda que dice «Atrácame».

—Condenada Casey Kasem —protesta Dana cuando llego arriba—. ¿Nadie te ha despedido aún?

Está apoyada en el atril de recepcionista de Fabiana, preparando la distribución de las mesas. Apenas se entiende y seguro que es del todo injusta.

Recorro el pasillo hasta el baño para ponerme la blusa blanca y recogerme el pelo en el moño alto requerido que me da dolor de cabeza. Cuando salgo, Dana y Tony están moviendo las mesas, dejando las celebraciones numerosas en sus secciones y asegurándose de que todo son ventajas para ellos: las mesas grandes, las de los clientes habituales, los inversores del restaurante que no pagan pero que dejan propinas generosas. No sé si serán amigos fuera del restaurante, pero trabajan juntos todos los turnos, como una pareja de patinadores malvados que se preparan para otro acto ruin y cobarde, y luego se pavonean por el salón. Está claro que no son pareja. A Dana no le gusta que la toquen, casi le rompió el brazo al nuevo ayudante de camarero cuando le dijo que le había dado un calambre y él

se acercó para masajearle el cuello con el pulgar. Además, Tony no para de hablar de su novia, aunque trata fatal a todos los camareros hombres. Tienen a Gory y Marcus, el gerente, totalmente dominados o, al menos, encandilados. Harry y yo tenemos la sospecha de que es por las drogas, que consiguen por medio del hermano de Tony, un traficante que entra y sale de la cárcel y del que Tony solo habla cuando está borracho y te pide que guardes silencio, como si no te hubiera contado nunca nada. Llamamos a Dana y Tony los Hermanos Retorcidos y tratamos de mantenernos alejados de ellos.

—Me habéis quitado dos mesas de mi sección —se queja Yasmin.

—Tenemos dos reuniones de ocho —responde Tony.

—Pues usad vuestras malditas mesas. Esas son mías, idiotas. —Yasmin nació en Eritrea y se crio en Delaware, pero ha leído mucho a Martin Amis y Roddy Doyle. Por desgracia, no tiene ni una sola oportunidad contra los Hermanos Retorcidos.

Antes de que pueda apoyar a Yasmin, Dana me señala con un dedo.

—Ve a por las flores, Casey Kasem.

Ella y Tony son los jefes de camareros. Hay que hacer lo que dicen.



El del almuerzo es el turno de los aficionados. El de los recién contratados y los veteranos que se encargan de turnos dobles, que trabajan tantas horas como les asignan. He servido mesas desde que tenía dieciocho años, así que he pasado de ser la nueva a la veterana en seis semanas. El dinero que da los almuerzos es una minucia en comparación con las cenas, a menos que recibas a un grupo de abogados o excéntricos de la biotecnología celebrando con rondas de Martini, de los que aflojan los bolsillos. El salón comedor está inundado por la luz del sol, que parece poco natural y cambia todos los colores. Prefiero la niebla y las ventanas oscureciéndose lentamente, la suave luz anaranjada de los candeleros dorados, que disimula las manchas de grasa de los manteles y de polvo en las copas de vino que pasamos por alto. En la hora del almuerzo, tenemos que bizquear por toda la luz del día. Los clientes piden café en cuanto se sientan. Oyes la música que pone Mia, la camarera de los almuerzos; normalmente canciones de Dave Matthews. Mia está obsesionada con Dave Matthews. Gory suele estar sobrio y Marcus es amable, se dedica a hacer lo que tenga que hacer en su despacho y nos deja a todos en paz. A la hora del almuerzo todo es más sencillo.

Pero es rápido. Me encuentro con tres mesas dobles y una de cinco antes de que el reloj de Harvard Yard marque el mediodía. No hay tiempo ni para pensar.

Eres como una pelota de tenis que va de un extremo a otro del comedor una y otra vez hasta que las mesas se han vaciado y el turno se ha acabado, y estás sentada delante de una calculadora sumando propinas y dándoles su parte a camareros y a encargados de limpiar las mesas. La puerta vuelve a estar cerrada, Mia pone a todo volumen *Crash Into Me* y, cuando todas las mesas están limpias, los vasos relucientes y los cubiertos preparados para el almuerzo del día siguiente, tienes una hora libre en Harvard Square antes de tener que volver para servir cenas.



Voy a mi banco, junto a la tienda Coop. Hay cola y solo un cajero. En la identificación de metal se lee LINCOLN LUGG. Mis hermanastros llamaban a sus cacas Lincoln Logs, el juego de ladrillitos de construcción. El más joven tiraba de mí hasta el baño para enseñarme lo largas que podía hacerlas. A veces íbamos todos a mirar. Si algún día asisto a un terapeuta que me pida que hable de mi infancia y que recuerde un momento feliz con mi padre y Ann, hablaré de aquella vez en la que nos reunimos todos para contemplar maravillados uno de los Lincoln Logs excepcionalmente largos de Charlie.

A Lincoln Lugg no le gusta mi expresión divertida cuando me acerco al mostrador. Hay personas así, que piensan que los demás se divierten a su costa.

Coloco el fajo de billetes delante de él. Eso tampoco le gusta. Estaría bien que los cajeros se alegraran por ti, en especial cuando has promocionado y ahora sirves cenas y te ocupas de turnos dobles y quieres ingresar seiscientos sesenta y un dólares en tu cuenta.

—Para hacer ingresos puede utilizar el cajero automático —me informa, levantando el dinero de las propinas con la punta de los dedos. ¿Es que no disfruta tocando dinero? ¿Quién no disfruta tocando dinero?

—Ya, pero es efectivo y yo…

—Nadie te va a robar el efectivo una vez que está dentro de la máquina.

—Solo quiero asegurarme de que va a mi cuenta y no a la de otra persona.

—Tenemos un protocolo sistematizado y estrictamente regulado. Y todo está grabado. Esto, lo que está haciendo aquí, es mucho menos seguro.

—Me hace feliz ingresar este dinero. Por favor, no me agüe la fiesta. Ni siquiera va a darle tiempo a echarse una siesta antes de que se lo lleven los usureros federales, así que déjeme disfrutar, ¿de acuerdo?

Lincoln Lugg cuenta el dinero en voz baja y no me responde.

Tengo deudas. Tengo tantas deudas que, incluso aunque Marcus me ofreciera todos los turnos de almuerzos y cenas, no podría subsanarlas. Dejé de pagar los

préstamos de la universidad y el posgrado cuando me fui a España, y al regresar me enteré de que las sanciones, tasas y costos casi habían doblado la cantidad inicial que debía. Lo único que puedo hacer ahora es resolverlo, pagar los mínimos hasta (y esto es lo más importante) ¿qué? ¿Hasta cuándo? No existe una respuesta. Esto forma parte del espectro vacío que tengo por delante.

Tras el encuentro con Lincoln Lugg, lloro en un banco que hay a las puertas de la iglesia de unitarismo. Lo hago con discreción, sin hacer ruido, pero cuando la tristeza me asola no puedo evitar que las lágrimas me empapen la cara.

Camino hasta la tienda de libros extranjeros, Salvatore, en Mount Auburn Street. Trabajé allí seis años atrás, en 1991. Después de París y antes de Pensilvania, Albuquerque, Oregón, España y Rhode Island. Antes de Luke. Antes de que mi madre se marchara a Chile con cuatro amigas y fuera la única de ellas que no regresó.

La tienda parece distinta. Más limpia. Han redistribuido las estanterías y han puesto el mostrador donde solían estar los libros de lenguas antiguas, pero la parte de atrás está igual, donde normalmente estábamos Maria y yo. Me contrataron como asistente de Maria en literatura francesa. Acababa de regresar de Francia ese otoño. Pensaba que, aunque ella era estadounidense, hablaríamos francés todo el tiempo, sobre Proust y Céline y Duras, que eran muy populares por entonces, pero en lugar de ello hablábamos en inglés, sobre todo de sexo, que supongo que algo de relación guardaba con el francés. Lo único que recuerdo ahora de ocho meses de conversaciones es un sueño que tuvo en el que Kitty, su gata, le lamía la entrepierna. Me contó que la sensación de la lengua áspera era agradable, pero que la gata no dejaba de distraerse. Lamía un poco, luego seguía con la pata, y Maria se despertó gritando: «¡Céntrate, Kitty, céntrate!».

Pero Maria no está dentro. No está ninguno, ni siquiera Manfred, el alemán del este cínico que se enfadaba cuando la gente preguntaba por Günter Grass, porque Günter Grass había mostrado su oposición a la reunificación. Nos han sustituido a todos por niños: un chico con una gorra y una chica con el pelo hasta los muslos. Como es viernes y son las tres, están bebiendo cerveza Heineken, como hacíamos nosotros.

Gabriel sale del almacén con otra ronda de botellines. Tiene el mismo aspecto: rizos plateados, un torso demasiado largo comparado con las piernas. A mí me tenía fascinada. Era inteligente, le encantaban sus libros, conversaba con todas las editoriales extranjeras por teléfono en la lengua de estas. Tenía un humor negro. Está repartiendo los botellines. Dice algo entre dientes y todos se ríen. La chica del pelo largo lo mira de la misma forma que lo miraba yo.

Cuando trabajaba en Salvatore no estaba destrozada. O al menos eso creía. Las deudas eran mucho menores y Sallie Mae, EdFund, Collection Technology,

Citibank y Chase aún no me estaban asfixiando. Tenía subalquilada una habitación en una casa de Chauncy Street con unos amigos, me costaba ochenta dólares al mes. Todos queríamos ser escritores y teníamos otros empleos para mantenernos. Nia y Abby estaban trabajando en novelas, yo estaba escribiendo historias y Russell era poeta. De todos nosotros, habría apostado a que Russell sería el que más aguantaría. Rígido y disciplinado, se levantaba a las cuatro y media de la mañana, escribía hasta las siete y salía a correr ocho kilómetros antes de irse a trabajar a la biblioteca Widener. Sin embargo, fue el primero en rendirse y marcharse a estudiar Derecho. Ahora es asesor fiscal en Tampa. Abby fue la siguiente. Su tía la convenció para hacer el examen de agente inmobiliario, solo por probar. Después me contó que seguía usando la imaginación cuando visitaba las casas e inventaba una vida nueva para sus clientes. La vi el mes pasado a las puertas de una casa enorme con columnas blancas en Brookline. Estaba apoyada en la ventanilla del lado del conductor de un SUV negro, asintiendo con energía. Nia conoció a un académico de Milton con una posición extraordinaria y un fondo fiduciario que le devolvió su novela tras leer solo quince páginas porque dijo que la narración femenina en primera persona lo crispaba. Ella tiró la novela a la basura, se casó con él y se mudó a Houston cuando él consiguió un puesto de trabajo en Rice.

Yo no lo entendía. No entendía a ninguno de ellos por entonces. Uno a uno, todos abandonaron, se mudaron y fueron sustituidos por ingenieros del Instituto Tecnológico de Massachusetts. Un joven con una coleta y acento español llegó a Salvatore buscando *Sur Racine*, de Barthes. Hablamos en francés. Me contó que odiaba el inglés. Su francés era mejor que el mío, su padre era de Alger. Me preparó una sopa de pescado en su habitación de Central Square. Cuando me besó, olía a Europa. Concluyó su beca de investigación y volvió a casa, a Barcelona. Yo hice un máster en Bellas Artes en Pensilvania y nos escribimos cartas de amor hasta que empecé a salir con el chico divertido del taller que escribía historias tristes de dos páginas que tenían lugar en los pueblos obreros de Nuevo Hampshire. Cuando rompimos, me mudé a Albuquerque un tiempo y luego acabé en Bend, Oregón, con Caleb y su novio, Phil. Allí me llegó una carta de Paco y retomamos la correspondencia. La quinta carta iba acompañada por un billete de ida a Barcelona.

Echo un vistazo en la sección de griego antiguo. Es la próxima lengua que me gustaría aprender. Al doblar la esquina, en la de italiano, me encuentro al único cliente de la tienda sentado en el suelo con las piernas cruzadas y un niño pequeño. Está leyéndole *Cuore*. Tiene una voz suave y bonita. Empecé a hablar un poco de italiano en Barcelona con mi amiga Giulia. Me acerco al rincón enorme dedicado a la literatura francesa, dividida por editoriales: filas de libros

rojos y marfiles de Gallimard, otros azules y blancos de Éditions de Minuit, ejemplares baratos de Livres de Poche y las extravagancias de Pléiades, colocadas aparte, en su propia vitrina de cristal, forradas en piel con letras y rayas doradas: Balzac, Montaigne y Valéry, con sus lomos brillantes, como si fueran joyas.

Yo colocaba copias de todos esos libros, los retiraba de las cajas, los guardaba en las estanterías de metal del almacén del fondo y los sacaba de vez en cuando, normalmente para hablar de ellos con Maria, sobre *À la recherche*, que me encantaba y a ella le parecía aburrido como *Middlemarch*. Me contó que tuvo que masturbarse dieciocho veces para conseguir leer *Middlemarch* el verano de sus diecisiete años. «Ese libro me ha dejado la entrepierna dolorida», me confesó.

Veo un ejemplar de *Sur Racine* que no teníamos el día que Paco vino buscándolo. Tuve que pedirlo para él. Toco el pegote de pegamento que hay en la parte superior del lomo. Nunca he llorado por Paco. Aquellos dos años con él descansan tranquilamente en mi memoria. Pasamos del francés a una especie de híbrido entre el catalán y el castellano que me enseñó él mismo, y me pregunto si eso será parte del motivo por el que no lo echo de menos, que todo nos lo dijéramos en unas lenguas que empiezo a olvidar. Tal vez la emoción de nuestra relación radicara precisamente en las lenguas; todo se veía realzado por ellas, como un reto, como si intentara satisfacer su certeza de que se me daban bien los idiomas, de que poseía una gran habilidad para absorber, imitar, transformar. Algo que nadie esperaba de una estadounidense: la combinación de un buen oído, buena memoria y la comprensión de las reglas gramaticales. Eso me hacía parecer un prodigio mayor de lo que era en realidad. Cada conversación era una oportunidad para sobresalir, para jugar, para divertirme yo y sorprenderlo a él. Y, aun así, soy incapaz de recordar lo que nos decíamos. Las conversaciones en lenguas extranjeras no permanecen en mis recuerdos igual que las que mantengo en mi idioma. No perduran. Me recuerdan al bolígrafo de tinta invisible que me envió mi madre por Navidad cuando tenía quince años y ella se había marchado, una ironía que a ella se le escapaba, pero no a mí.

Salgo antes de que Gabriel me reconozca o se me acerque uno de sus empleados para ofrecerme ayuda.

No tenía la intención de volver a Massachusetts, pero simplemente no contaba con otro plan. No me gusta recordar los días en Chauncy escribiendo historias junto a la ventana de la tercera planta, bebiendo café turco en Alger, bailando en el Plough y Stars. La vida era sencilla y barata, y si no era barata usaba la tarjeta de crédito. Vendía los préstamos una y otra vez, pagaba los mínimos y no pensaba en el saldo. Mi madre se había mudado a Phoenix por entonces y me pagaba los vuelos para que fuera dos veces al año a visitarla. El resto del tiempo hablábamos por teléfono, a veces durante horas. Orinábamos y

nos pintábamos las uñas, preparábamos comida y nos cepillábamos los dientes. Siempre sabía en qué parte de su pequeña casa se encontraba por el ruido que se oía de fondo, el chirrido de una percha o el repiqueteo de un vaso al meterlo en el lavavajillas. Yo le hablaba de la gente que entraba en la librería y ella, de la gente de su oficina en el parlamento de Phoenix (en esa época trabajaba para el gobernador). Le pedía que me contara de nuevo algunas de las historias de Santiago de Cuba, donde se crio con sus padres estadounidenses expatriados. Su padre era médico y su madre cantaba en un club nocturno. De vez en cuando me preguntaba si había hecho la colada o había cambiado las sábanas de la cama, y yo le pedía que dejara de ser tan maternal, que no era propio de ella, y nos reíamos porque era verdad y yo la había perdonado por ello. Echo la vista atrás, a aquellos días, y siento envidia por todo aquel tiempo, amor y vida que teníamos por delante, sin abejas en el cuerpo y con mi madre al otro lado de la línea telefónica.

En la calle, el calor se acumula en los techos de los automóviles aparcados y hace que los edificios de ladrillos se vean borrosos. Las aceras están atestadas de visitantes de otras ciudades que pasean con *creps* y cafés helados, con niños sorbiendo batidos y refrescos. Camino por la carretera para evitarlos, cruzo a Dunster y vuelvo a Iris.

Subo las escaleras, paso junto a los presidentes y entro directamente al baño, a pesar de que ya llevo puesto el uniforme. Está vacío. Me miro en el espejo que hay encima del lavabo. Está un poco inclinado para las personas que van en silla de ruedas, así que me contemplo desde un ángulo un tanto desconocido para mí. Tengo un aspecto estropeado, de alguien que ha estado enferma y ha envejecido una década en unos pocos meses. Me miro a los ojos, pero no son míos de verdad; no son los ojos que siempre he tenido. Son los ojos de una persona muy cansada y muy triste y, cuando los miro, me siento aún más cansada, y luego veo esa tristeza, esa compasión por la tristeza de mis ojos, y veo el agua acumularse en ellos. Soy al mismo tiempo la persona triste y la persona que desea confortar a la persona triste. Y entonces me siento triste por esa persona que siente tanta compasión, porque también está pasando por lo mismo. Y el ciclo se repite. Es como cuando vas a un probador con un espejo de tres hojas y las colocas de forma que puedas ver el pasillo alargándose y estrechándose, y a ti cada vez más pequeña alejándote en el infinito. Así me siento: triste en un número infinito de mí misma.

Me echo agua en la cara y la seco con servilletas de papel del dispensador por si entra alguien, pero cuando la tengo seca vuelvo a venirme abajo. Me recojo el pelo en un moño ajustado y salgo del servicio.

Cuando entro al salón ya voy tarde. Los Hermanos Retorcidos han vuelto a la

acción. Dana me lanza una mirada asesina.

—Terraza. Velas.

La terraza, al otro lado de la barra y detrás de la puerta, está húmeda y huele a las rosas, lilas y capuchinas que usan los cocineros para adornar los platos. Todas las macetas con flores están goteando agua sucia y el suelo de madera está mojado. Huele como el jardín de mi madre en una mañana de verano lluviosa. Seguramente las acaba de regar Helene, la chef de los postres. Este oasis es creación suya.

Mary Hand está en un rincón con una bandeja con velas, una jarra de agua y una papelera, limpiando la cera de la noche anterior.

—La fiera y el lobo —dice. Ella tiene su propia jerga. Lleva sirviendo mesas en Iris más que nadie.

Me siento a su lado. Agarro el paño de la bandeja y limpio el interior de los envases de cristal que ella ha vaciado, echo varias gotas de agua en cada uno de ellos y pongo una velita nueva dentro.

Cuesta adivinar cuántos años tiene Mary Hand. Es mayor que yo, pero ¿tres o veinte años? Tiene el pelo castaño y liso, sin atisbo de gris, recogido con una goma beis, un rostro largo y cuello delgado. Toda ella es larga y esbelta, parece más un potro que una mula veterana. Es la mejor camarera con la que he trabajado nunca: tranquila, pero rápida y eficiente. Conoce tus mesas igual de bien que las suyas. Te salva el pellejo cuando te olvidas de sacar los primeros para la mesa de seis o te dejas el sacacorchos en casa. En el momento álgido de la noche, cuando todo el mundo ha perdido los nervios, cuando has dejado los platos tanto rato debajo de la lámpara de calor que están demasiado calientes para transportarlos incluso con un trapo, y los cocineros te lanzan improperios y los clientes esperan los aperitivos, que los atiendas, que les rellenes el agua o les sirvas más zumo, Mary Hand hablará con tono calmado y suave. «Tan sencillo como un sándwich mixto», dirá, y se colocará cada uno de tus platos en los brazos larguiruchos sin pestañear.

—Vamos, pequeño homúnculo. —Está embobada con una de las velas flotantes quemadas. Nadie la llama nunca solo Mary. Retuerce el cuchillo y la vela sale con un restallido y un chorro de agua con cera que nos salpica a las dos. Nos reímos.

La terraza es agradable así, sin clientes; con el sol, tras los altos arces, empapando las mesas de luz, pero sin que haga mucho calor, y alzándose sobre el caos cálido y ruidoso de Mass. Avenue; con las plantas de Helena, cientos de plantas, en cajas apiladas en los muros bajos de piedra y en maceteros en el suelo o colgados de los enrejados, todas en flor, las hojas oscuras y cuidadas. Las plantas parecen satisfechas, florecientes, y eso me hace sentir igual, o al menos me hace

pensar que la prosperidad es una posibilidad.

Mi madre tenía mano para la jardinería. Quiero contárselo a Mary Hand, pero aún no he mencionado a mi madre en el restaurante. No quiero convertirme en la chica cuya madre acaba de morir. Bastante malo es ser la chica a la que han dejado. Cometí el error de hablarle a Dana de Luke en mi primer turno de prueba.

—¿Es así todos los años? ¿Tan fértil?

—*Mmm* —murmura Mary Hand. Me doy cuenta de que le gusta la palabra «fértil». Sabía que le gustaría—. Tiene un don. —Pronuncia la última palabra muy lento. Se refiere a Helene—. Un don para la flora.

—¿Cuántos años llevas aquí?

—Desde la administración Truman.

Es muy imprecisa con los detalles de su vida. Nadie sabe dónde vive ni con quién. Harry dice que la pregunta es con cuántos gatos, pero yo no estoy tan segura. La historia que se rumorea es que antes salía con David Byrne. Algunos dicen que sucedió en el instituto, en Baltimore; otros, que fue en la Escuela de Diseño de Rhode Island. Todo el mundo asegura que él le rompió el corazón y que no se ha recuperado. Si algún día suenan los Talking Heads antes o después del servicio, la persona que más cerca está de la radio en la barra cambia siempre rápido de dial.

—¿Cómo conseguiste este trabajo? —me pregunta—. No eres del tipo de personas que suele contratar Marcus.

—¿Por qué lo dices?

—Te pareces más a nosotros, los antiguos. —Se refiere a las personas contratadas por el anterior gerente—. Cerebral.

—No estoy tan segura de eso.

—Bueno, sabes lo que significa cerebral, y eso ya lo demuestra.

Tony sale a la terraza para ponernos nerviosas. Solo hay una mesa grande, una fiesta de cumpleaños de diez personas. Mary Hand y yo juntamos dos mesas, las cubrimos con varios manteles y alineamos las puntas de las esquinas de la capa superior con el dobladillo de la capa inferior. Hacemos lo mismo con el resto de mesas más pequeñas, después las preparamos, abrillantamos los cubiertos y limpiamos los vasos con paños. Colocamos una vela en cada mesa y retiramos las flores que puse en el turno del almuerzo. El chef nos llama a la barra de los pedidos y nos explica cuáles son los platos especiales, cómo es su preparación y qué ingredientes tienen. Los chefs con los que he trabajado antes eran nerviosos y volátiles, pero Thomas es tranquilo y amable. Nunca permite que la situación se descontrole en su cocina. No tiene mal genio ni usa palabras crueles. No odia a las mujeres y tampoco a las camareras. Si cometo un error, aunque sea en una

noche ajetreada, él se limita a asentir y retirar el plato para ofrecerme lo que necesito. Y es muy bueno. Siempre intentamos probar su carpacho, las vieiras o la boloñesa. Los estantes altos de la barra de pedidos están llenos de comida preparada, ubicada en el fondo para que Marcus no la vea y que devoramos a escondidas durante la noche. Tengo que comer en el restaurante, no puedo permitirme comprar más que unos cereales o unos *noodles*, pero incluso aunque no estuviera en la ruina, me comería la comida de Thomas.

Treinta minutos más tarde, todas las sillas de mi sección están ocupadas. Mary Hand y yo volvemos a la rutina. La puerta que da a la terraza debe permanecer cerrada porque en el salón está puesto el aire acondicionado; cuando vamos cargadas de platos de comida, nos sostenemos la puerta entre nosotras. Ella lleva las bebidas a una de mis mesas de cuatro y yo sirvo el salmón a su mesa de dos mientras ella abre las botellas de champán para la celebración de diez.

Me gusta ir de la cocina cálida al salón frío y a la terraza húmeda. Me gusta que Craig esté trabajando en la barra porque no importa los pedidos que tenga, siempre se acerca a tus mesas para hablar de los vinos. Y me gustan las distracciones bobas, que no haya tiempo para recordar nada de tu vida, que solo tengas que pensar que el osobuco es del hombre con pajarita, el flan de lavanda lo ha pedido la chica del cumpleaños vestida de rosa y los cócteles *sidecars* corresponden a la pareja de estudiantes con carnés de identidad falsos. Me gusta memorizar los pedidos («No vas a tomar nota?», me preguntan los mayores), registrarlos en el ordenador de la barra, recoger mi comida en la ventanilla, trinchar los segundos, servir por la izquierda, recoger por la derecha. Dana y Tony están demasiado ocupados con sus mesas grandes como para insultar a nadie y, cuando sirvo las ensaladas de Dana mientras ella toma un pedido, ella adereza mi pasta con almejas.

Tengo una mesa de Ecuador y hablo con los clientes en español. Oyen mi acento y me piden que diga algunas frases en catalán. Usar esa lengua me trae de vuelta a Paco y los momentos buenos: cómo se le arrugaba la cara al reír y cuando me quedaba dormida apoyada en su espalda. Les digo que uno de los encargados de lavar platos es de Guayaquil y quieren conocerlo. Les presento a Alejandro y el joven acaba sentado con ellos, fumando, hablando de política y sonriendo. Capto una imagen de quién es cuando no está sepultado por jabón, vapor y restos de comida. Pero las cosas se acumulan en la cocina y al final sale Marcus y lo envía de vuelta a su puesto.

El único conflicto aparece con la segunda tanda de clientes, cuando Fabiana coloca una mesa doble en mi sección que supuestamente era de Dana.

—Acaba de atender a una de cinco —se queja—. ¿Qué narices haces?

Fabiana viene hasta la barra de pedidos, un lugar que suele evitar por el caos y

por la facilidad para mancharse. Siempre lleva un vestido de seda y es la única mujer a la que permiten llevar el pelo suelto. Es limpia, aseada y nunca huele a aderezo de ensalada.

—Han pedido que los atienda ella, Dana. Tú tienes la de siete a las ocho y media.

—¿Los dichosos profesores de Wellesley? Pues gracias, probablemente me dejen cinco dólares por el agua helada y la ensalada que dividen para tres.

Me asomo junto a los estantes altos para mirar por la puerta de la terraza. Una mujer alta y un hombre calvo.

—Todo tuyos si quieres. Ni los conozco.

Marcus viene hacia nosotras desde la barra.

—¿Qué haces aquí todavía? —me riñe Fabiana para salvarse ella—. Fuera, Casey.

Me parece que han empezado a acostarse.

Salgo a la terraza.

—¡Casey! —Los dos se levantan y me dan un abrazo—. No nos has reconocido —comenta la mujer.

El hombre observa con amabilidad, las mejillas enrojecidas; ya se ha tomado algunos cócteles. Ella es grande, con los pechos en punta como la proa de un barco, una cadena corta de oro con una turquesa en el cuello. Parece algo que llevaría mi madre.

—Perdonad.

Tengo que atender la mesa que hay detrás de la de ellos.

—Trabajábamos en la oficina de Doug. Con tu madre.

Ese fue su primer empleo una vez que dejó a mi padre, en la oficina de un congresista. Son los Doyle: Liz y Pat. Por entonces no estaban casados.

—Ella nos emparejó, ¿sabes? Le dijo a Pat que yo quería que me pidiera salir. Y me avisó a mí de que iba a hacerlo, a pesar de que yo nunca le había dicho tal cosa. ¡Qué cara! Y aquí estamos. —Me agarra la mano—. Lo sentimos mucho, Casey. Nos quedamos destrozados al enterarnos. Destrozados. Estábamos en Vero, por eso no pudimos ir al funeral.

Asiento. Si hubiera sabido que iban a venir, tal vez podría sobrellevarlo mejor, pero esto es un ataque por sorpresa. Vuelvo a asentir.

—Queríamos escribirte, pero no sabíamos en qué parte del mundo estabas en ese momento. Y luego nos encontramos con Ezra, ¡que había oído que estabas de vuelta aquí, y en Iris! —Posa una mano cálida en mi brazo—. ¿Te he molestado?

Niego con la cabeza, pero la cara me traiciona y pierdo el control de las cejas.

—Ella me regaló este collar.

Por supuesto.

—Disculpa —nos interrumpe el hombre que hay detrás de ellos, moviendo la tarjeta de crédito.

Lo miro y asiento, y también a todo el que me para de camino a la barra de pedidos. Desenrollo la servilleta que envuelve unos cubiertos y me la llevo a la cara mientras imprimo la cuenta.

—Contrólate —me espeta Dana, pero pone la cuenta en una bandeja con unos bombones y la lleva por mí a la mesa.

Empujo la puerta y entro en la cocina. Los cocineros están ocupados, de espaldas a mí y a la comida que me espera debajo de la lámpara de calor. Entro a la cámara de frío. Me empapo del frío seco con la mirada puesta en las bandejas con lácteos del fondo, los pedazos de mantequilla envueltos con papel de cera y los cartones de nata. Paquetes de huevos. Inspiro. Me miro la mano. Caleb me dio su anillo. Lo llevó durante toda mi vida, un zafiro y dos diamantes pequeños. El cielo y las estrellas, lo llamábamos cuando era pequeña. Su amiga Janet pensó en quitárselo del dedo después. Mi mano se parece a la suya cuando me lo pongo. *Puedo hacer esto*, le digo a la piedra brillante azul y negra. Y salgo para apuntar el pedido de Liz y Pat Doyle.

Cuando les llevo el *pinot* gris y los aperitivos, siguen serios conmigo, pero para cuando ha salido el pez espada y el *risotto*, Pat está hablando animadamente, usando palabras que no comprendo, como acciones y Shiller P/E, y en el café se ríen por alguien llamado Marvin que hizo un baile en la boda de su hija; casi se habían olvidado de que me conocían. Me dejan sus tarjetas de visita en la bandeja con la cuenta y la propina. El dieciséis por ciento. Ambos tienen su propio negocio y ninguno de ellos sigue trabajando en política.

Mesa por mesa, la gente se va marchando y deja allí las servilletas manchadas y las marcas de labial. Los manteles están desaliñados y arrugados, las botellas de vino descansan bocabajo en las cubiteras aguadas, hay un mar de tazas de café y platos de postre sucios. Todo se queda ahí para que alguien lo limpie. Trabajamos despacio ahora, arreglando el salón y la terraza de atrás. Tan solo Yasmin y Omar, cuyas parejas están esperando en la barra, se mueven rápido.

La última tarea es secar los vasos y enrollar los cubiertos con las servilletas para el almuerzo. Alejandro saca las bandejas humeantes de vasos. Al principio están muy calientes y no podemos tocarlos sin un paño. Omar y yo nos encargamos de los cubiertos. Doblamos la servilleta formando un triángulo, la cuchara encima del tenedor y este encima del cuchillo van colocados en el borde más largo, doblamos las dos puntas laterales y luego enrollamos todo hasta el extremo puntiagudo. Craig se está riendo con la chica esbelta que espera a Omar en la barra, así que este enrolla cada vez más rápido. Tenemos que preparar cien antes de marcharnos.

Cuando voy a por mi bicicleta, es casi la una de la mañana. Tengo el cuerpo exhausto. Casi cinco kilómetros hasta mi cobertizo se me antoja una distancia muy larga.

La oscuridad, el calor, las pocas personas que caminan por las aceras. El río y el reflejo titilante de la luna. «Sabes como la luna», me dijo Luke en aquel campo de los Berkshires. Condenado poeta. Por el camino, algunas personas están tomadas de la mano, bebiendo de botellines, tumbadas en la hierba porque no ven la caca verde de los gansos. Me agarró desprevenida. No tuve tiempo de defenderme.

Por la mañana sufro por mi madre. Pero por la noche es por Luke por quien lloro.

El puente de la Universidad de Boston está vacío, en silencio. Me alzo por encima del agua. Respiro de forma entrecortada, con dificultad, pero no lloro. Canto *Psycho Killer* en honor a Mary Hand. Llego hasta la entrada de la casa de Adam y no he llorado. Es la primera vez. Guardo la bicicleta en el garaje. Es una pequeña victoria.

Han metido por debajo de la puerta dos notificaciones de atrasos de pagos y una invitación para una boda. Hay un mensaje en el contestador y se me hiela la sangre. Un acto reflejo antiguo. *No es él. No es él*, me digo a mí misma, pero el corazón me da un vuelco de todos modos. Presiono el *play*.

—Hola. —Pausa. Un suspiro hondo que suena como un trueno en el altavoz.

Es él.

Mi madre murió seis semanas antes de que me fuera a Red Barn. Llamé para preguntar si podía cambiar las fechas, si podía ir en otoño o invierno. El hombre que respondió me ofreció sus más sinceras condolencias, pero me informó de que me habían concedido el período de tiempo más extenso que ofrecían para artistas. Ocho semanas. Desde el 23 de abril hasta el 17 de junio. El calendario de Red Barn era inalterable, concluyó.

Se produjo un largo silencio entre los dos.

«¿Va a renunciar a su plaza?», me preguntó.

La última vez que usé la palabra «renunciar» debió de ser en el recreo cuando estaba en cuarto curso. «Si enseñas los dientes o la lengua, tienes que pagar una sanción de renuncia».

«No, no quiero renunciar», respondí.



Volé desde Bend hasta Boston y tomé un autobús que me llevó a Burrillville, Rhode Island. A principios de la primavera. Nueva Inglaterra. Bajé del autobús y olía a mi infancia, olía a tierra deshelándose en el jardín y a los narcisos de la entrada de la casa. Me ofrecieron un cuarto para dormir y una cabaña para trabajar. Cuando estaba en el porche de la cabaña la primera mañana, me acordé de la chaqueta de color beis con los puños y el cuello de lana blanca de mi madre y del olor de los caramelos que llevaba en el bolsillo izquierdo. La oí decir mi nombre, mi nombre antiguo, Camila, que tan solo usaba ella. Noté el asiento escurridizo de su Mustang azul, frío en los muslos.

En Red Barn, mi madre estaba al mismo tiempo muerta y resucitada.

En el salón comedor había enmarcada una carta de Somerset Maugham, que había sido uno de los primeros miembros de allí.

«Red Barn es un lugar ajeno al tiempo», había escrito en la carta.



Luke era alto y flaco, como uno de los amigos bobos de mi hermano del colegio. Antes de que se convirtiera en algo más, era solo un conocido.

Comenzó en mi cuarta noche allí. Uno de los artistas estaba mostrando su película en el salón de arte. Me había quedado sin silla por llegar tarde y permanecí en la parte de atrás. Luke entró unos minutos después. En la pantalla, una herramienta eléctrica estaba perforando un huevo crudo con un tornillo. A cámara muy lenta.

«¿Qué me he perdido?», preguntó en un murmullo alto. «¿Qué me he perdido?».

Se colocó detrás de mí. En una ocasión me había sentado a su mesa para la cena (había una distribución de asientos distinta cada noche) y me había encontrado con él en los pasillos del caserío varias veces. No pensaba mucho. En ese momento no me fijaba en la gente. Ni tampoco escribía. Tenía ocho semanas para dedicárselas por completo a mi novela, pero no podía concentrarme. La cabaña que me habían ofrecido olía raro. El corazón me latía muy rápido y me sentía arenosa bajo la piel, como una manzana pasada. Quería dormir, pero me daba miedo soñar. En los sueños, mi madre nunca era ella misma. Siempre había algo fuera de lugar. Estaba demasiado pálida o amoratada, o llevaba ropa de terciopelo pesada. Estaba débil, se estaba deteriorando, se desvanecía. A menudo trataba de persuadirla para que se mantuviera con vida, pronunciaba extensos soliloquios sobre lo que tenía que hacer diferente. Me despertaba agotada. Los animales murmuraban al otro lado de la ventana.

Cuando Luke se puso detrás de mí, yo misma me convertí en un animal: alerta, precavida, curiosa. Llegó más gente y tuvo que acercarse más; hubo largos momentos en los que mis escápulas descansaban apoyadas en su pecho. Lo sentía respirar, inspirar y espirar, notaba el aliento en mi pelo. No sé qué ocurrió en la película una vez que el clavo atravesó el huevo.

Cuando terminó, salí de la habitación al porche. Aún había luz fuera. El cielo tenía un color violeta, los árboles eran de un tono azul oscuro. Las ranas croaban en el estanque, al otro lado de la carretera, más y más fuerte cuanta más atención ponías. Me apoyé en la baranda; detrás de mí, las personas descansaban en mecedoras, se pasaban cervezas y levantaban los botellines para brindar por el cineasta, que reía histérico como cualquier persona que exponía su arte.

Luke se acercó a mi lado. Nos quedamos los dos mirando el campo. Me rozó el dorso de la mano con el dorso de la suya y la dejó ahí.

—¿Te apetece ir a alguna parte? —Tenía los ojos claros, pálidos como un amanecer.

Nos subimos a su camioneta y fuimos a Pawtucket porque vimos un cartel y nos gustaba cómo pronunciábamos el nombre, arrastrando el «Paw» y concluyendo de forma cortante con el «tucket», una y otra vez. *Pawwwww-tckt.* Estaba en los límites de Massachusetts, donde ambos nos habíamos criado, a una hora de distancia. Él vivía en Nueva York ahora. En Harlem. Me preguntó dónde vivía yo.

—Oh, tengo una pequeña cabaña en Burrillville, Rhode Island.

Se echó a reír.

—Aún me quedan siete semanas para idear un plan.

—Siempre puedes mudarte con Duffy —respondió.

Duffy medía un metro ochenta y tres y era el hijo del director. Nos dejaba bocadillos en los porches a mediodía. Pegaba notas de amor a rocas con forma de corazón y las dejaba en las cestas del almuerzo de las mujeres.

Había un merendero en el parque de Pawtucket. Yo llevaba una baraja de cartas en la mochila y nos sentamos allí, cruzados de piernas, para jugar en la oscuridad con los naipes. Nos emocionamos con el juego y empezamos a gritar, y entonces vino un policía. Iluminó con la linterna la pila de cartas que había entre los dos y se rio.

No había oído hablar del juego, así que le enseñamos cómo se jugaba y comentó que se lo enseñaría a su nieto. Cuidaba del pequeño los jueves por la noche, nos contó.

Tenía una cadera lastimada y volvió despacio al automóvil.

—No hay mucha acción en *Pawwwwww-tckt* —señalé.

—Solo un pequeño altercado en el merendero.

De vuelta a Red Barn, mencionamos todos los nombres divertidos de ciudades de Massachusetts que recordábamos.

—Billerica.

—Belchertown.

—Leominster.

Hablábamos con el acento que los dos habíamos perdido tiempo atrás.

Condujo con la mano izquierda en el volante y la derecha por debajo de mi brazo, flexionando despacio los dedos en torno a la forma de mi pecho.



Era fuerte lo que había entre los dos, intenso, como el aire húmedo y el olor a vegetación a punto de florecer. Tal vez solo fuera la primavera. Puede que fuese

eso. Recogimos nuestras cestas con el almuerzo y nos comimos el bocadillo de jamón junto al estanque, cerca de las cabañas. Nos adentramos en una zona con aneas, algunas con los tallos nuevos y verdes y otras, tal vez restos del otoño, largas, marrones y tan altas como nosotros. Luke las llamaba espadañas y tiró de mí hacia ellas. Los dos sabíamos a mayonesa. Nuestras cabezas chocaban con los tallos marrones y el sol era cálido por primera vez.

—Me has besado en las espadañas —musité.

Señaló un par de ojos saltones que flotaban en la superficie del agua.

—Mientras miraban las ranas sin entender nada —respondió y tiró de mí hacia el suelo.



Le conté todo lo que me venía a la mente sobre mi madre cuando yo era pequeña: su olor a limón, los guantes de jardinería con las protuberancias de goma y los dedos meñiques de los pies cuadrados y pequeños que le crujían cuando andaba descalza. Sus diademas de carey, saladas por las puntas cuando las chupabas.

—Puedo sentirla. Puedo sentirla aquí.

Me besó en el lugar que estaba tocando, justo por encima de la clavícula, ese lugar en el que se arremolinaban todos mis sentimientos.

Me imaginaba que había sido ella quien lo había enviado, un regalo para ayudarme a superarlo.



Corrimos hasta el lago, lo atravesamos nadando, corrimos de vuelta al dormitorio y nos bañamos juntos en la bañera con patas de garra, dos grifos y un tapón de goma con una cadena. El agua salpicaba todo el suelo de madera. Nos tumbamos mojados en su cama, riendo, los corazones latiendo al mismo tiempo, acelerados, haciendo que nos riéramos aún más fuerte. Cuando lo miré, no oculté nada.

Entendí entonces lo precavida que había sido siempre con los hombres, lo poco que les había enseñado de mí.



Estuvo casado en el pasado, me contó. Perdieron a una hija, explicó luego. Fue mucho tiempo atrás. No dijo más.



No podía dormir a su lado. Era demasiado intenso. Lo deseaba muchísimo. Nunca lo conseguí. Y necesitaba dormir para poder escribir. No estaba haciendo mucho. Durante el día, soñaba despierta junto a la ventana, esperando oír sus pasos en el porche.

Esfuérzate y escribe, oía a mi madre reñirme. Pero me encontraba demasiado lejos para escucharla.

Luke sí escribía. Terminó cinco poemas esa primera semana y once en la siguiente.

—He escrito un poema sobre las abejas.

—Odio las abejas.

—Se me ha ocurrido sin más esta mañana. —Tenía el rostro iluminado. Se tumbó en la cama de mi cabaña—. ¿Cómo es posible que odies las abejas?

—No me gusta el concepto de la colmena, que los zánganos se atropellen entre sí, programados para servir a la reina. No me gustan las larvas viscosas ni la idea de la jalea real ni cómo forman un enjambre. Es uno de mis mayores temores, que me ataquen las abejas.

Se mostró impresionado con mi rápida lista de quejas.

—Pero también producen vida. Fertilizan las flores y nos suministran alimento. Actúan como un colectivo y, además, son responsables del verso «y viviré solo en un claro entre el zumbar de las abejas».

—¿Y qué es un claro? ¿Un lugar con árboles o el espacio abierto que hay entre ellos?

—Un claro es un claro. —Extendió los brazos, como si apareciera un claro ante los dos.

—Dios, los poetas estáis locos. No tenéis ni idea de lo que significan la mitad de las palabras que veneráis.

Me agarró del brazo.

—Trae tu claro entre el zumbar de las abejas aquí —me dijo y me senté encima de él.



Escribió ocho poemas más sobre las abejas y luego me llevó a los Berkshires en su camioneta para conocer a su amigo Matt, que tenía colmenas. Fue el primer día cálido de mayo, paramos para tomarnos unos *frappés* de café y dimos con una gasolinera de los setenta que ponía canciones como *Run Joey Run*, *Wildfire* y *I'm Not in Love*. Nos conocíamos la letra de todas y las cantamos a voz en cuello

mirando por la ventanilla. Cuando sonó *I'm Not in Love*, con esa frase sobre cómo conserva él la fotografía de ella colgada en la pared porque hay una mancha ahí, los dos reímos tan fuerte que no pudimos cantar. Me hice un poco de pis, tuvimos que parar para que me cambiara las bragas y me estuvo llamando Betsy Wetsy durante el resto del trayecto.

Llegamos al final de la tarde. Por lo que me había contado Luke de Matt, me imaginaba a un chico en una chabola con un montón de basura en la parte trasera, pero vivía en una bonita casa roja con las ventanas llenas de macetas con flores. Salió primero su esposa, Jen, y ella y Luke se abrazaron fuertemente, bamboleándose de forma exagerada, con afecto.

—Caliope se enfadó mucho cuando le comenté que ibas a venir —le dijo—. Estará fuera tres noches, en un campamento.

—¿Tres noches en un campamento? —se sorprendió Luke.

—Es un experimento. Me dijo que podías dormir en su casa del árbol, y esa no es una invitación que haga a menudo.

Luke asintió y se produjo un silencio repentino, interrumpido cuando salió Matt con un niño pequeño, muy recto y vigilante en los brazos de su padre. Yo no conocía a muchas parejas. Mis amigos solían casarse y desaparecer. O quizá era yo quien desaparecía. Nia y Abby habían mantenido el contacto hasta que tuvieron hijos. Intenté ir a ver a Abby en Boston antes de tomar el autobús a Rhode Island, pero nunca me devolvió la llamada. Tenía el regalo que había comprado para el bebé en la maleta, en Red Barn. Cuando la gente tenía hijos, dejaba de llamarte.

Entramos y nos sirvieron unas bebidas (zumo de arándanos y agua con gas) y el niño, que había aprendido a andar unas semanas antes, se puso a caminar a trompicones por el suelo de baldosas negras y blancas. Cuando llegó hasta mí, levantó una cabra marrón de peluche con unos diminutos cuernos blancos. Me agaché para mirarlo de cerca y el pequeño chilló, sorprendido. En lugar de retroceder, acercó mucho la cara a la mía.

—Hola, pequeñín —lo saludé.

Otro chillido.

Toqué los cuernos suaves de la cabra: uno, dos. Él hizo lo mismo. Olía un poco a caca y Desenex. Me sorprendió lo rápido que me vino a la cabeza la palabra «Desenex». ¿Cómo sabía lo que era siquiera?

Uno, dos cuernos. Y tres, la nariz.

Abrió la boca, una caverna oscura sin dientes, y unos segundos después sonó una carcajada fuerte.

Lo imité. La boca abierta, la espera, la risa. Lo tomó como una invitación para sentarse en mi regazo que, como estaba en cuclillas, tuve que crear

rápidamente. Nos dejamos caer en el suelo al mismo tiempo.

Jen me lanzó una sonrisa amable. Estaba hablando con Matt y Luke sobre sus planes de crear un sistema de agricultura sostenida para el vecindario y quejándose del Starbucks, que había comprado la tienda local de rosquillas.

Matt nos llevó afuera para ver las abejas. No tenían jardín. Tenían prados y campos más allá de los prados. Seguimos un sendero que estaba oculto por la hierba alta y las flores hasta llegar a las colmenas. Matt cogió una lata, la rellenó con un paño de yute, prendió el paño y bombeó aire con un fuelle. Empezó a salir humo de la parte superior de la lata. Levantó la tapa de una caja blanca, acercó el humo y levantó una de las bandejas enrejadas. Estaba cubierta por capas y capas de abejas que se aferraban a las rejas cuando levantó la bandeja, moviéndose por encima de otras abejas. Como Matt seguía con ella alzada, la masa empezó a cambiar de forma y a combarse por la gravedad, algunas se escurrían como gotas de líquido dentro de la caja. Era repulsivo. Tuve que esforzarme mucho para no imaginarme que formaban un repentino enjambre.

Luke estaba fascinado. No comprendía qué significaban para él las abejas. La hierba del suelo picaba y estaba deseando que Matt bajara la tapa para que pudiéramos regresar a la cocina y sentarme de nuevo en el suelo con su niñito chillón, pero nos quedamos allí un buen rato, yendo de una caja a otra, a pesar de que eran todas iguales, con una enorme masa de abejas revueltas.



Íbamos a cenar pasta con especias y ensalada. Jen sacó albahaca, romero, salvia, lechuga roja y un cuenco lleno de tomates deformes de su invernadero. Matt, Luke y yo nos pusimos a picar las especias y la cocina olía como si siguiéramos fuera. Eran de esas personas que solo entraban en la casa cuando era estrictamente necesario. Comimos en el patio trasero, en una mesa que había construido Matt a partir de una puerta vieja. Luke se sentó a mi lado en un banco largo, aunque no se colocó cerca.

Los tres hablaron de gente que conocían de cuando vivían todos en una casa en Cabo Cod, cuando estaban en la veintena. Matt y Jen habían disimulado muy bien a mi llegada, pero ahora entendía que, a pesar de las numerosas llamadas telefónicas del último mes, Luke no les había hablado de mí ni les había avisado de que lo acompañaría en la visita. Me hicieron varias preguntas y yo ofrecí respuestas cortas. Me di cuenta de que no intentaban sonsacarme información. Supe que yo los recordaría a ellos, a su hijo, su casa roja y sus colmenas de abejas, pero ellos no recordarían nada de mí. Eran personas amables que se mostraban como buenos anfitriones, pero no me querían allí y yo no sabía por qué.

El bebé se iba paseando de un lado a otro. Mamó y se reclinó en los brazos de su madre. Estuvo un rato sentado en el regazo de su padre y, cada vez que Matt se reía, él miraba la barbilla de su padre y se reía también. Matt se lo pasó a Luke y se quedaron callados. Ellos no sabían que yo estaba al corriente de que había tenido una hija. Luke lo alzó para colocarlo delante de su cara y el niño le tiró de las gafas, pero entonces me vio al lado de Luke y me tendió los dos brazos. Lo agarré, nos reímos todos y Luke se mostró aliviado.

Después de eso se lo veía bastante animado y contó una historia de cuando tenía cuatro años y caminó un kilómetro y medio desnudo hasta la tienda de golosinas. La policía lo llevó de vuelta a su casa. Estaba segura de que Matt y Jen habían escuchado ya la historia, pero se rieron como si fuera la primera vez.

Después de pasar otra larga hora alrededor del fuego, Luke y yo nos dirigimos a la casa del árbol en la oscuridad. Deseaba preguntarle por su comportamiento extraño en la cena, pero, cuando nos quedamos solos en el prado, las palabras dejaron de importarme. Necesitaba tocarlo, pegarme a él y aliviar mi tensión, el anhelo que sentía por él. Había luciérnagas por todas partes, a cientos de metros en todas direcciones. Nos besamos de forma voraz, nos arrancamos la ropa y nos pegamos mucho entre la espesa hierba. Todo lo demás desapareció por el deseo que sentía por él.

Después, nos quedamos largo rato tumbados y las luciérnagas se acercaron cada vez más, tanto que casi podíamos tocarlas.

—Creo que a partir de ahora las luciérnagas me van a poner cachonda —señalé.

Se rio, pero ya no estaba conmigo.

Solo había un colchón fino y una almohada en la casa del árbol. Iluminó la habitación con la linterna: una caja de Lego, un par de juegos de mesa y dos muñecas sentadas en sillas tomando el té. Se metió debajo de las mantas y yo me acurruqué a su lado, pero hasta su piel parecía de plástico.

Extendió el brazo para tocar la esquina de un dibujo de la pared con la yema del pulgar. Costaba adivinar qué era, si una casa o un perro.

—Nuestras hijas tenían casi la misma edad —explicó—. Caliope es siete semanas mayor que Charlotte.

Charlotte.

—¿Cuántos años tenía cuando…? —No sabía si era de la clase de persona que decía «murió», «falleció» o «se fue»—. Cuando la perdiste.

—Cuatro meses y doce días.

Me dejó abrazarlo, pero permaneció rígido entre mis brazos toda la noche.



Se había marchado cuando me desperté. En la casa, Jen me contó que había estado ayudando a Matt a mover algunas de las colmenas y que luego había ido a la ferretería. Jen dejó a su hijo conmigo mientras se daba una ducha. Luke y Matt volvieron y se comieron unos sándwiches de huevo fuera. Cuando subimos al coche para irnos, estaba muerta de hambre y de confusión.

Le pedí que parara en el Dunkin' Donuts antes de acceder a la autovía. Después, condujo durante una hora sin que apenas habláramos.

—¿Y si…? —dijo de repente y paró.

—¿Y si qué? —me obligué a preguntar. Sabía que no iba a obtener una buena respuesta.

—No es fiable.

—¿El qué?

—Todo esto. —Movió la mano adelante y atrás por encima de la palanca de cambios—. Lo que hay entre nosotros.

—¿Todo el qué?

—Esta atracción.

—¿No es fiable?

—No es seria. No es buena.

—Yo creo que es bastante buena —repliqué, haciéndome la tonta.

—¿Y si es el demonio?

—¿El demonio?

—Esto es malo. Cruel.

Notaba que algo muy fuerte empezaba a resonar en mis oídos.

Para cuando llegamos a Red Barn, él ya había decidido que no debíamos tocarnos. Me dijo que era muy confuso. Era demasiado. Desequilibrado. Había una desconexión entre nuestras almas y nuestros cuerpos, explicó.

Me salté la cena y permanecí en mi cabaña. Encendí la hoguera y me quedé mirando el fuego. Allí me encontró. Estaba dentro de mí antes de que la puerta de la cabaña hubiera dejado de temblar.

Nos quedamos tumbados sobre la alfombra vieja, sudando; toda la tensión y la tristeza del día habían desaparecido. Me sentía ligera, libre. Miramos las firmas en la pared de todos los escritores y artistas que se habían alojado en mi cabaña.

—Está claro que ellos escribieron más aquí que yo —comenté—. Pero creo que les gano en orgasmos.



Caleb me llamó a una de las cabinas telefónicas que había fuera del salón comedor. Me contó que su amigo Adam tenía un alojamiento que me podía

alquilar barato en Brookline. Le dije que tal vez me mudara a Nueva York y se lo conté todo, incluso la parte del demonio que tenía pensado callarme.

—Mantente alejada de él, Casey. Escribe el libro. —Hablaba como mi madre. Nunca había sido así.

Me pregunté si yo también lo haría.

—¿A ti te parece que hablo como mamá?

—No, no hablas como mamá. Hablas como una loca que está echando a perder una oportunidad increíble. No pareces tú.



Estuve trabajando en el mismo capítulo durante todo el tiempo que permanecí allí. Dos meses. Doce páginas. Mientras tanto, Luke desbordaba poesía. Poemas sobre las luciérnagas, las ranas y, al final, una niña muerta. El de las ranas lo pegó al asiento de mi bicicleta. El de la niña muerta me lo leyó una mañana temprano y después tembló entre mis brazos durante una hora. Yo nunca le enseñé nada de mi novela.

Su última semana allí hizo una lectura en la biblioteca. De camino al salón, iba muy nervioso. Se aferraba a las páginas y me aseguraba que todos eran para mí, sobre mí, por mí. Pero cuando estaba en el atril y yo en la primera fila, no me miró una sola vez. Cuando leyó un poema sobre comerse un melocotón en un bote de remos volcado, un melocotón que yo había llevado, un bote donde estábamos sentados juntos, dijo que era para su madre, a quien le encantaban los melocotones. Leyó el poema sobre la niña muerta y todo el mundo lloró.

Recibió una ovación con todo el público en pie, la única que había visto allí. La gente se levantó sin pensárselo dos veces. Las mujeres pulularon a su alrededor después, mujeres que habían llegado el mismo mes que yo y otras que acababan de llegar y descubrirlo.



En su última noche allí, dimos un paseo por la carretera iluminada por la luna. Una vaca del campo se movía pesadamente a nuestro lado, la cerca alambrada invisible entre nosotros. Accedimos al camino de tierra que conducía al lago, dejamos la ropa en la hierba y nadamos en silencio hasta el centro. Las ranas, que habían cesado su canto, volvieron a la carga. Nos abrazamos, fríos y resbaladizos, y nos hundimos en el agua al besarnos. Flotamos bocarriba. Una membrana gruesa y lechosa rodeaba la luna, que apagaba a todas las estrellas cercanas. El agua de nuestros brazos levantados goteaba de vuelta al lago. Me dijo que

teníamos que hallar una forma de estar en la vida del otro. No dijo cómo.

Al día siguiente, se subió a la camioneta y bajó la ventanilla. Posó la palma de la mano en mi pecho.

—Eres profunda —dijo, y se marchó.



El número de teléfono que me dio sonaba y sonaba. Nadie descolgaba. Ni un contestador. Me quedaba una semana en Red Barn y llamé a ese número desde la cabina de teléfono de madera antes de cada comida. En mi última noche allí, me senté al lado de una pintora. Había llegado unos días antes de que Luke se marchara y él me la había presentado. La conocía de Nueva York. Tenía una mirada amable. Me pasó el puré de patatas.

—Sabes que sigue casado, ¿no? —me dijo.



Exhala otro largo suspiro en el contestador.

—Necesito verte —dice.



Espero en la estación Sunoco. Llega tarde y me siento en el borde de un parterre de caléndulas estridentes. Empiezan a temblarme las piernas.

Su camioneta para a mi lado y sale él, más flaco de lo que lo recuerdo. Tiene el pelo más largo y parece sucio. Nos abrazamos. Soy incapaz de sentirlo. Estoy agitada y el corazón me va tan rápido que no sé si voy a poder mantenerme consciente. Mete mi bicicleta en la parte trasera de la camioneta sin hacer ningún comentario, sin preguntar.

Subimos al vehículo, en nuestros sitios de antes.

—Esto es difícil, ¿no?

Asiento.

—Voy poco a poco —comenta al tiempo que accede a Memorial Drive.

Nos dirigimos al oeste, a la Ruta 2. Quiere ir a nadar al lago Walden Pond.

—Loraine me dijo que te lo había contado. —Loraine era la pintora—. Solo es un documento, Casey. No es… Yo he tenido otras novias y ella ha tenido… a otros hombres. A todos los efectos.

—¿Tienes novia ahora?

—No. —Cambia a cuarta demasiado pronto, la camioneta renquea y tiene que disminuir una marcha—. Nada serio.

Me paso todo el trayecto hasta Concord deseando salir del automóvil, pero cuando aparca y salimos al ambiente caluroso me dan ganas de volver a entrar. Hay un camión de helados en el aparcamiento y un grupo de niños con las cabezas alzadas hacia el mostrador. Mecen los cuerpos, los bañadores gotean agua

y están llenos de arena. Nos acercamos a un lugar sombreado por los pinos y casi me choco con Henry Thoreau. Está hecho de bronce, un hombre diminuto, del tamaño de un niño de doce años. Detrás de él hay una réplica de su cabaña. La puerta está abierta y entro.

Tan solo hay una habitación con un catre a la derecha cubierto con una manta de lana gris y un escritorio a la izquierda, pintado de verde. En la pared del fondo hay una chimenea de ladrillo y un fogón delante. Esto es un mero esfuerzo por crear una reproducción. Aquí no hay nada de Thoreau.

Luke me toma de la mano y tira de mí para que me siente con él en la cama. Hay una araña muerta en la manta y las patas parecen tejidas en la lana. Seguro que a él le gusta. Probablemente acabaría en poema. Me regodeo no enseñándosela.

—Parece que siempre acabamos en la cama de una cabaña en el bosque. —Sonríe y me mira como solía hacer, y sé que si me acerco solo un poco me besará y no seré capaz de controlar nada.

Me levanto y salgo a las agujas amarillas de los pinos.

Cruzamos la calle y nos unimos a un flujo de gente que camina por el sendero. Delante de nosotros, en la pequeña playa, los cuerpos nadan. Los niños gritan.

—Hay mucha gente —señalo.

—Está mejor que de costumbre. El mes pasado había que hacer una hora de espera solo para acceder al aparcamiento.

El mes pasado. Estuvo aquí el mes pasado. El mes que no me llamó. Me siento muy pesada y apenas puedo moverme. Me cuesta mucho esfuerzo seguirlo por la playa hasta un sendero boscoso que rodea el lago. Una valla de alambre recorre ese lateral del lago y hay señales que prohíben a la gente salirse del camino y destruir el frágil ecosistema. Pero la gente ha desobedecido y han retirado montículos de arena que se ven entre los árboles para que podamos seguir caminando. Encontramos una playa pequeña y nos colamos entre los alambres para bajar por el terraplén. Extendemos las toallas con una separación de unos pocos centímetros. Unos minutos más tarde, se levanta y se sienta en la mía, a mi lado. Me sacude un poco de arena de la rodilla, baja la cabeza y presiona los dientes contra mi rótula, como si fuera una manzana.

No le toco la piel pálida de la nuca ni los huecos de la espalda.

Me duele el cuerpo, desde la garganta hasta la entrepierna. Quiero que meta los dedos por dentro de mi bañador y que haga que toda esta tensión y dolor desaparezcan. Me siento como una bruja de un cuento de hadas, esperando rejuvenecer y volverme ágil de nuevo.

Me levanto y me acerco al agua. Está templada y clara. Nunca había estado

en Walden Pond. Leí un libro en el instituto, cuando vivía a menos de una hora de aquí, pero no creí que fuera un lugar que siguiera existiendo. Me meto en el agua y me alejo de la orilla bocarriba. Él se queda en mi toalla y se vuelve más y más pequeño con su camiseta blanca. Le apesta la camiseta. Recuerdo que cuando lo conocí olía mal. Después dejé de fijarme.

—Apestas —le grito.

—¿Qué? —Pero me alejo aún más.

Los árboles se ven tan altos desde este ángulo, oscuros, con las hojas del verano oscureciéndose. El cielo está despejado y, justo encima de mí, el esmalte azul intenso clarea y puedo ver el negro del espacio que acecha detrás.

Cuando salgo, me mira el cuerpo y el agua que cae por él. Sigue en mi toalla, así que yo me siento en la suya.

—¿No vas a bañarte?

—Ven aquí.

Sé lo mucho que lo desea. Me quedo donde estoy. Una nadadora, una mujer con brazos fuertes y un gorro de baño azul, recorre el lago en diagonal.

—Parece que hay un cartílago que me separa del mundo —murmura—. Estoy trabajando en ello, pero voy poco a poco. Es un trabajo duro. El cartílago es grueso.

Cuando tengo la piel seca y tirante, le digo que tengo que regresar. Esta noche tengo que trabajar.

En la camioneta, me aliso la falda. Es bonita, verde, con unas flores pequeñas. Sé que no me la volveré a poner más.

—No me mires así —me pide.

—No te estoy mirando.

—Ya lo sé.

Me dice que puede llevarme a casa, a Brookline, pero le digo que me deje en la estación Sunoco.

—No te cierres —insiste.

La camioneta avanza por Memorial Drive. Veo mi sendero junto al río, los gansos en la base del puente de Western Avenue.

Habrá hombres así toda tu vida, pienso. Suena como la voz de mi madre.

Para al lado de las caléndulas. Le pido que no salga y no lo hace. Veo que apoya la frente en las manos que tiene sobre el volante. Saco la bicicleta de la parte de atrás.

La muevo hasta su ventanilla y toco el timbre por la costumbre. Es el sonido que anuncia mi llegada a su cabaña al final del día. Me dan ganas de agarrar ese sonido, meterlo dentro de una mochila con piedras y lanzarlo al río. Él sonríe y apoya los codos en el lateral de la camioneta. Mi cuerpo se resiste. Si me acerco

más, me tocará el pelo con los dedos. Me aferro con fuerza al manillar y me quedó quieta.

—Bueno, vete —me despido.

Me siento en la bicicleta cuando él retrocede, cambia de marcha y sale. Me quedo allí, junto a las caléndulas, a un lado de la estación Sunoco, hasta que la camioneta desaparece en la curva en la que el río vira al oeste.



Tengo una amiga escritora que aún escribe. Muriel lleva trabajando en una novela que transcurre durante la Segunda Guerra Mundial desde que la conozco. Nos conocimos aquí, en Cambridge, hace seis años, en la cola del baño de Plough and Stars, y pasábamos tiempo juntas antes de que las dos nos mudáramos para hacer el posgrado. Nos cruzamos en una ocasión en Bread Loaf, pero no me habría enterado jamás que estaba aquí si no hubiera escuchado a uno de los clientes de Iris hablando de su sobrina Muriel, que estaba escribiendo un libro cuya historia sucedía en un campo de concentración de Oswego, Nueva York. Estaba rellenándoles el agua y pregunté si era Muriel *Becker.* Su tía me dio su número de teléfono.

El día después del lago Walden, Muriel me lleva a una fiesta de un escritor que conoce. Voy en bicicleta a su casa, en Porter Square, y vamos caminando hasta Avon Hill. Las casas son más elegantes conforme avanzamos, mansiones victorianas con porches enormes y torrecillas.

—Estoy abriendo mi novela para asarla —me dice.

No tengo ni idea de qué habla. Suele pasar.

—Lo hacía mi abuela con el pollo cuando quería que se asara más rápido. Básicamente, cortas la columna y metes a presión todas las piezas en una bandeja. —Ha tenido un buen día de escritura. Me doy cuenta por cómo mueve los brazos. Yo no. Llevo estancada en la misma escena desde hace una semana. No logro que mis personajes bajen las escaleras.

Ya le he contado por teléfono la visita de Luke, pero tenemos que darle más vueltas al asunto. Tengo que recrear cómo me mordió la rodilla. Tengo que decir con tono lúgubre «Voy poco a poco». Tengo que gritar la palabra «cartílago» en la calle. Pero el pecho me sigue ardiendo.

—Normalmente se me da mejor protegerme de este tipo de cosas.

—¿De un corazón roto?

—Sí. —Tengo la garganta cerrada—. Soy capaz de alejarme antes de que me golpee de lleno.

—Entonces, no es un corazón roto de verdad, ¿no?

La carretera y las casas con los patios grandes se vuelven borrosas.

—Me lo destrozó sin más. Ni siquiera sé dónde buscar los pernos y los tornillos para arreglarlo. Siempre pensé que si llegaba el momento en que no podía hacer nada más y simplemente dejaba mi corazón sobre la mesa… —Tengo que decir el resto con un gemido—. Lo hice. Esta vez lo hice. Y no fue suficiente.

Me rodea con un brazo y me aprieta con fuerza.

—Sé cómo te sientes. Sabes que lo sé. Pero es bueno que te destrocen al menos una vez —comenta—. No puedes amar desde el interior de una caracola gruesa y grande.

Gira a una pequeña calle bordeada por automóviles. La fiesta es al fondo a la izquierda, en una casa gigante: balcones cubiertos de ventanas, tres plantas, tejado abuhardillado. La puerta está abarrotada de gente. Nos quedamos en la entrada sin poder entrar. Los demás invitados son, en su mayoría, unos veinte o treinta años mayores que nosotras; las mujeres llevan medias y tacones, los hombres lucen chaquetas deportivas. El ambiente huele a fiesta de los setenta, loción para después del afeitado y guindillas.

La celebración es para un escritor que dirige un taller de escritura en su casa, cerca de Square, las noches de los miércoles. Muriel ha estado animándome para que me una, pero la idea de enseñar a alguien una parte de mi novela duele demasiado como para siquiera considerarlo ahora mismo. No puedo mirar atrás, tengo que seguir moviéndome hacia delante. Ella insiste en que no tengo que enseñar mi trabajo, que puedo limitarme a observar el entorno, a conocer gente que no te hace sentir una demente por las elecciones que has tomado en tu vida. El escritor fue profesor de la Universidad de Boston hasta hace tres años, cuando murió su esposa, y entonces dejó de enseñar a escribir a tiempo completo para pasar tiempo en casa con sus hijos. Pero echaba de menos enseñar y por eso comenzó el taller. Muriel especifica que no enseña *exactamente*. Hace que la gente lea su obra en voz alta, pero apenas habla cuando han terminado. Han llegado a la conclusión de que, si le gusta lo que escucha, mueve las manos a las rodillas. Y si no, se queda de brazos cruzados. Si le encanta de verdad, entrelaza los dedos sobre el regazo.

Muriel me ha llevado a otros dos eventos literarios a principios del verano: a una lectura en un apartamento casi tan pequeño como el cobertizo en el que la gente leía cuadernos en la oscuridad con voz temblorosa, y a la presentación de un libro de poesía titulado *Mierda y más mierda,* en un supermercado de Central Square. Definitivamente, esto es un paso adelante. Avanzamos por el vestíbulo

hasta un salón que está algo menos atestado de gente. Es una habitación grande con sofás y mesitas con flores, muebles con cajones con tiradores de latón y pinturas al óleo enormes, contemporáneas, abstractas, con pegotes de pintura como si fueran bolitas en un jersey viejo.

Muriel me agarra del brazo y tira de mí por debajo de un arco hasta una habitación más pequeña llena de libros. Allí solo hay un chico que mira las estanterías.

—Hola —saluda y me doy cuenta de que apenas lo conoce por la pausa que hacen antes de darse un abrazo. Normalmente, Muriel acosa a la gente—. Nuestra nueva víctima para el taller.

—Silas —se presenta. Es alto y está inclinado, como si caminara apresurado, pero está de pie.

—Casey. —Le tiendo la mano.

Cambia un libro de una mano a otra para estrechármela. Tiene los ojos de color marrón oscuro, entrecerrados.

Muriel señala el libro.

—¿Ya has comprado un ejemplar?

—Ha sido un poco por compromiso. He sido uno de los primeros en llegar y me lo encontré sentado a la mesa del salón con un montón de libros a su lado. —Nos lo enseña—. No me ha reconocido. Y nos vimos la semana pasada. Le he dicho mi nombre, pero no lo ha entendido bien. —Pasa a la página del título.

«Sigue adelante, Alice», escribió encima de la firma.

Nos echamos a reír.

Dos mujeres nos saludan con la mano desde el fondo de la otra habitación, tratando de abrirse paso hasta nosotros. Muriel las ve y se adelanta entre la multitud para encontrarse con ellas a medio camino.

Le quito el libro de la mano a Silas. Me hormiguean las pantorrillas, igual que cuando estoy en una librería o en una papelería. La cubierta es preciosa, abstracta, azul marino con rayos de luz de color marfil. Tiene el papel grueso, anticuado, se parece al de una máquina de escribir. Se titula *Thunder Road*, de Oscar Kolton. No he leído nada de él. Creo que Paco tenía un libro suyo, y a mí no me gustaban los mismos autores que a él, hombres que escribían frases dulces, poéticas, que intentaban ocultar el narcisismo y la misoginia en sus historias.

Sostengo el libro y me imagino que lo he escrito yo. Me imagino que tengo en mis manos mi propio libro.

—¿Crees que sabe que ese título ya se ha usado? —pregunto con la esperanza de que Silas no haya notado mi gesto de avaricia.

—A lo mejor deberías de contárselo.

—Pon música, amigo. —Finjo que me dirijo al salón—. Va a ser todo un

éxito.

Leemos la publicidad que hay en la cubierta: «Kolton nos ha entregado siempre verdad y belleza a raudales, pero en esta ocasión nos deja echar un vistazo a lo sublime».

—A mí no me importaría echar varios vistazos a lo sublime —señala Silas.

Miro la solapa del final para ver el aspecto que tiene Oscar Kolton. Silas examina la foto conmigo. Está tomada desde un lateral, tiene uno de los hombros al fondo, el codo apoyado en la rodilla, el bíceps flexionado. Se sostiene las gafas y tiene una mirada amenazadora. El contraste entre el negro y el blanco es tan intenso que la cara parece cincelada, como una pared de roca fotografiada por Ansel Adams, y la luz del foco le ha convertido las pupilas en agujeritos.

—¿Por qué los hombres salen siempre con este aspecto en las fotografías de autor?

—Mis pensamientos más profundos me lastiman —dice Silas con voz aguda.

—Exacto. O —intento imitarlo— tendré que matarte si no lees esto.

Suelta una carcajada.

—En el caso de las mujeres —tomo de la estantería un libro de una escritora a la que admiro—, tienen que parecer agradables. —La foto respalda mi argumento a la perfección. Esboza una enorme sonrisa comprensiva. Le coloco la foto delante a Silas—. Por favor, quiero gustarte. Soy una autora que ha ganado premios, muy agradable y totalmente inofensiva.

Sacamos varios tomos más de la estantería y todos ellos apoyan mi teoría de género.

—¿Y cómo posarías tú? —me pregunta.

Pongo una mueca y le enseño el dedo corazón de ambas manos. Se ríe de nuevo. Tiene un diente delantero roto, con un corte limpio en diagonal.

Muriel se acerca a nosotros con sus amigas.

—¿Leíste en el taller el miércoles pasado? —pregunto.

—Sí.

—¿Y qué hizo con las manos?

—Fui malo, creo. Las llevó a la espalda.

—¿Qué significa eso?

—Nadie supo decírmelo. No lo habían visto antes. —Vuelve a enseñarme el diente. Al parecer, no le importa mucho el veredicto de Oscar—. ¿En qué estás trabajando tú?

—Soy camarera.

Mi mira con el ceño fruncido.

—¿Qué estás escribiendo?

—Una novela.

—Impresionante.

—Llevo seis años con ella y sigo sin tener un borrador completo ni un título, así que no creo que sea tan impresionante. ¿Vas a volver la semana que viene?

—No lo sé. Creo que es todo muy religioso para mi gusto. Mucha genuflexión verbal.

—¿En serio? —Muriel no me lo ha descripto de ese modo.

Silas vacila.

—No se trata del todo de un intercambio libre y abierto de ideas. La gente toma nota de todo lo que él dice. —Se agacha y finge que escribe algo en una libreta—. Y, bueno, es una tontería, pero en un momento dijo que todas las líneas del diálogo tenían que tener al menos dos motivos, y yo le pregunté qué pasaba si el personaje tan solo quería saber qué hora es. La gente se quedó con la boca abierta. Y luego silencio. A mí me gusta el debate, o a lo mejor es simplemente que no me gustan mucho las reglas.

Muriel y sus amigas están detrás de él. Silas se mueve unos centímetros para darles un poco más la espalda. No creo que sea un gesto deliberado.

—¿No has asistido nunca?

—No, trabajo por la noche.

Me mira como si supiera que no le he dicho toda la verdad y fuera a añadir algo, pero Muriel lo interrumpe.

—Mirad, gente real del mundo real —comenta.

Nos presenta a sus acompañantes. Una es médica de enfermedades infecciosas especializada en la investigación del SIDA y la otra dirige una organización sin ánimo de lucro en Jamaica Plain. Las dos están maquilladas y llevan pulseras y vestidos que no han comprado en los grandes almacenes T. J. Maxx, de Fresh Pond. Han cruzado la habitación para conocer a Silas y lo acribillan a preguntas. Me retiro de la conversación y de la habitación.

No tengo dinero para comprar un ejemplar de *Thunder Road*, pero sigo la cola que va desde la entrada hasta el salón. Entro en la cocina y miro al escritor por la ventana. Lo veo de espaldas y una mujer menuda se inclina sobre la mesa, hacia él, llevándose el libro que le acaba de firmar al pecho. Ella sigue hablando cuando él acepta el libro de la mujer que va detrás. Tan solo le veo la espalda, la cinta de una corbata azul que asoma bajo el cuello y una escápula que sobresale de la camisa blanca mientras firma. No veo si tiene la cara marcada y expresión de cabreo como en la foto.

Las superficies de la cocina están todas cubiertas de bandejas de horno y platos con aperitivos. Cada pocos minutos, entra un sirviente para rellenar. Es raro que no sea yo la que lleva el pelo recogido y un delantal.

—¿Higo envuelto en jamón? —me pregunta la sirvienta con la cara llena de

pecas.

—Muchas gracias —respondo, intentando mostrar mi vínculo con ella. Tomo un higo de la bandeja y una servilleta de su otra mano. Me molesta que la gente no agarre la servilleta—. Gracias, tiene muy buena pinta. —Pero ya se ha adelantado hasta el grupo que hay en el comedor.

Cuando vuelvo a la biblioteca, Silas ya no está, las mujeres del mundo real ya no están y Muriel conversa sobre Corman McCarthy con tres hombres con bigote.



El asfalto se ve violáceo por la niebla. Muriel y yo caminamos por mitad de la carretera mientras descendemos la colina. El sol se ha puesto, pero aún hace calor. Me pitan los oídos por las voces de la fiesta. Hablamos de un libro titulado *Problemas* que leí y le presté. Le ha gustado tanto como a mí y comentamos las partes que nos han parecido mejores. Que te encante el mismo libro que a otra persona es un placer compartido, un momento de intimidad. La biografía breve de la última página dice que el autor, J. G. Farrell, murió mientras pescaba, arrastrado por una ola.

—¿Crees que es un eufemismo irlandés para referirse al suicidio? —pregunto.

—Puede que sí. Sales a cambiarle el agua al pajarito y te arrastra una ola violenta.

A las dos nos encanta la literatura irlandesa. Hemos llegado al acuerdo de que iremos juntas a Dublín cuando tengamos dinero.

Le comento que Silas me ha dicho que las veladas de los miércoles le parecen de culto. Se queda pensativa.

—Hay mucha gente allí que quiere ser como Oscar y otras personas quieren acostarse con él. A lo mejor sí que parece un culto.

—¿Y en qué lado te encuentras tú?

—Ser como él, por supuesto.

—¿La gente se acuesta con él?

—No. El invierno pasado escribió un artículo para *Granta* sobre su esposa fallecida y aseguraba que no puede pensar en otras mujeres. Hubo personas que se enfadaron.

Nos despedimos con un abrazo cuando llegamos a su apartamento, hablamos otra media hora y volvemos a abrazarnos.

Las calles se encuentran tranquilas de camino a casa, el río está calmo y brillante. El cielo es del azul más oscuro posible antes de tornarse negro. He recorrido ya la mitad del puente de la Universidad de Boston cuando comprendo



que estoy terminando esa escena en mi cabeza. Están hablando y los oigo, y al fin están bajando las escaleras.



El pasado otoño, el novio de Muriel le dijo que necesitaba estar solo en una habitación llena de libros. Llevaban juntos casi tres años. Le dijo que, si seguían juntos, se casarían y se reproducirían, y que él necesitaba escribir. «Y yo también», le contestó Muriel. A ella le importaban una mierda las bodas y los niños. Pero él no lo entendía, contestó, a pesar de que tenía dos carreras. Necesitaba estar solo en una habitación llena de libros. Se marchó a vivir a la tercera planta de la casa de su hermano, en Maine. Eso sucedió hace diez meses. Y no han vuelto a tener contacto.



Una semana después de la fiesta por la presentación del libro, Muriel asiste al *bat mitzvah* de su sobrina y conoce a un chico.

—Me gustó —dice—. Christian.

—¿Christian?

—Mi padre dijo «Muy propio de Muriel conocer a un hombre llamado Christian en un *bat mitzvah*».

Está contenta.

Al día siguiente la llama David, su antiguo novio. Se dice que las mujeres tienen intuición, pero que los hombres son capaces de oler la competencia a kilómetros de distancia.

—Quiere verme —me cuenta—. Quiere dar un paseo.

—¿Sigue en su habitación llena de libros?

—No lo sé —responde medio riendo, medio llorando—. Christian es un buen tipo. Se supone que íbamos a salir el jueves por la noche. Ah, mierda, casi se me olvida. Silas me pidió tu número de teléfono.



Me llama a la mañana siguiente. No recuerdo qué aspecto tiene, o, más bien, no logro conjugar lo que recuerdo de él con la voz. Es grave y ronca, como el sonido de un motor estropeado. La voz de un señor mayor. No estoy segura de que sea él.

Me pregunta si me gustaría ir al Museo de Bellas Artes el viernes por la noche.

—Abre hasta tarde y podemos ir a tomar algo después.

A tomar algo. Es una frase que diría mi madre.

—Claro. —Me dan ganas de reír. No sé por qué, pero no quiero que me oiga.

—Te estás riendo.

—No. —*Sí*—. Lo siento, es mi perro. Está haciendo un gesto con las orejas.

—¿Cómo se llama?

No sé cómo se llama el perro de Adam y no está en el cobertizo conmigo. ¿De verdad no conozco el nombre de ese perro?

—Perro de Adam.

—¿Tu perro se llama Perro de Adam?

—No es mi perro en realidad. Es de Adam. Mi casero. A veces cuido de él y no sé cómo se llama.

Silencio.

No debería de haber respondido al teléfono por la mañana.

—Bueno, seguro que sí lo sabía, que me lo dijo, pero se me ha olvidado. Tengo que pasearlo todas las mañanas, en el tiempo que dedico a escribir, y me molesta tanto que no quiero saber su nombre. Además, lo hago solo para que me reste cincuenta dólares de la renta.

—Y no te reías por eso.

—No, no sé por qué me he reído.

Silencio.

—Es que no me pega tu voz con tu cuerpo ahora mismo. —Pongo una mueca al pronunciar la palabra «cuerpo». ¿Por qué estaba hablando de su cuerpo? —. Y la expresión «tomar algo» me recuerda a mi madre. —*No le cuentes que tu madre está muerta. Te ha llamado para pedirte una cita. No menciones a tu madre muerta.*

—Ah. —Suena como si estuviera cambiando de postura, reclinándose, ahuecando un cojín bajo la cabeza, tal vez—. ¿Te llevas bien con ella?

—Sí, muy bien. Estupendamente. —Pero no quiero fingir que está en un lugar en el que no está, como con el perro—. Pero murió, para tu información.

—*¿Para tu información?*

—Ah, vaya. Lo siento. ¿Cuándo?

—Hace poco.

Me lo sonsaca todo, absolutamente todo lo que sé sobre su viaje a Chile. Aún duele contarlo. Él me escucha. Respira en el teléfono. Me da la sensación de que ha perdido a alguien cercano. Eso se nota en las personas, la franqueza, o tal vez es empatía por lo que les cuentas. Con otras personas, las que no han pasado por algo similar, notas un muro sólido. Tus palabras se dispersan.

Le pregunto y me cuenta que su hermana murió hace ocho años.

—Suelo decir que fue en un accidente mientras hacía senderismo. Que se cayó. Pero la alcanzó un rayo. La gente se sorprende mucho. El simbolismo. O los detalles físicos. Da igual, pero eso me molesta.

—¿Dónde estabas cuando te enteraste? —No sé por qué, pero necesito imaginarlo en ese momento. Es un momento horrible. Yo respondí al teléfono a las cinco de la mañana en una diminuta cocina de España.

—En casa, en la casa de mis padres. Supuestamente iba a acompañarla a la excursión, pero me enfermé. Ese era el primer día que me sentía bien. Fui al centro comercial a comprarme unas zapatillas de deporte y, cuando regresé, mi padre me pidió que me sentara. Le dije que no quería sentarme. Me lo contó todo. Yo ya lo sabía. Estuve mucho tiempo enfadado porque me obligó a sentarme. Algo así te arranca de la vida y sientes durante un buen rato que simplemente levitas por encima de la gente y que nada tiene sentido, y que tú tienes en las manos una caja con unas zapatillas… —Oigo una voz de fondo, de una mujer—. Oh, perdona, Casey, tengo que irme. Mi clase empezó hace doce minutos.

—¿Estás en clase?

—Enseño. En la escuela de verano. Siento tener que colgar justo ahora, pero esa ha sido la directora de mi departamento. ¿Te puedo llamar esta noche?

—Trabajo. Te veo el viernes en el museo. —No quiero pasar mucho tiempo al teléfono, luego en persona será muy incómodo, como en esa historia, *The Letter Writers*, sobre un hombre y una mujer que se enamoran a lo largo de diez años de correspondencia y, cuando se conocen, sus cuerpos no están a la altura de sus palabras.

Colgamos. Vuelvo a ser consciente de mi habitación, de la mesa, la libreta. Sigue siendo por la mañana. Durante los minutos que hemos pasado hablando por teléfono, no me he preocupado ni una sola vez porque estuviera quitándome tiempo de escritura.

Muriel llega al cobertizo después del paseo con David. Preparo té y nos sentamos en la cama.

—Pensaba que estaría distinto, que tendría la mirada loca de Jack Nicholson. Temía que estuviera distinto. Pero es exactamente el mismo. —Se le quiebra la voz—. Es el mismo. Y no he podido tocarlo. No me atraía. Empezamos a pasear y me rodeó con un brazo y pensé que podría superarlo, ese sentimiento, porque era exactamente tal y como esperaba. Quiere que volvamos. Me ha dicho que cometió un grave error. Y yo no podía dejar de pensar: *¿cuándo podré volver a mi coche?* Intenté ocultárselo, pero se dio cuenta y me dijo que estaba muy fría, que tenía los ojos como los de una serpiente. Y luego se vino abajo y dijo que teníamos algo perfecto y que él lo sabía, que la única razón por la que se marchó es porque estaba seguro de que no se iba a acabar. Le dio miedo. Pensar en el resto de su vida lo asustaba. Pero admitió que perderme era todavía más aterrador.

—¿Dónde estabais?

—Fresh Pond. Dimos vueltas y vueltas durante horas. Se puso muy dramático, rodeándome, levantando los brazos. En un momento incluso golpeó sin querer a un hombre que iba corriendo. Le pregunté varias veces que por qué no me lo había contado antes y me dijo que no sabía. Se puso a llorar. Nunca lo había visto llorar de verdad. Fue horrible. Pero fui incapaz de fingir. Ni siquiera pude decirle que me lo pensaría. Se acabó. Estaba muy claro. Y cuando intentó besarme, lo aparté. Lo empujé con los brazos antes incluso de saber lo que iba a hacer. Sentí una repulsión muy física. Fue algo biológico. Como si supiera que nunca tendría hijos con ese hombre. Fue horrible y muy incómodo. Era capaz de ver todas las cosas que antes me encantaban de él, las veía, pero ya no me gustaban.

Se derrumba. Se dobla sobre sí misma en el sillón y yo la abrazo, le acaricio la espalda y le digo que todo saldrá bien, que es lo que ella ha estado haciendo por mí todo el verano. Preparo más té y tostadas con canela, volvemos a la cama y nos apoyamos en la pared, comiendo y bebiendo mientras miramos el porche por la única ventana de mi vivienda, donde Adam parece estar discutiendo con Oli, la mujer de la limpieza.

—¿Ha escrito David el libro? —pregunto.

—Ni siquiera lo ha empezado. —Sopla el té—. Y yo he escrito doscientas sesenta páginas desde que se marchó.



En el almuerzo, Fabiana me sienta a dos médicos en un rincón. Llevan todavía las tarjetas enormes con sus nombres colgadas de los bolsillos de la camisa. Según pone en la identificación, los dos son internistas en el hospital Mass General. Cuando les sirvo agua, están hablando de una biopsia hepática laparoscópica y, cuando dejo los sándwiches, han pasado a conversar sobre una guardia.

Si no llevaran toda la comida hablando de medicina, no habría dicho nada. Aguanto hasta que les sirvo los cafés.

—¿Puedo hacerles una pregunta rápida?

El que está sentado a la izquierda se entretiene con el azucarillo. Me ve venir. Pero el otro, que es mayor, asiente.

—Por favor.

—Mi madre fue a Chile el invierno pasado. Voló de Phoenix a Los Ángeles y de ahí a Santiago. Tenía tos residual de un resfriado, pero no había fiebre. Aparte de eso, gozaba de buena salud. Cincuenta y ocho años. Ningún problema médico. —Lo pronuncio todo perfectamente, como si se tratara de un discurso memorizado—. Pasan cinco días en la capital, luego vuelan al archipiélago de Chiloé, donde visitan varias islas, y en la isla Caucahué se despierta con frío y dificultades para respirar. Sus amigas la llevan a una clínica, donde le ponen oxígeno y piden una ambulancia aérea, pero antes de que llegue, muere.

Ambos parecen aturdidos. El más joven sigue con la bolsita de azúcar en la mano.

—¿Qué creen que sucedió? El certificado de defunción dice que fue un paro cardíaco, pero no fue un ataque al corazón. ¿Por qué se le paró el corazón? ¿Fue un embolismo pulmonar? ¿Por el vuelo tan largo? Eso es lo que cree el novio de mi hermano, pero él es oftalmólogo.

Los dos médicos se miran, y no es una mirada de consulta, más bien de alarma. Del tipo «¿cómo salimos de esta?».

—¿No se hizo autopsia? —pregunta el más joven, que al fin echa el azúcar en la taza del café.

—No.

—Lo siento mucho —dice el mayor—. Ha debido de ser terrible.

—Sin su historial, un informe completo… —comenta el otro y alza las manos.

—Probablemente fuera un embolismo.

—¿Puede traernos la cuenta cuando pueda?

Se beben los cafés mientras la imprimo, dejan dos billetes de veinte dólares y salen apresurados del salón.



Janet, la amiga de mi madre, estaba con ella en la clínica de la isla. «No sufrió», me aseguró. No sintió dolor. Estaba medio dormida, se despertaba y se quedaba dormida. De repente se sentó, dijo que tenía que hacer una llamada telefónica, volvió a tumbarse y se murió. Me dijo que fue muy pacífico, como tras acabar un bonito día.

Llamé varias veces a Janet para intentar recabar más detalles aparte de lo del bonito día y que fue pacífico. Quería saberlo todo, las palabras exactas de mi madre, el olor de la clínica, el color de las paredes. ¿Había niños fuera jugando con una pelota? ¿Le sostenía Janet la mano? ¿A quién quería llamar? ¿Se oía algún ruido cuando se le detuvo el corazón? ¿Por qué se paró? Quería oír a mi madre contándolo. A ella le encantaban las historias. Le encantaba el misterio. Podía hacer que cualquier incidente menor sonara intrigante. En su versión, el médico tendría un ojo bizco y tres pollos con nombres de personajes de Tolstói. Janet padecería de miliaria en el cuello. Quería que ella, y nadie más, me contara la historia de cómo había muerto.



Su maleta llegó a la casa de Caleb y Phil tres días después del funeral. Caleb y yo la abrimos juntos. Sacamos el chubasquero amarillo, dos camisones de algodón, el bañador de cuadros rosas y blancos. Nos llevamos cada prenda a la nariz y todas olían a ella. Encontramos regalos en una bolsa de papel, unos pendientes de perlas y una camiseta de hombre. Eran para nosotros. Cuando terminamos de vaciar la maleta, introduje la mano en el interior de los compartimentos elásticos, segura de que habría algo, una nota o una frase de despedida por si acaso le pasaba algo. No había nada, solo dos imperdibles y una hebilla.



El resto de la semana no marcha bien. Mis problemas para escribir de siempre. Todas las frases me parecen vacías y los detalles, falsos. Salgo a correr por el río hasta Watertown, hasta Newton, dieciséis kilómetros, diecinueve, y eso ayuda, pero unas horas después las abejas vuelven a aparecer. Paso las doscientas seis páginas que tengo en el ordenador y echo un vistazo a las nuevas que he escrito en la libreta desde que volví de Red Barn. No encuentro un momento, una frase que esté bien. Incluso las escenas a las que me aferraba cuando todo lo demás parecía perdido, las primeras páginas que escribí en Pensilvania y el capítulo que redacté en Albuquerque que salió de mi interior como una aparición, palidecen. Todo parece un chorro de palabras, como si las hubiera redactado alguien con una enfermedad que provocara alucinaciones. *Estoy desperdiciando mi vida. Estoy desperdiciando mi vida.* Me golpea en el corazón.

Llueve tres días sin parar y el cobertizo empieza a oler a compost. Llego a Iris empapada y apenas me he secado cuando tengo que volver a casa en bicicleta. Intento doblar con cuidado la camisa blanca en la mochila, pero se arruga, y Marcus me riñe por ello. Cada día paso por la estación Sunoco, en Memorial Drive, veo las caléndulas feas en los parterres y las lágrimas cálidas se mezclan con la lluvia. La cita al final de la semana con Silas, por la que he cambiado un turno bastante lucrativo de viernes por la noche por un almuerzo del lunes, me genera mucho temor. Pero cuando no pienso en nada, recuerdo su voz por teléfono, el diente partido, y noto una sensación por todo el cuerpo: nervios.

Harry y yo hemos tenido dos turnos dobles juntos, el martes y el jueves. No soy una camarera muy eficiente cuando él está trabajando, nos ponemos a hablar y engatusamos a los cocineros para que nos preparen sándwiches o croquetas de cangrejo, y salimos a fumar con Alejandro a la escalera de incendios; nunca estamos cuando Marcos nos busca. Pero también soy una camarera más feliz. El encanto de Harry es contagioso. Mi servicio es peor, pero las propinas son

siempre mejores.

—No será una *panna cotta*, ¿no? —pregunta durante el almuerzo del jueves, con una *vichyssoise* y unos cafés helados en la barra que da a la cocina mientras Marcus entrevista a alguien en el despacho.

Harry me invitó a cenar después del primer turno que trabajamos juntos. Era guapo y divertido, con un acento británico muy sexy y una fachada de hetero impecable. Me contó que nació en Lahore, pero se mudó a Londres cuando tenía tres años.

«¿Al norte de Londres?», le pregunté yo, porque hablaba exactamente igual que un amigo que hice en París y que era de allí.

«Sí, Redbridge. ¿Quién eres, Henry Higgins?».

Explicó que se volvió inglés con nueve años, cuando pasó a un colegio nuevo y se cambió el nombre de Haroon a Harry.

«La piel se me aclaró por obra de magia. Parecía de broma. Después de eso, pasé a ser uno de ellos».

En el postre pensé en hablarle de Luke, contarle que no estaba preparada todavía para salir con nadie. Pero cuando llegó la *panna cotta*, mencionó a un ex llamado Albert. Me quedé anonadada. Después, lo llamamos la revelación *panna cotta*.

—¿Quién? —pregunto.

—Ese tal Silas.

—Mierda, espero que no. Si lo es, te lo puedes quedar tú.

—¿A un escritor? No, gracias.

—¿Por qué lo dices?

—No quiero a una persona que esté aquí todo el día. —Mueve los dedos alrededor del pelo negro y brillante—. Quiero un motor. Los escritores no son motores. No de los buenos. Y no podría estar con un escritor malo. Dios, sería horrible. —Lo pronuncia más bien «Horriiiiible». Va a entregar una cuenta a una de sus mesas dobles—. Además —prosigue cuando vuelve—, yo quiero ser el genio de las palabras. Me gusta dominar verbalmente. Tu mesa de tres quiere té caliente. Diles que hace treinta y dos grados ahí fuera y que se les van a derretir los labios.

Marcus sale del despacho cuando estoy sirviendo el té y Harry está tomando un pedido; ve nuestros cuencos con *vichyssoise*.

—No vuelvo a poneros juntos a vosotros dos en un turno. —Siempre dice lo mismo. Hace que parezcamos niños de seis años. Nos hacemos burla entre nosotros a sus espaldas.

Cuando llego a casa esa noche, bastante tarde porque ha habido una fiesta de cumpleaños de sesenta y una personas en el salón de abajo, hay un mensaje de

Silas en el contestador.

—Casey, lo siento, he tenido que salir de la ciudad. Por un tiempo. No sé cuánto. —Tiene la boca muy cerca del auricular y oigo coches pasando—. Siento no poder acudir a nuestra cita de mañana. De verdad. Pero es que… No sé. Apenas te conozco. Pero tenía que… Tenía que irme. Pero te llamo cuando vuelva. No. Bueno, no puedo. Cuídate. —Se produce un silencio y a continuación—: Mierda. —Y el auricular se estampa contra la horquilla.



—Otro imbécil que no es de fiar —le digo a Muriel.

—A lo mejor es una emergencia familiar.

—No. Empezó a balbucear en plan eh… he tenido que salir de la ciudad, eh… por un tiempo. Ni idea de cuánto.

Me mira con desconfianza.

—Me encantaría conocer a un hombre que quiera lo que dice que quiere. Nada de «Voy poco a poco» o «Necesito marcharme durante un período de tiempo indefinido». Por Dios.

—No des por perdido a Silas.

—Estoy dándolo completamente por perdido.

—Te voy a enseñar una historia que escribió.

—No, no quiero verla.



Muriel no quiere que desperdicie mi noche libre del viernes e invita a algunas personas a cenar a su casa.

Harry cambia el turno con Yasmin y me acompaña. Flirtea con todos los chicos heterosexuales, pues asegura que han dejado de gustarle los hombres gais. No le fue muy bien con el ayudante de camarero en Provincetown. Muriel sirve pollo al estilo marroquí, cuscús y sangría. Ha extendido una tela *batik* sobre el sofá.

—Muy bohemio y multicultural —observa Harry.

La mayoría de los amigos de Muriel son escritores, escritores de verdad y no como mis viejos amigos, que lo superaron como si se tratara de un resfriado. Ha colocado la comida como si fuera un bufé en el escritorio, que ha cubierto con un sari y ha separado de la pared. Me lleno el plano al lado de un chico que se hace

llamar Jimbo y publicó una novela el año pasado. *Motorcycle Mama*. Recibió críticas de todo tipo, según me contó Muriel, pero a él le hicieron un contrato de seis ceros para el siguiente libro.

—Cuidado con el cuenco oscuro con carne picada —me dice, dándome un golpecito en el hombro con el suyo. Se le nota que no sabe si nos conocemos, o si nos hemos acostado. Ninguna de las dos cosas. No le hago caso—. Rudy —llama con un volumen innecesario y al lado de mi oreja al chico que tengo al otro lado —. Esto se parece a lo que hacíamos en el club de Harvard en las noches libres de Pepe. —Por si hay alguien que no sepa que fue a Harvard. Se mueve por la habitación, gritando.

Aquí, la única persona, aparte de él, que ha publicado un libro es Eva Park. Su colección de relatos breves fue increíble, obtuvo mucho reconocimiento el año pasado y ganó el premio PEN/Hemingway. Está sentada en un taburete, escuchando a dos colegas de Muriel que le explican por qué su obra es una obra maestra de la ficción contemporánea. Conocí a Eva hace seis años, cuando estaba trabajando en el libro. «No son relatos», me explicó, «son pequeños pólipos que intento quitarme del cerebro». Por entonces desprendía mucha energía nerviosa. Todo esto parece haberla dejado sin vitalidad. Ahora se ve avergonzada de ser quien es, ahí sentada, en ese taburete. Parece afligida por todos los cumplidos que le están prodigando los colegas de Muriel. Los hombres sobrellevan mejor el éxito. Al otro lado de la habitación, Jimbo levanta una botella y grita que se ha terminado el Grey Goose.

Muriel me llama y me pide que me siente en el sofá entre ella y su amigo del máster, George, que ha aparecido sin avisar, algo que, al parecer, hace de vez en cuando. Me ha hablado de él. Es infeliz y vive en California del Norte. Estamos muy juntos en el sofá y tenemos que apartarnos un poco el uno del otro para enfocarnos. Tiene una cara regordeta y gafas de montura dorada. Los ojos se le ven grandes y redondos a través de las lentes.

Harry está al otro lado de Muriel y han aumentado la intensidad de la conversación para forzarnos a George y a mí a hablar entre nosotros. Ya conozco parte de su historia. Él y su esposa fueron juntos a Ann Arbor para hacer el máster. Él estaba en el programa de ficción con Muriel y su mujer, en el de no ficción. Durante el segundo curso, ella empezó a sufrir migrañas y la enviaron a un especialista. En la tercera cita, el médico cerró la puerta y tuvieron sexo. Sobre la mesa de diagnóstico, cubierta con el papel arrugado. El médico permaneció de pie todo el rato. Yo no debería de conocer esos detalles, pero los conozco. Todos los eslabones de la cadena son escritores (su esposa, George y Muriel), así que no se olvidan de los detalles. La mujer ya no sufre migrañas y vive con el médico, y George tiene el corazón roto y enseña composición en Greensboro, la

Universidad de Carolina del Norte.

—Muriel dice que tu novela trata de Cuba —comenta.

De pronto se me ocurre que la cadena funciona en ambas direcciones, que seguramente lo sepa todo sobre Luke y que los detalles jugosos de Red Barn tampoco se han olvidado.

—No es que sea de Cuba. Sucede allí.

—¿Por qué?

—Mi madre vivía allí cuando era pequeña. Sus padres eran estadounidenses, pero después de la guerra, su padre abrió una clínica de medicina en Santiago de Cuba. Cuando ella tenía diecisiete años, tuvo que decidir entre escaparse con su novio y unirse a los rebeldes en las montañas o marcharse de Cuba con sus padres. En el libro, elige el amor.

—Y la revolución.

—Sí. —El amor y la revolución. Aparto el pollo en el plato de papel. Tengo que cambiar de tema. Hablar de mi libro me hace sentir que me despellejan viva —. John Updike vino al restaurante donde trabajo hace unas semanas y, mientras le servía la ensalada a la mujer que estaba sentada a su lado, ella le decía lo mucho que le había gustado *El Centauro*, y él sacudió la cabeza y dijo que solo lo había escrito porque, por entonces, no tenía más ideas. Así es como me siento yo, más o menos. *—Amor y Revolución*. No me disgusta.

—¿Le dijiste a Updike que eras escritora?

—No. —Suelto una carcajada—. Por Dios, no. —Pero cuando a la mujer a la que le encantaba *El Centauro* se le cayó el tenedor y me agaché para recogerlo, toqué una de las borlas de cuero de su mocasín para que me diera suerte—. ¿En qué estás trabajando tú ahora?

—Ah. —Se mira los dedos, con los que retuerce la servilleta—. Estoy un poco estancado.

—¿Con qué?

—Un relato.

—¿De qué trata?

La pregunta lo aflige.

—Una especie de atraco artístico en la Horda de Oro, en 1389.

Ojalá estuviera bromeando, pero no es así.

—Vaya. ¿Cuánto tiempo llevas con él?

—Tres años.

—¿Tres años? —No es mi intención decirlo de esa forma—. Ya debería de parecerse más a una novela.

—Tiene once páginas y media.

Ese es un detalle que no ha compartido Muriel conmigo, más peculiar e

íntimo y, en mi opinión, más horrible que la infidelidad de su mujer. No sé qué decir.

—¿Tienes que trabajar mañana por la noche en el restaurante? —me pregunta.

—Sí.

—¿Y pasado mañana?

—Sí, la mayoría de las noches. ¿Por qué?

—Estoy intentando pedirte una cita.

Pero no puedo salir con un hombre que ha escrito once páginas y media en tres años. Esas cosas son contagiosas.



Llega agosto e Iris se convierte en una fábrica de bodas: pruebas de menú, recepciones y alguna pequeña ceremonia en la terraza. En estos eventos, el restaurante se cierra al público y servimos ostras, tostas de cangrejo, higos rellenos y bolitas de *risotto* con copas de champán, todo en las bandejas de plata especiales. Cuando los invitados se sientan por fin, ponemos ensaladas, luego platos y, a continuación, postres. Les servimos agua y vino. Hay períodos largos de tiempo en los que tenemos que esperar, alineados junto a la pared, observando la fiesta, cada uno de nosotros con nuestro cinismo particular.

El personal de camareros no es joven. La mayoría estamos al final de la veintena y en la treintena y, por muy mayor que sea Mary Hand, solo Victor Silva está casado. A Dana todas las damas de honor le parecen adolescentes que solo quieren discutir entre ellas. Harry opina que todos los novios siguen metidos en el armario y le tiran los tejos. Mary Hand permanece con los músicos en un rincón, asegurándose de que comen y beben todo lo que desean. Yo siempre digo que la pareja es demasiado joven. Nunca parecen conocerse muy bien, se miran el uno al otro con cautela.



Ni uno solo de los eventos de agosto me hace sentir que casarse sea una buena idea. De todos modos, nunca he aspirado a eso. Mis padres estuvieron casados veintitrés años y no lograron que pareciese tentador.

«Me gustaba su pelo», me dijo una vez mi padre cuando intenté sonsacarle por qué se coló en un club de golf de Cabo Cod para conocer a mi madre.

Ella estaba allí con una amiga de la universidad y él estaba en un torneo. Mi padre le contó que había participado en una liga menor durante casi una década, y si no cumplía ese año los requisitos para la Asociación de Golfistas Profesionales

de América, lo dejaría. Mi madre le preguntó qué haría entonces. «Casarme contigo», respondió él.

Mi madre me contó que la conquistó con su espíritu viajero. Él podía enseñar golf en cualquier lugar. Era mejor profesor que jugador, según le había confesado. Podrían pasar un año o dos en el sur de Francia, Grecia, Marruecos. Ir a Asia. Le aseguró que en Japón había mucho interés por el golf. Después, tal vez hubieran abierto Cuba de nuevo. A lo mejor podía llevarla allí a vivir, le aseguró. Ella dejó la universidad para casarse con él, pero mi padre la sorprendió después de la luna de miel comprando una casa en el norte de Boston. Consiguió trabajo en un instituto y nunca se marcharon. En lugar de amor y revolución, en lugar de viajar por el mundo, mi madre se convirtió en la radical de nuestra ciudad conservadora que distribuía panfletos y alquilaba furgonetas para asistir a protestas en contra de la discriminación, de Vietnam y del poder nuclear. En ocasiones solo iban ella y Caleb en esas furgonetas.

Empezó a acudir a St. Mary en busca de ayuda para permanecer casada, para recordar la lealtad, entender el deseo de Dios. Pero después de seis meses yendo a la iglesia, solo halló a Javier Paniagua. Él era el nuevo capiscol a sus veintiséis años, mi madre tenía treinta y siete. Tocaba música folk con la guitarra y supervisaba el patio de recreo después de misa. Recuerdo su primer día, cuando yo tenía once años, porque me permitieron jugar fuera más tiempo después de las clases del domingo. Normalmente, mi madre me llamaba desde el aparcamiento y yo acudía inmediatamente. Solía mostrarse tensa e impaciente, rechinaba los dientes y me tiraba del brazo si la hacía esperar. Pero ese día cruzó el espacio de hierba seca y clavó los tacones en la madera para preguntarle por una canción que había tocado. Le dijo que había escuchado la canción cuando era una niña y vivía en Cuba, y eso captó su interés.

Al principio, a mi padre le hacía gracia que mi madre fuera a la iglesia. Prefería eso a las protestas. Incluso nos acompañaba en Navidad y Semana Santa. Después de unos años, sin embargo, empezó a molestarle. Llamó a la iglesia St. Fairy y se burló del padre Ted, un hombre de tez rosácea en la cincuentena que se parecía al capitán Stubing, de *Vacaciones en el mar*. «El padre Ted moja la cama», dijo en un intento de hacerme reír. No entendía que la verdadera amenaza era el chico de los rizos de la guitarra.

Javier estuvo casi cinco años en St. Mary (no sé qué hacía los días que no eran domingo o cuando empezaron su aventura), hasta que le diagnosticaron cáncer, la misma leucemia que había matado ya a dos pilotos con los que lanzó químicos en el sur de Vietnam. Cuando el tratamiento de Boston falló, mi madre lo llevó con su familia en Phoenix y se quedó allí hasta que lo enterraron un año y medio más tarde.

Mi madre volvió a finales de la primavera de mi segundo año en el instituto. Alquiló una casa pequeña a las afueras de la ciudad. Mi padre y yo nos habíamos mudado con una mujer llamada Ann y no pusieron objeción cuando me fui a vivir con mi madre. Al principio no se comportaba de forma familiar, llevaba vaqueros azules y cinturones, y lloraba mucho.

Pero conmigo hizo un esfuerzo. Yo había adornado la pared de mi habitación con una fotografía de Lady Di y, cuando el príncipe Carlos se casó con ella ese mes de junio, me despertó a las seis de la mañana con unos *scones* con frambuesas y una tetera llena. Vimos el trayecto del carruaje hasta Londres y parecía emocionada, pero, cuando llegaron a la catedral y las cámaras enfocaron sus caras, le cambió el humor. «Está aterrada», me dijo. «Y míralo a él, tan frío. Pobre chica. Pobre chica», repitió una y otra vez. Mi madre tenía la misma edad que Diana cuando se casó con mi padre. Diecinueve. «No vayas a acabar nunca en esa situación», me pidió. «Nunca», repitió mientras Diana subía despacio los escalones con la larga cola del vestido detrás. «El matrimonio es lo opuesto a un cuento de hadas», insistió.

Volví a la cama antes de que pronunciaran los votos.



En Iris, cuando me inclino para rellenar un vaso o encender una vela, oigo las conversaciones de los invitados.

—Siempre ha estado enamorada de su compañero de piso.

—La ha obligado a añadir dos ceros al acuerdo prenupcial.

—¿Tan difícil es encontrar a un maldito católico en esta ciudad?

—Ella me contó que parecía un cosaco en la cama.

—¿Un qué?

—Ya sabes, muy rígido. Como una muñeca que no se mueve.

Y en los brindis se presiente todo: el rencor que hay entre las dos familias, la promiscuidad, el amor no correspondido, el mal comportamiento, las confesiones de última hora… Todo ello pronunciado por invitados borrachos que concluyen con clichés edulcorados. Los ritos del matrimonio son un negocio caro y deprimente. Lo único que puede frenar mi escepticismo es que la madre de la novia se levante. Da igual lo que diga, no importa lo mal que se exprese ni si es fría o tranquila, o habla de clichés, siempre lloro. Harry me toma de la mano.



Agosto no termina nunca.



Mis viejos amigos también se están casando. Las invitaciones terminan encontrándome, enviadas desde Oregón, España o Albuquerque.

Por desgracia, a veces esas invitaciones llegan antes de que se celebre la boda.

Marco la casilla que indica que no podré asistir de la tarjetita que tengo que devolver y escribo una disculpa sin dar ninguna excusa. No menciono las deudas, ni mi compromiso laboral con las bodas de personas extrañas, ni mi perplejidad ante la idea de que vayan a participar en un rito vacío y misógino que terminará sin duda en tristeza.

Cuando solo hay que marcar una casilla es fácil. Es peor cuando te llaman por teléfono. Tara, del instituto, me llama y me pone en un compromiso. Quiere que sea su dama de honor. En noviembre. En Italia. Ella conoce mi situación, no sé por qué me tiene que pedir esto.

—Ya sé lo que vas a decirme, pero no te va a costar ningún esfuerzo. He conseguido un descuento enorme en los vestidos y solo cuestan trescientos. Y son clásicos, de color lila claro, puedes cortarlo después y ponértelo en más ocasiones. Y tenemos un acuerdo estupendo con una villa a las afueras de Roma. Es increíble e incluye las comidas. Solo cuatrocientos la noche cuando normalmente cuesta ochocientos. Y hemos reservado los billetes de avión, en primera clase. Si lo compras antes de que acabe la semana, solo te saldrá por setecientos cincuenta.

Actúa como si no estuviera hablando de dólares, sino de algo mucho más sencillo de conseguir, como si fueran pelos de mi cabeza, como si pudiera arrancármelos y dárselos.

—No tienes ni idea de lo lejos de mi alcance que está eso.

—Te necesito. Tienes que venir. No tienes elección, Casey. —El tono agudo que emplea me recuerda a cuando se dedicaba a adular a su madre hasta que conseguía lo que quería—. Tienes que ir a la boda de tu mejor amiga.

¿Mejor amiga? Es una buena amiga. Es una vieja amiga. Tan solo el olor del salón de sus padres me recuerda a tres años de mi vida, pero eso fue hace muchas vidas.

—Haría cualquier cosa por estar en ese precioso lugar viendo cómo te casas con el hombre de tus sueños. —Brian, un patán con la energía de un oso en hibernación—. Pero no tengo mil ochocientos cincuenta dólares. Ni siquiera tengo ciento cincuenta.

—Yo no puedo pagártelo, ya vamos a pagarle el viaje a mis hermanas.

—No es eso lo que estoy sugiriendo, nunca lo aceptaría.

—Tienes trabajo. Llevamos dos semanas sin poder hablar por todos esos turnos que tienes que trabajar. ¿En qué otra cosa vas a gastar ese dinero? Esta es

una de tus decisiones egoístas que lamentarás el resto de tu vida. Nos necesitamos la una a la otra. Tienes que superar las adversidades y los obstáculos para venir. Mete el dinero en una tarjeta de crédito y ven a mi boda.

—Lo he exprimido todo. No puedo acumular más deudas. Apenas llego a los mínimos.

—Por Dios, Casey. ¿No crees que tendrás que madurar en algún momento? No puedes estar así siempre, es el momento de comportarse como un adulto. No puedes vivir en tus mundos ficticios para siempre. Las personas tienen trabajos de verdad que les dan dinero de verdad para que puedan ser amigas de verdad en las bodas de sus mejores amigas. Yo volé desde Bermudas, donde estaba de vacaciones, hasta Arizona para el funeral de tu madre. Y no fue barato comprar el billete tres días antes.

Empieza a arderme la cara interna de los brazos.

—¿Sabía tu madre la cantidad de problemas que tenías?

Si no hubiera dicho eso, no habría pasado nada.

—¿Pagaste tú ese billete, Tara?

—¿Qué quieres decir?

—¿Pagaste tú el billete de Bermudas a Phoenix?

Silencio.

—Y si no contamos el salario de Brian en Schwab y la prestación de tu padre, ¿cuánto dinero ganarías trabajando a media jornada en esa organización sin ánimo de lucro? ¿Te podrías permitir ir de vacaciones a Bermudas o tu apartamento de dos habitaciones en el SoHo? ¿Acaso tú eres más adulta porque dos hombres te están ofreciendo un espejismo de la autosuficiencia?

Me cuelga.

Estoy sangrando amigos con todas estas bodas. Muriel y Harry son casi los únicos que me quedan.



El último día de agosto acudo a trabajar por la mañana y me encuentro a todos los camareros reunidos en la barra. Me da la sensación de que me he perdido una reunión, pero resulta que Mia está leyendo algo en voz alta:

—La limusina Mercedes chocó contra un muro en el túnel Alma, en el banco derecho del río Sena, debajo de la Place de l’Alma, según la policía. —Me cuelo entre Mary Hand y Victor Silva para ver qué está leyendo—. Los testigos declararon que el coche estaba lleno de sangre.

La portada del *Boston Globe* está en la barra con una enorme foto de un automóvil negro destrozado. El titular que hay encima: DIANA HA MUERTO.



Lo más duro de escribir es ponerte a hacerlo todos los días, entrar en esa membrana. Lo segundo más duro es salir de ella. A veces me adentro demasiado y cumplo las expectativas rápido. Después me siento totalmente abierta y descarnada. El mundo entero me parece húmedo y maleable. Cuando me levanto de la silla, lo estiro todo. La alfombra tiene que estar perfectamente alineada con los tablones del suelo. La pasta tiene que estar perpendicular al borde de la estantería. No puede haber ropa del revés. Tengo que tener el zafiro de mi madre centrado en el dedo.



Cuando tenía quince años, la novia de mi padre, Ann, me lavaba los jerséis. Mi madre solía lavármelos con el detergente Woolite y los dejaba sobre una toalla para que se secaran, pero ella estaba en Phoenix con Javi por entonces, y mi padre y yo vivíamos en la casa de Ann, que se encargaba de recoger mis jerséis mientras yo estaba en clase. Volvían unos días después en perchas cubiertas de papel, dentro de bolsas de plástico grandes que colgaba en la puerta de mi armario. No me gustaba la forma de las bolsas, la parte de arriba hinchada por la ropa y luego la parte inferior vacía, colgando como si fueran las patas de una medusa. Esas bolsas me daban miedo. Sacaba los jerséis de dentro, hacía nudos a las bolsas y las metía en el fondo de la papelera. Me aterraba que intentaran asfixiarme mientras dormía.

No quería morir. No me hacía feliz vivir en la casa enorme de Ann sin Caleb, que estaba en la universidad y no llamaba nunca, pero tampoco era una persona triste. Apenas tenía emociones. De noche, sin embargo, sentía un miedo sofocante a que alguien dentro de mí quisiera que yo muriese.

Cuando mi madre regresó de Arizona, me preguntó si quería hablar con

alguien; con un profesional, me dijo. No sé por qué me lo sugirió, qué fue lo que la animó a hacerlo, pero me asustaba la idea de que ese profesional pudiera rebuscar y encontrar a esa otra persona dentro de mí, la persona que sentía todas esas cosas que yo no me permitía sentir. Mi madre regresó afligida y en mitad del litigio del divorcio con mi padre. Oía ruidos terribles al otro lado de la puerta de su baño, sonidos que no era capaz de conectar con ella. Lo estaba pasando mal, pero por entonces yo no entendía qué era lo que sentía. Le dije que era ella quien debería de ver a un psiquiatra, y no yo.



En la universidad, una de mis mejores amigas estaba estudiando la carrera de Psiquiatría y probó conmigo el test de personalidad de Minnesota. Me enseñó la gráfica con mis resultados. Todas las barras tenían un tamaño medio, en el rango normal, excepto dos, que eran mucho más altas. Una pertenecía a la categoría denominada defensiva al test. La otra era la de la esquizofrenia. No sabía si esa barra tan alta de la esquizofrenia tendría algo que ver con el motivo por el que había atado las bolsas de plástico de la ropa delante de la cama el año que mi madre se marchó, con la sospecha de que había otra persona en mi interior. No había vuelto a sentir ese miedo y no creo que haya expuesto nunca señales de la enfermedad, pero empecé a escribir ficción el año que mi madre se fue y puede que fuera ahí donde canalizara mi potencial esquizofrénico.



En la época en la que mi madre estuvo en Occidente, inicié algo parecido a la reorganización de objetos que a veces hago ahora después de escribir. Siempre tenía que levantarme con el pie derecho y luego posaba el izquierdo. No podía dejar nunca una camiseta del revés. Si seguía las reglas, mi madre regresaría de Phoenix. Y aquí estoy, repitiendo las reglas, aunque nada de lo que haga ya la traerá de vuelta.



Cuando fui a visitarla hace unos años, me abrazó y me dijo:

«Mañana, después de que te vayas, me quedaré aquí, en esta ventana, y recordaré que ayer estabas justo aquí conmigo».

Y ahora está muerta y yo tengo esa sensación todo el tiempo, da igual donde me encuentre.



Adam llega con mi correo. Me ve a la mesa, junto a la ventana, así que tengo que abrirle la puerta. Me da una tarjeta y cuatro sobres de recaudadores de deudas con amenazas en letras rojas.

—Tengo la sensación de que estoy dando asilo a una fugitiva —dice—. ¿Cómo puedes dormir por las noches?

—No duermo mucho.

Me doy cuenta de que no me cree. Piensa que soy joven y que mi juventud me protege de algún modo. Señala el sobre de EdFund.

—Esos tipos son horribles. Los demandan cada dos por tres por prácticas ilegales.

Necesito volver a mi escritorio.

—¿No te dieron una beca completa en la universidad de Duke? ¿No quedaste primera o segunda del país en una ocasión?

—Cuando tenía catorce años —respondo.

—Pero ¿el golf no es uno de esos deportes en los que, si eres buena, solo puedes ir a mejor?

—Si vendes tus palos, no.

Se cree que, si no dice nada, le daré más detalles.

—Bueno —dice al fin—, puedes decir muchas cosas para evadir las responsabilidades. —Mira a su alrededor, el vacío de mi vida—. Aquí huele a libertad, Casey. No podrás olerla hasta que no la pierdas.

En realidad sí la olía, era el olor a moho negro y a gasolina que provenía del garaje.

Suelto los sobres y me siento de nuevo a la mesa con la postal. Por un lado, hay una fotografía con unas montañas de fondo con los picos cubiertos de nieve en la parte de atrás y otras montañas por debajo, más bajas y redondeadas. Delante, un campo verde con flores silvestres y una vaca pastando. BIENVENIDO A

CRESTED BUTTE, dice en la parte de abajo. *¿Crested Butte?*

En la otra cara, garabateado a bolígrafo:

Hace tiempo que necesitaba subirme al coche y conducir hacia el oeste. Necesitaba ver las montañas y el cielo. Espero poder explicártelo mejor cuando regrese. El hombre que me vendió esta postal tenía un perro detrás del mostrador y me acordé del Perro de Adam, y lo único que lamento de haberme marchado es no haber tenido esa cita contigo.

La tiro a la basura, encima de los avisos vencidos.



Esa semana acudo en varias ocasiones a la biblioteca pública para documentarme sobre Cuba. Siempre termino en la sección de biografías, leyendo sobre escritores y sus madres fallecidas.



La madre de George Eliot murió de cáncer de mama cuando ella tenía dieciséis años. «Madre muerta» son las únicas palabras que me interesan del tema. La llamaron cuando estaba en el internado para que regresara a casa cuando su madre enfermó y, tras su muerte, Eliot perdió toda esperanza de recibir más educación. Se convirtió en la compañera de su padre en el trabajo y en la casa; viajaba con él a Conventry, le arreglaba la ropa y le leía a Walter Scott por las tardes.



D. H. Lawrence le dijo a una chica que lo amaba que nunca la querría porque quería a su madre como si fuera su amante. Él tenía veinticinco años cuando descubrieron un tumor en el abdomen de su madre. Lawrence permaneció a su lado en la cama las últimas tres semanas, leyendo, pintando y trabajando en la que se convertiría en su novela *Hijos y amantes*. En ese tiempo, llegaron a su casa las galeradas de su primera novela, *El pavo real blanco*. Su madre miró la cubierta, la página del título y luego lo miró a él. Lawrence sintió que la mujer dudaba de su talento. Los dolores de su madre empeoraron y él fue testigo de su creciente agonía. Rogó al médico que le diera una sobredosis de morfina para que fuera al fin libre, pero este se negó. Después escribió: «Tras la muerte de mi madre, el mundo comenzó a desvanecerse a mi alrededor, bello, iridiscente, pero sin

esencia. Hasta que casi me desvanecí yo también y me puse muy enfermo cuando tenía veintiséis años. Entonces, poco a poco, el mundo regresó: o yo regresé, pero a otro mundo».



A Edith Wharton, de pequeña, su madre la reprendía por querer estar sola para inventar cosas y le prohibió que leyera novelas hasta que no se casara. Cuando su madre murió, envió a su marido al funeral y ella se quedó en casa escribiendo. Tenía treinta y nueve años y publicó su primera novela al año siguiente.



Marcel Proust tenía treinta y cuatro años cuando falleció su madre. Aparte del año que pasó de servicio militar, había vivido toda su vida con ella. Cuando murió, él ingresó en una clínica a las afueras de París por desequilibrio nervioso y allí le prohibieron escribir. Pensó en suicidarse, pero creía que mataría de nuevo a su madre si destruía sus recuerdos de ella. Cuando abandonó la clínica, empezó a escribir un ensayo crítico sobre el escritor Sainte-Beuve, animado por una conversación imaginaria con su madre. En la obra, recurre a recuerdos de la infancia, como dar las buenas noches a su madre, y eso se convierte en el principio de *Por el camino de Swann*.



«Camina derecha, mi pequeña» fueron las últimas palabras de Julia Stephen a su hija, Virginia, que tenía trece años. La madre de Woolf estuvo muerta en la cama varios días y, cuando Virginia fue a darle un beso por última vez, la mujer ya no estaba de lado, sino bocarriba entre los cojines. Tenía la mejilla fría como el acero y granulada, describió más tarde Woolf. Unos días después, fue a Paddington a recoger a su hermano del tren. Estaba anocheciendo y la cúpula de cristal de la estación estaba teñida de un rojo intenso por la luz. Tras la muerte de su madre, sus percepciones se volvieron más intensas, escribió más tarde, «como si hubiera un cristal en llamas sobre lo que antes estaba sombreado y dormido». Ese verano sufrió su primera crisis. Duró dos años.



Sirvo dos filetes de pescado y un pichón asado en la mesa trece. Están hablando del legado de Ronald Reagan y la mujer señala que era una marioneta frustrada, lo que me parece una buena comparación, pero ninguno de los dos hombres la escucha. Dejo el pichón y se oye un sonido extraño en todo el comedor, como de una invasión alienígena.

Oooooooooooooooooooo.

Un chico esbelto y pelirrojo con un esmoquin llega corriendo al centro del salón, la gente se estremece y jadea y el pelirrojo levanta los brazos.

—Esta es mi historia, triste pero cierta —canturrea—. Sobre una chica a la que conocí hace tiempo.

Alrededor de la habitación, otros chicos con esmoquin lo siguen, animándolo. Cuando la canción cambia de ritmo, estos comienzan con «eh, eh» y «uh, uh» y «guau, oh, oh», se empiezan a acercar al que está en el centro y todo el salón estalla en aplausos que aumentan de intensidad cuando los chicos se unen en un perfecto círculo y sonríen.

Los Kroks de Harvard han vuelto a la ciudad.

Anoto el pedido de mi mesa de seis comensales en el ordenador de la barra. Dana pasa por mi lado y entra en la cocina con una pila de platos limpios.

—¿Alguien tiene una pistola con doce balas? —pregunta a los cocineros antes de cerrar la puerta.

Los Kroks cantan *Mack the Knife*, *In the Mood* y *The Lion Sleeps Tonight*. Para *Earth Angel*, sacan a una señora mayor y la sientan en la rodilla del chico pelirrojo, y el resto la rodea con miradas de adoración. Después la devuelven donde estaba con un movimiento fluido en la última nota de la canción. Bajan la cabeza como si estuvieran rezando y retroceden despacio, apartándose del más menudo de todos, un querubín de pelo rizado que da un paso adelante, abre la boca, hace una pausa y empieza a entonar.

—*By yon bonnie banks and by yon bonnie braes. Where the sun shines bright on Loch Lomond.*

Canta despacio y suave, con una voz aguda y temblorosa. Me dirijo con un postre de crema a mi mesa doble, pero me detengo al escucharlo. Da la sensación de que todo el mundo ha dejado de respirar en el salón. Incluso Dana, que está detrás de la barra, deja de remover el *whisky* que ha echado en su café.

El resto de Kroks se unen en el estribillo:

—*You take the high road and I'll take the low road.*

Pero cantan bajito, se oye como un mero murmullo que acompaña a la magnífica voz del muchacho. Este canta tres versos más y el estribillo.

—*For me and my true love will never meet again by the bonnie bonnie banks of Loch Lomond.*

Cuando para, el silencio es extenso y total. Y entonces estalla un torrente de aplausos. Los Kroks saben que es una excelente interpretación. Se despiden y salen del restaurante.

El salón se queda en silencio. Continúo el camino para llevar el postre y las dos señoras que tengo en la mesa nueve se están pasando la mano por los ojos. Cuando dejo el plato y las dos cucharillas, yo también me limpio las lágrimas. Cinco minutos después, los comensales han vuelto a sus conversaciones y exigencias de antes.

Yo no logro recuperarme. El sonido sigue en mi cabeza. Intento esconderme en la cámara de frío, pero los cocineros empiezan a ponerse nerviosos y no dejan de entrar. Me paso el resto del turno, cuando no estoy sirviendo, acurrucada en el suelo, junto al armario que hay al lado de la barra de la cocina, fingiendo que aliso paños y servilletas.

Cuando al fin termina el turno y salgo del edificio, le quito el candado a la bicicleta, pero no me subo. No quiero volver a casa demasiado pronto. No quiero tumbarme en la cama y removerme inquieta. Camino con la bici hasta el río.

Los estudiantes están regresando. Durante los últimos dos días las calles se han llenado de automóviles aparcados en doble fila repletos hasta arriba de cajas y mantas. Ahora caminan en grupos por medio de la carretera, hablan a voces con otros grupos que hay en las puertas de los bares. De las ventanas de los dormitorios emerge el sonido de la música. El camino junto al río también está lleno de gente, de alumnos de primero que aún no tienen adónde ir. Avanzo despacio, las ruedas de la bicicleta chirrían.

Paso junto a personas que corren, andan y van en bici. Dos chicos con bandas en la cabeza se lanzan un disco volador en la hierba. Unas chicas yacen tumbadas en el suelo, mirando la luna, que casi está llena. A esta hora de la noche, solía tener este camino solo para mí. Ya echo de menos el verano.

And I'll be in Scotland before ye.

Una mujer pasa corriendo por mi lado con la capucha de la sudadera puesta y los puños apretados. Nos miramos justo antes de que me adelante. Me da la sensación de que nos estamos pidiendo ayuda.

Más allá del puente hay menos gente. Busco a los gansos, pero no están. ¿Ya han iniciado su camino hacia el sur?

Los encuentro justo antes del siguiente puente; son un montón y graznan y chillan como cerdos. Están abajo, en el dique, a la orilla del río. Algunos están dentro del agua y mueven las alas en la superficie. Otros picotean en el suelo. Me acerco y algunos levantan la cabeza, pidiendo comida. No tengo nada para ellos, pero este es el lugar perfecto para cantar sobre los bancos y las laderas bonitas de la canción *The Bonnie Banks o' Loch Lomond* que han entonado los Kroks, y eso hago. Otros gansos levantan la cabeza. Mi madre me dijo una vez que tenía una voz preciosa. Estaba cantando al ritmo de Olivia Newton-John en el coche y lo que quería era que me dijera exactamente eso. No estaba cantando sin más, me esforzaba para así recibir el cumplido. Mi voz no es especial, pero cuando tu madre te dice algo sobre ti misma, aunque se lo hayas sonsacado tú, es difícil no creértelo.

Canto a los gansos. Y siento a mi madre. Es una sensación distinta a cuando la recuerdo o sufro por ella. La siento cerca de mí. No sé si ella es el ganso del río o el cielo o la luna. No sé si está fuera de mí o dentro, pero está aquí. Siento su amor por mí. Siento que mi amor la alcanza. Un intercambio breve, fácil.

Termino la canción y vuelvo a empujar la bici por el dique. Algunos gansos me miran con la cabeza por encima del resto. El cuello parece oscuro a la luz de la luna y el pecho de un azul pálido.



Varias mañanas más tarde, me atropella un coche. Estaba manteniendo una charla motivadora mental mientras paseaba al perro. He tenido unos días muy malos de escritura y sentía la tentación de retroceder un capítulo para arreglarlo, pero no podía. Necesitaba seguir avanzando, llegar al final. Los pintores, me dije a mí misma a pesar de que no sabía nada de pintura, no empiezan a un lado del lienzo y trabajan meticulosamente hasta llegar al otro lado. Ellos crean un esbozo, una base con formas, luces y oscuros. Encuentran poco a poco la composición, capa a capa. *Esta es mi primera capa*, me autoconvencí cuando doblaba la esquina, el perro tirando hacia algo que había delante, arañando con fuerza el suelo. No tiene que ser buena ni estar completa. No pasa nada porque parezca un mejunje vasto y líquido, nada sólido, algo que no puedo controlar. No pasa nada porque no tenga claro qué hacer a continuación, puede ser algo inesperado. Necesito confiar… La correa se me escapa de la mano, el perro sale corriendo por la calle detrás de una ardilla, yo corro detrás de él y choco contra un automóvil gris.

Estoy en el suelo a varios metros de donde me encontraba antes. Probablemente parezca más aparatoso de lo que ha sido en realidad. El vehículo se detiene de inmediato y de él sale una mujer chillando «perdón, perdón, perdón» con acento caribeño que me levanta y me sostiene en brazos. Otra persona trae al perro. Estoy llorando, pero no porque sienta dolor. Me duele un poco la cadera y la muñeca, pero nada más.

—Te llevaré de inmediato al hospital —declara la mujer.

Pero no puedo ir al hospital y me alivia pensar que no lo necesito. Ella insiste, «solo para asegurarnos», dice, «a veces se producen heridas internas». Tengo que explicarle que no me lo puedo permitir.

—¡Pago yo! Por supuesto, ¡pago *yo*!

Cuando le digo que, sin seguro, los rayos x cuestan cientos de dólares, se asusta y vuelve al interior del coche.

En el trabajo me empieza a doler más la muñeca y para el final de la noche, el ayudante de camarero tiene que servir la mayor parte de mi comida. No me parece que esté rota, he tenido suerte. Si el accidente hubiera sido más grave, los costes me habrían hundido.

Cuando Liz y Pat Doyle vuelven varias noches más tarde y me hablan de un trabajo, uno de verdad con subsidios de salud, me muestro más receptiva que si lo hubieran hecho antes del accidente.

—Pensé en ti porque tu madre me ayudó a levantar esta organización —señala Liz—. Y es un empleo en el que hay que escribir. Necesitan a un escritor. —Me da una tarjeta: LYNN FLORENCE MATHERS. FAMILIAS NECESITADAS—. Lynn es todo un personaje. Te va a encantar.



Muriel me hace ponerme un vestido ajustado y unos tacones beis suyos para la entrevista. Me entremezclo con las mujeres que me encuentro en Boylston Street, pero en realidad me siento un bicho raro.

Lynn no conoce a mi madre, pero es el tipo de persona que le encantaría a mi madre: lista, honesta, una capa delgada pero encantadora de feminidad que oculta una confianza y seguridad masculina.

—Siéntate, siéntate —me indica, acompañándome a una silla verde acolchada. Le enseño mi currículum y ella lo examina y me lo devuelve—. Estás sobrecualificada. ¿Hablas español?

—Sí. Viví dos años a Barcelona con mi novio Paco que era un profesor de catalán pero me hizo loca y tuve…*

—Bien, de acuerdo. Me he perdido a partir de Barcelona. —Exagera la letra «ce» de Barcelona.

Me da un formulario de impuestos sobre la renta y me habla del seguro médico (una póliza de oro, dice) y otros subsidios.

Muriel me dijo que tenía que preguntar por la misión de la organización, así que eso hago.

—Entregar las cosas que no quieren los ricos a las familias pobres que las necesitan. —Saca tres hojas de papel en blanco del cajón—. Esto es solo una proforma. No sé qué significa exactamente un máster en Escritura Creativa, pero seguro que sabes escribir mucho mejor que todos nosotros. —Junta los folios con una tarjeta y se levanta—. El señor y la señora de Richard Totman, de Weston, han donado un frigorífico viejo que ha acabado en una casa de Roxbury. Me gustaría que les escribieras una nota breve de agradecimiento.

La sigo por un pasillo hasta una habitación sin ventanas con una silla, una

mesa y una máquina de escribir.

—Tráemela cuando hayas terminado. —Cierra la puerta al salir.

Me quedo mirando la tarjeta. En ella aparece la dirección de la organización y la de los Totman. No sé dónde se colocan las direcciones en una carta comercial formal. Pienso en todas las cartas formales que he recibido, las amables antes de que mis deudas pasaran a agencias de cobro. Me hago una idea de cómo es y comienzo. La máquina de escribir es eléctrica y tardo un momento en averiguar cómo se enciende. Tiene una de esas bolas en medio con todas las letras. Las teclas son sensibles. Lleno rápido las primeras dos hojas de papel porque no dejo de escribir letras que no tenía intención de tocar. Tengo cuidado con la última y consigo poner ambas direcciones sin errores, una encima de la otra en la parte izquierda del papel. No tengo ni idea de si está bien. Empiezo.

Querido señor y señora Totman:

¿O debería de escribir «Señor y señora de Richard Totman»? Mi madrastra siempre se enfadaba conmigo cuando le mandaban una carta en la que ponía señora Ann Peabody en lugar de señora de Robert Peabody. Pero ya es tarde.

Les estamos muy agradecidos por la donación del frigorífico.

No sé qué añadir después. Algo sobre la familia de Roxbury. ¿«Han hecho ustedes muy felices a una encantadora familia de Roxbury»? ¿Es verdad? Ya he usado «muy» antes. ¿«Ha sido instalado en la casa de una familia necesitada de Roxbury»? Una pasiva muy fea. ¿«Ha sido un detalle muy generoso por su parte»? Otra vez «muy». Toco con el dedo meñique una tecla y aparecen seis puntos y comas en la página. Mierda. Busco típex en la habitación. Nada. La mesa tiene un cajón estrecho. No hay típex, pero sí un paquete pequeño de folios. Saco el papel de la máquina de escribir y empiezo de nuevo.

Tardo ocho borradores y cuarenta y cinco minutos. Lynn está al teléfono cuando salgo de la habitación. Me pregunta con la mirada qué pasa, yo no sé cómo responderle con mímica y ella no me dice que espere. Dejo la carta en su mesa y salgo.



Siento como si besara cada escalón mientras subo esa noche al restaurante con mis cómodas zapatillas negras. No tengo que volver a esa oficina de Boylston Street con ropa incómoda para sentarme y escribir en una habitación sin

ventanas. Puedo moverme y hablar y reír y comer gratis. Y tengo libres mis mañanas, mis preciadas mañanas.

Victor Silva, que me contó hace poco que escribe poesía y ensayos, llega tarde con su capa negra y me oye hablar con Harry sobre la entrevista.

—¿Y cómo narices se te ha ocurrido pensar en un trabajo de oficina?

—Título financiero. Seguro de salud. Dedos que no huelen a alioli.

Me toma los dedos entre los suyos como si fuera un ramo de flores.

—Pero a mí me encantan tus dedos con olor a alioli —responde con el acento de su mujer brasileña y, luego, imitando al Bardo—: El movimiento universal envenena los espíritus ágiles en las arterias. —Y recupera su voz—. Ya sabes que aquí tienen un seguro médico.

—¿Qué?

—No está mal. Nosotros lo usamos. El plan de Bia en Polaroid es una mierda.

—¿Hablas en serio?

—¿Te mentiría en tu propia cara? —Se aleja a largas zancadas con dos teteras llenas.

—Siente una especie de deseo asexual de escritor por ti, ¿no crees?

—¿Eso crees?

Voy a ver a Marcus para preguntarle por el seguro médico. Se trata de un plan de Cambridge Pilgrim y la deducción es razonable.

—¿Por qué no me hablaste de él cuando me contrataste?

—No lo sé, tal vez porque me pareció que mamá y papá se ocupaban de todos esos detalles en tu caso.

—Que te jodan. Mi madre está muerta y mi padre es un pervertido. Méteme en ese maldito plan.

Iris es un lugar crudo, pero es mejor que escribir cartas de agradecimiento a los ricos de Weston.



Tres días después, tras el paseo del perro y antes de la taza de té y los cereales, en mitad de mi sesión matinal de escritura y en lo que me parece la mitad de un párrafo, termino una frase. Levanto unos centímetros el lápiz de la hoja y la leo. Es la última frase del libro. No se me ocurre otra. Ya está. Tengo mi borrador.

* N. de la T.: En español en el original.



Ese domingo, en la hora del *brunch* parece que estamos en un zoológico. Llueve, la terraza está cerrada y tenemos que poner mesas en la planta de abajo, apiñadas en el bar. Estamos ya exhaustos antes de abrir. Harry ha conocido esta semana a un estudiante de diseño de Harvard y se han ido a pasar el día al museo deCordova. Los Hermanos Retorcidos están de resaca y suben y bajan las escaleras lanzando órdenes como si fueran los únicos que movieran un dedo mientras Mary Hand y yo preparamos cada mesa con tranquilidad, poniendo los manteles y adornándolas con flores. Yasmin está enferma y Stefano, el sustituto, no responde el teléfono. No dejamos de mirar el libro de reservas con la esperanza de que el número haya descendido desde la última vez que lo revisamos.

La gente llega de golpe, hambrienta y de mal humor. Nuestra clientela está formada por personas que no escatiman en nada, pero las mañanas de los domingos suelen renunciar a los placeres, y no solo los católicos que no pueden comer antes de recibir la hostia sagrada. A veces incluso han renunciado a la primera taza de café. Llegan a Iris famélicos y ansiosos por ingerir cafeína.

La hora del *brunch* también implica trabajar con Clark, el chef de los *brunchs*. En los primeros turnos que compartimos me dio la sensación de que era amable, como Thomas. Me daba el romanesco extra que quería mi cliente para su croqueta de cangrejo y reemplazaba el solomillo pasado sin quejarse. Me dijo que mi cuello largo le recordaba al Correcaminos y cuando iba a recoger los pedidos me hacía «bip, bip». Al final de un turno de *brunch* malo el mes pasado, cuando se me cayeron unos huevos benedictinos y me olvidé de una ensalada nizarda y todo el cuerpo me vibraba como si fuera una colmena, me vio metida en una caja de plástico en la cámara de frío y, cuando me levanté para salir, me bloqueó el paso. Me tocó el pelo y me olisqueó. Apestaba al tequila que echaba a sus cafés mexicanos.

—Seguro que eres mejor comiendo pollas que sirviendo mesas. —Sonrió y

entendí que esa frase le había funcionado en el pasado.

—No —respondí—. No lo soy. —Y me colé por debajo de su brazo, agarré la manija de la puerta y salí de allí.

Al día siguiente llegué temprano para contarle a Marcus lo que había pasado. Él se rio.

—Por Dios, Case. Has llegado tan seria que pensaba que ibas a confesarme que habías matado a alguien. Solo bromeaba contigo. Clark no tiene problemas para encontrar quien le coma la polla, te lo aseguro.

Más tarde, los oí a él y a Clark riéndose en la cocina.

Clark me ha estado castigando desde entonces.



Estoy desquiciada. Tres familias de cinco personas en quince minutos en la planta de abajo y dos mesas dobles arriba mientras que Dana y Tony comparten una fiesta de doce personas.

Fabiana me prepara otra mesa de tres.

—Eres una sádica —le susurro cuando paso por su lado con una bandeja de samosas y *Bloody Marys*.

—Los demás seguimos destrozados de anoche. Tú estás sacrificándote por el equipo.

Dos niños pequeños de la mesa nueva de tres me están mirando. Los niños son los que más sufren en el *brunch*, podrían usarse sus caras para los pósteres de UNICEF. Pero no puedo atenderlos. Tengo que dejar los platos principales en una de las mesas de cinco de abajo. No nos permiten usar bandejas para la comida, solo unas pequeñas lacadas en rojo para las bebidas. Los platos tienen que permanecer en la lámpara de calor lo suficiente para seguir calientes, pero no me da tiempo a buscar un paño. Me coloco cuatro platos en un brazo y agarro el último con la mano izquierda, abro la puerta de la cocina y me encuentro de frente con uno de los niños. Dos tortillas se deslizan por sus platos, pero paran justo en el borde.

—Disculpe, señora —dice el niño. Lleva una pajarita roja y una camisa de cuadros naranjas y blancos. Tiene el pelo peinado hacia abajo y aún húmedo. Tendrá seis años, tal vez siete—. Es el cumpleaños de mi padre. —Me tiende un montón de monedas—. ¿Puedo pagar la comida?

—Sí, pero cuando hagáis el pedido. Después sabremos cuánto cuesta. —Los platos me están quemando el interior del brazo derecho.

El pequeño retuerce la boca. Solo ha practicado esas palabras y ya no tiene más.

—Dame. —Suelto el plato de la mano izquierda en la barra de la cocina—. Me quedo con esto y, si hay cambio, te lo devuelvo luego. No te llevaré la cuenta, ¿te parece bien?

Asiente, me da el dinero y procede a una retirada rápida, pero evasiva, hacia su mesa.

Abajo, en el bar, la familia me pide kétchup, más salsa César, un cóctel Arnold Palmer y una copa de vino. Cuando subo, sin embargo, no puedo volver a ignorar a los niños de las pajaritas. Esquivo a Mary Hand para dejar unas ensaladas en su mesa de ocho y me detengo en su mesa.

Los niños levantan la mirada de la carta al mismo tiempo. El padre no. Pero me resulta familiar. El padre es Oscar Kolton.

—¿Qué tal? —pregunto, ladeando la cabeza hacia los niños a mi derecha y con la esperanza de que me pidan las bebidas antes de que el rubor de mi cara se vuelva más intenso.

Atender a escritores es mi perdición. Jayne Anne Phillips vino hace unas semanas y la cara me ardía cada vez que me acercaba a su mesa. Su colección de cuentos *Black Tickets* es como un libro de oraciones para mí. Cuando ella y sus dos amigas pidieron el té, las tazas repiquetearon sobre los platillos cuando se las serví. Voy a tener que pedir a Mary Hand que se encargue de la mesa de Oscar Kolton.

—Bien —dice el chico de más edad, el que me ha dado el dinero.

—¿Chocolate caliente, café caliente, té caliente?

—¿Chocolate caliente? ¿En verano? —pregunta el menor.

—No es verano, es otoño —contesta su hermano, pronunciando todas las letras muy bien.

—Perdón —digo—, antes trabajaba en la estación de esquí de Nuevo México y a veces me sale preguntarlo así: chocolate caliente, café caliente, té caliente. —Primero noto el rubor y luego el balbuceo—. Puedo traerlo frío si lo preferís.

—Chocolate no —indica Oscar, que sigue sin levantar la mirada, gracias a Dios—. Café para mí. Solo.

—¿Y vosotros dos?

Silencio. Está claro que quieren el chocolate.

—Ellos tomarán zumo de naranja —murmura Oscar, que le da la vuelta a la carta, pero se la encuentra vacía, así que vuelve atrás con una mueca.

Mary Hand recibe a una mesa de seis, así que no puedo pasarle esta. Llevo a la mesa de abajo las bebidas y las salsas y subo de nuevo para servir los zumos de naranja y el café. Han dejado las cartas apiladas perfectamente en una esquina de la mesa. Sin ellas, no tienen ningún sitio al que mirar. Dejo los vasos de zumo al lado de los cuchillos de los chicos y sirvo el café de uno de los decantadores de

plata en la taza de Oscar. Todos miran mis manos en silencio. Incluso en medio del caos y el ruido de la hora del *brunch*, soy muy consciente de la silla vacía, del hueco donde debería de haber una madre.

Oscar va a agarrar el café antes de que haya dejado de verterlo. Le da un largo sorbo y sostiene la taza con ambas manos delante de él. Me acuerdo de Silas, cuando me comentó que Oscar se llevó las manos a la espalda mientras escuchaba su historia y que nadie sabía lo que significaba eso.

—Chicos —se dirige a sus hijos.

—A mí me gustaría tomar los huevos con salchicha, una galleta y una fruta —pide el mayor.

—¿Huevos revueltos, fritos o escalfados?

Mira a su padre.

—Escalfados es parecido a cocidos, pero sin la cáscara. No te va a gustar. Tiene la yema líquida.

—Revueltos, por favor.

—¿Y para ti?

El niño más joven se queda mirándome; de pronto se ha olvidado de sus líneas. Abre mucho los ojos y apoya la cabeza en el hueco del brazo.

Me atrevo a adivinarlo.

—¿Tortitas con arándanos y beicon?

Asiente con ímpetu.

—Así que lee las mentes —comenta Oscar muy poco impresionado—. Yo tomaré huevos pochados. —Me devuelve la carta—. Solo porque quería decir la palabra «pochados». —Levanta la mirada un poco. Tiene los ojos más verdes que he visto nunca.

Meto prisa con su comida. Mary Hand me cuenta que Oscar y su familia solían venir todos los años por el día de la madre.

—Pensé que no los vería más.

—Es su cumpleaños. Los niños van a invitarlo. —Le muestro el montón de monedas.

—Qué tiernos —dice, alargando las sílabas como siempre, y se centra en su pedido.

Marcus se acerca a nosotras.

—Sabes que ese es Oscar Kolton, ¿no?

—Sí.

Cuando voy a llevarle más café, Oscar tiene ambas manos ocupadas con dos luchas de pulgares. Se apartan para que pueda servir.

—Di gracias, papá —le pide el más joven de los niños.

—Gracias.

Retoman la lucha de pulgares.

Cargo el pedido de la mesa de cinco y bajo las escaleras, recojo platos, relleno cafés, entrego las cartas de los postres, recibo a una nueva mesa de dos que han colocado al lado del baño. Gory, vestido de blanco para un torneo de cróquet que tiene esta tarde en Lennox, se detiene en la mesa de Oscar. Varias personas que hay alrededor lo miran.

—Los benedictinos están listos —me avisa Tony cuando pasa por mi lado con cinco bombas de chocolate en el brazo.

—Menuda camarera estás hecha, que ni recoges tu comida —protesta Clark cuando entro en la cocina.

Me atiza con un paño por la ventana y le da a la salsa holandesa, que me salpica en la mejilla y en el cuello. Quema. Me limpio y se me llenan los ojos de lágrimas, pero me retiro con los dos platos de huevos benedictinos antes de que me vea.

—Zorra asquerosa —musita cuando cruzo la puerta.

Se trata de desagradar un poco a todo el mundo, de decepcionar a todos por igual. Cuando bajo a servir la comida en la mesa cuatro, la seis ya está lista para pedir el postre. Seguramente esté ya lista la comida de Oscar y los niños, pero un hombre de la mesa seis no se decide entre la tarta de nuez pecana con *bourbon* o la compota.

Clark me está esperando en la puerta. Tiene la cara brillante por la grasa y empapada en sudor.

—Me deslomo aquí por tus prisas y no te molestas ni en venir a recogerlo.

—Bienvenido a la hora del *brunch*, tengo que estar en ocho lugares al mismo tiempo, arriba y abajo, y como no sea así me caerá una buena. Hay veces que tengo que dejar un plato con tortitas debajo de la lámpara de calor durante tres minutos. Me encantaría verte intentándolo. Lo único que haces tú es quedarte ahí dentro, cascando huevos y quejándote de todo el mundo.

Angus, mi único aliado de la cocina cuando Thomas no está, silba.

Clark se da la vuelta y le dice que se calle.

—Voy a hacer que te despidan, putita.

—No me da miedo un maldito chef de *brunchs* —declaro y paso por su lado para recoger el pedido.

Cuando llego a la mesa, aviso a los niños de que los platos están muy calientes para que no los toquen. Dejo el plato de huevos de Oscar para el último. Me da la sensación de que están pasados de cocción.

—Más pasados que pochados, me temo. El chef de hoy es un capullo incompetente.

Los niños se me quedan mirando. Oscar retuerce el labio.

—Un idiota, quiero decir. Es un idiota. Lo lamento. —Miro a los pequeños—. Es una palabra horrible y no debería de haberla usado. Es un hombre con mucha rabia dentro que tiende a hablarme mal.

—Puede que esté enamorado de usted —dice Oscar.

Algo absurdo que diría un abuelo, lo que me hace preguntarme si es mayor de lo que aparenta.

—En absoluto —respondo—. Me desprecia de verdad, a mí o lo que sea que represento para él. Creo que le gusta ella —señalo a Dana—, pero a ella le gusta él. —Señalo ahora a Craig, que está en la barra—. Aunque me parece que él es asexual.

Los chicos se quedan mirándome otra vez. No estoy acostumbrada a los niños.

—¿Kétchup?

—¿Con los huevos? —se escandaliza el mayor.

—Hay muchas personas a las que le gustan los huevos con kétchup.

—¿De verdad? —Mira a su padre en busca de su confirmación.

—Verdad —confirmo.

—Nosotros no somos de esos —indica Oscar.

—Yo tampoco. *Bon profit*. —Asumo que Oscar sabe un poco de catalán. Estoy deseando alejarme, ya noto el calor en la cara, donde me he manchado con la salsa holandesa. Y su amabilidad después de las malas formas de Clark hace que me arda la garganta.

Organizo el resto de mesas mientras ellos comen.

—¿Eso es una sonrisa? —pregunta Tony mientras esperamos en la barra a que nos sirvan las bebidas y me paso un cubito de hielo por el interior del brazo derecho.

—No, ponte las malditas gafas, cuatro ojos.

—Estás sonriendo y nunca te he visto sonreír.

—Tonterías.

—Vale, cuando no está Harry. Él sí te hace reír.

—Harry es muy divertido.

—¿Sí? A mí me parece un imbécil arrogante.

Tony ha intentado tirarle los tejos a Harry muchas veces, pero sin éxito.

—Es su acento.

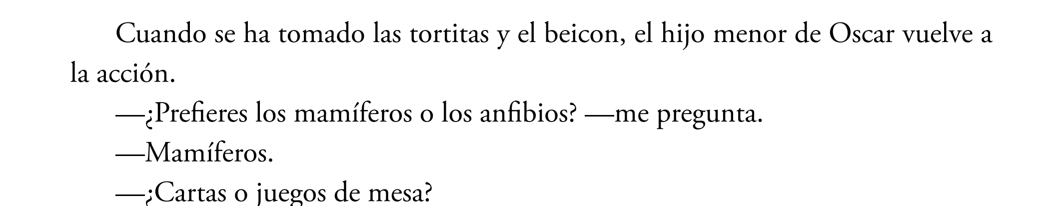
—Esos niños te están mirando.

Echo un vistazo y los chicos bajan la mirada. Craig me da mis cócteles.

—¿Quieres compartir un papillote de manzana después? —sugiero.

—Claro —responde Tony.

Lo he sorprendido. De pronto me resulta muy fácil hacer feliz a la gente.



Cuando se ha tomado las tortitas y el beicon, el hijo menor de Oscar vuelve a la acción.

—¿Prefieres los mamíferos o los anfibios? —me pregunta.

—Mamíferos.

—¿Cartas o juegos de mesa?

—Ambos.

—Tienes que elegir.

—Cartas.

Sé que los postres están esperándome en la cocina y que hay dos mesas abajo aguardando a que les lleve la cuenta.

—Déjala trabajar, Jasper.

Jasper. Tiene aspecto de Jasper. Carita pequeña y aplastada con labios gruesos, pestañas largas y los ojos verdes de su padre.

—¿Azul o rojo?

—Azul.

—¿Señora Murphy o señor Perez?

—Señora Murphy.

Se ríen y Jasper lanza una carcajada.

—¿Tenis o golf?

—Tenis, pero no practico ninguno de los dos.

—Entonces, ¿cómo sabes que prefieres el tenis?

—Porque odio el golf.

Eso no parece gustarle.

—¿También el minigolf?

—El minigolf está bien.

—Nuestro padre es muy, muy bueno. Nadie puede ganarle.

—Yo podría. —No sé por qué lo digo, aparte de porque es verdad.

Los dos chicos protestan. Hacen tanto ruido que las personas de las mesas de al lado se vuelven.

—¡No podrías!

Miran a su padre para que se defienda, pero él se encoge de hombros. No está sonriendo exactamente, ha apartado el plato y tiene los dedos entrelazados delante de él. Sonrío, tengo que contárselo a Muriel. Limpio la mesa y me marcho.

Regreso con las cartas de los postres.

—Ya sé que había una regla de no chocolate, así que quizás tampoco queréis postre.

Los niños miran a su padre.

—Postre sí.

Los dos lo celebran y yo les entrego las cartas. Detrás de la silla de Oscar, hago gestos con las manos, clavando una vela en algo y soplando. Su hermano asiente de forma discreta, pero Jasper chilla. Oscar se da la vuelta y yo aparto la mirada. Cuando se vuelve de nuevo, les guiño un ojo a los pequeños.

Jasper pide la *crème brûlée* de lavanda y albahaca, su hermano elige la copa de vainilla tahitiana y Oscar se atreve con los medallones de galleta. Las galletas no son muy adecuadas para las velas, así que voy a hablar con la chef de postres, Helene, que está en la habitación del fondo de la cocina. Este parece un lugar totalmente distinto. Tiene puesta música clásica, su equipo lleva gorros blancos en lugar de bandanas y los delantales blancos están limpios, salvo por pequeñas manchas artísticas de chocolate y frambuesa.

Mary Hand está recogiendo postres.

—Al pie del cañón —suelta y se va.

Helene se inclina sobre una fila de compotas de pera y coloca un arándano en el centro de cada una.

Señalo el pequeño aparato que está imprimiendo mi pedido.

—¿Puedes poner una vela o dos en ese plato de galletas?

Helene asiente y yo espero.

Igor arranca despacio el tique y lo coloca al lado del resto. Este hombre se parece a un dibujo, con la nariz diminuta y levantada y los dedos largos. Se mueve como un bailarín. Tendrá unos veinte años menos que Helene, pero llevan trabajando juntos desde que abrió el restaurante, a principios de los ochenta.

Su pequeña cámara de frío tiene una puerta de cristal y el interior parece una joyería con los merengues y los *feuilletines*, las obleas de caramelo y las mariposas de chocolate blanco. Igor saca una *crème brûlée*, la coloca en un plato con una blonda y enciende la capa superior con un soplete de llama azul hasta que el azúcar brilla y se vuelve líquida. A continuación, saca un plato de la estantería, estruja una manga pastelera grande de la que emerge un cono de crema de moca que coloca en el centro. Le pasa este plato a Helene al mismo tiempo que John le pasa a él la copa. Ella dispone tres galletas alrededor de la crema de moca y clava una bengala en la crema al tiempo que Igor echa frambuesas heladas en el helado y en la *crème brûlée*. Helene se aparta a la derecha para que su compañero pueda encender la punta de la bengala con una llama y los dos limpian la encimera de acero en el instante en que yo levanto los platos. Dejo los nocturnos de Chopin, paso por Zeppelin (*I'm gonna give you my love*, canta Clark junto a los filetes que tiene en la plancha) y salgo a la lista de Sinatra de Craig en el salón.

Me acerco a Oscar por detrás para que los niños me vean. John contiene la sonrisa, pero cuando Jasper ve las chispas saltando en todas direcciones, empieza a reírse de forma descontrolada y a dar golpecitos en el suelo con los pies.

—Oh, no —exclama Oscar, volviéndose—. Nada de cantar. Por favor, no cantéis —pide, pero los niños y yo empezamos y la gente que hay al lado, y luego los dos Kroks de la mesa cuatro que estaban comiendo con sus padres, y Tony, y Craig, y Gory, y prácticamente todo el mundo se une a la canción. Oscar me fulmina con la mirada y no logro distinguir si sus hijos están cantando o riéndose a carcajadas. Después, todos aplauden y Oscar intenta soplar la bengala, pero tiene que esperar a que dejen de saltar chispas del palito—. Eso ha sido jugar sucio.

—¿Estás enfadado, papá?

—No estoy enfadado con vosotros.

—No te enfades, papá, con nadie.

El hombre extiende el brazo y toca la manga de John.

—Cielo, no estoy enfadado. Era broma. Este es el mejor cumpleaños de mi vida.

Jasper da golpecitos con la cuchara en la capa de azúcar endurecida.

—Me encanta hacer eso —le digo—. Parece hielo, aunque es justo lo contrario. Está hecho con calor y no con frío.

—Sí —afirma, levantando la capa rasgada e intentando mirarme a través de ella.

Me doy cuenta de que estoy allí quieta, mirando.

—¿Algo más que pueda traer? —pregunto, de nuevo con mi tono de camarera. Parece que a los tres les sorprende. Niegan con la cabeza.

Me quedo en la barra, secando los vasos limpios que ha sacado Alejandro, avergonzada por haber permanecido en la mesa demasiado tiempo. A veces tengo un problema con eso, me encariño. Las familias de los demás son mi debilidad.

Cuando la mesa grande de Mary Hand se queda libre, la ayudo a limpiarla. Oscar me hace una señal para que le lleve la cuenta. La imprimo, pero me la meto en el bolsillo. Son ochenta y siete dólares con cincuenta. Saco el dinero que me ha dado John. Hay como mucho veinticuatro dólares. Dos de las mesas del bar me han dejado propina, así que puedo pagar el resto fácilmente.

Llevo una de las bandejas pequeñas con tres bombones de chocolate.

—Los niños han pagado por adelantado. Feliz cumpleaños.

—¿Qué? —dice, pero yo ya me estoy retirando.

Lo veo hablando con ellos y los pequeños sonríen. Jasper tiene las piernas colgando por debajo de la mesa. Oscar se levanta, John se levanta y Jasper se queda en la silla. Su hermano le da un golpecito, él intenta devolvérselo, pero falla. Oscar le indica a John que se aparte y se agacha, agarra a Jasper y se lo echa encima del hombro con la misma facilidad que si fuera un trapo. Se vuelve y mira en dirección a la barra. Yo estoy cerca de las ventanas del fondo, enrollando

servilletas, y no se gira lo suficiente para verme. Y entonces se van.

Recojo la mesa: la copa de Martini limpia, la bengala quemada entre las migas de la galleta, la *crème brûlée* de lavanda y albahaca prácticamente intacta, menos la capa de azúcar. Iván, el ayudante de camarero de la hora de los *brunchs*, viene a ayudarme a llevarme el resto, la sal, la pimienta, los azucarillos y el jarrón con flores. Quitamos el mantel rosa y dejamos solo el blanco. Llevo los platos a Alejandro y, cuando vuelvo, Mary Hand está allí.

—Parece que Marcus está teniendo un altercado con tu colega.

«Un altercado en el merendero». El recuerdo me cae encima como una piedra.

Oscar está en la puerta, señalándome. Marcus intenta intervenir, pero Oscar le da una palmada en el brazo y prosigue. Me encuentro con él a medio camino. Ya se han ido todos los comensales y el salón está vacío; Craig se ha marchado y no suena música. Oigo a sus hijos saltando en las escaleras. Él respira con dificultad por la nariz. Pensaría que pasa algo terrible, pero sé que se trata del dinero.

—Oiga —me dice, sin aliento. Me da la sensación de que estamos en un pasillo estrecho en lugar de un enorme salón comedor. Se acerca mucho y mete las manos en los bolsillos, hundiendo los hombros. Parece más joven sin los niños, casi un muchacho—. Así que le han tomado el pelo, ¿no?

—No lo han hecho a propósito.

—No lo sé, John es muy bueno en matemáticas.

—Los precios aparecen con un tamaño diminuto, a un lado. No está el símbolo del dólar. Puede que no lo haya visto o entendido.

Asiente a regañadientes.

—Y deja que se salga con la suya.

—Lleva una pajarita.

Se mira los pies, reprimiendo una sonrisa. Tiene puestas unas botas de senderismo ajadas con cordones rojos. Levanta la mirada hacia mí, pero no la cabeza, y los ojos se ven aún más verdes porque la luz de la terraza pasa por encima de mi hombro hasta él.

—Supongo que prefiero pensar que es poco observador en lugar de poco ético. En cualquier caso, le debo sesenta y tres dólares con cincuenta más la propina.

—Ya he cerrado la caja.

Me tiende unos billetes de veinte dólares, recién sacados del cajero.

—Tiene que aceptarlos.

Niego con la cabeza.

—Feliz cumpleaños.

—No voy a marcharme hasta que no los acepte.

Doy un paso atrás.

—Sus hijos querían invitarlo. Yo solo los he ayudado un poco. Tengo que volver al trabajo.

—Entonces lo dejaré aquí. —Suelta los billetes en el suelo y se vuelan. Cuatro de veinte.

—No voy a recogerlos. —Me doy la vuelta y entro en la cocina.

Un momento después, Marcus viene a buscarme. Lleva un sobre rosa con un lirio blanco en la esquina.

—Deja que los clientes paguen su comida, ¿está claro? Aunque se parezcan a Kevin Costner.

¿Kevin Costner? Oscar Kolton era mucho más guapo que Kevin Costner.

Me da el sobre. Se lee en letra pequeña:

Casey
(Un nombre interesante)

No lo abro. Lo meto en el bolsillo del delantal y termino el trabajo.

Ya en la calle, la luz del día me sorprende. Entre tanto subir y bajar plantas, se me había olvidado que estaba atendiendo los *brunchs* y no las cenas. Square está tranquilo. Voy hasta el río a pie. El turno de la cena comienza en menos de una hora y sigo con el uniforme puesto. El sol ha salido y ha secado la mayor parte de la lluvia. Lo noto en la espalda, el aire cálido en los brazos. Subo al puente Larz Anderson, pienso en Faulkner y Quentin Compson, y recuerdo a Quentin como lo haría un viejo amor, con el corazón henchido. Quentin, que soportó el peso de los pecados de los sureños, que quebró el cristal del tocador y retiró las manecillas del reloj de su abuelo en su última mañana y, por la tarde, limpió el sombrero con un cepillo antes de salir de su habitación de Harvard para suicidarse.

A medio camino, me arrimo al enorme parapeto y cuelgo las piernas por el borde. Miro el agua, en busca del cuerpo de Quentin. ¿Cómo un hombre de Misisipi de la década de los veinte crea un personaje que le parece tan vivo a una camarera de 1997?, ¿al que recuerda con más cariño que a la mayoría de los chicos que ha conocido en su vida? ¿Cómo creas a un personaje como ese? El hormigón está caliente. Pasan varias personas por mi lado y por detrás. Un empujoncito y caería como Quentin. Pero yo no moriría. La caída será de unos seis metros y hay una distancia cómoda a nado hasta la orilla. Quentin se amarró planchas de hierro a los tobillos para ahogarse.

Abro el sobre. Cuatro billetes de veinte dólares y una nota. Esperaba esa nota.

Casey:

Seguro que muchos idiotas te han pedido que juegues al minigolf con ellos. [redacted] John y Jasper no son unos idiotas, así que son dos de tres. Se han pasado todo el trayecto escaleras abajo suplicándome que te lo pida. Así que te lo estoy pidiendo. 538-9771. Te llamaré a Iris en unos días. [redacted] Nos gusta King Putt, en la Ruta 12. Muchas momias y áspides.

Oscar K.

Me quedo en el puente todo el tiempo que me queda libre. Leo una vez más la nota de Oscar. La proa de un bote de remos de competición aparece bajo mis pies y sale de debajo del puente en dos remadas fuertes y sincronizadas. Son todas mujeres, ocho, y miran atrás, los rostros contraídos por el esfuerzo, gimiendo cada vez que levantan, con el peso de todo su cuerpo, el remo del agua, que, desde el ángulo que lo veo yo, parece tener la resistencia del cemento. En la breve pausa entre los gemidos, cuando se inclinan hacia atrás, la timonel, una mujer morena con una gorra que se encuentra sentada en la popa, habla por el auricular.

—Adelante en dos… Adelante en uno… ¡Vamos!

El bote se lanza hacia delante y las remadas se vuelven más fieras, los sonidos que emiten se pierden y se hacen cada vez más pequeñas hasta que desaparecen debajo del puente Weeks.

Vuelvo a sacar la carta de Oscar. Me gusta la frase: «Así que te lo estoy pidiendo». Me gusta imaginarlo en el despacho de Marcus, tachando las palabras, sin querer pedir otra hoja de papel rosa de Iris, como yo escribiendo al señor y la señora de Richard Totman, de Weston. Me agrada que un escritor, autor de tres libros, se haya tenido que esforzar, aunque sea un poco, para escribir una nota a una camarera. No ha tachado su número de teléfono con tanto interés como el resto de palabras. Me juré no volver a golpear una pelota de golf, pero tal vez haga una excepción por él y esos pequeños.



En mi tercer cumpleaños, mi padre me regaló un juego de palos de plástico dentro de una bolsa de golf. Había una copa en la que tenías que meter la bola y mi padre la ponía en la alfombra, a varios metros de distancia. Me enseñaba a mover el palo, yo lo hacía y la colaba. Mi padre dice que no abrí ninguno de los otros regalos, que estuve jugando con eso hasta la hora de dormir. Mi madre dice que mi padre me obligó a jugar con eso hasta la hora de dormir. Cuando empecé a ser totalmente consciente de todo, mi vida más allá del colegio era el golf: con cuatro años jugaba en un equipo local de menores de ocho años y para cuando había cumplido seis ya jugaba torneos nacionales. Como muchos otros padres, el mío quería darme lo que él no había tenido y luego quería que yo lograra lo que él no podía alcanzar.

Caleb asegura que nunca ha tenido celos por todo el tiempo que pasaba mi padre conmigo. Dice que antes de que yo llegara, mi padre siempre lo estaba llevando a él a practicar. Se le da muy bien imitar la cara de mi padre cuando, en una ocasión, perdió la bola diecisiete veces en una partida. Para él fue todo un alivio que yo ocupara su lugar y que se me diera bien. Fueron años buenos, comenta. Hasta que el amigo de mi padre, Stu, le recomendó un internado de Virginia para Caleb, asegurando que allí lo harían un hombre. Mi madre estaba en contra, pero Caleb se marchó cuando yo tenía ocho años.

Pensaba que lo que hacía infelices a mis padres era que yo jugara al golf, que esa era la causa de su resentimiento. Mi madre decía que estaba secuestrando mi infancia con su obsesión, mi padre replicaba que ella temía mi éxito porque no encajaba en su fantasía proletarizada de criar a una revolucionaria.



Estábamos en Florida para el torneo Palm Beach Junior cuando mi madre recogió

sus cosas y se marchó con Javier. Yo no jugué particularmente bien, pero uno de mis mayores rivales contrajo gastroenteritis y el otro se asustó con un caimán del lago del séptimo hoyo, así que gané. En el avión, de vuelta a casa, mi padre me hizo reír mucho cuando se llevó las instrucciones de seguridad a la cara e imitó los ojos del caimán asomando por el agua. Mi madre había dejado encendidas algunas luces, así que no nos dimos cuenta de que se había marchado. No comprendimos lo que había sucedido hasta que escuchamos el mensaje en el contestador, una de esas máquinas antiguas con una cinta pequeña dentro. Mi padre la golpeó al escuchar su voz y estrelló la máquina contra la pared antes de que terminara de hablar. Al día siguiente fui a escuchar el resto, pero el botón de reproducción no funcionaba.

Más adelante, mi madre afirmó que enamorarse de Javier no había sido el motivo de su separación. Admitió que, en realidad, esos últimos años con él habían sido los más fáciles. Javi la hacía feliz y eso infectó toda su vida, incluso su matrimonio. Todo se tornó imposible cuando Javier empezó a morir. No podía compartir su desesperación con mi padre al igual que había compartido su felicidad.

Durante varias semanas, tuvimos potajes y lasañas en el frigorífico, y a hombres en el salón bebiendo. Cuando eso terminó, mi padre se vino abajo; lloraba mientras cenábamos lo que yo había recalentado. Por entonces yo iba a noveno curso, mi primer año en el instituto en el que trabajaba él. Impartía dos clases de Matemáticas y, dependiendo de la temporada, entrenaba a equipos masculinos de fútbol, baloncesto y béisbol. El golf lo practicábamos después de los deportes del colegio y durante los fines de semana. Como mi madre no estaba, añadió más horas de entrenamiento y torneos a mi agenda, y ese año también empezamos a visitar universidades para que conociera a entrenadores y jugara algunas rondas con los equipos. A veces lo oía hablar con algún entrenador, contarle la historia de su esposa que había huido con un cura moribundo, a pesar de que Javi era solo un cantante de folk agnóstico. Pero de ese modo la historia era mejor. Me daba miedo que con su relato triste estuviera arruinando mis oportunidades, pero para el otoño de mi segundo año de secundaria,, me habían prometido una beca completa en Duke.

Ese año, algunos de sus jugadores de tercer y último curso empezaron a venir a casa por las noches, chicos que me intimidaban. Mi padre les ofrecía cerveza y se ponían a ver deportes en la televisión; desde mi habitación los oía gritar y celebrar. En el instituto, de vez en cuando, durante mis horas libres, acudía al despacho de mi padre en la planta baja para hacer los deberes, pero ahora eran ellos los que lo ocupaban, con sus voces graves y bromas sardónicas. Otras veces, esas ocasiones en las que sabía que no estaba dando clase o entrenando, me

encontraba la puerta del despacho cerrada con llave, algo que no había hecho nunca, y no se oían ruidos dentro. A veces, en las partidas de golf de después de clase, lo notaba distraído y apático, sin prestar atención a mis golpes y se arrastraba detrás de mí cuando siempre solía correr por delante. Empecé a preguntarme si no sé drogaría con esos chicos.

Unas semanas antes de que volviera mi madre, bajé al despacho de mi padre una tarde que no me encontraba bien. Había salido del entrenamiento de baloncesto y necesitaba un lugar donde tumbarme. La puerta estaba cerrada, pero no con llave. Había una luz tenue y no encendí las luces. Me tumbé en el sofá. Había demasiado ruido como para dormir. El vestuario de las chicas estaba justo al lado, el equipo universitario estaba fuera y el juvenil y las terceras habían vuelto; se oían muchos gritos, salpicaduras y puertas de metal cerrándose. Me imaginé que mi padre estaría ya en el gimnasio con su equipo. Oía voces cerca, risas bajas. Unos minutos más tarde oí abrirse la puerta del cuartillo de la limpieza, que estaba detrás del sofá. Tres chicos se dirigieron derechos a la puerta del despacho, vestidos para el entrenamiento. Mi padre salió en último lugar. Carraspeó, se abrochó el cinturón y salió de la habitación. Se movían rápido y no me vieron. Los vi atravesar el pasillo y abrir la pesada puerta que daba al gimnasio. Me levanté y me acerqué al cuartillo de la limpieza. Había rayitos de luz en el fondo. La pared tenía varios agujeros, pequeñas aperturas, y todas ellas con unas vistas excelentes de las chicas.



Una vez que regresó mi madre, no volví a pasar una noche más en la casa de mi padre. Le enseñé al director de deportes los agujeros de la pared del vestuario y esa primavera mi padre anunció su jubilación anticipada. Dejé de jugar en torneos, pero Duke mantuvo su palabra y me matriculé allí, aunque perdí la beca cuando dejé el equipo tras la primera semana. Sabía que mi padre no me iba a ayudar con la matrícula si no jugaba al golf, así que conseguí un trabajo en un restaurante y pedí el primero de muchos préstamos que han originado la agravada deuda que me persigue ahora. Nunca podría volver a jugar al golf. El simple hecho de sostener un palo me provocaba náuseas.



Recibo por correo una tarjeta sanitaria de Cambridge Pilgrim. Tiene un sombrero negro de peregrino con una hebilla blanca en el logo. Hago un dibujo y se lo envío a Caleb. Mi hermano vivió en Boston unos años después de acabar la universidad y le parecía curioso todo lo que ganaban las empresas locales de los peregrinos, esos tacaños aguafiestas. Encima del dibujo escribo: «Ya mismo estaré igual de sana que un peregrino. Esperanza media de vida: treinta y cuatro años».

Lo cierto es que estoy orgullosa de esta tarjeta, y aliviada por poder permitirme algunas revisiones médicas. Tengo un lunar que se me ha puesto más oscuro y la menstruación más abundante y dolorosa que antes. Llevo cinco años sin visitar a un médico, desde que cursaba el máster, la última vez que tuve cobertura médica.

Me hacen ir a ver a un médico de cabecera primero, para que me prepare los volantes.

Todo es puntiagudo. Cuando me mira los ojos, dice que tengo los globos oculares puntiagudos y, cuando me mira las orejas, dice que la curva del canal auditivo es puntiaguda.

—Me siento como un dibujo animado mal hecho —le digo después a Harry.

Lo siguiente es el dermatólogo, que tiene la piel del color del cuarzo, sin una sola peca ni lunares. No entiendo cómo ha podido llevar una vida sin sol. Me avergüenzo de mi piel, que me quemaba y pelaba religiosamente los veranos del instituto, convencida de que el bronceado me traería un novio en el otoño, algo que nunca pasó. El golf tampoco ayudó, todo ese tiempo que tenía que pasar bajo el sol intenso de Georgia o California, con camisetas sin manga y sin visera. Odiaba las viseras.

Creía que tan solo tendría que enseñarle el lunar del brazo, pero me hace tumbarme sobre mi estómago bajo una serie de lámparas calientes y brillantes. Me levanta la camiseta hasta el cuello y no oculta la desaprobación. Resopla y

chasquea la lengua. Se centra en algo que tengo en la escápula y acerca el aparato de ampliación. Vuelve a mirarlo y sigue adelante, bajando por la espalda y las piernas, eligiendo y observando. Me pide que me ponga bocarriba y vuelve a destaparme. Continúa así durante un buen rato, examinándome la parte delantera. Acerca la herramienta a mi frente, sien, pecho, brazos. Se concentra en el lunar extraño durante un rato y a continuación baja hasta el vientre, la pierna, y se interesa por las pantorrillas e incluso el dedo gordo del pie.

Me echa una charla sobre la protección solar y que no puedo volver a exponerme al sol sin ella. Me dice que debería de haber hecho caso a mi madre cuando era más joven. No menciono que mi madre me enseñó a achicharrarme la piel con aceite y papel de aluminio.

Me explica que tiene que hacer una biopsia de tres lunares y entra en una sala para avisar a su ayudante.

—¿Hoy? —pregunto cuando vuelve a entrar.

Pero ya está colocando unos escalpelos sobre una bandeja.

Salgo de la consulta con tres rajas cosidas con un hilo negro rígido. Tendrá los resultados para el viernes.



En el ginecólogo, me molesta permanecer tumbada sobre la camilla porque dos de las rajas las tengo en la espalda. El médico aparecía en el listado bajo el nombre de Fran Hubert y di por hecho que era una mujer, pero es un hombre. Su nombre es Frank. Resulta que los peregrinos no cuentan con médicas.

Me inserta un espéculo untado con un gel frío. Tiene una calva brillante con unos enormes lunares descoloridos que al doctor Dermatólogo no le habrían gustado.

—Así que es usted escritora. —Abre el espéculo presionando un botón y siento un calambre repentino. Me examina y me siento como un automóvil al que están levantando para cambiarle los neumáticos—. ¿Qué has publicado?

—En realidad nada, un relato corto en una revista hace unos años.

No me está escuchando. Saca un bastoncillo largo de un envoltorio y lo inserta.

—Tiene un cérvix puntiagudo.

Malditos peregrinos.

Saca el bastoncillo y lo mete dentro de un tubo de plástico.

—¿Y va a escribir la gran novela norteamericana?

Estoy harta de esa pregunta.

—¿Va a curar usted el cáncer de ovarios?

Saca el espéculo y el interior se me desinfla.

Se sienta y me mira a los ojos por primera vez.

—*Touché*.

Me comenta que tendrá los resultados de la citología en unos días. Me olvido de mencionar el sangrado abundante y el dolor de las menstruaciones.



Después del turno de la cena en Iris, Tony hace un pedido al restaurante China Dragon, y Harry y yo vamos a recogerlo. Suena Duran Duran mientras esperamos en el mostrador; bailamos un poco, Harry me hace girar y yo pongo una mueca de dolor y le aviso de las heridas que tengo en el hombro, la espalda y la pierna.

—Pobrecita mía —murmura y me da un abrazo suave.

Cantamos a voz en cuello *My Name is Rio* en el camino de vuelta y, cuando llegamos, Marcus me da una nota en la que pone: «Ha llamado Oscar». No ha dejado un número de teléfono y me dejé su carta en casa.

—¿Ha dicho si volverá a llamar?

—No.

Entro en el comedor y Marcus me llama de nuevo. Por algún motivo, creo que va a decirme algo más sobre Oscar, lo que le ha dicho, o tal vez quiera avisarme de cómo es, decirme que me mantenga alejada o que me lance a por él.

—Tienes que taparte lo que sea que tienes ahí debajo. Es asqueroso. Estás oficialmente a prueba por higiene personal.

En la barra de la cocina, Harry echa un vistazo y me explica que la vaselina que tengo que aplicarme en las rajas ha dejado manchas de grasa en la camisa y que se aprecian dos heridas sanguinolentas y los puntos negros. El dermatólogo me indicó que no podía taparlas con tiritas, así que colocamos una servilleta debajo de la camisa con unas presillas y damos buena cuenta de la comida china en la terraza. Son solo las cuatro y media y el sol está alto y es cálido, pero empieza a suavizarse, a alejarse de nosotros. A estas horas siempre teníamos que buscar un lugar con sombra.

Thomas abre la puerta.

—Casey, línea dos.

Harry silba.

—¿Qué? —pregunta Tony.

—Hay un hombre persiguiéndola —señala Harry.

—No es verdad —replico y me dirijo a la puerta todo lo calmada que puedo.

—Seguro que la persiguen un montón de hombres —añade Tony.

Es una persona completamente diferente cuando no está con Dana.

Descuelgo en teléfono en la barra.

Es el doctor Dermatólogo. Dos de los tres lunares son precancerosos. El otro es un carcinoma de células escamosas y, aunque lo ha quitado por completo, sería mejor volver para hacer un escarbado más profundo y así asegurarse. Comenta que este tipo de cáncer de piel lo suele encontrar en personas mucho mayores que yo. Me repite que no puedo exponer la piel al sol sin protección.

—Ya sé que está borracha de juventud e inmortalidad —dice—, pero así es cómo muere la gente.

Se lo cuento a Harry y me abraza de nuevo. Más tarde, un señor mayor de la mesa doble del rincón de Harry se queja de su comportamiento despreocupado y Harry le dice que está borracho de juventud e inmortalidad. El hombre informa a Marcus cuando se marcha y ahora Harry también está a prueba.



Al día siguiente decido llamar a Oscar. Tengo un turno doble y llevo la carta con su número de teléfono en el delantal, pero durante el almuerzo soy incapaz de reunir el coraje suficiente para llamarlo. En la pausa, voy a la papelería a comprar papel para la impresora (he copiado esa mañana el último capítulo en el ordenador y ahora queda imprimirlo todo) y, cuando vuelvo, Marcus me informa de que ha llamado Oscar.

Harry llega para el turno de la cena, me retira el café y le pide a Craig que me sirva una copa de vino tinto.

—Bébete esto y lo llamas. —Pero el alcohol no tiene ese efecto sobre mí. Hace que me sienta cansada, luego triste y después nauseabunda.

Mientras bebo suena el teléfono. Si prestas atención, el teléfono de Iris siempre está sonando. La gente llama día y noche para hacer reservas. A veces piden una mesa para esa misma noche. A veces es para dentro de un año. La gente se vuelve loca planificando. ¿Cómo saben dónde estarán viviendo el año que viene o si seguirán con vida? Yo soy demasiado supersticiosa como para hacer planes de ese tipo. Nunca he tenido un planificador ni una agenda, lo tengo todo en la cabeza.

—Marky Marcus a las once en punto —me avisa Harry.

Escondo la copa detrás del ordenador.

—Casey, teléfono. Otra vez.

Elijo el teléfono de la sala de postres. Allí dentro solo está Helene, sirviendo una *mousse* en unos cuencos adorables.

El corazón me late acelerado. El vino no ayuda.

Es el doctor Ginecólogo, que me explica que tengo una displasia severa en el cérvix y que tengo que volver para que me raspe la zona. Añade que su enfermera me llamará por la mañana para darme una cita.

Vuelvo a la barra.

—¿Qué pasa con tanto raspado?

—Si no fueras tan puntiaguda… —responde Harry.

—Me siento como una cuña de queso. —Alcanzo la jarra de agua para llevarla a la mesa que está preparando Fabiana para mí—. El seguro de salud es una mierda.

Después de eso, no encuentro un momento para llamar a Oscar hasta que se hace demasiado tarde para llamar a un hombre que tiene dos hijos pequeños.

Vuelvo a casa cerca de la medianoche, exhausta y con una sensación de hormigueo en la piel. Me quito la ropa del trabajo, me ducho, vuelvo a aplicar la vaselina en las heridas de los lunares. Los puntos negros parecen arañas. Suena el teléfono, ya no quedan más médicos.

—Un chico llamado Harry con acento suave y coqueto me ha dado el número de teléfono de tu casa —se excusa—. Y ha insistido en que no era demasiado tarde para llamarte. Y… —prosigue porque yo no digo nada porque me arde la garganta de pensar lo buen amigo que es Harry conmigo—… me ha dado la sensación de que sabe algo de mí y lo he tomado como una buena señal. ¿Estás ahí?

—Sí —respondo, haciendo un esfuerzo por recomponerme.

—Bien. Mi madre me ha dicho que no puedo ir ganándome la amistad de las mujeres con mis hijos y que es demasiado pronto para jugar al minigolf. Seguro que es una decepción enorme.

Me sorprende, pero así es.

—Así que he pensado que, tal vez, podríamos mantener una charla de adultos en el jardín botánico el sábado. Eres una adulta, ¿no? Es decir, pareces muy joven. No estás en el instituto.

—¿La universidad supondría un problema?

Silencio.

—Sí.

—Tengo treinta y un años.

—Gracias a Dios. —Parece realmente aliviado.

—¿Cuántos años tienes tú?

Otra pausa.

—Cuarenta y cinco.

Mayor de lo que pensaba.

—¿Supone un problema?

—Depende del plan.



Oscar me está esperando a la entrada del jardín botánico con un *basset hound* tristón. El perro me recuerda a un juguete que tenía de pequeña, un perro de plástico con una cuerda cuyas orejas subían y bajaban cuando tiraba de ella.

Paso junto a él hasta una señal de la calle en la que puedo amarrar la bicicleta.

—¿Eres tú? —pregunta. No parece muy feliz.

—Sí, soy yo. Coloco el seguro despacio. No tengo claro si quiero estar aquí.

Noto que se acerca a mí por detrás.

—Tienes pelo —comenta—. Te lo había visto recogido.

—Política del restaurante. —Junto ambas partes del seguro y muevo los números—. Y tú tienes un perro.

—Este es Bob. Bob el perro.

No sé qué hacer una vez que he asegurado la bicicleta, así que me agacho y le acaricio la cabeza al animal. Está un poco grasienta. Presiona la cabeza contra mi mano, como si fuera un gato.

—Si te soy sincero, no tenemos una relación muy buena —comenta.

—¿Quieres ir a jugar, Bob el perro?

—Bob no juega.

—¿Y qué hace Bob?

—Finge que está enfermo.

Me pongo derecha, rodeo los pilares de la entrada y giro.

—Vamos, Bob. —El perro vuelve la cabeza, pero mantiene el cuerpo inmóvil. Vuelvo a ponerme en cuclillas y doy un golpecito en el suelo—. Venga, pequeño. —El perro afianza las patitas en el camino.

Oscar me observa. Ya está tomando decisiones, lo noto. En el tiempo que ha pasado entre la llamada y hoy, ha estado disuadiéndose de quedar conmigo y ahora vuelve a la carga. Me pongo recta y pienso en lo pronto que nos entrenamos las mujeres para percibir lo que perciben los demás de nosotras, y

sacrificamos en el proceso lo que nosotras sentimos sobre ellos. A veces mezclamos las dos cosas en un terrible nudo que nos cuesta mucho desenredar.

Bob se vuelve hacia mí. Tira de Oscar, que sostiene el extremo de la correa. El perro me olisquea la oreja. Me pongo de pie y empezamos a caminar.

—Bien —dice Oscar.

—Bien. —Lo miro. No es un hombre alto y tenemos las miradas casi a la misma altura. No estoy acostumbrada a esto.

—Vamos a ello. —Tiene los ojos aún más claros hoy, con bordes oscuros—. A pasear a Bob.

El animal husmea algo, tiene la cabeza hundida entre los omóplatos y el morro a un centímetro del asfalto. Oscar me observa mientras caminamos. Lo veo mucho más flexible que con los niños en la mesa del restaurante. Me mira con júbilo, como si estuviera contándole algo divertido, como si estuviéramos bromeando.

—Solo para que lo sepas, los árboles me dan un poco de miedo —admite.

Hay árboles por todas partes. Es un jardín botánico. Tienen todos pequeñas etiquetas de latón con los nombres. Nos encontramos en el bosque de arces: hay arces coreanos, arces luna llena, arces pintados.

—¿Y esto es una especie de terapia?

—Son más bien los agujeros de los árboles. Una vez, cuando era pequeño, estaba sentado en la rama de un roble, vi un agujero y eché un vistazo, y lo siguiente que recuerdo es estar en el suelo. Me caí sin más. Echo un vistazo —pone una mueca como la de su hijo Jasper— y justo después estoy mirando el cielo y oyendo a mi madre gritar desde la casa. No corre hacia mí, solo grita.

—¿Qué pasó?

—Un búho me picó en la frente. —Me lo enseña. Tiene una marca profunda justo por debajo del cuero cabelludo.

—Madre mía.

Sonríe cuando la toco y reanudamos la marcha.

—¿Casey qué más? —se interesa.

—Peabody.

—Ah, muy evocador. Muy Mayflower. Peabody. Es uno de esos apellidos que se pronuncian en la parte anterior de la boca. Peabody. —Lo dice rápido, exagerando el sonido de la pe—. Todo lo contrario a Kolton, que se pronuncia en la parte posterior.

Pronuncio ambos apellidos y me río. Tiene razón.

Me dice que él y sus hijos están haciendo una lista de nombres de lugares como esos, palabras que explotan en los labios. Menciona algunas: Pepperell, Biddeford, Mattaposett, Cinnabon.

—Seguro que no dejas que coman nada de la tienda de repostería Cinnabon.

—¿Por qué lo dices?

Imito su tono de voz.

—¡Nada de chocolate! Mientras tú echas tres azucarillos en el café.

Se echa a reír.

—¿Quién eres? ¿De dónde vienes?

—Ya me has visto antes. O yo te he visto a ti.

—¿Dónde?

—En la fiesta por la publicación de tu libro. En Avon Hill.

—¿Este verano?

Asiento.

—No estabas.

—Sí.

—Me habría fijado.

—Pues fui. Una casa muy bonita. Con tejado abuhardillado. Estabas en el salón, firmando libros.

—¿Sirvió Iris el *catering* de la fiesta?

—No estaba trabajando. Fui con mi amiga Muriel.

—Muriel. ¿Muriel Becker?

Asiento.

—¿Es amiga tuya?

—Es básicamente mi única amiga aquí. Aparte de Harry.

—¿Harry el que me contestó al teléfono?

—Ajá.

Me mira con los ojos entrecerrados.

—Muriel y tú sois amigas. Sí, bien. Es una buena escritora.

—Lo sé.

Deja de caminar.

—¿Tú eres escritora?

Imaginaba que eso podría confundirlo.

—Soy camarera.

—Eres escritora. —No le gusta. Echa la cabeza hacia atrás—. La primera mujer que no me disgusta y es escritora.

—Supongo que eso supone un problema para ti.

—No tengo citas con escritoras.

—¿Y quién dice que esto es una cita?

—Es una cita. Es mi primera cita en mucho tiempo. Por favor, no digas que no es una cita.

Bob elige este momento para adelantar las patas traseras a las delanteras y

hacer caca en la base de una lila de Japón. Oscar saca del bolsillo una bolsa de plástico. Mete la mano dentro, recoge el excremento, le da la vuelta a la bolsa y le hace dos nudos. Se dirige a una papelera para tirarla y regresa.

—¿Por eso has venido? ¿Por eso fuiste tan coqueta conmigo en el restaurante?

—¿Coqueta? ¿Contigo? ¿Con el papá gruñón que no es capaz de mantener el contacto visual?

Esboza una sonrisa muy leve.

—Me gustaron tus hijos, no tú. No diría que estaba siendo coqueta con ellos, pero su interés por ti me emocionó. John se estaba esforzando mucho por hacer que fuera un día especial.

Asiente. Un dálmata sin correa se acerca al trasero de Bob, lo olfatea y se pone a dar brincos. Oscar se limpia la nariz con el dorso de la mano.

—Entonces, sabes lo de su madre.

—Solo trataba de hacer más llevadero un día difícil.

—¿Y por eso dijiste que sí al minigolf? ¿Por ellos?

—Por ellos y por tu nota. Con todos esos tachones.

—Ese tipo estaba justo detrás de mí, leyendo lo que ponía por encima de mi hombro. No podía pensar. —Vuelve a pasarse la mano por la nariz.

—Eres un poco rancio.

—Lo sé.

Intenta extender ambos brazos en mi dirección, pero Bob no lo deja. Suelta la correa y el perro se sienta sobre las patas traseras para mirarnos. Oscar apoya los antebrazos en mis hombros, como si lo hubiera hecho ya muchas otras veces.

—Has oído la parte de que no me disgustas, ¿no?

—Yo solo he tenido citas con otros escritores. —Le rodeo los antebrazos con los dedos. Está fuerte, compacto. Nuestras caderas están alineadas—. Nunca ha funcionado.

—Así que soy el siguiente en la cola.

—Una larga cola.

Una especie de halcón se lanza desde la copa de un árbol hacia nosotros y Oscar se encoge. El halcón vuela hasta otra rama alta.

—Los árboles te ponen muy nervioso.

—¿Puedo besarte antes de que nos ataquen, por favor?

Asiento.

Me besa, se aparta y vuelve a besarme. Sin lengua.

—Nunca le he pedido salir a una camarera. —Otro beso casto—. No opero de ese modo. —Tiene los labios más suaves de lo que parecen.

—¿Y cómo operas?

—He estado casado once años. Todas mis técnicas están obsoletas.

Recoge la correa de Bob y empezamos a caminar de nuevo. Accedemos al paseo de coníferas, un pasadizo estrecho y vacío. Le pregunto cómo murió y me responde que fue de cáncer y que, después, pasó tres años enfadado. Asegura que no sentía nada más. Ni amor ni tristeza. Solo enfado, como una alarma que suena sin parar durante tres años. Le cuento que mi madre murió en febrero. Intento pensar en cómo describírselo, pero no se me ocurre nada. Se disculpa porque no sabe lo que se siente al perder a una madre. Dice que una de las peores cosas ha sido que sus hijos pasaran con dos y cinco años algo que él no ha experimentado.

—Cuando fallezca mi madre, serán ellos los que me consuelen a mí —añade.

Ascendemos una colina y bajamos por otro camino, dando un rodeo hasta las lilas.

Oscar se detiene.

—Aquí tuvimos la primera discusión. —Marca una equis con el zapato y retrocede varios metros—. Y aquí —marca otra equis— es donde nos besamos. —Vuelve a mi lado y me toma de la mano—. En primavera, cuando florecen todas las lilas, esto es maravilloso. Tenemos que volver.



En el contestador:

—Hola, Casey, ¿cómo estás? Acabo de volver a la ciudad. Hace unos minutos. No había pensado qué decirte, solo quería hablar contigo. Y verte. Retomar esa cita. Sigo con el mismo número de teléfono: 867-8021. Espero que todo te vaya bien. Bueno. Nos vemos.



Vuelvo a escucharlo. El murmullo y la risita, como si fuera hipo, cuando está diciendo que no había pensado qué decirme. Vuelvo a escucharlo y lo borro.

A la semana siguiente acudo a la cauterización. El médico y la enfermera me muestran un dibujo de un cérvix que hay en un póster en la pared. Parece un cigarrillo rosa. El extremo inferior es la apertura por donde sale un bebé. Quieren quemar esa parte.

No tienes terminaciones nerviosas en el cérvix, me explican, así que no necesitas anestesia local. Pero se oye un sonido feo y la habitación se llena enseguida de un olor que te gustaría no haber olido nunca, pero no puedes volver atrás. Este es su trabajo, imagino, oler cérvix quemados.

Quedo con Muriel después en Bartley.

—Sonaba como un exterminador eléctrico de insectos. Y apestaba. Parecía que quemaban pelo, zapatos de cuero y huevas de salmón, todo junto.

Muriel mira la hamburguesa.

—Para, anda.

—Le he contado lo de la menstruación y el dolor y me ha dicho que es posible que sea candidata a padecer endometriosis. Afecta a la fertilidad, me ha dicho. No hay tratamiento ni cura, lo que significa que ahora me puede aterrar por igual quedarme embarazada y no quedarme embarazada nunca. —Me como una patata. No puedo comerme la hamburguesa—. ¿Cómo va el libro?

Niega con la cabeza.

—Soy incapaz de terminar esa guerra. Cada día que me siento e intento concluirla, no puedo.

—Es una gran guerra. Dos frentes. No es tarea sencilla.

—Creo que esa escena me pone nerviosa.

—¿Te refieres a la escena del lago?

—Sí. —La idea de la escena en el lago fue la primera que se le ocurrió. Todas las demás aparecieron después—. Estoy teniendo muchas dudas.

—Solo tienes que escribirla y seguir adelante.

—No sé por qué me siento así. Parece miedo escénico o algo parecido. ¿Y si no puedo hacerlo?

—Tus lectores lo entenderán y te dirán que no importa, que eso le pasa a todo el mundo.

—Esa escena es la razón de ser del libro.

—No. Puede que lo fuera antes, pero ya no. Tienes que olvidarte de eso. No se trata de un relato corto con un culmen perfecto. Es complicado.

—Ya. Una novela es una historia larga en la que sucede algo —cita. Se trata de una frase que ha pasado entre las personas y se atribuye a muchos escritores.

—Llévalos al lago y harán lo que tengan que hacer.

Siempre sonamos confiadas cuando hablamos del libro de otra persona.

La pequeña editorial para la que trabaja la va a enviar a Roma para una conferencia. Le ha estado dando vueltas durante un tiempo a la idea de pedir o no a Christian que la acompañe. Al final se lo ha pedido.

—Me ha respondido que no. En nuestra primera cita me dijo que siempre ha querido ir a Italia y ahora me contesta que no sin siquiera pensárselo.

—¿Por qué? —No me gusta que Muriel se vaya del país. Se me revuelve el estómago. La gente muere cuando sale de viaje.

—Me dijo que Italia es para ir por amor, por placer y no por un viaje empresarial. Le dije que no era nada empresarial, que solo serán unas cuantas mesas redondas sobre literatura. Y me respondió que no quiere seguirme a todas partes en un viaje por trabajo. Le dije que se estaba comportando de forma rígida y sexista.

—Quiere que sea especial. Él viaja por trabajo todo el tiempo. —Christian es ingeniero de *firmware*. No sé qué significa eso, pero todas las semanas tiene que ir a alguna parte.

—A Detroit y Dallas-Fort Worth. —Hace un gesto con la mano—. Está bien, me queda muy claro. Quiero a alguien espontáneo, que me apoye, alguien que aproveche una oportunidad como esta. Ese no es él, ahora lo sé. ¿Cómo va la revisión?

He estado imprimiendo la novela y repasándola, intentando fingir que soy otra persona, alguien que se la acaba de encontrar en una librería. Anoto cosas en todo el manuscrito, hago los cambios en el ordenador y vuelvo a imprimir.

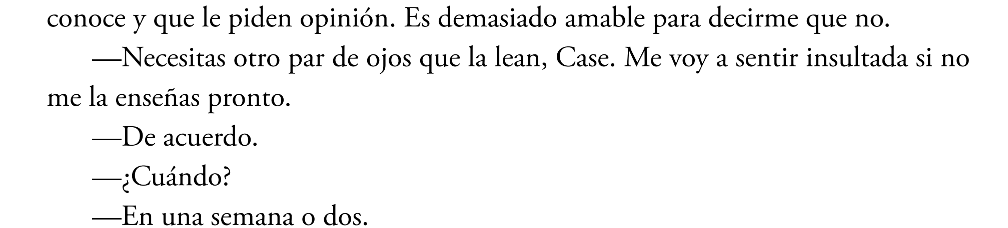
—No sé si puedo seguir leyéndola.

—Dámela a mí.

—Todavía no.

—Casey, deja que la lea.

Quiero dejársela. Quiero que la lea. Pero ella tiene pilas de manuscritos por todo su apartamento, no solo del trabajo, también de todos los escritores que



conoce y que le piden opinión. Es demasiado amable para decirme que no.

—Necesitas otro par de ojos que la lean, Case. Me voy a sentir insultada si no me la enseñas pronto.

—De acuerdo.

—¿Cuándo?

—En una semana o dos.

—¿Fecha?

—Veintiuno de septiembre. —Parece una fecha muy lejana.

—El sábado que viene. De acuerdo.

¿El veintiuno es el sábado que viene?

Volvemos a su casa. Le cuento algunos detalles más de mi cita con Oscar que he olvidado en el almuerzo. La cicatriz que tiene en la frente y las equis que marcan cada momento.

—Qué raro. Parece que hablas de una persona totalmente diferente a la de las noches de los miércoles.

Entramos en una tienda que le encanta. El dueño es alto, como Muriel, y la ropa que vende les queda bien a las mujeres altas. Los vestidos cuestan más de cien dólares y las camisas, incluso las camisetas, están por encima de los cincuenta. No puedo permitirme unos calcetines en un lugar como este. Las únicas prendas bonitas que tengo son de mi madre. Muriel me recuerda a mi madre, rebuscando entre las perchas. No había reparado en el parecido antes. No sé cómo puede permitirse este tipo de ropa ni su bonito apartamento de una habitación en Porter Square. No sé cómo lo hacen los demás, cómo pagan las facturas y duermen por las noches.

No se prueba nada.

—¿Has leído ya sus libros? —pregunta cuando salimos a la calle de nuevo.

—No.

—¿Cómo es posible que no los hayas leído?

—Seguro que me influye de una u otra manera. Siempre es así.

—Pero es información importante.

—¿Sí? Es muy fácil confundir al hombre y su forma de escribir.

Si Oscar hiciera vasijas de barro, no me importaría. Podría mirar las vasijas y estas podrían gustarme o no, no influiría en lo que siento por él. Ojalá pudiera sentirme igual de neutral con las historias como con las vasijas de barro.

—¿No quieres leer al menos las escenas de sexo?

—¡No!

—Le gusta escribir sobre sexo.

—Para.

—¿Puedo contarte solo una cosa sobre sus escenas de sexo?

Está claro que lleva un rato queriendo decírmelo.

—No. Bueno, una sola cosa.

—Siempre usa la palabra «amargo».

—¿Amargo?

—Un detalle que me ha llamado la atención. Siempre lo usa refiriéndose a la mujer: aliento amargo, piel amarga. Siempre hay algo amargo. Parece un tic.

Se ríe al ver la cara que se me queda.



Oscar y yo nos vemos después de mi turno del viernes por la noche. Su madre se queda en su casa para que él pueda salir cuando yo estoy libre. Le ha preparado una tarta de zanahoria de postre y me trae un pedazo grande. Lo compartimos mientras caminamos por Mass. Avenue. Está deliciosa. Cuando acabamos y se mete el papel de celofán en el bolsillo, me agarra de la mano. La suya es rolliza y cálida.

—Mi madre está muy nerviosa con este tema. Cree que me vas a romper el corazón. —Se ríe, como si se tratara de una idea absurda, y me besa. Sonrío mientras nos besamos y pienso en contarle después a Muriel que los dos sabemos amargos por el limón del glaseado. Él nota mi sonrisa y sonríe todavía más.

Me gusta besar a Oscar. Se aparta y me habla de cosas que le vienen a la cabeza, de un estudiante que tenía con doce dedos, de que esa tarde Jasper le ha mordido el muslo con fuerza mientras John jugaba con un bate de béisbol. No noto la sensación que me sobreviene con algunos hombres: que están barriendo hacia un solo lugar y viendo lo rápido que pueden llegar sin complicarse ni hablar mucho.

Nos tomamos unas cervezas en el Cellar y me acompaña hasta mi bici, en la puerta de Iris, donde él ha aparcado el coche. Me acorrala contra la puerta del copiloto y posa las manos en mis caderas.

—Estas —señala— son unas buenas caderas para hacer bebés.

Me echo a reír. En realidad, tengo unas caderas muy estrechas. A veces me preguntado cómo podría caber un bebé entero ahí dentro.

Nos besamos durante un buen rato y noto que se acurruca en el hueco entre mis caderas para hacer bebés y el hueso de la pelvis. Encaja a la perfección.

—*Mmm* —murmura—. Qué gustito.



En el almuerzo del día siguiente, le hablo a Harry de la cita.

—Madre mía —exclama—. ¿Con los escritores es así? ¿Te dicen «qué gustito» y de pronto estás locamente enamorada?

—No estoy locamente enamorada.

—Ese hombre tiene más de cuarenta años y dos hijos biológicos.

Más tarde, cuando estamos muy liados con el trabajo y estoy rellenando rápidamente la tetera para una mesa de seis bibliotecarios, Harry se acerca a mí.

—Mueve tus caderas de hacer bebés, cielo. Necesito un cuchillo para cortar filetes.

Cuando el estrés ha terminado, me avisa de que hay un chico muy guapo en la entrada que quiere verme.

—¿Ves? ¿A que es adorable?

—Creo que no es tu papaíto.

—Parece mucho más joven de cuarenta y cinco. Y que te jodan, no es mi papaíto.

Le pido que me mire los dientes por si tengo alguna semilla y voy a la puerta.

No es Oscar. Es Silas. Me sobresalto al verlo. Parece más joven, más esbelto. Lleva una chaqueta negra de cuero vieja con arrugas marcadas y las cremalleras de los bolsillos oxidadas.

—Siento haberte interrumpido en el trabajo. Solo quería asegurarme de que estás bien.

—No pasa nada. —Señalo las mesas—. Ya he entregado la mayoría de las cuentas. ¿Qué tal estás? ¿Cómo ha ido tu viaje? —Intento calcular cuánto tiempo hace desde que ha regresado. Probablemente dos semanas. Me dejó un par de mensajes y paró. Estoy harta de los hombres como este, que van y vienen. Ya he aprendido la lección.

—Bien, bien. —Hay un montón de tarjetas de visitas en la mesa de recepción y las mueve con el pulgar. *Ffff. Ffff.* Levanta la mirada—. Siento haber cancelado nuestra cita. Quería decírtelo en persona. Entiendo por qué estás enfadada o… —*Ffff.*

La puerta del despacho de Marcus está abierta y sé que lo está escuchando todo.

—No tienes que darme explicaciones.

—Quiero hacerlo —replica, más alto de lo que pretendía—. Perdona, es que… En este último año hay ocasiones en las que he tenido esta sensación, como de temeridad, ¿sabes? Necesitaba estar en movimiento. Y esta vez tenía la oportunidad moverme de verdad, y sentí que tenía que hacerlo, a pesar de que tenía muchas ganas de salir contigo. De verdad. Muchas. Solo quería explicártelo. Pensé que la cita contigo iría mejor si sacaba esta sensación de mi cuerpo.

—Lo entiendo, de verdad. Gracias por contármelo.

Intento parecer tajante, como si se hubiera acabado y la oportunidad para esa cita hubiera pasado. Hago ademán de volver al salón, pero mi cuerpo no se mueve.

—¿Algún vistazo a lo sublime por ahí? —me oigo preguntar.

—Uno o dos. —Sonríe.

Se me había olvidado el diente descascarillado.

Mierda.

—Lo sublime siempre acaba alcanzándote.

Asiente. Probablemente mis mesas ya estén con las tarjetas de crédito preparadas. Silas bajará las escaleras y saldrá a la calle, y pensar en ello me suscita un vacío en el estómago, a pesar de que está lleno del pastel de semillas de Helene.

—¿Qué me dices entonces? —pregunta.

—A lo mejor deberíamos de ir al museo.

—¿El sábado?

Sale Fabiana y reclama su puesto en la recepción. Silas suelta las tarjetas.

—El sábado está bien. Pero trabajo a las tres.

—Te recojo a las diez y media.

Baja las escaleras como si fuera un niño, rápido y sin detenerse, haciendo mucho ruido. Oigo cerrarse la puerta de abajo.

Los comensales de mis mesas me miran mal cuando regreso al comedor. No les devuelvo la mirada y me dirijo directamente a la barra.

—Por favor, dime que no has dejado escapar a ese —comenta Harry.

—No lo he hecho.

—Eres una fresca con un delantal manchado. —Me entrega dos recibos de unas tarjetas de crédito que ha pasado por mí.



El sábado por la mañana imprimo el borrador para dárselo a Muriel. No me atrevo a mirar las palabras conforme salen por la impresora. No sé lo que pone. No sé de qué trata el libro. Veo el nombre de Clara y se me revuelve el estómago. ¿De verdad he bautizado como Clara a un personaje principal? Después de cincuenta páginas, la habitación se torna húmeda y huele igual que la copistería donde trabajaba en la universidad, a papel húmedo, tóner y electricidad. La pila de la bandeja de salida de la impresora es cada vez más alta y las páginas empiezan a escurrirse. Recojo la primera parte del libro, alineo los bordes y la dejo bocabajo en la mesa. Hago esto cinco veces hasta que la impresora escupe la última página y se detiene de golpe. Podría ponerme a cantar. Le doy la vuelta a la pila de hojas. Las meto en una caja vieja, anoto el nombre de Muriel y la meto en la mochila antes de que me ponga a marcar las páginas de nuevo.

Voy en bicicleta a su apartamento y dejo la caja en la mesita para el correo del recibidor de su edificio. Cuando voy de vuelta a casa, la imagino contándome que no la ha recibido y viendo la novela publicada en un año por otro de los inquilinos de su piso (probablemente el tipo que trabaja en la tienda de peces tropicales y que negaba que usaba el suavizante para la ropa de mi amiga). Me imagino demandándolo, presentando como prueba todas las páginas que hay escritas en mi libreta y ordenador. Un caso rápido, señalaría mi abogado. Pero yo no podría permitirme pagar a un abogado, así que tendría que representarme a mí misma. O llamaría a mi amiga Sylvie, de Virginia, que era abogada especializada en propiedad intelectual. Estudió historia del arte e interpretación y la vi en *Tres hermanas* y *Arcadia*, y en ambas ocasiones se transformaba por completo. No la reconocía cuando estaba en un escenario. La recuerdo en su despacho de Alejandría, representando el papel de una abogada durante tantas horas al día. Pienso en todas esas personas que representan papeles, que se alejan cada vez más de ellos mismos, de lo que los motiva, lo que los remueve por

dentro. Y pienso en mi novela en la mesa para el correo de Muriel, y espero que ese tipo que vende peces la deje allí.

Cuando regreso, la habitación sigue oliendo a impresora y siento por primera vez el miedo a que me lean. Silas llega en veinte minutos, así que no tengo tiempo para obsesionarme con el tema. Entro en la ducha y, cuando salgo, sigo teniendo la nariz roja por el trayecto hasta Cambridge con este frío. Me aplico demasiado colorete para compensar y elijo una camisa limpia que estoy segura de que no es la que me puse en la fiesta donde conocí a Silas. La fiesta de Oscar. Pero él no era Oscar entonces. Era el autor que firmaba libros que yo no podía permitirme en la habitación de al lado.



Silas tiene un Le Car verde lima con un agujero oxidado en la puerta del copiloto. Por dentro hay cinta de embalar.

—Es el coche de mi hermana. Un antiguo novio se lo destrozó.

—¿Con qué?

Rodea el automóvil hasta su lado y entra.

—Un arpón. Coleccionaba armas marinas. Mira, llega hasta aquí. —Toca el borde de mi asiento y muevo la pierna, que deja a la vista un corte en la tela.

Llevo puesta una falda, así que tengo la pierna desnuda, y tener sus dedos tan cerca me provocan una ligera conmoción en la entrepierna.

Cuando cambia de marcha, las botellas y basura que hay atrás ruedan de un lado a otro. El automóvil huele a calcetines sucios y me recuerda a la habitación de Caleb de pequeño. Lleva puesta la misma chaqueta de cuero, que cruje cuando lleva el brazo a la palanca de cambios y lo devuelve al volante. No sé de qué podemos hablar. El olor a calcetines y el deseo de que vuelva a acercar los dedos a mi pierna me confunden.

Cuando aumenta la velocidad, la cinta empieza a despegarse.

—Era como observar a un vikingo —indica. Tardo un segundo en darme cuenta de que sigue hablando del agujero—. Tenía el pelo rojo y los brazos enormes. Solo necesitó dos intentos.

—¿Estaba tu hermana dentro?

—No, no. Esa noche salió con otra persona. Ese fue el problema.

Avanzamos a lo largo de los pantanos de Fenway Park, espesos y verdes, por un puente bajo de piedra que hay sobre el río Muddy, con sauces que gotean en el agua. Boston está soleado esta mañana y me siento animada por haberle dado a Muriel el libro. Siento como si me quitara los zapatos y sacara los pies por la ventana. Aunque mi amiga destripe la historia, este es un paso. Un paso adelante.

Decido no contarle a Silas que lo he terminado. No quiero alardear.

—¿Qué has estado haciendo?

Pienso en mi vida desde que se fue de la ciudad. Unos lunares malos. Un cérvix quemado. Oscar.

—He terminado la novela. —Es lo único que tengo.

—¿La has terminado? —Se vuelve y se me queda mirando hasta que señalo la carretera.

—Es un desastre aún.

—Has terminado tu primera novela. Has escrito una novela entera. —Golpea con las palmas el volante y me mira.

Vuelvo a señalar la carretera.

—Se la he dado a Muriel para que la lea.

—Es una buena lectora.

—Sí, eso es lo que me da miedo.

—Casey, es todo un logro. —Parece feliz de verdad por mí. No es fácil encontrar a un chico así.



En el museo, él compra las entradas y nos colocamos las etiquetas de metal en el collar de la camisa. Llevo sin ir al Museo de Bellas Artes desde que volví al este.

Subimos por la enorme escalera de mármol.

—Mi madre me traía aquí cuando era pequeña. Me dejaba elegir un bolso de piel de su armario y me lo ponía igual que ella se ponía el suyo. —Finjo que me coloco un bolso debajo del brazo.

—¿Qué aspecto tenías?

—Trenzas gruesas. Paletas grandes —respondo—. Y me dejaba comprar tres postales en la tienda de regalos que chocaban entre sí dentro del enorme bolso vacío de camino al coche. —Llegamos a lo alto de las escaleras—. Ojalá recordara de lo que hablábamos.

—Es extraño, ¿verdad? Mi hermana y yo cruzamos el país en una ocasión. Ella llevaba libros en cintas de audio, libros largos como *Guerra y paz*. Pero empezábamos a hablar y nunca los escuchábamos. Era una especie de broma nuestra, decíamos que cuando nos quedáramos sin cosas que decir, escucharíamos. Pero siempre seguíamos hablando. Y ahora no recuerdo lo que decíamos.

El aire entre los dos crepita como suele hacerlo cuando hablas de tus seres queridos que han fallecido. Pero nos cuesta adivinar qué más decir.

Paseamos por la sala de arte del mundo antiguo, pasamos el león babilonio,

las urnas etruscas, un brazalete nubio esmaltado, partes del cuerpo de estatuas griegas: un pie con una sandalia, una nalga masculina con un muslo. Me gusta contemplar el arte, recordar un impulso natural humano que ha existido siempre. Pasamos al arte de Europa, las aureolas y los ángeles, el nacimiento sagrado y el asesinato sangriento de un hombre una y otra vez, todo un continente poseído por una historia durante siglos.

—Hay muchos agujeros en la trama —digo cuando estamos ante un Fra Angélico—. Si el nacimiento de Jesús fue tan celebrado, ¿por qué solo hay historias de él de bebé y cuando estaba a punto de morir? ¿Por qué no lo hemos visto con ocho años?

—O de adolescente. Con acné, poniendo los ojos en blanco con todo lo que dicen María y José.

A veces me muevo en sentido contrario por la habitación para poder observar algunas cosas por separado. A veces nos separamos y volvemos a encontrarnos una o dos salas después.

Pasamos por la sala de arte de las Américas y nos detenemos delante de *Las hijas de Edward Darley Boit*, de Sargent. Tres de las niñas nos miran directamente a nosotros. La mayor no se molesta en hacerlo, casi parece que dormita apoyada contra el jarrón de unos dos metros. La segunda mayor permanece en posición recta e incómoda a su lado; la tercera está a la izquierda, al lado de una ventana que no se ve; y la más joven, en el suelo con una muñeca de porcelana y mirada de desconfianza.

—¿Crees que estas niñas tuvieron que posar así día tras día? —pregunto.

—Parecen infelices.

—Sí, y no solo por posar con posturas incómodas. Es como si trataran de poner buena cara, pero es evidente que no van a jugar a nada divertido después.

—¿Te identificas con alguna?

Examino a las cuatro pequeñas.

—Supongo que con ella. —Señalo a la segunda, tensa, desprovista de color —. Pero me gustaría ser ella, la que está de pie ante la luz.

—Es el centro de atención, ¿no? Aunque está haciendo un gran esfuerzo.

Nos inclinamos al mismo tiempo para examinarla. Es exquisita, el delantal blanco atrapa cada partícula de luz.

—Sabe que ella es la protagonista y no está segura de querer serlo —digo. Nuestros hombros no se tocan, pero oigo con fuerza el crujido de su chaqueta de cuero. Huelo su piel—. Pero planea algo.

—Mira el pie izquierdo. Está a punto de dar un paso.

—Ojalá pudiera escribir algo tan bueno como eso, el punto donde el cinturón ajusta el delantal. —Me cuesta apartar la mirada de ahí. No sé por qué

me resulta tan emotivo, no puedo explicarlo. Hay cierta locura en la belleza cuando encuentras algo así.

Después de *Las hijas de Edward Darley Boit*, sigo la misma dirección que Silas por las salas. Nos detenemos durante un buen rato sin decir nada ante *Casas en Auvers*, de Van Gogh, y luego delante de *Jarrón con flores*, de Matisse. Tras el caos vívido de Van Gogh, donde no hay nada silenciado, nada mezclado, y el mundo parece separarse en fragmentos ante sus ojos, el jarrón con flores blancas de Matisse al lado de una ventana junto al mar es sereno y alegre, como si todo pudiera flotar.

—Me gusta venir aquí —comenta Silas cuando bajamos las escaleras de camino a la cafetería—. Me da calma en todos los buenos sentidos.

Él pide café y yo, té, y nos sentamos en unas sillas modernas de plástico en un claustro abierto. Me siento ligera y exultante por el arte que hemos contemplado, y la preocupación porque Muriel lea mi novela se ha esfumado.

En el trayecto de vuelta estamos más callados. Silas se siente más cómodo con el silencio que la mayoría de las personas. En las pausas, pienso en confesar que he tenido dos citas con Oscar Kolton. Pero sería dar por hecho muchas cosas, que eso le pudiera importar. Este el hombre que condujo miles de kilómetros al este la mañana de nuestra primera cita.

Cuando llegamos a la casa, oigo al perro ladrándole al automóvil. Adam está fuera este fin de semana y yo me estoy encargando de él.

—¿Quieres conocer al Perro de Adam? Podemos sacarlo a pasear.

—El Perro de Adam. —Se ríe—. Le prometí a mi compañero de piso que le iba a dejar el coche en una hora. Aunque me encantaría conocerlo, en otra ocasión.

—De acuerdo. Gracias. —Salgo rápido, antes de que piense que estoy esperando otra cosa. Pero cuando se ha marchado, desearía haber salido un poco más despacio.

Introduzco la llave en la cerradura. Estoy de humor para llamar a mi madre, he sufrido un bonito y feliz cambio de ánimo. Calculo la hora que es en Phoenix. Casi mediodía. Perfecto. Echo el cerrojo y me acuerdo de que ha muerto.



Oscar me llama esa tarde a Iris, mientras preparamos las mesas.

—Tengo a mi madre esperando —me dice—. Está dispuesta a renunciar a su reunión de la beneficencia para ayudar a su hijo enamorado. —Hace una pausa —. Quiere que te diga que no es una reunión de beneficencia, es un grupo de cine. Formado por todas las mujeres inteligentes con doctorados como ella que conoce. Mañana por la noche. ¿Tienes libre? —Baja la voz y habla con un suspiro exagerado—. Piensa que eres demasiado joven para mí. —Un aullido de fondo —. Dice que ella no ha dicho eso.

Él tiene una madre y yo, no.

Tengo delante el calendario, en la pared. Marcus acaba de preparar el nuevo horario. Mañana por la noche tengo libre.

—Deja que lo compruebe.

Tapo el teléfono. Estoy sola en el despacho, por lo que nadie me ve. Me quedo allí un buen rato. No puedo pensar. Quiero salir con Silas una vez más antes de volver a ver a Oscar. Siento como si tuviera una bola deforme en los pulmones que no le deja espacio al aire.

Marcus entra en el despacho.

—Acaba con mi teléfono.

Destapo el auricular.

—Sí, estoy libre.

De vuelta a la cocina, pienso en una escena de mi libro. Dana me pide que la ayude a preparar una mesa de doce, pero, en lugar de hacerlo, voy a la barra y escribo una idea nueva en una servilleta y me la meto en el bolsillo del delantal. Tengo un montón de notas escritas en servilletas dentro del cajón de mi mesa para el próximo borrador.

Esa noche no me puedo librar de la ansiedad. Normalmente consigo olvidarme. En una noche ajetreada no hay tiempo para prestar atención a la

mente o al cuerpo. Tan solo a la vinagreta extra para la mesa veintiuno, las bebidas para la mesa doble y las dos mesas que piden entrantes al mismo tiempo. A las bromas con Harry y Victor y Mary Hand cuando chocamos en el ordenador o en la barra para recoger la comida. Siempre puedo olvidarme de todo en el trabajo. Pero esta noche no. Estoy consciente. Por primera vez, el estrés del trabajo no arrasa mi consciencia del estrés de mi cuerpo. Lo aumenta.

Cuando termino y estamos haciendo las cuentas, Harry me acaricia la cabeza.

—¿Qué pasa aquí dentro?

No puedo explicárselo.

—Tal vez debería de contarle a Oscar lo de Silas. Tiene hijos.

—Has dado un paseo y te has tomado una cerveza con él. Yo sería precavido con el chico que se compromete demasiado pronto. Me parece un compromiso prematuro.

Se ríe con su propia broma y se levanta para entrar en la cocina. Ahora le gusta un cocinero malhumorado. Lo observo cruzar esperanzado la puerta de la cocina. Puede parecer sabio en el amor, pero a él también se le da mal.



Quedo con Oscar en un pequeño restaurante llamado Arancia, en Brattle Street. No quiero que venga a recogerme y sepa dónde vivo. Seguro que querría entrar y echar un vistazo.

Está hablando con una pareja que hay fuera. Se aparta de ellos cuando me ve llegar.

Me recibe con un beso en la mejilla.

—Tercera cita. —Me da un beso en los labios—. Tengo algo para ti. Cierra los ojos.

Noto que algo duro me cubre la cabeza.

—Te queda perfecto.

Levanto la mano. El casco de una bicicleta. Me lo quito. Es plateado y brillante, y debe de costar mucho dinero.

—Gracias. Es muy bonito.

Se echa a reír.

—Te prometo que te compraré algo todavía más bonito. Pero al menos ahora no me tengo que preocupar por que te abras la cabeza.

Me toma del brazo y bajamos los escalones hacia el restaurante. Es diminuto. Ocho mesas. En el fondo, una cortina de terciopelo separa el comedor de la cocina. Huele a mediterráneo: vinagre balsámico, marisco, higo. Tengo hambre. Espero que pida dos platos. Aguardamos en la puerta a que alguien nos atienda.

—¿Con quién estabas hablando?

—Con Tom y Phyllis McGrath. Estaban dando un paseo. —Duda un instante—. Ella se está leyendo mi libro y me ha reconocido.

—Esa foto no se parece a ti. —Tenso los rasgos y bizqueo como si fuera un *cowboy* fumador.

—Ese es exactamente mi aspecto. —Intenta poner una pose.

—No te pareces en nada a ti. —Hay una mujer en una mesa de tres que nos está mirando. Oscar es muy guapo, con esos ojos y el pelo cobrizo. Bajo la voz—: ¿Te sucede a menudo? Que te reconozcan.

—No lo suficiente. —Se ríe—. Aquí pasa a veces. Aquí mismo. En esta manzana. Tal vez la siguiente. Voy a Central Square y ya no.

El recepcionista sale de detrás de la cortina de terciopelo y nos enseña una mesa. Es redonda, de madera, sin mantel ni flores. En lugar de una vela, hay un pequeño farol con una cadena anticuada. Ordenar y arreglar las mesas tiene que ser una tarea rápida aquí.

—Entonces, ¿has visto la foto, pero no has leído el libro? —pregunta.

Me toma desprevenida.

—Tenía planeado ir a la biblioteca.

—Ah, la biblioteca. Eso aumentará mis ventas.

Aparece un camarero, toma los vasos de la mesa para servir el agua y nos informa de los platos especiales. Es mayor que Oscar. Lleva décadas ejerciendo este tipo de trabajo, se nota. Señala que el costillar de cordero viene acompañado de judías y una pasta de anchoas llamada «placer del caballero».

Oscar levanta la cabeza.

—¿Quién ha escrito este menú? ¿Hugh Hefner?

Hago una mueca. Este no es el tipo de camareros con los que quieres llevarte mal. Pero el hombre se ríe. Tiene una risa potente que llena toda la habitación. Tarda un instante en recomponerse.

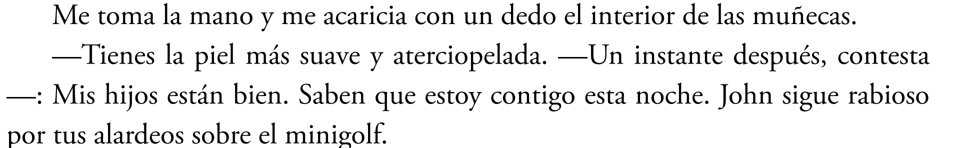
—Nadie ha dicho nada en toda la noche. Me estaba matando.

Nos deja para que miremos el menú. Veo que va a la parte de atrás y le cuenta a otro camarero lo que ha dicho Oscar. En la mesa al lado de la nuestra, el jersey de un señor mayor se cae de la silla al suelo y Oscar se lo da. Mantienen una breve conversación sobre una botella de vino que hay en la mesa del caballero, que es australiano, donde resulta que Oscar vivió durante un año.

El camarero regresa y Oscar pide mejillones para compartir y lubina. Yo pido gambas asadas y tallarines. Le pido que traiga las gambas con los platos principales. El hombre asiente y se va.

—Escúchate, hablas la lengua nativa.

Le pregunto por sus hijos.



Me toma la mano y me acaricia con un dedo el interior de las muñecas.

—Tienes la piel más suave y aterciopelada. —Un instante después, contesta—: Mis hijos están bien. Saben que estoy contigo esta noche. John sigue rabioso por tus alardeos sobre el minigolf.

No bebe mucho y eso me gusta. Los dos nos tomamos una cerveza y luego cambiamos a agua. Llegan los mejillones, que huelen a vermú y chalotas.

—Vi a tu amiga Muriel el miércoles.

He estado evitando el tema del taller de los miércoles por la noche. Seguramente Silas estuviera allí también, y me resulta incómodo. La mera mención del nombre de Muriel me revuelve el estómago.

—¿Qué? ¿Os habéis peleado?

—Le pasé mi novela hace cuatro días.

—A mí no me la has enseñado.

—¿Después de tu reacción en el jardín botánico? No.

Se ríe como si se hubiera olvidado por completo de eso.

—Fui un idiota. Perdóname. ¿Te ha dicho algo?

—Nada. —Noto otra oleada de ansiedad, de alto voltaje.

Asiente y abre un mejillón.

—Y esos escritores con los que has salido —prosigue—, ¿hay alguno famoso?

Niego con la cabeza.

—Solo tú. Al menos en un radio de dos manzanas.

Llegan los platos principales. El hombre de la mesa de al lado se levanta para marcharse con sus acompañantes y examina la lubina de Oscar, cuya cabeza asoma por el borde del plato.

Oscar levanta el ojo del pez hacia el hombre.

—El iris respaldado, empaquetado con papeles de estaño deslustrados, vistos a través de las lentes de una vieja, arañada gelatina.

—Bishop —indica el hombre—. La gran maestra del desastre. —Es lo bastante mayor para pertenecer a la misma época que ella.

—Así es —confirma Oscar.

—Les deseo a usted y a su niñita una noche agradable —se despide y se marcha con sus amigos. Las mujeres se ajustan los pañuelos de seda con dedos nudosos.

Oscar se inclina hacia mí.

—¿Acaba de decir *niñita*?

—Eso creo.

—*¿Mi niñita?*

Llega el camarero y nos pregunta cómo va todo.

—Bien, mi pescado está muerto —responde Oscar—. Y ella no es mi *niñita*.

El camarero se ríe. Parece que quiere quedarse, igual que me pasó a mí aquel día durante el *brunch*. Pido más parmesano para que tenga que irse.

Cuando hemos terminado, se lleva los platos y nos trae una tarta de chocolate y un sorbete de mango.

—Felicitaciones de parte del chef. Es un admirador de su obra —le comunica a Oscar.

A él le agrada, pero no se muestra sorprendido ni halagado como yo esperaba.

—Muchas gracias.

Los postres están buenos. Todo estaba bueno, pero no hay nada que se parezca a las vieiras de Thomas o al bizcocho de plátano de Helene.

Llega la cuenta y no hago ademán de buscar el bolso. Ni siquiera tengo bolso, lo único que tengo es un casco debajo del asiento.

—No estoy preparado para que te vayas en la bicicleta. ¿Damos un paseo?

Caminamos hasta el Common. Hay estudiantes fumando en los bancos, con las rodillas levantadas y los pies descalzos. Otros tantos juegan en la oscuridad con un balón de fútbol. Sigue resultándome extraño no ser una de ellos, no estar en la facultad una noche de septiembre.

A las puertas de un patio, señala el columpio de barras donde John se chocó con otro niño y el columpio para bebés donde se metió Jasper el año pasado y no pudo salir.

—Podría haber escrito tres libros más de todo el tiempo que he pasado aquí —murmura.

Pasamos por debajo de un arce al que ya se le han empezado a caer las hojas. Crujen bajo nuestros pies y liberan el olor del otoño. A mí me salían callos de las barras de los columpios y las maniobras que hacía en ellas a todas horas para presumir delante de mi madre. Ella y Javi fingían muy bien que les interesaban mis habilidades.

En Chauncy Street le señalo la casa donde vivía con Nia, Abby y Russell, y dos puertas más abajo él señala la casa que dice que alquilaron su mujer durante un año cuando se casaron. No le pregunto cuándo fue, no quiero saber si vivimos aquí al mismo tiempo. Pasamos junto a las casas para matrimonios de Harvard y comenta que sus padres vivieron ahí durante el último curso de su padre, y que su madre estuvo a punto de quemar la casa al prender fuego a un paño y que hace poco le pasó lo mismo en su casa.

Se detiene delante de una vivienda al final de la manzana. Las luces de abajo están encendidas y en la esquina hay destellos azules de la televisión.

—Estos somos nosotros.

Es una casa de estilo colonial, perfectamente simétrica y cuadrada con cuatro ventanas que dan a la calle en la planta baja, cuatro en la media y un par de

buhardillas en la tercera. Molduras grises y blancas y contraventanas negras. En el fondo del porche hay una cancha de baloncesto y una tabla en un poste con sacos de arena encima de una base negra. La vida de Oscar.

Lo miro mientras la observa. No sé qué es lo que siente. Se vuelve hacia mí.

—Mi madre está viendo las noticias. Le encanta Ted Koppel.

Tres ventanas de arriba están a oscuras y otra iluminada de verde. Una luz nocturna, tal vez.

—¿Duermen los niños en la misma habitación?

—Cuando no estoy en casa, Jasper se mete en la cama de John. Los dos acaban en la mía para el amanecer.

Para él es importante presentarme esto. Le agarro la mano y él tira de mí, me besa en la sien y miramos de nuevo las ventanas, como si la casa y todo lo que hay dentro nos perteneciera a los dos.



Quedo con Silas en el cine de Church Street. Elegimos unos asientos que están cerca del principio. Lleva un gorro de lana a rayas que no se quita en toda la película y nuestros cuerpos no se tocan en ningún momento. Nunca en toda mi vida he sido más consciente de que no estoy tocando a otra persona. Dos horas y media de una película de la compañía Merchant Ivory sin tocarnos. Después volvemos a su apartamento, en North Cambridge. Tenemos que subir tres plantas por las escaleras. Fuerza la cerradura y dentro huele igual que en su coche, además de a tabaco y a beicon. Lo sigo por un pasillo y pasamos junto a dos puertas cerradas. Detrás de la segunda, un chico finge orgasmos con un tono agudo y alto.

Silas da golpetazos en la pared.

—Ya te gustaría, Doug. —Me espera al final del pasillo—. Perdona.

Entramos en la cocina. Saca dos botellines de cerveza del frigorífico y los abre enganchando la chapa bajo el tirador del cajón. Las chapas le caen en la mano abierta y las tira a la basura. Nos sentamos a una pequeña mesa pegajosa que hay en la esquina. Las dos sillas están muy pegadas y no las separa. Hay un periódico y un bolígrafo sobre la mesa. Alguien ha estado haciendo un crucigrama. Toma el bolígrafo y se acerca el periódico, y espero que no tengamos que acabar el crucigrama. No me gustan. No me gustan los puzles de palabras, ni el *Scrabble*, ni ningún otro juego de palabras que supuestamente gustan a los escritores. Pero abre el periódico por una fotografía de Ken Starr y le dibuja unos pelos largos que parecen anguilas, luego suelta el bolígrafo de golpe.

Hablamos y despegamos las etiquetas de los botellines. Me pregunta qué me ha dicho Muriel del libro y tengo que admitir que no he sabido nada de ella. Creo que se ha dado cuenta de que el tema me entristece, así que me cuenta que su compañero de habitación, Doug, está enamorado de una lesbiana que a veces se queda a dormir, pero que no ha pasado nada y que Jim y Joan, sus otros

compañeros de piso, comparten el dormitorio de matrimonio, pero tienen que llevar las cosas de Joan al sótano cada vez que el padre de Jim, un pastor bautista, viene de visita de Savannah.

—¿Cómo son tus padres? —me intereso.

Vuelve a sostener el bolígrafo.

—Infelices. —Se ríe—. Me gustaría decir otra cosa, pero no hay otra palabra para describirlos. Deberían de haberse separado hace tiempo. Me parece que iban a hacerlo.

—¿Antes de que muriera tu hermana?

—Sí. Y ahora son un desastre total. —Dibuja una especie de figura encorvada, como un Quasimodo con dos cabezas, una joroba y unos pies agarrotados. Me pasa el boli—. ¿Y tu padre? ¿Os lleváis bien?

Mi padre no es material para una segunda cita.

—Antes sí, pero no es un buen hombre.

Dibujo el perfil de mi padre, el pelo espeso y blanco de punta, la nariz larga y recta con una punta diminuta, la boca muy abierta, gritándome para que me calle. Silas me quita el bolígrafo y dibuja una viñeta que sale de la boca de mi padre en la que escribe: «¡No quiero ser un idiota!». Recupero el boli y dibujo una viñeta que sale de las dos cabezas de Quasimodo y escribo: «Ya no sabemos quiénes somos».

Se ríe por la nariz.

—Es verdad.

Estamos sentados muy cerca y al fin nuestros brazos se tocan. Podría inclinarse y besarme, pero no lo hace.

Cuando salimos, me dice que quiere buscar algo y abre la puerta de su habitación. La cama no está hecha, tiene una manta de lana llena de pelusas y una sábana bajera azul. Hay una mesa pequeña llena de papeles y una máquina de escribir manual en la esquina. Me quedo en la puerta. Huele igual que él. Es un olor bueno. Podría quedarme un buen rato aquí, pero Silas alcanza un libro de la pila y cierra la puerta.

Me lo da en la escalera.

—Vi esto en la librería WordsWord. —Es un ejemplar grueso con pósteres cubanos. Lo abro y paso las páginas. Hay fotos de pósteres desde finales de los años cincuenta hasta los ochenta pegados por toda la Habana. Eslóganes políticos con remolinos naranjas, jardines con flores del arte pop, una lata de sopa a lo Warhol con publicidad de un festival de cine.

—Muchas gracias. —Levanto la mirada. Ha bajado la mitad de las escaleras ya.

Me lleva por el río en el coche. En la radio suena Lou Reed. No hablamos

mucho. Cada vez que acerca la mano a la palanca de cambios, al lado de mi pierna, noto una sacudida por dentro.

Canta junto a Lou que cosechas lo que siembras. Cuando llega a la entrada de la casa, deja el vehículo en punto muerto.

—Me lo he pasado bien —dice.

—Yo también. Gracias. —Esta vez le doy unos segundos y, cuando me vuelvo para abrir la puerta, lo oigo moverse hacia mí, pero es demasiado tarde.

—Te llamaré —promete y cierro la puerta.

Me despido con la mano.

La gravilla cruje y se dispersa bajo los neumáticos cuando retrocede.



En el contestador del teléfono, Muriel me espera gritando:

«ME ENCANTA. ME ENCANTA MUCHO».



Estoy sentada con Muriel a la mesa junto a la ventana, en su casa. Ha preparado té y lo ha servido en unas tazas de cobalto. Es una mañana fría y el radiador de hierro fundido que hay detrás de mí desprende calor. Está en chándal, lleva el pelo recogido en una coleta y tiene puestas las gafas en lugar de las lentillas. No suelo verla así muy a menudo. Esta mesa larga es el lugar donde escribe. Es imposible no pensar que yo podría escribir mejor si tuviera más espacio y una luz mejor. Ojalá mi habitación no fuera tan claustrofóbica.

Mi manuscrito está entre las dos. La primera página tiene dos marcas en el margen. Al lado de los folios hay cuatro o cinco hojas con notas.

—No sé si te he dicho esto alguna vez —comenta—, pero cuando leo algo bueno, me hormiguean los tobillos. Me pasa desde que tenía nueve años y leí por error a Elizabeth Bowen cuando colocaron *El último septiembre* en la sección de niños de la biblioteca.

Estoy nerviosa. Ya sé que me ha dicho que le ha gustado, pero también sé que todas esas notas no son elogios.

—Perdona por haber tardado dos semanas. Empecé a preguntarme: ¿y si no me gusta nada? Me daba miedo que me pasara como con Jack. —Jack es un colega que dejó de hablarle cuando le trasladó sus comentarios acerca de sus memorias—. La empecé hace dos noches y sentí un alivio inmenso. Los tobillos se me estaban volviendo locos. —Acerca la pila de hojas y se sube las gafas por el puente de la nariz—. Kay Boyle dijo una vez que una historia buena es al mismo tiempo una alegoría y un fragmento de la vida. La mayoría de los escritores son buenos en una cosa, pero no en la otra. Pero tú haces ambas de forma muy bonita.

Acaricia la página de arriba. Empieza a pasar las hojas del manuscrito para enseñarme las partes que más le han gustado. Hay marcas por todos lados. Siento un tremendo alivio por todo el cuerpo, el corazón se me calma y disfruta de ello.

Ha marcado todas mis partes preferidas, las que me salieron de forma sencilla y las que me costaron más. Dice que Clara es muy particular, pero también la encarnación de las mujeres incompletas por la historia de los hombres. Se pierde en un discurso sobre la hegemonía masculina en la familia de Clara. Me felicita por un montón de cosas que yo no había valorado de forma ideológica.

Cuando empieza a mostrarme los detalles que tengo que quitar o desarrollar más, los personajes que necesitan más atención, comienzo a tomar notas. Señala los lugares en los que he descrito las emociones de un personaje en lugar de la reacción a la emoción.

—No nos digas que la niña está triste. Dinos que no siente los dedos. Las emociones son físicas. —Ha tachado con una equis muchas de las páginas sobre la Batalla de La Plata, que me llevó semanas de investigación.

—Y —añade— tienes que escribir esa escena de la violación.

—No.

—Tienes que hacerlo.

—No puedo. No quiero.

—No puede suceder detrás de la historia, de ese modo.

Niego con la cabeza.

—Lo he intentado, pero no ha funcionado.

—Vuelve a intentarlo. No puedes seguirla de forma tan minuciosa a lo largo de la mayor parte del libro y luego alejarte. ¿Es por tu padre?

—No es lo mismo, él no violó a nadie.

—Se masturbaba mirando.

Asiento y me ruborizo.

—Usa esos sentimientos. Úsalos todos.



Cuando vuelvo al cobertizo, me siento con todos los papeles que me ha dado. Anoto algunas ideas en la libreta y paso a una página nueva que me quedo mirando un buen rato.

No eres consciente del gran esfuerzo que te ha supuesto ocultar algo hasta que intentas desenterrarlo.

Notaba el cuero del sofá fresco en la mejilla. «Pareces un horno», recordaba que me dijo una vez mi madre, cuando acudí a ella en mitad de la noche y metió un paño en agua fría para ponérmelo en la frente. Entonces la eché de menos de una forma que no me permitía echarla de menos. Creo que lloré un poco. Había mucho ruido como para dormir, la gente entrando y saliendo de los vestuarios, golpeando con fuerza la puerta de metal del gimnasio. Y esos ruidos (susurros,

jadeos) cercanos. Pensé que estaban en mi cabeza.

Lo escribo todo en la libreta: la fiebre, el sofá, los chicos con pantalones cortos de baloncesto. El sonido repugnante de mi padre abrochándose el cinturón cuando salió último del cuartillo.



A la mañana siguiente leo las notas de Muriel y vuelvo a pasar las páginas del manuscrito: comentarios y marcas, me encuentro hasta cuatro en una página. Lo ha entendido. Ella lo comprende. Aunque nadie más lo haga, Muriel sí.

Preparo un bizcocho pequeño de plátano en el hornillo y se lo llevo antes de ir a trabajar.



Todas las mañanas de esa semana, llevo al perro de Adam al parque en cuanto me levanto. Se llama Oafie, me lo dijo al fin Adam. El aire fresco me despeja la mente. En el parque, Oafie corre con el enjuto Fifi y el diminuto Hugo, y yo hablo con los dueños, y nada de eso me incomoda. Estoy de nuevo en mi mesa a las seis y media y sé lo que tengo que hacer. Esto no se parece en nada a enfrentarse a una página en blanco. Ahora tengo muchas cosas con las que trabajar.

Oscar se marcha al Medio Oeste para realizar unas presentaciones del libro y Silas viene al final del turno de la cena con un *baklava* y una botella de vino. Caminamos hasta el río.

Tercera cita, me dan ganas de decir, pero con Silas no puedo. Nuestras citas no son tan claras. No somos conscientes de que están sucediendo ni hablamos de lo que significan. Todo parece un poco aleatorio y sencillo, y hablar de ello podría suponer mucho esfuerzo.

Lleva un jersey de punto con agujeros en las mangas. Extiende una manta en la hierba, la de lana que había en su cama. Me siento con las piernas cruzadas encima y él se tumba, erguido sobre los codos, sonriendo cuando le hablo de las críticas de Muriel y de mis últimas mañanas de concentración y claridad.

—Muriel es implacable —señala—. Tiene que ser muy buena.

—Sigue siendo un desastre. Puede que un desastre más manejable con las notas en los márgenes que me sirven de ayuda. Siempre me acuerdo de ese poema de Eliot sobre la idea y la realidad.

—Entre la idea y la realidad, entre la moción y el acto, cae la sombra —recita.

—Fíjate qué voz estentórea de profesor. Me da la sensación de que me encojo un poco en esa sombra.

—Eliot diría que eso no es posible. —Termina la *baklava* y se limpia las

manos en los vaqueros.

—Pues que le den. A mí me pasa. —Termino mi pedazo y yo también me limpio las manos en los vaqueros, más abajo, cerca de la rodilla.

Se ríe y se vuelve hacia mí.

—¿Cómo puedes dar clase en el instituto? Creo que yo no sería capaz de volver allí. —El deseo de presionarme contra él es un remolino en mi cabeza. Tiene los rizos más sueltos con el aire seco del otoño. Uno le cae en la frente.

Va a responder, pero entonces se oye un clamor en el río. Los gansos. Escuchamos sus gorjeos y lloriqueos.

—Me encantan esos gansos.

—¿Vamos a ver qué les pasa?

—Claro —respondo, aunque lo que de verdad me gustaría es tumbarme a su lado. Pero no tengo valor para hacerlo.

Caminamos en la oscuridad hacia los sonidos. Le hablo de mis trayectos en bici a casa por este camino y de la noche en la que canté *Loch Lomond* a los gansos. Le cuento que sentí a mi madre ahí, a mi lado, o dentro de mí, y responde que sabe qué se siente. Dice que le ha pasado algunas veces, cuando conduce al oeste.

—¿Ahí es donde murió? ¿En Crested Butte?

Parece sorprendido.

—Me enviaste una postal de allí.

Asiente.

—Sí. No la sentí allí, se había ido.

—¿Qué hiciste?

—Escribí un poco de poesía mala en una tienda de campaña, visité a un amigo en Boulder y a mi tía en Duluth, y volví.

Caminamos muy pegados, chocando. Otra persona le habría agarrado la mano y le habría dicho: «¿vas a besarme de una vez?». Pero yo no soy esa persona. Siempre me toma por sorpresa que alguien quiera besarme, aunque haya venido a buscarme a medianoche con vino y una manta. La gente cambia de opinión. Entre la idea y la realidad cae la sombra.

Subimos al puente y nos asomamos para observar a los gansos agitados. No hay muchos, siete u ocho, pero están exaltados, atacándose entre ellos con las alas, retorciendo los cuellos.

—¿Por qué se pelean?

—A lo mejor están discutiendo cuándo marcharse por el invierno —responde.

—No quiero que se vayan. —Me asola una emoción de tristeza.

—Volverán. —Me da un empujoncito con el brazo y lo deja ahí.

Los observamos durante un rato. Con el rabillo del ojo también contemplo a Silas, su cuerpo alto encorvado sobre el muro de piedra. Noto el calor a través de su jersey, su olor manando a mi cuello.

Se pone derecho, se aparta del muro y entonces se agacha y me besa, como si fuera un reto. Ninguno de los dos se aparta. Me pego a él, desliza las manos por mi espalda y me acaricia los huesos de la columna hacia arriba. Damos unos cuantos pasos y volvemos a besarnos, con más intensidad, durante más tiempo, apoyados contra el parapeto.

—Dios, llevo mucho tiempo deseando hacer esto —me dice al oído. Nuestros cuerpos se mueven en los ángulos correctos y soy incapaz de repetir sus palabras en mi mente.

Caminamos tomados de la mano durante el trayecto de vuelta, pero siento que aún nos estamos besando. Todo mi cuerpo responde a su mano en la mía.

Mete mi bicicleta en la parte de atrás de su coche y me lleva a casa, siguiendo el río. Dice que tiene que ir a una excursión a Gettysburg con los alumnos de noveno curso la semana que viene y que me llamará cuando vuelva.

Aparca en mi calle y nos besamos un poco más. No hablamos. No son besitos cortos. Son largos e íntimos, como si nos dijéramos todo lo que tenemos que decirnos de esta forma.

Cuando salgo del automóvil estoy tan cachonda que apenas puedo andar.



Tener a un hombre en mi vida normalmente retrasa mi trabajo, pero resulta que dos hombres me han proporcionado energías renovadas para la revisión. Las emociones son más intensas. Ofrezco más placer al lector. En los márgenes, Muriel ha escrito «Desarrolla esto» o «Deja que sintamos esto», e intento detenerme y sentir el momento, y mi comprensión se expande. Comienzan a aparecer pequeños detalles inesperados en el libro. Me siento como una directora de orquesta, capaz al fin de oír todos los instrumentos. Pienso en todas las habitaciones de todas las ciudades y pueblos en los que he escrito fragmentos de este libro, todas las dudas y días de fracasos, pero también en esa testarudez que sigue dentro de mí.



Reservo la escena de la violación para el final. Supuestamente iba a suceder en una playa, pero cambio a un cuarto de almacenaje en el banco donde trabaja ella, y sale de mí de una sentada. Lo veo, lo oigo, lo saboreo. Late como una canción que tenía escondida en lo más recóndito de mi mente. Cuando termino, lo que he escrito me atormenta durante unos días, siguiéndome en la bicicleta cuando vuelvo a casa por las noches.



Hago cola en la oficina de correos con dos montones de seis cajas a mis pies. Dentro de cada caja hay una copia del libro y una carta dirigida a un agente. Muriel me ha dado los nombres de algunos y he encontrado el resto en un libro de referencia de autores contemporáneos en la biblioteca. Me beso discretamente los dedos y toco cada caja. Cuando la fila avanza, las empujo con el pie. Tomo

aliento y el aire me llega tan adentro que me doy cuenta de que llevo un rato sin respirar.

El chico que hay detrás de mí está leyendo las direcciones de las cajas que están encima. Lleva un abrigo de pelo de camello y parece un personaje de Salinger, el joven que conoce a Franny en la estación de tren de New Haven. Ve «Agencia literaria» y «Nueva York, NY».

—¿Es la gran novela norte…?

—Sí, exactamente eso —lo interrumpo.

Al otro lado del mostrador, una mujer corpulenta trabaja con los pechos descansando en el mostrador. Coloca las cajas una a una encima de la balanza. Será la última persona en tocarlas antes de que salgan y necesito que les desee suerte.

—Llevo trabajando en este libro seis años —comento.

—Ajá —responde mientras teclea números.

Su indiferencia me parece un presagio horrible. No sé cómo ganármela.

—Transcurre en Cuba.

—Ajá.

Las deja en tres grupos en lo que parece un cubo de la colada que tiene detrás.

Pago en efectivo noventa y seis dólares con cuarenta y cuatro.

—Muchas gracias.

Me da el extenso recibo que ha escupido la impresora.

—Esperemos que los próximos seis años sean un poco más emocionantes, cielo.



Cruzo el comedor para llevar agua a una pareja de la mesa seis. Me parece un sueño cómo se transforman de extraños, un hombre con una calva llena de pecas y una mujer con una chaqueta dorada, a mi padre y mi madrastra.

—Vaya —exclama mi padre. Deja la servilleta en la mesa y se levanta. El antiguo entrenador, ahora quebradizo, con la misma mueca, como si acabara de fallar un hoyo. Nos abrazamos.

—No lo vayas a mojar —dice Ann, porque llevo la jarra de agua en la mano.

—No lo haré.

Parece más menudo, sin muchos músculos.

Me agacho para darle a ella un beso. Siempre huele igual, a metálico.

—¿Qué hacéis aquí?

Nunca salen de Cabo Cod en verano.

—Hablamos con Caleb anoche y nos puso al día sobre ti. Se nos ocurrió venir a saludar —explica Ann.

—Trabajo hasta las tres, pero a lo mejor puedo salir antes.

Se miran el uno al otro.

—Tenemos que adelantarnos al tráfico —responde mi padre—. Solo hemos venido a almorzar.

—Queríamos verte. Hace tiempo que no lo hacemos —prosigue ella y hace una pausa—. Y han pasado muchas cosas. —Es un peligro mencionar a mi madre delante de mi padre.

Ann nos envió una carta de condolencias a Caleb y a mí, y firmó por los dos. Seguramente mi padre no lo sepa.

Hace mucho tiempo que no los veo. Tres años, tal vez. Parecen mayores, como si algo tirara de ellos suavemente hacia el suelo. Me pregunto si mi padre es consciente de la cantidad de pelo que le falta en la parte de atrás de la cabeza.

Detrás de ellos, Fabiana sienta a una mesa de cuatro por mí. Tomo el pedido

de la bebida y me alejo.

—Esto me huele mal —le digo a Harry en la barra.

—Ella es un objeto brillante, ¿eh? —comenta, mirándolos.

—¿Por qué han venido? —Me gustaría llamar a Caleb, pero la distancia hasta el teléfono es larga y tengo demasiadas mesas—. ¿Qué les ha contado?

—A lo mejor les ha dicho la verdad. Que echas de menos a tu madre. Que necesitas dinero.

Me río.

—Nunca habrían venido si les hubiera dicho eso.

Sirvo una taza de café para mi padre y se la llevo. Ann no beberá nada. Ni siquiera le dará un sorbo al agua. Pedirá la ensalada de la casa y picoteará las zanahorias. Mi padre pedirá la hamburguesa doble de solomillo con queso, apartará la carne del bollo y mojará todas las patatas fritas cortadas a mano en kétchup. Lo sé, pero dejo que lo pidan ellos de todos modos.

—¿No vas a anotarlo? —me pregunta él.

—Me acuerdo.

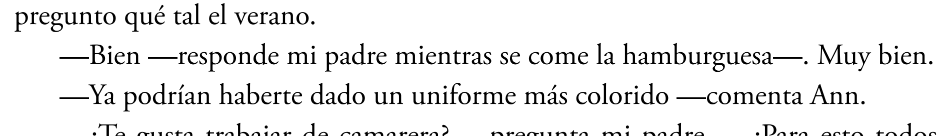
Noto que me observan mientras atiendo al resto de mesas. En una de ellas hay un profesor de Historia de Harvard al que ya he atendido en otra ocasión. Ha venido con su esposa y sus dos nietas y, cuando le sirvo un helado enorme, se encoje en el asiento y finge que no llega con la cuchara. Me río con las niñas. Noto que mi padre me lanza una mirada asesina. Siempre se ponía nervioso con otros hombres: algunos profesionales del golf, el padre de Tara, mi profesor de Inglés preferido del instituto.

Hace unos años me encontré con él en el aeropuerto de Madrid, con mi profesor, el señor Tuck. Él me presentó a Faulkner, Caddy, Bengy y Quentin en noveno curso. En décimo escribí mi primer relato corto por él. Estuvimos una hora y media juntos en el bar del aeropuerto. Él iba a tomar un vuelo a Portugal para visitar a su hijo, que estudiaba allí. Yo me mudaba a Barcelona. Le conté que había hecho un máster de Escritura Creativa gracias a él y que estaba escribiendo una novela. Me respondió que había dejado de leer ficción. Ya no le parecía tan buena. Me preguntó por mi padre. No tenía ni idea de qué sabía él. Le contesté que estaba bien, jubilado, que vivía en Florida y pasaba los veranos en Cabo Cod. Después de la tercera cerveza, me aseguró que no había sido él quien había delatado a mi padre. Había oído lo que había pasado, lo del espionaje, así lo llamó, pero él no era el chivato.

—¿Podemos hablar un poco? —pregunta Ann cuando les sirvo la comida.

—Un poco. —Busco a Marcus con la mirada. No quiero decirles que estoy a prueba—. Tengo cuatro mesas más. Supongo que están bien por el momento.

Espero a que hablen, si es que quieren hablar. No lo hacen, así que les


pregunto qué tal el verano.

—Bien —responde mi padre mientras se come la hamburguesa—. Muy bien.

—Ya podrían haberte dado un uniforme más colorido —comenta Ann.

—¿Te gusta trabajar de camarera? —pregunta mi padre—. ¿Para esto todos esos estudios?

—Me gusta el rosa —continúa Ann, alisando el mantel de la mesa—. Es un color bonito.

—¿Crees que estás haciendo más que Patty Sheehan o Annika Sörenstam? ¿Sabías que el sueldo medio de una golfista profesional es más de cien mil dólares?

—Robbie.

—Cinco veces ganadora del Rolex Junior de América, jugadora del año de la asociación juvenil estadounidense de golf, ganadora del undécimo…

—Nunca iba a…

—Sí, sí ibas —me interrumpe. Va a levantarse antes de darse cuenta de dónde está—. No sabes nada porque abandonaste. —Esa cara estrecha, esos ojos verdes amarillentos. Ahora parece el mismo de siempre, sin todos esos años de más.

—Robbie —repite Ann con más dureza.

—Probablemente ahora ni siquiera puedas acertar un hoyo.

—Puede ser.

—¿Te parece gracioso? ¿Te divierte haber echado a perder lo que tenías? ¿Haber acabado en un lugar como este?

Iris no podía estar de acuerdo con él, con sus candeleros de pan de oro, las puertas elegantes y los aparadores de caoba.

—Rob —insiste Ann, señalando algo. Pero mi padre respira con dificultad y traga pedazos de hamburguesa.

Ella suspira y me toma de la mano.

—Bonito anillo.

Bajo la mirada. La mano de mi madre. El anillo de mi madre. Acaricia el zafiro que tengo en el dedo. A por esto es a por lo que han venido.

El profesor está señalando la cuenta. Aparto la mano.

—Quieren el anillo —le digo a Harry mientras paso la tarjeta del profesor.

—¿El anillo de tu madre? Qué caradura. —Ha tomado un confit de pato y alcanzo el tenedor para probarlo. La carne tierna se me disuelve en la boca.

Le hablo a Harry de mi padre, del cuartillo de la limpieza, y le cuento que el director de deportes no quiso creerme cuando le conté lo de los agujeros para espiar a las chicas.

—Oh, Casey. —Echa un vistazo a la mesa—. ¿Ese tipo fofo de allí?

—Ann no tiene ni idea. Lo mantuvieron en secreto. Incluso le organizaron una fiesta de jubilación con una tarta.

Le llevo a mi padre la cuenta. No hay más café, ni tampoco carta de los postres ni bombones.

—Deja que Ann se lo pruebe —me pide.

Niego con la cabeza.

—Deja que tu madrastra se pruebe el anillo de mi madre.

—No me lo he quitado desde que murió. —No había reparado en ello hasta que no lo digo. Estoy lo suficiente lejos para que ninguno de ellos me alcance.

—¿Cómo lo conseguiste?

—Me lo dejó ella.

—Probablemente fuera lo único que poseyera en el mundo, teniendo la vida que tenía. Casey —intenta sonar más tranquilo—, ella nos abandonó.

—Ya lo sé, papá.

—Llegó Ann y nos salvó. Nos acogió. Y, cuando perdí el trabajo… —Se le quiebra la voz—. Nunca he tenido gran cosa que ofrecerle.

Ann levanta el bolso que tiene en el regazo. Le miro las manos, tiene pedruscos enormes de su ex en casi todos los dedos. Saca el talonario de cheques.

—¿Cuánto? —Su primer marido fue un Du Pont.

—No.

—Vamos —insiste mi padre—, dinos un precio.

Señalo su cuenta en la bandeja.

—Veintinueve con setenta y cinco. Que tengáis un buen viaje.

En lugar de dejar el dinero en la mesa, se lo dan a Fabiana cuando se marchan. Hablan un poco, no sé de qué, y se van.

Fabiana me trae la propina en una bandeja. Menos del diez por ciento. Coge un pedazo de pato con mi tenedor.

—¿Y de qué conoces a esa gente?



Pensaba que una vez que el libro ya no estuviera en mis manos, las abejas se irían volando y podría relajarme. Pero ahora es peor. Me paso toda la noche tumbada en el sofá, en la oscuridad, mientras ellas se retuercen bajo mi piel. Intento calmarme pensando en los agentes leyendo mi manuscrito, pero mis sensaciones con respecto a la novela comienzan a cambiar. No tardo en sentir pura vergüenza al pensar en ella. *¿Seis años y esto es lo que tengo?* Intento recomponer mis pensamientos, pero no puedo. Pienso en las primeras páginas y el pánico me inunda el pecho y se extiende como el fuego hasta las extremidades. Miro cómo cambian los números en el reloj hasta que se hace de día.

En el transcurso del día, echo de menos trabajar en la novela. He perdido el acceso a un mundo en el que mi madre es una niña pequeña leyendo junto a una ventana o girando en círculos en la calle, con las trenzas revoloteando. Más allá de esas páginas, está muerta. Parece que el desfile de cosas que hacen que mi madre esté aún más muerta no tiene fin.



El ginecólogo me ha pedido una mamografía. Me ha dicho que le cuesta examinar mis pechos porque los tengo fibrosos. Me hace sentir como un cereal.

La radióloga es brusca. Me estira y me empuja el seno derecho para colocarlo en la placa de cristal y baja la otra placa tocando un botón. Justo cuando está todo lo tirante y aplastado que puedo soportar, la baja más. Tiene que subirla un poco varias veces para embutir la piel aún más. Podría ser alfarera o cocinera. Tiene manos fuertes y seguras. Me recuerda a los cocineros rellenando patatas.

Cuando está ajustando la última posición, me pide que eche atrás el hombro y como parece que no logro hacerlo como quiere, tira ella misma.

—Bien —dice, pero deja los dedos en mi axila. Los mueve un poco—. Ajá.

—¿Qué?

Vuelve a moverlos.

—¿Le han mirado esto?

—¿El qué?

Aparta los dedos y coloca los míos.

—No noto nada.

Me pregunto si no es una de esas personas que convencen a otras de que están enfermas. Síndrome de Munchausen por poderes. Tiene sentido que se haya sentido atraída por una carrera de medicina.

—Aquí.

Coloca mis dedos justo en la axila y los mueve alrededor de un bulto duro (no se me ocurre otra palabra para describirlo). Aparto los dedos, sin querer aceptar el abultamiento muscular. Me toco la otra axila. Toco y toco. Todos queremos ser simétricos. Sería mejor tener dos bultos. Nada. Ella también me toca.

—Coménteselo a su médico.

—Podríamos tomar unas imágenes ahora, para ahorrar tiempo.

Se ríe, como si se tratara de una idea absurda.

—No.



Llamo a mi centro de salud para informar del bulto y me preguntan cuándo puedo acudir durante esa tarde.

Tengo un médico distinto. Una mujer. Lleva unos zuecos grises y un pasador en cada lado de la cabeza. Me hace sentir que estamos en sexto curso, jugando a que ella es médica y yo soy una paciente con un bulto en la axila. No tiene una explicación rápida. Me pregunta si he cambiado de desodorante, jabón o perfume recientemente. No es así. Sugiere que deje de usar todos esos productos, solo por si acaso. Y que vuelva en una semana.

—Para entonces oleré muy mal —respondo. Dice que puedo lavarme el pelo, pero solo con el champú que he usado siempre y que me incline hacia atrás en la ducha, que tenga mucho cuidado para que la espuma no me toque la axila. Y nada de acondicionador—. Apestosa y con el pelo encrespado.



Una semana más tarde, el bulto tiene el mismo tamaño y me duele de haberlo tocado tanto. La doctora me dice que debería de continuar con el programa

antihigiene. Y, como si se le ocurriera de repente, añade que debería de ir a ver a un oncólogo. Lo anota en mi expediente y, cuando salgo, me informan de que Donna me llamará en cuarenta y ocho horas para confirmar la fecha y la hora de la cita con el oncólogo. Me llama. La cita con el doctor Oncólogo es dentro de siete semanas. Llamo a su consulta y le suplico que me la adelante un poco, pero la recepcionista me asegura que soy afortunada por contar con esa fecha. Había habido una cancelación. Las citas van ya por finales de la primavera.

—Porque el cáncer puede esperar —digo—. El cáncer no crece y se expande y mata a la gente.

Me cuelga. Espero que no borre mi nombre de la agenda.



Intento escribir algo nuevo. Es malo y me detengo varias frases después. Aunque por entonces no me lo parecía, con la novela antigua adquirí un ritmo. Conocía a los personajes y sabía cómo describirlos. Oía sus voces y veía sus gestos, no había nada falso ni rígido. Añoro a esas personas que antes me parecían rígidas y falsas, pero que ahora me parecen las únicas personas sobre las que podré escribir.



—Me gustaría que vinieras a mi casa a cenar el domingo.

—Vaya.

—Sí, lo sé.

Estoy en la cocina. Thomas está cantando Nirvana y tengo que taparme la otra oreja.

—¿Sigues ahí?

—En *shock*.

—Al día siguiente hay colegio, así que comeremos a las seis en punto. ¿Qué te parecen los palitos de pollo con rodajas de pepino?

—Me encantan. —El corazón se me va a salir del pecho. Palitos de pollo y rodajas de pepino. No me había dado cuenta de lo mucho que llevaba esperando esta invitación.

Vuelvo al comedor con Tony, Dana y Harry, a enrollar con servilletas la cubertería. Estamos en una de las mesas redondas y Craig ha preparado sangría. El cocinero Angus se ha unido a nosotros y ya está vestido de calle. Fabiana y el nuevo camarero, James, también están aquí. Es escocés, serio, callado como una tumba. Harry está embelesado con él.

—¿Es uno de tus amantes? —pregunta Tony. Cometí el error de hablarle de mi dilema una noche tranquila de la semana pasada.

—¿Cuál? —quiere saber Harry.

—Oscar. Quiere que vaya a cenar con sus hijos.

—¿Hijos? No —interviene Craig—. Olvídate de ese tipo.

—Dividida entre dos amantes —canturrea Dana.

—¿Cómo son? —pregunta Angus—. Vamos a ayudarte a decidirte.

—¿Quién dice que estoy decidiendo? —Aunque tengo que elegir. He llegado a la ronda de eliminación—. Uno tiene mi edad, es poco convencional y habla mucho de la muerte. La mañana de nuestra primera cita se fue de la ciudad tres

semanas, pero volvió y se desorientó físicamente después de besarlo. Siempre me sorprende que me llame porque doy por sentado que va a salir corriendo. —Nadie dice nada, así que continúo—: Y el otro es un perro guardián. Llama entre cita y cita y me deja mensajes divertidos cuando estoy en el trabajo. No oculta lo que siente por mí. Es mayor que yo y tiene dos hijos, y puede ser muy adorable.

Se quedan mudos.

—El segundo es Oscar Kolton, el escritor, ¿no? —pregunta Craig—. Lo vi comiéndote con la mirada aquel día.

—Elige al que más te guste para follar —concluye James y estas son las primeras palabras que me dice.

—No ha follado con ninguno —aclara Harry, a pesar de que no le corresponde a él contar eso, pero sé que no puede resistirse a hablar con James sobre follar.

—Pues ahí está tu problema —dice James.

—Hay una gran diferencia entre el amor y el sexo —interviene Craig.

—Fíjate en lo que dicen, no en lo que hacen —habla Yasmin y Angus se ríe.

—¡No te fijes en todo lo que decimos!

—No siempre sabemos lo que necesitamos —indica Dana.

—Siempre hay que elegir entre los fuegos artificiales y el café en la cama —expone Fabiana—. Siempre.

—Bobadas —replica Harry—. Estoy con James. —Levanta la mirada de una servilleta que está doblando, pero James está mirando a Angus, que se está tomando su sangría.

Craig prepara otra jarra.

—Imagina que tienes una compañera de habitación que está muy buena y es genial —me dice—. ¿Quién de tus chicos no se acostaría con ella?

—Imagina que tienes un hijo con cuarenta grados de fiebre —sugiere Fabiana—. ¿Cuál de los dos no saldría corriendo?

—O imagina que tienes un hijo que está poseído y empieza a escupir sangre en las paredes —añade Angus.

—O que estás escalando el Everest y tu hijo acaba enterrado por una avalancha en la cara del Kangshung —comenta James—. ¿Quién se arrancaría la ropa para hacer un bebé nuevo contigo?

—Mira, Casey Kasem. —Dana lanza el último set de cubiertos que ha enrollado con la servilleta a la pila—. Ya pasas suficiente tiempo en el hipódromo, conoces a tu caballo, ¿no? Siempre conoces a tu caballo.



El domingo por la noche, las carreteras están tranquilas. Cruzo Comm. Avenue fácilmente, sin tener que esperar como siempre, y tengo el puente de la Universidad de Boston para mí sola. Hay niebla y el río está rosado, ningún barco interrumpe su quietud. Paso junto a la estación Sunoco, donde Luke y yo nos despedimos. Ya no están las caléndulas. No estoy segura de cuándo dejé de verlas. Me sobreviene una inesperada sensación de éxito mientras pedaleo. Paso cerca de los gansos, solo hay unos cuantos chapoteando en la orilla del agua como nadadores que mueven los brazos por el frío. Luego el puente peatonal donde Silas me besó. Noto un nudo dentro de mí, pero seguramente ya haya regresado de Gettysburgh y no me ha llamado, y yo voy a cenar palitos de pollo y rodajas de pepino con Oscar y sus hijos.

Todas las luces de su casa están encendidas. Apoyo la bicicleta en unos arbustos que hay junto a los escalones de la entrada y, mientras busco un timbre o un tirador, la puerta se abre. Aparece un hocico.

—Hola, Bob.

Bob ladra una vez. El sonido lo asusta y desaparece dentro de la casa, gimoteando.

La puerta se abre un poco más y veo la cara de Jasper por encima del pomo.

—Deja que pase. —John aparta a su hermano de un codazo.

Entro en la casa. No es como esperaba. No sabía que esperaba algo hasta que he llegado. No tiene recibidor, no hay un pasillo principal, ni puertas, ni entradas. Por fuera, es una casa de estilo colonial, pero por dentro han quitado todas las habitaciones. La planta baja es un espacio enorme con paredes pintadas de blanco y unas escaleras que parecen suspendidas por unos cables que se desplazan en diagonal hacia la izquierda y dejan entrever una sección abierta de la segunda planta. La cocina está en el centro, con una isla y unos taburetes rojos en la cara externa. Oscar está de espaldas a mí, agachado, manipulando comida en

una bandeja del horno.

—¿Está Casey en casa? —pregunta.

—Casey está en casa —responde John.

—Ha venido en bicicleta —añade Jasper.

—¿Llevaba puesto el casco?

Lo levanto para que lo vean los chicos.

—¡Sí!

—Dame, que te lo guardo —se ofrece John.

Los dos llevan camisas abotonadas y unos pantalones de color caqui con un cinturón. Jasper ya tiene varias manchas en la manga blanca. Los tres tienen el pelo húmedo, bien peinado.

Oscar se pone derecho.

—Doce minutos por cada lado. —Tiene la cara enrojecida y la mirada hambrienta.

—Hola. —Le doy un beso en la mejilla. Lo noto rígido y distante. Pero está guapo con una camisa azul marino de lino y los vaqueros.

Dejo la mochila en uno de los taburetes rojos y saco una bolsa de galletas con pepitas de chocolate que he preparado en el hornillo, de tres en tres. Desato el nudo. Jasper se acerca al olerlas. John le dice que no puede comerse ninguna hasta después de la cena y luego se inclina también sobre la bolsa.

Oscar está ocupado en el frigorífico.

Tiene fotos pegadas en la puerta, dibujos hechos con ceras y lápices de colores, la mayoría de ellos, variaciones de una línea verde curvada con puntitos amarillos en un extremo.

—¿Eso es una serpiente?

—¡No! —exclama Jasper y se da una palmada en la cara—. ¡Es un dragón!

—¿Un dragón que escupe fuego?

—¡Sí! ¡Un dragón feroz que escupe toneladas de fuego!

—Estás gritando —le riñe John.

Jasper da saltitos y susurra:

—Mucho, mucho fuego.

Los dibujos están firmados por ZAZ en la parte de abajo.

—¿ZAZ?

—Es su *nom de crayon* —explica Oscar desde el fregadero, con un acento bastante bueno.

—¿Qué es? —pregunta John.

Oscar se vuelve hacia el grifo para lavar los pepinos, pero no responde.

—Un *nom de plume*, en francés, es nombre, *nom*, de bolígrafo, *de plume* —contesto—. Hay escritores que no quieren publicar cosas con su nombre real, así

que usan uno falso, un nombre de bolígrafo, un nombre artístico. Vuestro padre ha dicho *nom de crayon* porque Jasper ha usado una cera y no un bolígrafo. También tiene un *double entendre*, que es otro término en francés para referirse a un doble sentido, porque *crayon* en francés significa lápiz, y hay también varios dibujos a lápiz aquí. —Me siento mareada después de haber explicado esto.

—Me está dando más reconocimiento del que merezco, chicos. Un rasgo encantador, está claro. —Me lanza una mirada rápida antes de ponerse a pelar los pepinos. La piel se desprende en gruesas capas.

—¿En qué puedo ayudar?

—Sigue educando a los paganos.

—Tenemos cartones nuevos de zumo —me indica Jasper.

—¿Qué es un cartón de zumo?

Eso los hace reír. Creen que estoy bromeando.

—Hay de kiwi y fresa, melocotón y mango, y uva con algo —me indica John.

Elijo el de uva con algo y los chicos corren al armario y se pelean para decidir quién me lo trae. Han decidido que John sacará la pajita y la meterá en el agujerito de arriba y que Jasper me lo entregará.

—Parece que ha venido Madonna —bromea Oscar.

—¡No llores por mí, Argentina! —canta Jasper mientras John me prepara el cartón de zumo.

—Me estás destrozando los tímpanos. Toma.

Jasper acepta el zumo que le ofrece su hermano y me lo da.

—Muchas gracias.

—Muchas de nada. —Jasper sigue dando saltitos.

—¿Tienes ganas de hacer pipí? —le pregunta John.

—¡No!

Los dos me miran mientras sorbo por la pequeña pajita. Está dulce y tiene un sabor químico. Oscar corta los pepinos en la tabla de cortar. Nos tomamos los zumos y hacemos ruiditos al sorber las últimas gotas. Me acuerdo de la baraja de cartas que tengo en la mochila. La saco y me sorprendo al comprender que llevo sin tocarla desde aquel día en el merendero de Pawtucket.

—Te gustan las cartas más que los juegos de mesa —susurra John.

—¡Ocho loco! —exclama Jasper—. ¿Sabes jugar al ocho loco?

—Por supuesto. —Mi madre me enseñó cuando contraje la varicela en la guardería. La obligué a jugar conmigo días y días.

Nos trasladamos a la zona del salón. Los chicos van a sentarse en el sofá, pero cuando yo me acomodo en la alfombra, se vienen conmigo y nos sentamos de piernas cruzadas, con las rodillas pegadas al suelo.

—Tenemos sillas, ¿sabéis? —comenta Oscar.

—A las cartas se juega en el suelo.

Es una baraja buena. Es vieja y flexible. Las cartas eran de la abuela de Paco. Nos las quedamos cuando fuimos a visitarla a Zaragoza, donde jugábamos al chinchón. Paco y yo solíamos jugar al *gin rummy* en la cama. Se me había olvidado. A veces encontrábamos las cartas entre las sábanas por la mañana. Tienen unos adornos de bambú. Cuando las saqué del bolso en Pawtucket, Luke las agarró y dijo «Ah, mimbre» y yo me eché a reír. No sé por qué.

Corto la baraja y mezclo ambas mitades con facilidad. Aparto los pulgares y las cartas se unen perfectamente, con rapidez y suavidad. Meto los dedos por debajo de la pila y las doblo hacia arriba, como un puente arqueado, y caen con un movimiento fluido. No hay nada como una buena baraja de cartas.

Los chicos me están mirando.

—¿Qué?

—¿Cómo has hecho eso?

—¿Esto? —Corto la baraja y lo repito.

—Sí.

—¿No has enseñado a tus hijos a barajar? —pregunto a Oscar.

—Sí sabemos barajar.

—Lo hacemos así. —John divide la baraja y trata de meter una mitad en medio de la otra.

—Para. —Le quito la baraja con un gesto amable—. No vuelvas a hacer eso. Eso es barajar como un viejo y nadie con menos de noventa y tres años debería de hacerlo así.

—Eso es discriminación por edad avanzada —protesta Oscar mientras les da la vuelta a los palitos de pollo—. Doce minutos.

—De acuerdo. Tenéis cada uno seis minutos para aprender.

Le doy la baraja primero a Jasper, lo que impacienta a John y hace sentir incómodo a Jasper. El pequeño está acostumbrado a que su hermano le allane el camino, que se adentre en lo desconocido antes que él. Las primeras veces coloco las manos encima de las suyas y lo hacemos juntos, luego aparto las mías. Apenas abarca con los dedos el largo de la baraja, las cartas se salen por los lados y el puente se cae.

—No puedo.

—Vuelve a intentarlo.

—No puedo.

—Sí puedes. Vamos, otra vez.

Al quinto intento lo consigue.

—Papá, mira. ¡Mira!

Oscar se acerca y se queda al borde de la alfombra.

Tras unos intentos más, Jasper lo consigue de nuevo. Y otra vez.

—Vaya, Jaz, qué bien —exclama Oscar—. Ojalá alguien me hubiera enseñado a hacer eso con cinco años. Ahora no tendría noventa y tres.

Sonrío, pero no levanto la mirada. Solo me quedan unos minutos para enseñarle a John.

No me deja que lo haga con él, pero tras unos pocos intentos lo logra. Se pasan la baraja el uno al otro, practicando, memorizando, las pequeñas manitas cada vez más seguras. John logra formar un puente particularmente alto que se derrumba con un precioso *shhhh*.

Se miran entre sí.

—Qué divertido —chilla Jasper.

—Es muy, muy divertido —coincide John.

—Bueno, a la mesa —los interrumpe Oscar.

—¿Ocho loco después de la cena? —propongo.

—Después de la cena toca libro y a dormir —aclara Oscar. Señala la silla donde me tengo que sentar, en frente de él y al lado de Jasper—. Cinco rodajas de pepino por cada palito de pollo —indica a sus hijos.

Nos pasamos los platos de comida. Los palitos de pollo están dorados y grasientos. Hay dos opciones para mojar los pepinos, salsa ranchera o italiana. Todo sabe bien. Les pido a los pequeños que me cuenten historias: el día que John se subió al autobús escolar equivocado; la vez que Jasper se echó una siesta y no se despertó hasta el día siguiente; la noche que dejaron a la niñera fuera de casa.

—Cuenta la historia de la enfermera Ellen, papá —pide Jasper.

—Esa es una historia para dormir, no para la cena.

—¡Cuéntala! —se une John.

—¡Cuéntala! —insiste Jasper.

El pequeño me agarra de la muñeca.

—Es muy divertida.

Oscar no quiere contar esa historia. Mira el plato y niega con la cabeza, pero los niños insisten y entonces mira a John.

—¿De verdad queréis que la cuente?

John asiente.

—Cuando su madre, mi esposa Sonya, estaba en el hospital, había enfermeras buenas y enfermeras malas.

—Había enfermeras felices y enfermeras tristes —añade John.

—Había enfermeras gordas y enfermeras delgadas —prosigue Jasper.

—Y luego estaba la enfermera Ellen.

—La enfermera Ellen era malvada.

—Era cruel.

—Era resentida.

—Odiaba a todo el mundo.

—Pero, más que a nadie, odiaba a los niños —cuenta Oscar.

—¡No pueden venir niños por la mañana!

—¡No pueden venir niños por la tarde!

—Tenía que esconderlos. En camillas, en cestos de lavandería, en bolsas de la aspiradora y debajo de las tapas de las bandejas de comida.

—Papá llegaba solo y mamá le gritaba: «¡No has traído a los niños!».

—¡Y entonces aparecíamos!

—Cuando oíamos a la enfermera Ellen, nos escondíamos debajo de las sábanas de mamá.

—Teníamos que permanecer muy, muy callados.

—«¡Huelo a niños!», gritaba ella.

—Y papá decía: «¡No, hoy no hay niños!».

—Intentamos ganárnosla —prosigue Oscar.

—Mamá dijo: «Le gustan los coches».

—Y papá llevó un libro sobre carreras de coches.

—Mamá dijo: «Le gusta el espacio».

—Y John le regaló su astronauta de Lego.

—Mamá dijo: «Le gustan los animales».

—Y Jasper le dio su perrito con las orejas cabizbajas.

—Pero nada la *satisfació.*

—Satisfizo.

—Ni flores.

—Ni bombones.

—Ni golosinas, ni serpentinas, ni chocolatinas.

—Pero entonces...

—Pero entonces un día papá llevó helado a mamá.

—Helado de menta.

—Pero era un día en el que mamá estaba muy malita.

—Estaba malita por comer.

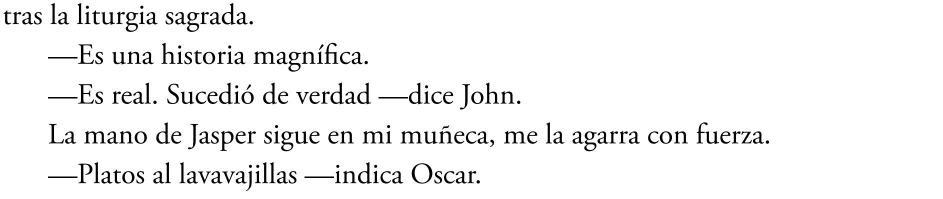
—Mamá señaló a la enfermera Ellen.

—Y papá le dio a ella el helado.

—Y la enfermera Ellen sonrió de oreja a oreja.

—Como nunca antes lo había hecho.

Se quedan callados todos de golpe y se produce un silencio que no quiero romper, pero sé que tengo que hacerlo, como una pagana que tiene que hablar


tras la liturgia sagrada.

—Es una historia magnífica.

—Es real. Sucedió de verdad —dice John.

La mano de Jasper sigue en mi muñeca, me la agarra con fuerza.

—Platos al lavavajillas —indica Oscar.

John se levanta y toma dos platos. Jasper agarra los otros dos. Nos quedamos con los vasos de agua entre los dos. Oscar tiene la barbilla apoyada en la palma de la mano. Levanta la cabeza y me mira.

—Y esa es la versión abreviada.

—Lo siento mucho.

Asiente, tiene los ojos desenfocados.

John y Jasper están peleándose por el grifo del fregadero.

—Arriba, vamos —les dice su padre cuando los ve.

Los dos se dirigen a las escaleras.

—Dad las buenas noches a Casey.

Me dan las buenas noches y desearía poder darles un abrazo, pero me quedo en la silla.

—Que durmáis bien.

—Gracias por enseñarnos a barajar —me dice John cuando ha subido la mitad de las escaleras.

—Seguid subiendo —les pide Oscar, y los pequeños continúan.

Nos miran desde arriba, me despido con la mano y ellos hacen lo mismo.

—La cara y los dientes —añade Oscar y se van.

Llevo los vasos al fregadero.

—Mírate —me dice.

Estoy llevando cuatro vasos en una mano, el bol de los pepinos, el plato de los palitos de pollo y las salsas en el otro.

—Toda una profesional.

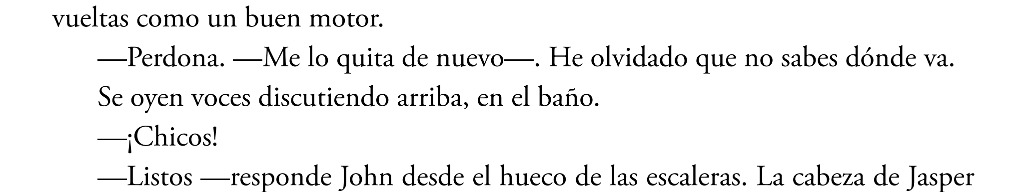
Oscar abre la puerta del lavavajillas y de él emerge un olor. No he vivido en ningún lugar con lavavajillas desde el instituto. Meto los platos y me deleito con el olor de una casa estadounidense.

—Suelen hacer esto con las mujeres. Sus profesoras, las madres de sus amigos. Bueno, ya lo viste en el restaurante. Se lanzan a por ellas. Me rompe el corazón porque ¿cómo será en diez años con las chicas de su edad? Toda esa necesidad.

—Van a tener que quitárselas de encima.

Sacude la cabeza. Limpia los restos de jabón de los platos y los mete en la máquina. Quiero que se olvide de esto y que me lleve al sofá.

Seca el centrifugador de ensalada, lo arma y me lo da. Es un centrifugador de ensaladas sólido y caro. Presiono el botón rojo y la cesta de plástico de dentro da



vueltas como un buen motor.

—Perdona. —Me lo quita de nuevo—. He olvidado que no sabes dónde va.

Se oyen voces discutiendo arriba, en el baño.

—¡Chicos!

—Listos —responde John desde el hueco de las escaleras. La cabeza de Jasper apenas asoma por la barandilla.

Me gustaría preguntarle si puedo leerles un libro antes de dormir. Me gustaría saber cuáles son sus preferidos.

—De acuerdo. —Oscar se limpia las manos en un paño—. Gracias por venir, Casey.

—Puedo esperar, o a lo mejor puedo leerles…

Niega con la cabeza.

—La hora de dormir es aún un poco difícil.

—Papá —lloriquea Jasper.

—Ya voy.

Comienza a subir las escaleras y mira atrás. Y ahí está Oscar de nuevo. El Oscar del jardín botánico, la sonrisita, como si ya tuviéramos un pasado juntos, cientos de pequeñas bromas, como si tenerme ahí, en su cocina elegante, fuera cuanto quisiera en el mundo.

—Te llamo mañana. —Levanta un poco las manos en un gesto de disculpa.

Sube el resto de las escaleras, posa una mano en la espalda de cada niño y los conduce por el pasillo, fuera de mi vista. El lavavajillas empieza a funcionar.

Recojo las cartas de la alfombra donde me he sentado con los niños. Oigo sus voces arriba. Barajo las cartas una vez más y las meto en la mochila. Me pongo el abrigo, el casco y salgo. Bob ha salido de su escondite y me observa desde una silla que hay junto a la ventana. Arrastro la bicicleta hasta la salida del porche. No los veo, pero sé en qué habitación están por cómo cambia la luz al otro lado de las ventanas. Casi huelo la pasta de dientes en su aliento, siento el peso de un niño cansado en el hombro.



Silas me llama y quedo con él en un restaurante coreano que hay cerca del Instituto de Tecnología de Massachusetts. Se disculpa por no haberme llamado antes. Volvió con un virus estomacal que se contagiaron los estudiantes en el viaje y estuvo tres días seguidos vomitando. Tiene un aspecto un poco demacrado. Está recién afeitado y veo la barba incipiente. Normalmente tiene la piel rojiza después de clase. Pide arroz solo y verduras hervidas.

Mientras me describe las dieciocho horas de ida y vuelta en autobús y las seis noches en una posada Red Roof vigilando a treinta y siete adolescentes con la bibliotecaria de setenta y ocho años, pienso en cómo contarle lo de Oscar. Quiero saber si le importa. Me parece la única forma de conocer sus sentimientos por mí. Me resultaba más sencillo hacer esto fuera de la habitación, mientras está apoyado en una mesa, retorciendo el envoltorio de los palillos chinos con unos dedos que me resultan inesperadamente familiares.

Empieza a hablar del taller del pasado miércoles por la noche.

—Muriel leyó un fragmento de su novela y te juro que, cuando terminó, nadie respiraba. Ni siquiera Oscar.

Cada vez que pronuncia el nombre de Oscar siento una punzada desagradable.

—¿Estás bien?

—Sí, solo un poco cansada. ¿Cómo están esas verduras?

—Buenas —responde, pero él tampoco ha comido mucho.

Después de la cena, caminamos hasta la parada del metro. Ninguno de los dos propone nada para prolongar la cita. Lo sigo escalones abajo y por los torniquetes. Yo voy para un sentido y él, para el otro. Nos paramos donde las escaleras nos envían por caminos separados. ¿Aquí? ¿Aquí es donde se lo cuento? ¿Aquí es donde hablamos? Un grupo de adolescentes pasa corriendo por nuestro lado, gritándose entre ellos. Se oye un tren por el túnel. Quiero que me bese. Si le

hablo de Oscar, no me va a besar.

—Mejor subo a este. —Me da una palmadita en el brazo—. Nos vemos. —Baja los escalones de dos en dos y cruza las puertas antes de que se cierren.

Supongo que al final no había necesidad de decir nada.



Llega mi primera carta de rechazo. «No encaja con nosotros», pone.

—Ese agente no la ha leído —señala Muriel—. La ha leído su asistente o su becario. Por eso dice «con nosotros» en lugar de «conmigo». —Estamos en su apartamento. Me ha preparado un sándwich, pero no puedo comérmelo. Estoy perdiendo el apetito, y también el sueño—. Cuando la lea alguien de verdad, será otra historia.

No puedo hablar y se levanta para darme un abrazo.

—Vas a vender esa maravilla. Te lo prometo.

Necesito venderla. Necesito más dinero. Un hombre llamado Derek Spike, de EdFund, ha conseguido el número de teléfono de mi trabajo y habló con Marcus sobre la opción de traspasarle una parte de mi salario. Marcus le colgó. «Esos imbéciless. Convirtieron la vida de mi hermana en un infierno. Fui muy inteligente al no ir a la universidad».

Empiezo a pensar que tiene razón.



Adam quiere subirme el alquiler. Estamos en el patio, debajo de un arce cuyas últimas hojas caen como la lluvia. Le pregunto si puedo conservar la renta antigua hasta año nuevo.

—¿Qué te hace pensar que después podrás permitírtelo?

—He terminado la novela.

—¿Y?

—Se la he enviado a unos agentes y si…

Echa la cabeza atrás y se ríe.



Llamo a Caleb para quejarme.

—Tu amigo vive en una maldita mansión y conduce un maldito Mercedes-Benz, ¿y tiene que subirme el alquiler de repente?

—Tiene sus propios apuros, Case. —Él, Phil y Adam estaban en una órbita diferente, con sus casas y sus salarios—. El divorcio es un apocalipsis económico. Phil dice que tiene suerte de que sea ilegal que nos casemos porque, si no, ya lo habría desplumado. Probablemente sea cierto. Adam asegura que puede ganar más dinero por ese apartamento.

—Es una habitación, no un apartamento. Una habitación mohosa. —Me estoy tocando el bulto de la axila. No sé si se está haciendo más grande. Puede ser. Si es cáncer, ya no tendré que seguir pagando nada más. Me mudaré con Caleb y Phil, les destrozaré la vida un año o dos y moriré.

—Aun así. En Boston el mercado está muy ajustado. —Como no respondo, añade—: ¿Estás ahí?

—Me estoy tocando el bulto.

—Casey, Phil dice que seguro que no es nada.



Caleb ha debido de llamar a Adam, porque a la mañana siguiente me recibe en la puerta cuando vuelvo con el perro.

—¿Podemos hablar?

Señala la mesa de la cocina. Nos sentamos. Oafie se mueve en círculos a nuestro alrededor, esperando a que lo deje libre. Pienso que ha reconsiderado lo del aumento del alquiler, pero en lugar de eso me cuenta que ha decidido dividir la propiedad y vender el garaje y el patio. Me está desahuciando.

—¿Cuándo?

—Vamos a tasarlo en tres semanas. No tienes que limpiarlo ni nada. Quien lo compre lo echará abajo. Es la tierra lo que quieren.



Silas me deja un mensaje, luego otro, pero no le devuelvo la llamada. Ya he elegido. Estoy harta de los altibajos, el calor y el frío, los chicos que no saben o no pueden decirte lo que quieren. Estoy harta de los besos que te derriten los huesos seguidos de diez días de silencio, seguidos de una maldita palmada en el brazo en la parada del metro.



Los hijos de Oscar tienen el día libre en el colegio y me invita a almorzar. Huele delicioso. Está preparando sándwiches de queso asado. Los niños dibujan en la mesa.

He pasado los últimos días leyendo los libros de Oscar: su primera novela, una colección de relatos breves y *Thunder Road*, que es la historia de un niño que pierde a su madre por culpa del cáncer en el transcurso de cinco días y tiene lugar a finales de los años cincuenta. Está narrada varios años después, cuando el niño ha crecido y tiene sus propios hijos. Las frases son limpias y cuidadas. El arco de la historia es claro y está controlado, con una descarga al final de toda la emoción que ha contenido y que estábamos esperando. Hay una tristeza que me sorprende, no en la trama, que, por supuesto, es sobre la pérdida, sino en la prosa separada del contenido a lo largo de toda su obra; en su primera novela, que está catalogada como cómica, y en todos los relatos cortos. Es una sensación de desesperación en la misma escritura, una forma de vomitar con las manos, como de decir: voy a poner esto en papel, pero no es lo que siento de verdad porque lo que siento de verdad no se puede describir con palabras. Causa una especie de arrastre en la narrativa. Leo algunas reseñas para comprobar si alguien más lo ha comentado. No es así. Las primeras reseñas que leí eran todas positivas: un escritor joven, una gran promesa y con un futuro extraordinario. Y las de *Thunder*

Road eran brillantes y agradecidas: por fin, tras un silencio de nueve años, la novela que estábamos esperando.

—He leído *Thunder Road*.

—¿En serio? —Les da la vuelta a los sándwiches y los aprieta con la espátula —. Madre mía. —Se toca la muñeca—. Se me está acelerando el pulso.

No sé si habla en serio. ¿Le importa mi opinión o solo está fingiendo?

—Me ha encantado.

—¿De verdad? —Parece sincero.

—Sí, sí.

Le hablo de las escenas que más me han gustado y por qué, de los pequeños detalles y gestos. Parece impaciente por mi aprobación y exagero las primeras respuestas. No menciono que he leído los libros anteriores también porque no sé si voy a poder mantener este nivel de entusiasmo durante tanto tiempo.

Llama a los niños y estos acuden con los platos. Cuando sirve un sándwich en el plato de John, le dice:

—Le ha gustado mi libro.

Y cuando sirve otro en el de Jasper, repite:

—Le ha gustado mi libro.

Y cuando John le pregunta si podemos jugar a las cartas en la mesa, contesta:

—¿Por qué no?

Y comemos y jugamos, y después, en el fregadero, mientras los niños vuelan sus aviones de plástico junto a la estufa de leña, me acerca a él y me dice que me quiere. Le doy un beso y tenemos los labios pegajosos del queso, y los aviones de los niños han dejado de volar.



Le cuento a Oscar que Adam va a vender el garaje. Estamos en la clase de natación de los niños, en East Cambridge. Los vemos desde el lateral de la piscina interior, en tumbonas. El ambiente está húmedo, apesta a cloro y a persona mojada. Los vaqueros se me pegan a las piernas.

—Vente a vivir con nosotros —sugiere.

Los brazos delgados de los niños llegan al extremo de la piscina. Están aprendiendo a nadar a crol. Cuesta respirar con este aire húmedo.

—No me refería…

—Ya lo sé, pero ¿por qué no?

No sabe cómo vivo, lo mucho que tengo que correr, lo mucho que debo, lo poco que duermo ni que he recibido cartas de rechazo de tres agentes. No le he contado lo del bulto de la axila. Me llama su niña, su camarera con mala suerte, pero se lo toma a broma. De hecho, uno de los nombres que usa conmigo es Holly Golightly. Si viviéramos juntos, me expondría como la desastrosa Jean Rhys que soy en realidad.



El sábado siguiente, él y los niños pasan a por mí y vamos a recoger manzanas. Conocen un huerto en Sherborn donde después ofrecen rosquillas de sidra. Llevo toda la semana emocionada por esto. En mi familia nunca hacíamos este tipo de cosas. Nunca hubo excursiones. A Oscar y sus hijos les encantan las excursiones.

Ya les he avisado del tamaño de mi casa, pero se sorprenden de todos modos cuando llegan.

—Es como la casa de Pulgarcita —murmura Jasper.

—Es más pequeña y Casey es una chica de tamaño normal —replica John.

Saltan sentados en la cama, que no rebota nada; examinan mis plumas y

frascos de tinta en el alféizar de la ventana y asoman la cabeza para ver el baño.

Creo que, por una vez, Oscar se ha quedado sin palabras.

—Las manzanas nos esperan —indica al fin.

Vamos al coche.

—A vuestros tronos —señala Oscar y los niños se acomodan en sus sillitas grandes para el coche, en la parte de atrás.

—Creemos que tendrías que venir a vivir con nosotros —comenta John.

—Nuestras camas son mejores —añade Jasper, dando patadas en el respaldo de mi asiento.

—Vaya —exclamo. Oscar sonríe, pero mirando a la carretera—. Vaya. —Me vuelvo hacia los niños. Están esperando mi respuesta—. Es una oferta muy amable.

—Es gratis, no te vamos a cobrar un solo centavo —aclara John.

—Tendré que pensármelo muy bien. Gracias.

En el huerto, escogemos un carrito verde y bolsas para las manzanas. Los chicos se meten en el carro y Oscar los lleva por el camino, haciendo zigzag entre las filas de manzanos y, cuando alza el carro sobre dos ruedas, los pequeños chillan. Seguimos las señales de manzanas con nombres de lo más raros (piel de sapo y *pink lady*) y levantamos a los niños para que lleguen a las ramas más altas. Llenamos el carro con bolsas repletas de manzanas. Cantamos *El hombre viejo* y *Yupi yaya yupi*, que tienen todo tipo de versos modernos. Cada quince minutos, bien John o Jasper me pregunta si ya me lo he pensado bien.

Los niños juegan en un columpio mientras nosotros hacemos la cola para las rosquillas.

—Lo siento —se disculpa Oscar—. Tuve que consultarlo con ellos.

—Es muy pronto.

—Te mudaste a España con Paco.

—Conocí a Paco dos años y medio antes de mudarme con él. Solo hace unas semanas que nos conocemos.

—¿Unas semanas? Te conocí en julio, Casey.

—Al principio no era serio. —Creo que yo empecé a contar el tiempo desde mi última cita con Silas.

—Para mí siempre fue serio.

—Con Paco solo estaba Paco. No había dos niños pequeños vulnerables. ¿Qué pasa si no funciona? No quiero que vuelvan a sufrir por otra persona.

—Bueno, eso es muy poco realista. —Se acaricia la barbilla, justo en la curva entre el cuello y el hombro—. Además, sí va a funcionar.

Me dejan en Iris para mi turno de la noche.

—Piénsatelo. —Jasper se da un golpecito en la cabeza cuando se están

marchando—. ¡Piénsalo!

Espero que la idea me tranquilice, pero no es así. Que Oscar me pida que me mude no me parece una solución a la venta de Adam del garaje. Me parece otro problema. Y se me están acumulando los problemas. Thomas anuncia que va a abrir su propio restaurante en los Berkshires. Clark, el chef de la hora del *brunch*, va a sustituirlo como chef jefe.

—Pero si es horrible —le dice Harry a Thomas—. No tiene nada de talento. Y es un troglodita mezquino y miserable.

—Es decisión de Gory —responde Thomas—. Yo he sugerido a otros.

En su última noche, me puedo despedir de él en la cámara de frío. Estoy recogiendo un plato con cogollos de mantequilla y él está sentado en la caja de plástico en la que suelo sentarme yo.

—Casey Kasem —se dirige a mí con tono amable. Siempre se ha mostrado muy comprensivo. No estoy segura de qué es lo que comprende exactamente, nunca hemos hablado sobre nada que no sean aperitivos y primeros platos. Pero está aquí, por mí.

—Ojalá no te fueras.

Asiente.

—Gracias. He pasado una buena época aquí.

—Suerte con tu restaurante.

—Suerte con tu libro. —Sonríe al ver mi cara—. Harry me lo ha contado.

—Gracias.

Al final del turno, llega su mujer para ayudarlo a recoger sus cosas. Está embarazada y tiene una barriga prominente. Apoya un libro de cocina grueso encima de la barriga.

—Mira, querido, ¡sin manos! —exclama y Thomas se acerca corriendo y le arrebata el libro.

—Vas a hacerle daño.

—Fíjate en esto —dice, dándose golpecitos en el vientre—. Está encerrada en acero.

No sabía que iban a tener una niña.



La noche siguiente, Clark ocupa el puesto de Thomas. Viene con algunos de sus trabajadores del *brunch* y le dice a Angus y a otros dos cocineros que vuelvan en el turno del almuerzo. Se apropia de uno de los mostradores de dulces de Helene para las ensaladas. Le indica a Dana que deje de fruncir el ceño, a Tony que deje de mirarlo a los ojos cuando está hablando y a mí que me maquille más.

—Pareces un vampiro. Y no de los sexis.

Cuando empieza el servicio, me golpea la mano cuando la acerco a la ventanilla para recoger los primeros platos.

—Usa una servilleta.

—No está caliente.

—Usa una servilleta. Siempre. A los clientes no les gusta ver tus sucios dedos en sus platos.

En cuanto Clark comienza a trabajar en los turnos de noche, más abejas me acompañan en mi vida laboral. Empiezo a confundir a mis clientes, a mezclar los pedidos. Tengo que hacer largas pausas en la salida de incendios. Noto todo el cuerpo como si fuera una enorme campana de hierro que alguien ha hecho resonar y que no deja de repiquetear. Me da la sensación de que soy incapaz de recobrar el aliento, pero es que no puedo recobrar ninguna parte de mí. Muriel me sugiere que, cuando esto suceda, inspire lentamente y que examine mi cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, pero termino resollando, sin aire. En la salida de incendios, me dedico a tensar partes del cuerpo. Es lo único que funciona. Aprieto los puños o presiono una rodilla contra la otra, o tenso los músculos del estómago. A veces empiezo con la cara y voy bajando por todo el cuerpo, tensando cada músculo, uno a uno, todo el tiempo que puedo soportarlo, y luego lo relajo y paso al siguiente. Es suficiente para que pueda volver al comedor. Tras varias noches, Marcus se entera de dónde me escondo y me ve allí, en mitad de mi ejercicio de tensar músculos, y me arrastra dentro. A veces, mientras recito los platos especiales a una mesa de seis personas, siento que me rompo en fragmentos diminutos y no comprendo cómo pueden seguir saliendo de mi boca frases como «con glaseado de coñac y arándanos» o por qué los clientes que me están mirando no avisan a nadie de que necesito ayuda. Hay algo que me cubre y que lo oculta todo. Si alguien mirara por dentro y llamase a una ambulancia, me iría con gusto. Es mi mayor fantasía en estos terribles momentos:

dos equipos de emergencias en la puerta con una camilla para tumbarme en ella.



El siguiente sábado por la noche es particularmente malo. Cuando termina mi turno, recojo y me preparo para marcharme lo antes posible. Ni siquiera me despido de Harry. Todo mi cuerpo repiquetea. No siento los dedos. Solo sé que estoy respirando porque me estoy moviendo. Una vez fuera, el frío me sienta bien. Quiero que haga más frío. Quiero hielo y nieve, algo que adormezca el pánico. Dos estudiantes de Harvard con esmoquin salen del edificio que hay al otro lado de la calle y entran en otro. Un grupo de personas mayores, encorvadas y de movimientos lentos, suben a un Volvo que hay al lado de mi bici. Odio a la gente mayor. Odio a cualquier persona mayor que mi madre, que no ha podido envejecer. Al principio de la calle hay un tipo caminando por Mass. Avenue hacia Central Square, andando en zigzag con las manos en los bolsillos. No es él. No es Silas, pero la pendiente desde el cuello hasta la base de la columna es similar. Noto algo horrible crecer dentro de mí y tengo que salir. Tengo que salir. Tengo que salir de este cuerpo de inmediato.

Me agacho en la calle y el terror más crudo se apodera de mí. No sé si estoy emitiendo sonidos. Soy como aquel niño en segundo curso que tuvo un ataque epiléptico en el suelo de la clase, que se estremecía como una lavadora. Pero todo está dentro de mi cabeza, todo está en mi mente, sacudiéndose como un taladro hidráulico que no puede parar. No parece existir un modo de sobrevivir a esto o de hacer que pare.

No sé cuánto tiempo dura. El tiempo se descompone. Cuando lo peor ha pasado, sigo agachada en el suelo, con la frente presionada contra la rodilla. Levanto la cabeza y veo mi mochila, la llave de casa y varios billetes de las propinas en el suelo, a mi alrededor. Me levanto, preocupada por que salga alguien de Iris y me vea aquí hecha un desastre. Tardo un rato en quitarle el candado a la bicicleta. Sigue temblándome el cuerpo, igual que a Toby Cadamonte después del ataque.

Pedaleo despacio a casa, vacía, pero cuando me tumbo en el sofá después de una ducha caliente y de haber tensado un poco los músculos, siento que tengo el cuerpo enchufado a una toma de corriente. Respiro despacio. Tenso los músculos.

Intento rezar. Beso el anillo de mi madre y rezo por ella, por su alma y por la paz de su alma. Rezo por mi padre y por Ann y Caleb y Phil y Muriel y Harry. Rezo por la Tierra y por todos los que estamos en ella. Rezo por que podamos todos seguir adelante y vivir sin miedo. Y, al final, rezo por poder dormir. Suplico poder tener de nuevo la habilidad de dormir. Antes se me daba muy bien. Rezo

con fuerza, pero no soy consciente de que no tengo conciencia de por qué o por quién estoy rezando. Iba a la iglesia hasta que mi madre se marchó a Phoenix, pero nunca me creí las historias de la iglesia más de lo que creía en Pinocho o en los tres cerditos.

Noto el pánico intenso en la cabeza, como si estuviera al lado de un altavoz en un concierto. Enciendo la luz e intento leer. Las palabras siguen siendo palabras. No las puedo oír. No puedo perderme en ellas. Una amiga de la universidad dijo una vez que no entendía por qué la gente leía por placer. Ella no podía ver o sentir nada más allá de las palabras. Estas nunca se transformaban en otra cosa que no fuera el sonido de su voz interna recitando frases. Concluyó afirmando que ella no tenía imaginación. Me pregunto si estaré perdiendo la imaginación. Este miedo nuevo es helado. Nunca podré volver a leer o a escribir de nuevo. Pero ¿acaso importa? Esta semana han llegado dos cartas de rechazo nuevas.

Paso la noche así, experimentando capas de ansiedad, humillación y desesperación. Cerca del amanecer, pierdo un poco la conciencia. No duermo exactamente, pero tengo que pensar en ello como dormir porque es lo único que tengo.

Cuando sale el sol, me rindo y salgo a correr. Tengo que hacer una carrera larga porque Oscar y los niños van a recogerme para ir a jugar al minigolf. John no se ha olvidado de mis alardes acerca de que podía ganarle a su padre y hoy es el día en el que tengo que demostrarlo.

Hace frío, la mañana más fría hasta ahora. Ya hay tráfico en Beacon y tengo que esperar a que cambie el semáforo. El río está tranquilo, el sol aún no ha ascendido del todo. Sigo corriendo con pantalones cortos porque no tengo chándal y, después de unos cuantos kilómetros, dejo de sentir los muslos. Corro hasta el puente Watertown y vuelvo por la parte de Cambridge. Paso junto al edificio alto y gris del hospital con las hileras de ventanas. En las plantas inferiores hay flores en los alféizares. *Cuidaos*, suplica mi corazón. *Cuidaos todos*. Y se me tensa la garganta al pensar en la gente que está muriendo en esas habitaciones y en sus seres queridos perdiéndolos, y tengo que dejar de correr para tomar aire.

Cuando vuelvo, hay un hombre y una mujer echando un vistazo por mis ventanas.

—¿Los puedo ayudar?

Se dan la vuelta y el hombre tiende una mano.

—Chad Belamy. De bienes inmuebles Belamy. Usted debe de ser la escritora.

La escritora. Adam me está usando para dar publicidad a su garaje.

—Jean Hunt. —Tiene mi edad, pero lleva el pelo peinado con laca. Viste un

traje gris, medias y tacones, todo esto en una mañana de domingo.

Me pregunta por el vecindario. Por su tono de voz y la forma en la que formula las preguntas, me doy cuenta de que piensa que soy más joven que ella. Le explico que parece una mezcla de familias y síndrome del nido vacío.

—¿Y usted paga por vivir aquí? —pregunta.

—Se trata de una ubicación muy atractiva —comenta Chad Belamy, animándome con la mirada a coincidir con él.

—No está tan mal como parece desde fuera. Pueden entrar si lo desean.

Ella y Chad se miran.

—No es necesario —responde Jean Hunt—. Empezaré por lo básico. —Mira el patio que hay al otro lado—. Es más pequeño de lo que esperaba. Pero puede que sea todo cuanto puedo permitirme.

Adam ha valorado la propiedad en trescientos setenta y cinco mil dólares. Y luego tendrá que construir una casa en ella. Eso es todo cuanto puede permitirse.

Me pregunta qué escribo, pero respondo que tengo que ducharme porque un amigo va a venir a buscarme y me retiro.

Esa conversación corroe la manta protectora que me ha proporcionado la carrera y cuando subo al coche de Oscar me siento inquieta.

Jasper está llorando. Le pregunto qué le pasa y me enseña la mano, su pequeña mano suave con un arañazo sanguinolento.

—Madre mía, ¿qué ha pasado?

Oscar hace un gesto con la mano al lado del volante para pedirme que baje la voz.

—Oscar, tiene un tajo en la mano.

Mueve la mano con más fuerza.

John empieza a chillar.

—¿Qué pasa?

—Él me ha pegado primero. ¡Me ha pegado en el ojo! —grita John.

Tiene la cara tan roja que cuesta verlo, pero creo que atisbo un morado al lado del ojo izquierdo.

Me vuelvo hacia Jasper.

—¿Le has hecho tú eso?

Jasper lloriquea al tiempo que intenta pronunciar una frase incomprensible.

—Casey, por favor, date la vuelta —me pide Oscar—. Solo los estás animando.

—¿Animando? Están machacándose ahí detrás. Deberías de parar.

Se echa a reír.

—Si tengo que parar cada vez que se pegan el uno al otro, nunca llegaríamos a ninguna parte.

—Oscar, está sangrando.

—Lo digo en serio —responde con tono decidido—. Se pondrán bien.

No me gusta su tono de voz, pero unos cuantos kilómetros más tarde han dejado de llorar. Se están riendo por un perro con un abrigo rosa y unas botitas que les enseña Oscar.

Y entonces empiezo a oler algo asqueroso.

—Por Dios, ¿eso qué es? —Intento bajar la ventanilla, pero está activado el seguro para los niños.

Se oyen risitas en el asiento trasero. Oscar sonríe, mirando el espejo retrovisor. Me doy la vuelta.

—Ha sido él —acusa John a su hermano, señalándolo con el dedo—. Ha sido él.

Jasper me dedica una sonrisa enorme. Y entonces el olor empeora.

—Es asqueroso. Es como caca mezclada con pescado podrido.

Todos se ríen. No intento ser graciosa.

—Por favor, deja que baje la ventanilla. —Estoy esforzándome mucho para no decir palabrotas delante de ellos.

—Hoy alguien se ha dejado el sentido del humor en casa —comenta Oscar.

—Alguien se ha olvidado de tomar la medicina de la risa —añade John.

Oscar quita el seguro de mi ventanilla. La bajo y saco la cabeza por ella todo lo que puedo.



El club de golf de King Putt, en Saugus, tiene la forma de una pirámide y el bar es un sarcófago. Decidí hace tiempo que, si alguna vez jugábamos al minigolf, dejaría que ganase Oscar. Pensé que era mi deber preservar la fe de John en la invencibilidad de su padre un tiempo más. Pero en cuanto tengo un palo en la mano, sé que no voy a elegir el camino noble. Hoy estoy de humor para algo de gloria.

Simulo benevolencia. En los primeros dos hoyos, finjo desconocimiento. No estoy aparentando del todo, he jugado al minigolf tres veces en mi vida. Pero estoy calibrándolo a él. Sé que tiene coordinación, lo he visto dar patadas a una pelota de fútbol y batear la bola de béisbol que le lanzo hacia los árboles de los vecinos. Y lo he engañado. No le he hablado de mis años de golf porque sabía que mostraría curiosidad. Los deportistas siempre sienten curiosidad. Piensan que pueden ganarme y siempre termina mal. O bien se enfadan o intentan convencerme para jugar una vez más.

Los niños son los primeros en lanzar. John tarda varios minutos en alinearse

para el tiro y Jasper golpea la pelota sin pensar y se sorprende cuando esta sale volando hasta el aparcamiento.

Al principio no se me da muy bien. La ansiedad es un zumbido constante, la cabeza del palo de golf es de plástico rojo y la alfombra está destrozada. Pero le aprendo el truquillo. En el tercer hoyo, consigo entrar en la cueva de Cleopatra.

Los tres gritan mi nombre, felices. Un rayo de luz. Sigo así, no puedo evitarlo. Algo se hace con el control. Juego el salto del escarabajo en el cuarto hoyo y meto la pelota directamente en la boca de la víbora en el quinto. Hacía muchos años que no usaba un palo de golf. Muchos años que no me sentía bien con algo, bien de un modo empírico, innegable, que no depende de la opinión de otra persona.

John sostiene la tarjeta de las puntuaciones.

—Te está ganando, papá.

—Ya lo sé. —Oscar se ríe.

En el séptimo hoyo, cuando los dos niños lanzan las bolas al Nilo y corren hasta la orilla para recuperarlas, se acerca a mí.

—¿Qué sucede?

Me encojo de hombros y efectúo el siguiente lanzamiento.

Niega con la cabeza.

—Mírate. Cómo te mueves. Cómo te inclinas sobre la bola.

Las abejas han desaparecido. El músculo de la memoria se ha hecho con el control, ha traído a mi cuerpo de vuelta a una época en la que no conocía el pánico, ni siquiera bajo una gran presión. Sostener este palo de golf barato me ha calmado. Le dedico mi primera sonrisa de verdad del día.

—Jugaba de pequeña y era buena. Mi padre empezó a llamarme Casey por ese viejo poema, *Casey en el bate*. ¿Lo conoces?

Sacude la cabeza.

—Es un poema tonto sobre un jugador de béisbol que a él le encantaba cuando era pequeño. Casey es el mejor bateador del equipo Mudville. Van perdiendo cuatro a dos y es la última oportunidad, tienen dos *outs*, pero dos jugadores llegan a la base y entonces Casey va a batear y el público se vuelve loco. *Strike* uno. *Strike* dos. Y luego otro *swing*. «Y en algún lugar, los hombres se ríen, los niños chillan» —recito con la voz de barítono de mi padre—. «Pero no hay felicidad en Mudville, el poderoso Casey ha fallado».

Oscar está encantado.

—Poderoso Casey.

—Esa soy yo. Con el nombre de un tipo que falló cuando más lo necesitaban.

—Eres un pequeño prodigio. —Me da un golpecito en el hombro—. Tengo

un amigo en Vermont y es el dueño del club Woodstock.

—No, gracias.

—Es el mejor de Nueva Inglaterra.

—Lo sé. No, gracias.

—¿Por qué no? Mírate. —No deja de decir eso: «mírate»—. Te encanta.

Echo a andar para alcanzar a los niños.

—Solo digo que, si tienes ese talento, deberías de aprovecharlo.

Camino más rápido.

Cuando hemos terminado, John suma las puntuaciones. Le he ganado a Oscar por nueve lanzamientos. Entregamos la tarjeta de las puntuaciones y el propietario me apunta en la pizarra. El primer puesto del mes.

—No creo que nadie supere eso pronto. —Se nota que lo dice en serio.

De vuelta a casa, los chicos están tristes porque le he ganado a su padre. Se lo toman mal. Oscar intenta animarnos a los tres, pero no funciona. Les pido que me dejen en Square. Cuando el automóvil ha desaparecido, me siento en el banco que hay fuera del restaurante Grendel's. La cabeza vuelve a repiquetearme. No soy capaz de pensar. Tengo ganas de llorar, pero no puedo. Me quedó allí sentada y tenso todos los músculos que puedo, una y otra vez.



Queda una hora para que empiece el trabajo, así que paseo por la librería WordsWorth. Hay un ejemplar de *La oscuridad visible* en la mesa de restos y lo agarro. No lo he leído. «La memoria de una locura» lo llama Styron. Caleb siempre se la deja a sus amigos deprimidos. Empiezo el primer capítulo. Styron ha volado hasta París para recibir un premio. Está seguro de que no va a superar el desorden que tiene en la mente. Ha perdido la capacidad de dormir, lo supera el miedo y una sensación de desorientación. La narración posee esa cierta lucidez de alguien que intenta decirte que eres lo más verdadero que conoce. Las páginas son pequeñas y las paso una a una, y todo mi interior arde ante la sensación de reconocimiento. París es solo el primer capítulo, el comienzo de su caída. Cierro el libro, me limpio la cara y salgo de la tienda.

Aunque admiramos el alcance de

Le agradecemos su

Su proyecto no toca la fibra sensible

No es adecuado para

Por desgracia, en este momento no

Gracias por su entrega, pero

Agradecemos que piense en nosotros

No sentimos suficiente pasión



Después de once cartas de rechazo, llega un mensaje a mi teléfono de alguien llamada Jennifer Lin. Dice que es la asistente de Ellen Nelson y me deja un número de teléfono. Ellen Nelson es la agente de dos de mis escritores preferidos.

Le devuelvo la llamada a la mañana siguiente, antes del trabajo.

—He leído *Amor y Revolución* este fin de semana. Me ha encantado.

—Gracias.

—No, de verdad, me ha encantado. Me parece extraordinario, Camila.

Camila. Había olvidado que puse mi nombre real en el manuscrito.

—Muchas gracias. —Pero ¿qué piensa Ellen Nelson? Estoy impaciente, quiero saber dónde quiere ir a parar. Y no puedo llegar tarde al trabajo.

—Ellen no está contratando a autores nuevos ahora mismo. Me gustaría hacer esto yo. Me gustaría representarla. Estoy segura de que han mostrado mucho interés por usted y tengo que admitir que este sería mi primer libro. He trabajado para la Agencia Nelson durante tres años y estaba esperando la novela que me alzara un kilómetro por encima del suelo. Esa es la suya.

No tengo ni idea de qué preguntar, de qué decir. ¿Por qué me no me he preparado para esto?

—¿Ha tomado ya una decisión? ¿Llego tarde?

—No, no. Aún no.

—Menos mal. —Se ríe—. Me están sudando las manos ahora mismo. Me pregunto cómo es capaz la gente de pedir matrimonio a sus parejas. No tengo antecedentes —continúa—, y por supuesto entenderé que le interese alguien con más experiencia. Pero sería mi única clienta. —Vuelve a reírse—. Le dedicaría toda mi atención y concentración que, si habla con alguien de mi familia, puede ser muy intensa. Trabajo muy duro. Ellie me ha dicho que estaría encantada de ofrecerle una valoración completa de mí. ¿Se la puedo pasar?

Oigo un *clic* y habla otra voz, como si me hubiera metido en una

conversación después de que esta comenzara.

—Puede que tenga en mente a alguien con autores de renombre y clientes sofisticados, pero le aseguro que quiere que Jennifer comande su barco. Nadie más. —Le da lo que suena como tres inhaladas a un cigarrillo y espira en el auricular—. Primero, odia todo. Todo. Tuve tres *best sellers* el año pasado. Ella los odiaba. Me dijo que no los tocara. Su libro, que aún no he leído, debe de tener algo increíble, porque esta chica lo rechaza todo. Segundo, es ambiciosa. Trabajará duro por usted. Le dirá exactamente qué está haciendo y por qué lo está haciendo. Probablemente tenga otras opciones. —Espera a que se lo confirme y, como no digo nada, prosigue—: Es reservada, de acuerdo, lo entiendo. Pero yo conozco este negocio y le estoy dando un consejo de primera.

Le doy las gracias y me siento aliviada cuando me pasa de nuevo con Jennifer. Esta empieza a hablar del manuscrito. Apenas le sigo el ritmo, su entusiasmo, su lectura tan detallada, su amabilidad. Cada vez que menciona una escena, recuerdo dónde estaba cuando la escribí: en la cocina amarilla de Albuquerque, en el bar de debajo del apartamento de Paco. Habla sobre una ruptura inteligente en la narrativa, el final abrupto de la infancia de Clara y el cambio sutil pero claro en su voz después de eso. Esa parte la escribí en la habitación de invitados de Caleb y Phil, en Bend, en las semanas posteriores a la muerte de mi madre. No podía escribir nada y, cuando empecé de nuevo, fue desde un lugar distinto. La voz juvenil de Clara había desaparecido. Habla y lo único que veo es lo que ella no puede ver, todos esos años de mi vida plasmados en las páginas.

—Hay algunas cosas con las que tengo dudas —dice y enumera elementos del libro que cree que necesitan atención.

Tiene sentido. Ha identificado detalles que yo ni siquiera sabía que estuvieran ahí y otros que se me han escapado. Habla durante un buen rato. Busco el reloj y pienso en preguntarle si puedo llamarla después del trabajo, pero no quiero interrumpirla. Quiero saber a dónde quiere llegar con todo esto. ¿Me va a representar o cómo funciona exactamente?

Me pregunta si me gustaría hacer una revisión y volver a enviársela. Me pregunta si puedo hacerla en un mes.

—Nos gustaría enviársela a los editores antes de las vacaciones. No se puede vender nada después de las fiestas.

Acepto escribir una revisión y colgamos. Son las 11:34 a. m. El restaurante acaba de abrir para servir almuerzos. Salgo corriendo.



Marcus está tan enfadado que está a punto de enviarme de vuelta a casa, pero

entra un grupo de ocho reporteros del *Globe* que no tienen reserva y nadie más puede atenderlos. Me avisa de que ahora estoy a prueba doble. Dice que pendo de un fino hilo. No me importa. Tengo una agente.

Encuentro a Harry en la cocina, recogiendo unos sándwiches de pavo. Le cuento lo de Jennifer y suelta la comida para abrazarme con fuerza. Grita alto y Tony le dice que cierre la boca. No lo hace. Sigue gritando. Le cuento lo que me ha dicho y que tengo que hacer una revisión, que Jennifer tiene un montón de ideas.

—¿Cómo qué?

Lo miro. No me acuerdo de nada de lo que me ha dicho Jennifer, solo de algo acerca de una transición en el capítulo cinco.

—Algo sobre el capítulo cinco.

—Has tomado notas, ¿no?

—Tenía el corazón acelerado y llegaba tarde al trabajo y no sabía a dónde quería ir a parar.

Me acaricia la espalda.

—Puedes llamarla después.

—Sí —respondo, pero sé que no lo haré.



Pienso que, cuando regrese a casa y me siente a la mesa con el teléfono presionado contra la oreja, recordaré lo que me ha dicho Jennifer, pero no. En ese momento todo tenía sentido. Recuerdo la sensación que me embargó, la emoción, pero no recuerdo muchas de las palabras. Hemos hablado del concepto de la propiedad, creo, que aparece en todo el libro, pero no sé qué es lo que ha dicho. No recuerdo nada de lo que quería que repasara, excepto la escena de la fiesta del capítulo cinco. Cree que hacían falta unas líneas de transición de la escena anterior. Creo que ha dicho que también podía tener unas páginas más.

Llamo a Muriel. Está haciendo las maletas para la conferencia en Roma. Apenas puedo hablar. Me sugiere que anote cada palabra de la conversación que recuerde, sin importar si la entiendo o no. Lo hago y vuelvo a llamarla. Me escucha y luego habla largo y tendido sobre la idea de la propiedad en la novela y cómo está representada la historia de Cuba en el personaje de Clara. Menciona unas cuantas sugerencias más que se le ocurrieron mientras leía la novela. No sé si Jennifer ha dicho nada de eso, pero son valoraciones inteligentes y las anoto.

Le deseo un buen viaje. Se lo digo tres o cuatro veces antes de colgar.

Oscar dice que los agentes están saturados y que no importa que se me haya olvidado lo que me indicó Jennifer.

—Seguro que no era nada memorable.

Nos dirigimos a Wellesley para la presentación del libro que tiene allí. Llevo puesta una falda y un collar largo con las perlas de mi madre.

—No es verdad. Es inteligente y detallista, y me gustaron sus ideas.

—Pero no lo suficiente para recordarlas.

—Llegaba tarde al trabajo, no había dormido bien y últimamente tengo el cerebro chamuscado.

—Escúchate, pareces una señora mayor menopáusica.

Llegamos a la tienda media hora antes de la presentación. Oscar le dice su nombre a la chica del mostrador, pero ella no lo reconoce, no sabe nada del acto. Señala a una mujer que hay en el fondo, que se ruboriza cuando ve a Oscar. Le asegura que es un honor tenerlo y nos lleva a una habitación con filas de asientos para la presentación y una mesa con montones de tres libros. Ya hay dos personas sentadas en la última fila, tejiendo. La dueña de la librería le informa de que la escritora Vera Wilde va a asistir al acto y a la cena de después.

—Espero que le parezca bien —concluye.

—Será estupendo verla.

—Uf, bien. Me dijo que eran viejos amigos. La presentamos en la iglesia la semana pasada. —Nos muestra una habitación al fondo llena de cajas de libros y una mesa con papeles. Hay dos sillas de plástico en medio—. Puede dejar aquí sus cosas y relajarse hasta las siete. ¿Desea un vaso de agua?

—No, creo que saldremos a dar un paseo —responde él y se acerca a la puerta.

Le doy las gracias a la mujer y lo alcanzo en la calle. Él señala la tienda.

—¿Has visto esa fotocopia patética que han pegado a la puerta? Vera Wilde

llena la iglesia. Yo tengo seis sillas y un atril que han sacado de un ensayo de la banda del instituto. Maldita sea.

—Había al menos veinte sillas. Puede que treinta.

—Tengo cuarenta y siete años. Se supone que debería de estar presentando mi libro en un auditorio a estas alturas. ¿Has visto la portada de la revista de críticas de la semana pasada? Era alumno mío. Mis alumnos me están dejando atrás. No voy a hacer esto. Siempre pienso que saldrá bien, pero no está bien.

—Creía que tenías cuarenta y cinco.

—Sé que tengo un libro mejor dentro de mí. Tengo algo grande en mi interior. Solo que… Desde… Mierda. —Casi parece que va a darle un puñetazo a la pared de la tienda de regalos que tenemos al lado. Sin embargo, apoya las palmas en el muro y respira de forma entrecortada.

Casi todos los chicos con los que he salido creían que ya tendrían que ser famosos, que su destino era la excepcionalidad y que ya iban con retraso. Un momento de intimidad a menudo conllevaba a una confesión de esta clase: una visión de la infancia, la profecía de un profesor, el coeficiente intelectual de un genio. Al principio, con mi novio de la universidad, yo también lo creía. Luego pensé que tan solo elegía a hombres ilusorios. Ahora comprendo que a los niños los crían para pensar así, que los atraen así a la edad adulta. He conocido a mujeres ambiciosas, mujeres resueltas, pero ninguna mujer me ha dicho nunca que su destino era la grandeza.

Mi padre experimentaba este tipo de drama, arrebatos repentinos de desesperación por su vida y las oportunidades perdidas y logros que nunca alcanzó. Tardé en comprender que mis victorias en el golf, por mucho que se esforzara, solo lo hacían sentir peor. Pensaba que un hombre con éxito como Oscar habría superado esa mierda.

Se pone recto y me busca. He avanzado varios metros en la calle.

—De vez en cuando celebro una pequeña fiesta de autocompasión. —Se pasa las manos por la cara—. Se acabó. —Me rodea con un brazo y volvemos caminando a la tienda.

Al final no hay sillas suficientes. El hijo de la propietaria tiene que ir al sótano a buscar más, pero, aun así, hay gente que tiene que quedarse de pie, apoyada en las estanterías. Me siento en medio de la cuarta fila, al lado de un estudiante que toma notas. La dueña ha preparado una extensa introducción sentida acerca de dónde se encontraba ella cuando leyó su primer libro y cómo le afectó la obra. Cita pasajes de las reseñas y enumera sus premios y estudios. Nos informa de que están preparando una película de *Thunder Road*, detalle que yo desconocía.

Oscar se pone en pie y le da las gracias (ahora la llama Annie). Elogia su grandiosa colección y le agradece su hipérbole. Da las gracias a todo el mundo

por haber acudido en una tarde tan bonita. Realiza una larga pausa entre las frases, haciendo creer a la gente que es tímido, que le resulta difícil hablar en público, que nunca esperaba hacer esto. Cuando lee, coloca el libro en el atril de metal y mete las manos en los bolsillos. Levanta los hombros y baja la cabeza para alinear los ojos con nosotros con una mirada avergonzada, casi como si sintiera que las palabras no son lo bastante buenas para leerlas en voz alta. Es una actuación adorable si no lo has escuchado quejarse por no leer en la iglesia.

En medio de la lectura, el corazón empieza a latirme muy rápido. Noto las manos y los pies hinchados, como si el pulso acelerado tuviera ese efecto sobre ellos. Hay tres personas a mi izquierda y cuatro a la derecha, y estamos tan apretados que tengo las rodillas pegadas al respaldo de la silla que hay delante. Salir de aquí va a ser escandaloso y lo único en lo que puedo pensar es en salir. Soy como una bolsa de pánico sujeta por un delgado saco de piel. Me tenso y relajo discretamente en la silla de metal que han subido del sótano.

Cuando ha terminado, la gente junta las manos y el sonido se asemeja al de un público formado por cientos de personas. Se aparta del atril de música y se sienta en la mesa de firmas. Enseguida se forma una cola y la gente empieza a pasar una a una. Él los atiende rápido, como en Avon Hill, cuando aún era un extraño para mí.

Me acerco a la sección de ficción. Annie tiene una buena colección. Muchos de mis favoritos están aquí: *The Evening of the Holiday*, *Beloved*, *Gente independiente*, *Problemas*, *Vida hogareña*, *Tala*. Cuando iba a la universidad, mi prueba de fuego con una librería fue *Hambre*, de Hamsun. También está aquí. Todos esos nombres en los lomos me tranquilizan. Siento ternura al verlos. Deslizo los dedos por la fila de novelas de Woolf. Yo ya no tengo muchos libros. Envié mis novelas a España, pero no pude permitirme enviarlas aquí de vuelta. Siguen en la casa de Paco. Dudo que vuelva a verlas.

Hay una mujer esperando al lado de la mesa, observando a Oscar con una sonrisa. Cuando se marcha la última persona de la cola, su sonrisa se ensancha y le cambia toda la cara.

—¡Vera! —Oscar se levanta, rodea la mesa y le da un abrazo fuerte. Ambos se ríen. Ella señala algo de la cubierta del libro y los dos se ríen más fuerte. Tendrá más o menos su edad, lleva unos vaqueros negros y unas botas de piel claras. Tiene la postura de una profesora de danza.

Vamos a un bistró que hay al final de la calle. Oscar entrelaza el brazo con el mío y reduce el ritmo hasta colocarnos unos pasos por detrás de Annie y Vera.

—¿Y? —pregunta.

—Has estado magnífico. Eres un profesional. Los tenías a todos comiendo de tu mano.

—Quiero tenerte a ti comiendo de mi mano.

—Así me tenías.

—¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa?

Los niños están en la casa de los padres de Oscar. El plan es que pase esta noche en su casa.

—No suelo dormir bien.

—Bien, yo tampoco tengo pensado dormir.

—No —digo, pero Vera está aguantando la puerta del bistró para que pasemos y no puedo explicarme.

Nos acomodan en una mesa redonda pequeña. Oscar está a mi izquierda y Vera, a mi derecha. Annie está enfrente, pero para ella yo no existo. Se ladea de un lado a otro, hacia Oscar y Vera, acribillándolos a preguntas.

Tras varias rondas, Vera se vuelve hacia mí.

—¿Qué intereses tienes?

La miro en silencio y ella se ríe.

—Solo trato de subvertir el interrogatorio de dónde-vives-a-qué-te-dedicas.

—Bien, es original. Me interesa… —*Sentirme normal. No padecer cáncer. Pagar mis deudas*—. Los libros, supongo.

—¿Qué lees?

—Me encanta Shirley Hazzard y…

—Me encanta. —Me fulmina con la mirada.

—Es mi diosa personal.

—Nunca he conocido a gente que la haya leído.

—Aquí tienen *The Evening of the Holiday*, en la tienda.

—Mi favorito.

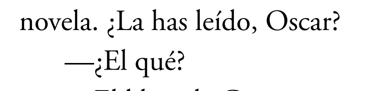
—El mío también. El guante.

—¡El guante! —Posa una mano en mi brazo.

Compartimos más escritores que nos gustan, intercambiamos nombres, celebramos las coincidencias y anotamos los pocos en los que no coincidimos.

Cuando me pregunta si escribo, asiento, pesarosa. Otra más. Debe de estar rodeada de ellos. Pero parece contenta. Me pregunta en qué estoy trabajando y se lo cuento, me hace un montón de preguntas sobre el libro y acabo hablándole de mi madre, de Cuba y de la larga lista de preguntas que estaba apuntando en la libreta para hacerle cuando regresara de Chile, pero murió. Vuelve a posar la mano en mi brazo, me dice que lo siente y es sincera. Ella es de las que lo entienden. Me cuenta que su madre falleció hace seis años, también de repente, también sin despedirse.

—Durante años, la única frase que podía escribir y que significaba algo para mí era: «se resbaló en el hielo y murió». No sé cómo has podido terminar esa



novela. ¿La has leído, Oscar?

—¿El qué?

—El libro de Casey.

—No deja que me acerque.

Probablemente sea verdad, pero nunca me ha preguntado.

Llega la comida y Oscar le pregunta a Vera por Nueva York y los amigos que tienen en común, y el editor que compartían hasta que este trató de escribir su propio libro y sufrió una crisis psicótica.

Vera se marcha antes de los postres. Ha conducido más de una hora para asistir a la presentación de Oscar y tiene que tomar un vuelo a Londres mañana para hacer otra parada de su gira.

—Me encanta —le digo a Oscar cuando estamos volviendo a casa.

—Habéis hecho buenas migas.

—Le gustas.

—Nos conocemos desde hace mucho tiempo.

—Le gustas de verdad.

Se ríe, pero no lo niega.

—¿Alguna vez habéis…?

—No. —Esboza una sonrisa—. Nada serio. —Nota que lo estoy mirando—. Solo hubo unos besos. Hace años. Cuando estábamos en la veintena. —Lo imagino dándole besitos en el sofá en la década de los setenta—. Era demasiado seria para mí.

—¿Seria? ¿De qué hablas? Os habéis pasado cinco minutos sin dejar de reír cuando os habéis visto.

—No. Se ríe, es divertida, pero ya la has oído. Como cuando ha sacado a relucir ese artículo de Edmund Wilson. Es pretenciosa.

—Quería saber qué pensabas.

—Pero las palabras que emplea.

—¿Crees que intenta impresionar a la gente?

—No, creo que probablemente ella piense así.

—Entonces, es auténtica. ¿Tienes algún problema con su autenticidad?

—Mira, es una buena mujer.

—¿Una buena mujer?

—Es rígida, de costumbres sólidas. Parece una solterona.

—A mí me ha parecido libre, vibrante y alegre. ¿Por qué no quieres algo así?

—¿De verdad estamos discutiendo sobre por qué no estoy con otra persona?

—Tiene tu edad, es guapa y está enamorada de ti.

—Es ese *je ne sais quoi*.

Pero yo sí sé el *quoi*. Ella lee en las iglesias y auditorios. Va mañana a Londres

en mitad de la gira europea de su libro.



La casa está a oscuras. Nunca he estado aquí cuando no hay nadie. Oscar enciende las luces y todo parece distinto, como si hubieran pintado las paredes de un color más vivo. Incluso Bob ha salido.

Toma un vaso de una estantería y lo llena de agua.

—¿Quieres?

—No, gracias.

—Mira, estás en el frigorífico.

Lo sigo. Es un nuevo dibujo de ZAZ. Unas líneas negras, un garabato verde y un tornado pequeño y marrón. Oscar señala el tornado.

—Ese es tu pelo. Y este, tu cuerpo. Y eso es o un palo de golf o una víbora, no estoy seguro.

—Vaya, es un gran honor.

Suelta el vaso y me besa.

—Gracias por venir esta noche. —Vuelve a besarme—. Lo has hecho todo mucho más agradable. —Beso—. Esas cosas me dejan aturdido. —Apoya la cabeza en mi hombro—. Estoy destrozado. Vamos arriba.

Agarra el vaso de nuevo y se dirige a las escaleras. Yo me quedo allí, fingiendo que miro un poco más el dibujo.

—¿Puedes apagar las luces? —me pide cuando está subiendo.



Su habitación es amplia y tiene una cama de matrimonio extragrande. Se nota que su esposa diseñó el dormitorio, con un espejo bonito y mesas blancas, pero también se nota cuándo se interpuso el tiempo. Hay una mesa barata en la esquina con un montón de papeles y una caja para la ropa sucia.

Oscar sale del baño con una camiseta y pantalones cortos.

—Ven aquí. —Tiene la boca mentolada.

Estoy acostumbrada a los chicos. Estoy acostumbrada a su energía inagotable. Estoy acostumbrada a los besos en el sofá y a quitarnos la ropa poco a poco. No estoy acostumbrada a un hombre que se lava los dientes antes de enrollarse conmigo. Estoy dentro de mi cabeza y tengo la cabeza acelerada. Me quito la falda y el jersey, y entro en la cama con él. Mete un brazo por debajo de mi cuerpo y me acerca a él. Pensaba que tal vez dormir en la cama de otra persona sería mejor, pero es peor. Noto cómo hace aparición el pánico.

Desliza el brazo por mi espalda, trasero y vuelve a subir.

—*Mmm* —murmura.

Nuestros cuerpos están tumbados el uno al lado del otro por primera vez y no me siento tan bien como cuando estamos de pie y con más ropa.

No sé qué es lo que quiero. Esto no tiene nada que ver con tumbarme con Luke o besar a Silas en su coche. *Los fuegos artificiales o el café en la cama*, dijo Fabiana.

—¿Estás nerviosa? —Sonríe y me besa—. Podemos tomárnoslo con tranquilidad. Está bien así. Esto es lo que quiero, y ha pasado mucho tiempo desde que he querido algo.

Tiene la lengua fría. Se mueve a uno de mis pechos. Tengo la mente llena de personas en sillas en la librería, y Vera Wilde apoyada en la mesa del restaurante. Mete los dedos por debajo de la ropa interior, pero no toca los lugares correctos y tiene un par de uñas afiladas. Lo imagino trayendo a Vera Wilde a casa y tumbándose encima de ella en la alfombra del salón. Eso ayuda. Me alejo de sus dedos y presiono el trasero contra su cuerpo, y encontramos un ritmo, y él respira con dificultad en mi cuello y nos movemos más rápido, y se tensa y deja de respirar, y siento el pulso a través de nuestra ropa interior y, cuando se ha acabado, dice que se siente como un adolescente y se ríe con fuerza en mi oreja.

Se pone unos calzoncillos limpios y me acerca a él.

—Mas, ¡ah!, que fuera yo joven de nuevo y la pudiera tener en mis brazos — me susurra al oído. Tres minutos después está dormido.

Intento seguirlo, imitar su respiración pausada y engañar a mi cuerpo, pero estoy despierta. Me quedo allí tumbada un buen rato. Una hora o así más tarde, me levanto y bajo las escaleras.

Hay varias sillas de más alrededor de la mesa por el taller de la noche anterior. Está claro dónde se sienta Oscar, en la silla de madera con respaldo de cuero, más retirada del resto, un poco más alta. Me siento en la silla que elegiría si yo asistiera al taller, en medio de la gente, protegida por otros a ambos lados.

Debería de querer ser como él y no acostarme con él. Pero tampoco quiero eso.

Mi cuerpo no desea permanecer sentado, así que me muevo, paso junto a la puerta de entrada, el armario, el baño, la televisión, el frigorífico, la isla y regreso al salón. Hay muy poco desorden. No hay fotos. Una estantería pulcramente organizada por autores. Una copia de cada uno de sus libros. Abro el armario: abrigos, botas, raquetas de tenis, un bate de béisbol. En la cocina hay otro armario: escoba, mopa, cubeta, aspiradora y un cubo de reciclaje. Allí, encima de un montón de papeles, hay una historia titulada *Estrella de Asthabula*. Está escrita con una máquina de escribir manual, así que tiene un aspecto descolorido,

irregular. En la esquina superior izquierda aparecen el nombre y la dirección de Silas. Cierro la puerta. Voy a sentarme en una silla junto a la ventana. Barajo las cartas al lado de la televisión. Vuelvo al armario del cubo de reciclaje.

Es una copia limpia. Oscar no ha añadido ninguna marca. Me la llevo al sofá. Estrella es una mujer que intenta salvar un viejo árbol que quieren talar en el centro de la ciudad. Va casa por casa de una serie de vecinos excéntricos y, cuando aparecen los hombres con una retroexcavadora, celebra una protesta con todas las personas a las que ha reunido, tomándose de las manos alrededor del enorme árbol. Resulta que el exmarido de Estrella le pidió matrimonio debajo de ese árbol, de forma improvisada, con palabras y sin anillo. A ella no le gustó la propuesta y lo obligó a repetirla bien una semana más tarde, junto al lago, con un diamante y una docena de rosas, pero es la propuesta bajo las fuertes ramas del árbol la que recuerda y la conmueve en ese momento del día, años después de divorciarse.

Me pregunto cómo iría el debate sobre el libro. Muriel está en Italia, así que no tengo un topo. ¿Dónde se sentaría Silas? Me puedo imaginar a la gente hablando de la historia, de la falta de tensión narrativa, de los adverbios innecesarios, como «dijo suplicantemente», de que no sabemos si salva el árbol. Parece escrita en una bulla emocional, como si el escritor estuviese decidido a expresar las emociones sin importar lo descuidada que quedase la prosa. Es crudo e irregular y la gente va a intentar arreglarlo.

Me levanto y lo dejo de nuevo en el cubo. Miro las fotos de las revistas en el sofá. Una hora más tarde, regreso al cubo de la basura y meto la historia en mi bolso, al fondo. Es lo único que he sido capaz de leer en semanas, debería guardarlo solo por ese motivo.

Unas cuantas horas después, subo, me meto de nuevo en la cama y espero a que amanezca.



Cuando paseo al perro, me fijo en el tamaño de los tres robles que hay al fondo del parque. Tienen las ramas enormes, veteadas de músculos y venas, tan vivas como lo estamos nosotros.



En Iris, una mujer prueba su sándwich y lo envía de vuelta a la cocina. Dice que no le gusta la mayonesa especiada. En la cocina le preparan otro con un alioli más suave. Se lo llevo y unos minutos más tarde me pide que le vuelva a llevar un poco de mayonesa especiada.

—Pensaba que no me gustaba, pero sí —afirma.



Muriel regresa de Roma y nos vemos a la hora del café, antes de trabajar. Se ríe porque la abrazo con fuerza. Me dice que, el segundo día de la conferencia, salió del hotel y vio a Christian al otro lado de la calle con un ramo de flores. «Te comenté que solo iría a Italia por motivos románticos», le dijo, y le pidió que se casara con él.

A Estrella le habría gustado esa pedida de mano.

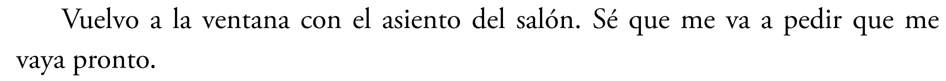


Leo detenidamente los anuncios del *Globe* en busca de un apartamento. Llamo para preguntar por los más pequeños, los más baratos, y ya están alquilados. Al fin encuentro uno que puedo ir a ver. Está en Cambridge. Inman Square. Un estudio en la planta baja de una casa victoriana amarilla. El arrendador se sorprende al verme tan fascinada. Me quedo junto a la hornilla un rato. Una hornilla de gas de verdad. Enciendo y apago todos los quemadores de gas. Y el frigorífico es enorme. Se ríe con mi reacción y señala que es de un tamaño estándar. La moqueta huele un poco, pero no tiene nada que ver con mi cobertizo. Al fondo, al otro lado de unas puertas de cristal correderas, hay un patio privado rodeado de flores y un manzano. Es más de lo que puedo soportar.

Probablemente porque me ve tan emocionada con su peor apartamento, me pregunta si quiero ver el de dos habitaciones que está renovando en la planta superior. Lo sigo tres tramos de escaleras. Cuando está abriendo la puerta, indica que planea remodelar las cuatro unidades. El de la planta baja será el último, pero lo hará. Abre la puerta. Es todo luz y suelos de madera brillantes. La cocina destella con electrodomésticos nuevos. Una ventana con un saliente convertido en asiento da al vecindario. Las ramas enormes de un arce se extienden a la altura de los ojos, como si protegieran la casa. Más allá, se ve el paisaje través de las copas de los árboles y los tejados grises. Noto en el pecho calma y dolor al mismo tiempo.

—Todavía están arreglando el baño. —Mira el reloj—. Por supuesto, aún no han llegado.

Me enseña un dormitorio grande con el mismo suelo lustroso y el baño de al lado, cuyo suelo es aún de madera contrachapada; el lavabo sigue empaquetado. En la esquina hay una bañera moderna bajo la luz del cielo. Pasamos a la segunda habitación. Tiene una pared con estanterías y un espacio entre dos ventanas donde falta una mesa.



Vuelvo a la ventana con el asiento del salón. Sé que me va a pedir que me vaya pronto.

—¿A qué te dedicas? —pregunta.

Niego con la cabeza.

—Ni siquiera gano suficiente para el de la planta baja.

—No te he preguntado eso. Es mera curiosidad.

Necesito que sepa lo patética que soy.

—Soy escritora.

—Una escritora, qué bien. Es duro ganarse la vida en las artes. —Se vuelve hacia la puerta y hace repiquetear las llaves—. Pero vale la pena intentarlo, ¿no?



Al fin me despiden de Iris. La noche anterior al partido de Harvard-Yale. Tenemos a ciento noventa y dos comensales anotados en el libro de reservas y una cola que baja por las escaleras. Abrimos media hora antes. Harry, Dana, James y yo estamos arriba. Tony y Victor se encargan de la planta de abajo. Una hora después de abrir, Fabiana me dice que Tony está saturado y que tengo que encargarme de una mesa de cuatro de abajo. Ella ya ha tomado el pedido de las bebidas a mi nombre y, cuando están listas, las bajo y anoto la comida. Cuando voy camino del ordenador, arriba, veo que han sentado a los comensales de mis dos mesas de seis.

Me acerco a la que tengo más cerca y el hombre que está sentado al frente de la mesa me agarra por la cintura.

—Escucha, preciosidad. —Aprieta—. Los hombres de cierta edad necesitan cócteles con cierta graduación alcohólica sin tener que esperar mucho tiempo.

Los tres hombres me piden bebidas muy específicas con la misma seriedad de un médico que te da instrucciones para un preoperatorio. Las mujeres piden copas de vino blanco de la casa. El hombre me suelta la cintura.

En la mesa de seis que hay al lado de ellos hay una familia que está preparada para pedirlo todo y me mete prisa porque tienen que llegar a la actuación de su hija. Es flautista. En Harvard. Las dos hijas menores, que aún no van a la universidad, ponen los ojos en blanco. La madre las ve.

—Hay muchas universidades por aquí —protesta—. Solo quería aclararlo.

Me interrumpen tres veces más antes de llegar al ordenador: otra Coca-Cola, un tenedor limpio, salsa Perrins. Anoto las bebidas y el pedido con prisas y oigo mi nombre en la cocina para que recoja los platos principales de mi mesa doble, dos señoras Radcliffe que me cuentan que están celebrando su cincuenta aniversario de bodas en Boston.

En la cocina, Clark está bebiendo cerveza y los filetes de pez espada vuelven

pasados de cocción, el pollo tiene sangre y él ataca a todos los camareros que pasan por allí. Para las ocho, ya ha criticado a la dirección, llamando hijo de puta a Marcus y vaca sin atractivo sexual a Gory, y se ha quemado la mano derecha con el mango de la sartén que estaba debajo de una parrilla. Parece un toro en la recta final de una corrida. Todo está al rojo vivo. Me mantengo alejada.

Y pasa algo con los Kroks. Llegan pronto, no llevan puesto su esmoquin habitual y hacen las cosas al revés; empiezan en medio del salón y dan vueltas, cantando canciones que no he oído antes con voces chillonas y desafinadas. Pero los comensales no notan la diferencia. Ellos se limitan a comer. Al final de la última canción, los cantantes se sacan unas gorras azules de Yale de los bolsillos y se las ponen en la cabeza.

—Gracias —chillan—. Somos los Whiffenpoofs.

Al público le encanta esto. Abuchean y aplauden al mismo tiempo. Los Whiffenpoofs lanzan besos. En la puerta están los Kroks con el esmoquin. Al fin les han cortado las alas.

Estoy sirviendo los postres de la primera mesa de seis (la segunda ya se ha marchado al concierto) cuando sale Clark al comedor como loco, las manos llenas de hielo y vendadas con paños y cinta adhesiva. Me agarra del brazo y un bote pequeño con *mousse* de avellana cae a la alfombra.

—Marcus dice que hay cinco personas en el bar que llevan aquí dos horas. Yo no trabajo con vagos.

Al principio, los ocupantes de mi mesa piensan que es otra broma de Yale y observan divertidos. Cuando entiende que la sangre y la rabia son reales, bajan la cabeza a los platos. El hombre que hay al frente de la mesa vuelve a agarrarme la cintura.

—Esa no es forma de hablar a esta joven señorita.

Esquivo su mano y aparto el brazo de Clark, que choca con la otra mano vendada y aúlla.

—Aparta tus malditas manos de mí. —La voz me sale muy fuerte, mucho más de lo que esperaba, más que a cualquier Krok o Whiffenpoof. Avanzo rápido y en silencio por el comedor hacia la salida de emergencia.

Noto la garganta cerrada e inspiro pequeñas bocanadas de aire. Tengo muchas ganas de llorar, pero no asoma ni una lágrima. Solo me concentro en respirar. Otra vez está empezando, la necesidad de salir de mi cuerpo. El corazón me late muy rápido y siento que está a punto de estallar. La muerte, o algo mayor y mucho menos pacífico, está muy cerca, justo encima de mi hombro.

—Casey.

Es Marcus.

—Lo sé. Me voy.

—Bien —contesta y vuelve a entrar.

Me cambio en el baño y dejo el uniforme sucio en el suelo del cubículo. En el otro hay dos niñas pequeñas. Veo las medias blancas y los zapatos negros de piel. Me lavo las manos y no me miro en el espejo, no quiero ver quién está aquí. Las niñas susurran, esperando a que me vaya antes de salir. Cierro la puerta con fuerza al salir para que sepan que no hay moros en la costa.

Bajo las estrechas escaleras y luego las más amplias y elegantes. Los presidentes me ven marchar. Mi pecho es una pieza de fruta hinchada, a punto de estallar y salpicarlo todo de pudrición. Oigo las vocecitas de las niñas pequeñas. Quiero niñas pequeñas. No he vuelto a la siguiente cita que me sugirió el doctor Ginecólogo. Ahora ya no tendré seguro médico. No quiero ser infértil. Tampoco quiero estar embarazada. Fitzgerald dijo que el indicio más claro del genio es saber manejar dos ideas contradictorias a la vez. Pero ¿y si lo que manejas son dos miedos contradictorios? ¿Sigues siendo un genio?

Desconecto el teléfono al llegar a casa para que Oscar no me pueda llamar y Harry no me pueda llamar y Muriel no me pueda llamar cuando la llame Harry. No puedo quedarme aquí dentro. No puedo quedarme quieta. Pero me da miedo salir. No quiero caminar por el porche y salir a la calle. Me da miedo no regresar. Me da miedo estallar, o disolverme, o ir directa hacia el tráfico. Me dan miedo los hombres a estas horas de la noche cuando voy andando y no en la bicicleta. Me dan miedo los hombres en los coches y los hombres en las puertas de casa y los hombres en grupos y los hombres solos. Son amenazadores. Mentirosos. Locos. Estoy fuera. Estoy dando vueltas al árbol. *Odias a los hombres*, me dijo una vez Paco. *¿Los odio?* No me gusta trabajar para ellos. Marcus y Gory. Gabriel, de Salvatore, era la excepción. Mi profesor de francés en octavo me acarició el cuello durante un examen mientras se restregaba por el respaldo de mi silla de plástico. Pensé que le picaba. Y cuando le pregunté en el aeropuerto de Madrid al señor Tuck por qué no le había contado a nadie lo de mi madre, me dijo: «Me gustaba tu padre, pero ya sabes qué le pasa siempre al mensajero». Odio la cobardía masculina y cómo se cubren siempre las espaldas. No tienen ningún control. Justifican todo lo que sus pollas les hacen hacer. Y se salen de rositas. Casi siempre. Mi padre miraba por un agujerito a las chicas, posiblemente a mí, en el vestuario. Y cuando lo descubrieron, le organizaron una fiesta con una tarta.

Doy vueltas por el patio. Hay mucho ruido. El suelo está cubierto de hojas secas. El árbol está prácticamente desnudo. Adam no recoge las hojas. No cuida del jardín. Los bancales elevados están llenos de hierbas secas. Mi madre salía a su jardín todos los fines de semana. Era el único momento en que la veía con vaqueros. De talle alto, marcándole el trasero. Tenía un trasero bonito. Era alto y respingón, incluso cuando estaba en la cincuentena. Yo no he heredado ese

trasero. Todos sus vecinos estaban locos por ella, pero ella estaba harta de los hombres. Venían a casa con esquejes y compost en primavera, bulbos en otoño. Remoloneaban, preguntaban por sus tomates o las enredadoras de trompeta. «Creo que mi marido está medio enamorado de ella», me confesaron algunas mujeres en su funeral. Pero no se sintieron amenazadas. Ellas también la querían. Me contaron historias de cómo cuidaba de ellas tras una operación de cadera, un accidente de coche o el suicidio de un hijo. Cómo dormía en sus sofás y cocinaba y hacía los recados. Cómo luchaba en contra de los pesticidas en las escuelas y escribía cartas a los editores por los derechos homosexuales y la justicia racial. Doy patadas a las hojas. Alguien me la recordó hace poco. Siento el recuerdo, pero está fuera de mi alcance, dulce, como si el recuerdo tuviera sabor, una mujer de su edad más o menos. No me acuerdo. Mi madre era una persona real. Yo no soy una persona real. Ella tenía convicciones y actuaba. Tenía un propósito y una creencia. Ayudaba a los demás. Yo no ayudo a nadie. Ayudó a fundar aquella organización de donaciones. Yo ni siquiera supe escribir una carta de agradecimiento por un frigorífico. Lo único que deseo es escribir ficción. Estoy drenando el sistema, arrastrando mis deudas y sueños. Eso es todo cuanto he querido. Y ahora no puedo hacerlo. No he sido capaz de acercarme a mi libro desde que hablé con Jennifer Lin.

El crujido de las hojas despierta al perro, que ladra desde la ventana del vestíbulo. Me agacho al lado del tronco de un árbol y me quedo quieta, a pesar de que dentro de mí todo se sacude. El suelo bajo las hojas es cálido, pero el aire es frío. Algo chispea delante de mí. Es mi aliento. Veo mi aliento. Hace mucho tiempo que vivo en este lugar en el que puedo ver mi aliento. Soy una niña con un abrigo de lana abotonado hasta arriba y unos guantes blancos, en el coche con mi madre, moviéndome en el cuero azul del asiento del copiloto, los dedos de los pies como cubitos de hielos, esperando a que la calefacción funcione, de camino al colegio o a la iglesia o a la frutería. Oafie deja de ladrar para escuchar el silencio. Se aparta de la ventana y vuelve a la cama.

No puedo entrar hasta que no me tranquilice. El corazón y la mente parecen hacer una carrera hacia la muerte. Miro mi aliento. Tenso los músculos de uno en uno. Es Estrella de Ashtabula quien me recuerda a mi madre.

Entro, me tumbo en el sofá y espero a estallar.

—Es un poco tarde para hacerte la dura, ¿no crees? —pregunta Oscar.

—Me han despedido.

—¡Fantástico!

—Para mí no.

—Puedes hacer cosas mejores que ese trabajo.

—¿Como qué?

—Cualquier cosa. Trabajar en un despacho. Algo con un horario normal.

—Pero quiero las horas normales para escribir.

—Yo tengo un trabajito para ti.

—¿Qué?

—Es culpa tuya. Les gustas demasiado.

—¿De qué hablas?

—Tengo que ir a Provo el próximo fin de semana y pensaba que mi madre lo tenía anotado, pero no, y ella se va a Lennox a pasar un fin de semanas de chicas. No lo va a cancelar. Intenté convencerla de que ya no es una niña según los estándares más generosos y de que la mayoría de sus amigas son tan marimachos que deberían de llamarlo fin de semana de hombres, pero no le pareció gracioso y me colgó. Cuando iba a llamar a Brenda, que vive en mi calle, los niños empezaron a quejarse de que solo cocina pastel de carne y que se mete trocitos de papel higiénico en la nariz que salen llenos de sangre. Me preguntaron por ti. Me pidieron que te pida que vengas a quedarte el fin de semana. Les dije que estabas trabajando y que era imposible, pero puede que ya no lo sea.

—¿Cuánto le pagas a Brenda?

Se ríe, pero entonces se da cuenta de que hablo en serio.

—Doscientos al día.

—De acuerdo, lo haré.



Oscar me deja un cheque y una nota en el frigorífico.

Esto es solo para decirte
Que puedes comerte todas las ciruelas
Y todas las uvas
Y todos los plátanos.
Pero no te comas todos los kiwis
Pues Jasper llorará.
Y no te vayas el domingo
Ni nunca.

Me dirijo a la parada del autobús. El resto de mujeres son todas niñeras. John sale rápido del autobús, pero Jasper se mueve despacio. La chica que va detrás de él parece a punto de darle un empujón. Se muestran tímidos de camino a casa. Les pregunto por el colegio y me dan respuestas de una palabra. Jasper pregunta tres veces cuándo va a volver papá.

—¿Cuándo es el domingo a las siete de la tarde? —pregunta, parpadeando con fuerza.

John se ríe.

—Y aquí vienen los lagrimones.

Todo el mundo necesita merendar bien. Saco toda la fruta y dejo dos kiwis cortados por la mitad delante de Jasper. Oscar ha preparado recipientes de plástico con queso, apio y zanahorias para esta hora del día, pero veo beicon en un cajón del frigorífico y recuerdo lo que solía comer yo después de clase. Cocino el beicon, unto unas tostadas con mayonesa, les pongo cebolla picada, beicon y queso, y las meto en la parrilla. Se hacen perfectamente. Las devoramos. Estoy de nuevo en sexto, comiendo esto. Preparo más y también las devoramos.

—Papá dice que la mayonesa tapona las arterias —señala Jasper.

—Y el beicon —añade John—. Y el queso.

—Somos jóvenes, aún no tenemos que preocuparnos por eso. —¿De verdad los padres de hoy en día hacen que sus hijos se preocupen por las arterías?

—¡Papá es muy viejo! —exclama John.

—No es viejo, pero no está en perfecta forma como nosotros. —Me meto otra bomba de colesterol en la boca.

—Pero no se va a morir —dice Jasper—. Lo prometió.

—No puede prometerlo. Nadie sabe cuándo va a morir —aclara John.

—Lo prometió. Y una promesa es una promesa.

—Pero…

—¿Y si os enseño un juego de cartas?



Oscar me dijo que tenían que bañarse todas las noches. No sé muy bien qué hacer. No puedo dejar a un niño de cinco años y a otro de siete solos en una bañera, pero dudo que se sientan cómodos conmigo delante. Me da tanto miedo que alargo la cena, las cartas y otro juego más todo lo que puedo para evitar la hora de dormir. Pero John mira el reloj y me avisa de que es la hora del baño.

—¡Me pido la tabla de surf! —grita Jasper.

Y sale corriendo hacia las escaleras. John corre detrás de él y, cuando llego yo, está saliendo ya el agua y los dos están desnudos en el baño, haciendo una guerra de espadas con los chorros de pipí. Salgo de allí, pero John me llama y, señalando una estantería con la mano libre, me pide que baje los juguetes.

Me siento en el suelo, al lado de la bañera, y me toca el submarino. Jasper tiene a un espía en la tabla de surf y John tiene al paracaidista. Jugamos hasta que tienen las yemas de los dedos azules y arrugadas.

Cuando indico que es hora de salir, Jasper dice que necesita champú.

—Papá nos lo lavó anoche.

—Lo tengo sucio otra vez.

John sacude la cabeza.

—Siempre quiere champú.

Jasper me tiende el champú para niños. No ha cambiado en nada. El color dorado. La lágrima roja que dice «se acabaron las lágrimas». El olor. Es exactamente el mismo que el que usaba mi madre conmigo. Se mojan la cabeza y yo las enjabono. Le doy forma de orejas de perro al pelo lleno de espuma de Jasper, plano y hacia abajo, y hago la forma de una antena con el pelo largo de John. Los dos se ríen al mirarse y les permito ponerse en pie con cuidado, uno a uno, para mirarse en el espejo que hay encima del lavabo. Los sujeto por la cintura, como hacía mi madre conmigo. Vuelven a sentarse despacio y hago formas nuevas. Aspiro el olor.

Cuando los he sacado de la bañera y los he secado, se ponen el pijama. El de John es azul marino y liso, con puños que no les llegan a las muñecas ni a los tobillos, y el de Jasper es de cuadros rojos y verdes, heredado de John. Me enseñan sus dormitorios.

—El de John es más grande, pero el mío es más acogedor —señala Jasper, guiándome.

—Eso es lo que le decimos cuando se queja.

—El mío es grande en *con septo*. ¿Ves?

—*Concepto* —corrige John.

—Es el universo entero. —Extiende los brazos. Se trata de una habitación de temática espacial, con los planetas de nuestro sistema solar colgando de un rincón y el sol de otro, un póster de Apolo 17 y un cielo estrellado que brilla en la oscuridad en el techo. Hay una cama en la esquina y el resto del suelo está cubierto por una enorme estación espacial de Lego.

—¿Cómo llegas desde la puerta hasta la cama?

—De puntillas, así. —Y echa a andar, totalmente de puntillas, sin chocar con nada.

La habitación de John es pulcra y despejada.

—No me gusta poner cosas en la pared. Se pueden quemar.

Cualquier cosa se puede quemar. Estar con niños conlleva pensar muchas cosas que no puedes decir en voz alta.

Me ve mirar la estantería con fotografías enmarcadas y nos acercamos juntos.

Ahí está. Sonya. Corte de pelo *pixie*, ojos redondos y marrones, la sonrisa traviesa de Jasper. Me doy cuenta de que me la imaginaba con aspecto grácil, bohemio y soñador, pero parece resuelta y decidida. *Sin tonterías en la cabeza*, diría mi madre. A su lado, en la cima de una montaña, en el sofá de cuero, en el altar, Oscar se ve alto. Parece activa y vivaz, como pasa con las personas que mueren jóvenes, como si hubieran recibido una dosis extra de energía y pasión por la vida, como si supieran que tienen menos tiempo que los demás. O tal vez es la forma que tenemos de mirar sus fotos después, cuando toda vida que hallamos en ellas parece exagerada.

—Es nuestra mamá.

—Parece muy amable.

—Lo era.

No sé cómo es posible que estos cuerpos tan pequeños hayan podido soportar su pérdida, cómo llegan intactos al final de cada día.

—Yo también perdí a mi mamá. El invierno pasado.

—¿Era vieja?

—No, tenía cincuenta y ocho años. Pero no era tan joven como la vuestra.

—Ella tenía treinta y siete.

—La vimos. Cuando estaba muerta —dice Jasper—. Parecía un trozo de madera.

—Papá te pidió que dejaras de decir eso.

—Es verdad —protesta—. ¡John tiene un diario! —Se vuelve, rodea la cama y trae un cuaderno grueso.

—No. —Su hermano se lo quita.

—Solo la página divertida. —Jasper encuentra la página, en el principio, con unas letras grandes escritas con un rotulador grueso negro, «HODIO A PAPPA» una y otra vez. Y, abajo: «JASPR ES UN POPÓ».

Nos echamos a reír.

—¿Qué querías decir?

—No lo sé. No me acuerdo. —Sigue riéndose con ganas. Le quita la libreta a Jasper y empieza a pasar las páginas.

—¿Lo tienes desde hace mucho?

—Desde que tenía cuatro años.

Probablemente haya escrito unas cien páginas. La letra empieza siendo grande y temblorosa, sobre todo usando bolígrafos gruesos, y luego se torna más menuda y delgada. Las entradas más recientes son meticulosas y diminutas.

—Eres escritor, como tu padre.

Niega con la cabeza.

—Solo me gusta apuntar cosas. Para no olvidarlas.

Soy consciente de las fotografías que hay a nuestro lado: una familia congelada en el tiempo.

Debajo de las fotos hay libros. Les echamos un vistazo y Jasper saca sus favoritos, que apilamos en montones más menudos. John solo quiere *Robinson Crusoe*, que ya llevan por la mitad.

—¿Podemos leer en la cama de papá? Hay más espacio.

Pero cuando nos acomodamos allí, se acercan tanto a mí que no necesitamos ese espacio extra. El olor a champú infantil emerge de sus cabezas y mis dedos cuando paso las páginas.

Después de los libros, están cansados y se van a sus camas. Les pregunto si quieren que les cante una canción y contestan que no, pero cuando estoy saliendo de la habitación de Jasper, me dice que ha cambiado de opinión. Canto *Edelweiss* y *Blowin' in the Wind*, y después me llama John para decirme que también él ha cambiado de opinión. Le hablo de los Kroks y le canto *Blue Angel* y *Loch Lomond*.

Vuelvo a la cama de Oscar. No ha cambiado las sábanas y la almohada huele a él, a su piel, a su loción de afeitado. Pienso en su esposa y su cara alegre. Si resulta que el bulto es un cáncer mortal, no creo que nadie mire fotos mías y piense que yo tenía una dosis extra de nada. Me quedo dormida sobre las cuatro y Jasper entra antes de las cinco. Da golpecitos con el cuerpo en la cama hasta que me despierto y se queda ahí de pie hasta que abro las sábanas para que se meta. Está totalmente despierto. Me habla de un niño de su clase que se llama Edwin.

—Es un niño que pega —dice.

—¿Y tú qué haces?

—Le doy golpes de karate. En mi imaginación. En la vida real, me voy a otro lado de la habitación.

—Parece una buena estrategia.

Hablamos sobre helados y nuestros sabores preferidos, y todos los lugares en los que ha nadado en su vida, y de una roca desde la que saltó John en algún lugar que empezaba con eme donde había gatitos debajo de un porche. Me ha sujetado de la mano y se la acerca como si fuera un mapa, con dos manos delante de la cara, extendiendo y doblando los dedos.

—No recuerdo a mi mamá —dice.

—Solo tenías dos años, ¿no? —No soy capaz de decir «cuando murió».

—Ajá. No sé si era como tú o totalmente distinta. Si era como la tía Sue o totalmente distinta. ¿Cómo era?

—Probablemente fuera como tú.

—¿Como yo?

—Es probable que fuera curiosa, inteligente, y boba en el buen sentido.

Se lleva mis dedos a la boca y se da golpecitos sin prestar atención.

—Cuando mi madre murió, a veces la sentía dentro de mí —prosigo—. Como si me la hubiera tragado.

Se ríe.

—Tragado.

—Aún hay días en los que siento eso, en los que la noto dentro de mí, y tengo la sensación de que no hay diferencia entre nosotras, o que esa diferencia no importa.

Me está escuchando, moviéndome los dedos. No dice nada.

—Creo que es amor. Todo el amor, que tiene que ir a alguna parte.

Me mordisquea un poco el dedo meñique y asiente despacio.

—Creo que me quería —susurra contra mis nudillos.

—Sí —respondo—, y todavía te quiere. Mucho. Y ese amor siempre, siempre estará dentro de ti.



El tiempo es voluble cuando estás con niños. Toda una mañana preparando tortitas y jugando pasan en un minuto, mientras que esperar a que Jasper se ate los cordones de los zapatos o se suba a la bicicleta se hace interminable. Me llevan a sus parques preferidos: el del tobogán, el que tiene los columpios altos y el del rocódromo. Comemos quesadillas en la taquería de Bow Street y helados de plátano en la cafetería de al lado. De camino a casa, alquilamos *Señora Doubtfire* en el videoclub, preparamos macarrones con queso sin acompañamiento de

ensalada y comemos en el sofá, algo que Oscar no permite que hagan. Jasper se mete conmigo en la cama a las tres esa madrugada y se queda dormido rápido. Tengo la sensación de que yo no podré dormir, pero su respiración y los piececitos calientes contra mis espinillas me adormecen. El domingo nos toca ir al acuario, a la frutería, cocinar galletas y jugar a las cartas. Me ayudan a preparar una lasaña para cenar y recibir a Oscar. Su vuelo aterriza a las 06:14 p. m. Sacamos la lasaña a las seis y cuarto y nos quedamos mirándola, todo el queso burbujeando por los lados. Estamos hambrientos. Jugamos al pimpón en el garaje para distraernos, pero los niños se pelean por jugar en mi lado, así que corto por lo sano y sugiero que leamos otro capítulo de *Robinson Crusoe*. Vuelven a acomodarse a cada lado mío. Tal vez no sea demasiado pronto. Tal vez este sea el lugar al que pertenezco. Es posible que este sea mi lugar.

Estamos en la parte en la que Crusoe descubre una huella humana en su isla cuando Oscar abre la puerta. Me siento aliviada. No quería tener que explicarle lo de los caníbales. Los niños se levantan del sofá y corren hacia su padre.

—¡No estabais en la entrada! —Oscar los levanta fácilmente, a cada uno en una cadera.

—No hemos visto las luces —responde John.

—Las he encendido.

Oscar me dijo una vez que lo único bueno de estos viajes era encender los faros cuando aparcaba y ver a los niños pasar junto a las ventanas y salir a la entrada, sus pequeños cuerpos resplandecientes contra el asfalto. Pero lo he olvidado. Ve que tengo *Robinson Crusoe* en la mano.

—¿Habéis estado leyendo sin mí?

—Podemos leer otra vez —le asegura John—. No lo hemos entendido todo. Podemos empezar por donde lo dejamos el jueves.

Los deja en el suelo, se quita el abrigo y lo cuelga en el armario. Apoya una mano en cada una de sus cabezas.

—¿Qué más me he perdido?

Los pequeños chillan nuestras actividades y él asiente, agachado frente a ellos. Aún no me ha mirado.

—¿Cómo ha ido? —pregunto cuando ya no puedo aguantar más.

No levanta la mirada.

—Bien.

—¡Hemos preparado lasaña, papá! Una lasaña de verdad.

Los niños tiran de él hacia la encimera para que la vea.

Ponemos la mesa con los platos que ha elegido John del estante alto. Jasper ha dibujado en las servilletas de papel. No teníamos flores, así que hemos hecho un centro de mesa con Lego.

—¿Podemos comer ya? —me pregunta John.

—Claro —responde Oscar.

Me siento con ellos. Estoy muy nerviosa. Me acomodo en el borde de la silla y no dejo de repetirme palabras, explicaciones de por qué tengo que irme, pero no las digo en voz alta.

A lo mejor ha conocido a alguien en Provo. Puede que ahora lo vea todo con nitidez. Tal vez mientras yo me enamoraba de sus hijos, me enamoraba de toda su vida durante este fin de semana, él estaba cambiando de opinión.

Los niños vuelven a contar con detalle los dos días que hemos pasado juntos. Él escucha, inclinado sobre la lasaña, asintiendo. Nada le gusta, está claro. Y ellos se esfuerzan mucho por agradarle, por mostrarse interesantes y divertidos, por decir algo que le guste. Muriel me ha contado que a veces, en los talleres, Oscar está ausente. Pero esto es más que ausencia. Esto es un retiro estratégico y voluntario. Me parece cruel con los niños.

Aguanto la comida. Limpio los platos. Me quedo junto al fregadero, de espaldas a la mesa. Sé que tendría que quedarme, ayudar con los platos, esperar a que los niños se vayan a la cama y hablar con él. Pero no puedo. Tengo que irme. Subo, meto mi ropa y neceser de baño en la mochila y vuelvo a bajar.

—¿Te vas? —pregunta Jasper.

Me agacho y le doy un abrazo. Agarro a John por el brazo y lo acerco a mí.

—Me lo he pasado muy bien con vosotros dos este fin de semana.

—Adiós, cachorrillo —me dice Jasper. Es una frase de *Señora Doubtfire*.

Me despido de Oscar con la mano y me doy la vuelta.

Tengo la bicicleta en el garaje y, cuando la saco, está esperándome fuera.

—¿Dónde vas? —Agarra los manillares y coloca la rueda delantera entre sus piernas. Está de frente a mí y muy cerca—. Por favor, no te vayas enfadada. Lo siento. Sea lo que sea lo que he hecho, perdóname.

—¿Sea lo que sea lo que has hecho?

—Mostrarme distante, frío, lo que sea. —Lo dice como si fuera una acusación reiterada y agotadora, como si ya hubiéramos pasado por esto muchas veces, como si hubiéramos tenido este cliché de discusión—. Soy celoso. Siempre lo he sido. Cuando Sonya se estaba muriendo, sabía que todos preferían que me hubiese pasado a mí.

—Claro que no.

—Claro que sí. Ella era su madre. Yo era dispensable, el idiota que siempre quería pasar más tiempo a solas con su trabajo. Pero hubo un momento, en la recta final, cuando los estaba abrazando en esa terrible silla de la habitación del hospital, en el que estaban totalmente encima de mí, como si supieran que se había acabado y que solo estábamos nosotros tres. Fue horrible, aterrador y

doloroso, pero también fue emocionante. Al fin contaba con toda su atención. —Me tiende la mano y se la doy, tira de mí. La mete por debajo de mi camiseta e introduce el dedo en mi ombligo—. Me gusta tener la atención completa de las personas. —Me da un beso. Rodea mi cintura desnuda con las manos—. Tuve un poco de tiempo libre en Provo y fui a la biblioteca. Leí una historia increíble en *Kenyon Review*.

—No.

—Sí.

—La escribí hace mucho tiempo. —*Cuando mi madre estaba viva*.

—No tenía ni idea de que fueras tan buena. —Me zarandea.

—En los ochenta.

En la casa, los niños han vuelto a poner la película.

—Hemos visto *Señora Doubtfire*.

—No recomendada para menores de trece años. ¿*Señora Doubtfire*?

—Puede que tengan algunas preguntas.

Cuando dejamos de besarnos, me pone el casco y lo abrocha debajo de la barbilla, metiendo los dedos entre la piel y el plástico para que no me apriete.

—Dales un abrazo de mi parte.

—Ya lo has hecho tú.

—Dales otro.

Espera a que me explique, pero no puedo. Yo tampoco sé lo que quiero decir.



Muriel me dice que le ha dado mi número de teléfono a su hermana, que tiene una amiga que enseña en un colegio en el que acaban de despedir a la profesora de Literatura.

—El instituto me da escalofríos.

—Es un buen centro. Un ochenta por ciento de los estudiantes reciben ayudas económicas. No es la típica escuela privada que tienes en mente y tendrás todo el verano libre para escribir.

Imagino que no recibiré noticias suyas nunca, pero al día siguiente recibo una llamada del jefe del Departamento de Literatura, Manolo Parker. Me pide que vaya en tres días para hacer una entrevista, el nueve de noviembre, el día antes de mi cita con el oncólogo.

Muriel me presta ropa, maquillaje y su automóvil para la entrevista. Esa mañana me tumbo en la cama y me toco el bulto. No sé si ha crecido. La entrevista me aterra casi tanto como el oncólogo. Paso media hora intentando arreglarme la cara, ocultar las manchas azules grisáceas de debajo de los ojos con corrector, ponerme las mejillas redondeadas y rosadas con el colorete, hacer más grandes los ojos y que parezcan más despiertos con un lápiz. Pero me tiemblan las manos y las líneas salen torcidas. No hay forma de esconder todo este miedo.

Salgo con tiempo por la hora punta, lo necesito. El tráfico inunda la ciudad, semáforo tras semáforo. Conducir es un lujo que he olvidado. Tengo calefacción y una radio. Un hombre está cantando que va a llevar a su novia a que aborte. Dice que ella es un ladrillo que lo está ahogando lentamente. Lo repite una y otra vez. En un semáforo que tarda en ponerse en verde, cabeceo un poco y, cuando un imbécil me despierta, pienso por unos segundos que estoy embarazada, pero entonces entiendo que no soy yo, solo la chica de la canción, y es todo un alivio. Siento una tristeza desproporcionada por la chica cuyo idiota de exnovio le ha escrito esta canción llamándola ladrillo y ha ganado dinero por sus palabras. Paso

junto a unos pilares de piedra y una entrada grande de madera y aparco en el centro de estudios.

Desde aquí hay un camino que sube por una colina hasta el instituto. Abajo hay campos marcados con líneas blancas, porterías en cada extremo y bancos a ambos lados. Podría ser mi instituto. Hay un tipo con un cortacésped. Ese podría ser mi padre. No puedo trabajar aquí. Los olores son los mismos.

La entrada es de cristal y está recién renovada. Manolo me recibe en la puerta.

Me da un apretón de manos firme, no lo suaviza por ser mujer. Me conduce por la entrada despejada.

—Pensé que estaría bien que vieras cómo empezamos el día —explica, sosteniendo la puerta para que pasen unos estudiantes con sus enormes mochilas. Los saluda a todos por su nombre—: *Ciao*, Stephen. ¿Te gusta más Sula hoy, Marika? Becca, Jep, que tengáis una buena mañana.

A los chicos les gusta él y su atención. Becca me señala.

—¿Tiene una entrevista hoy?

Asiento. La chica me levanta el pulgar y sigue andando. Manolo me conduce a lo largo de varias filas y nos sentamos en unos asientos afelpados con otros profesores. Me presenta a los que tenemos más cerca y otros tantos se vuelven y saludan con la mano. Todos parecen saber por qué estoy aquí.

Hay mucho ruido. Todo el instituto está aquí, desde séptimo hasta décimo segundo, me indica Manolo. Me hace un breve resumen de la historia del centro: fundado por tres sufragistas locales, solo para chicas hasta 1972, en desuso desde 1976 hasta 1978, levantado de sus cenizas con la ayuda de un donante anónimo cuya única condición fue que la admisión de los alumnos no tuviera en cuenta su situación económica.

La sala se queda en silencio. Una mujer sombría con el pelo gris y liso hasta los hombros ha subido los escalones hacia el escenario y está ante un atril, frente a la cortina corrida.

—La directora del centro —susurra Manolo—. Aisha Jain.

—Lo que yo creía que era amor en mí —comienza la mujer—, mil veces descubro que es miedo. —Levanta la cabeza, mira a su alrededor y vuelve a bajarla—. De la sombra del árbol enroscándose alrededor de la silla, una música distante de pájaro tintineando en el…

Una mano se alza entre el público y la mujer se detiene y la señala.

—David.

—Amiri Baraka, también conocido como LeRoi Jones. No recuerdo el título.

—¿El título? ¿Alguien?

Otra mano en las primeras filas. Aisha Jain asiente.

—Claire.

—*El mentiroso*.

—Buen trabajo los dos. *Bon appétit*.

—Ganan una invitación en la cafetería si aciertan —me aclara Manolo.

—Disfrutad de vuestra educación hoy —concluye la directora. Baja del escenario y se sienta en un lateral.

Los estudiantes, formando cola en las escaleras, suben uno a uno al escenario para dar anuncios: una excursión de fotografía, unas zapatillas verdes halladas en el tejado (un chico grande se acerca con pesadez por el pasillo hasta el escenario para recuperarlas), una reunión después de clase en el auditorio, el club de debate en la 202, Alianza Gay-Heterosexual en la biblioteca. Cuando terminan los anuncios, las luces se atenúan y toda la escuela empieza a gritar y a golpear con los pies el suelo, como si estuviéramos en Fenway y acabaran de salir los Sox al campo. Se aparta la cortina y aparecen dos chicos con guitarras, una joven con un tambor y otra con un saxo delante del micrófono.

—*Mama* —empieza a cantar, bajo y despacio, con el ruido del público de fondo. Se trata de *Misguided Angel*, de los Cowboy Junkies. Paco y yo bailábamos esta canción en la cocina de su casa, en Central Square.

Manolo se inclina hacia mí.

—El grupo de música del Departamento de Matemáticas. —Hay una tarjeta pegada delante del tambor que dice: THE COSIGNS.

Después tocan *Ain't That Peculiar* y terminan con *Try a Little Tenderness*. Son buenos y reciben una gran ovación. Todo el instituto se pone en pie y salimos del auditorio.

Manolo tiene una sonrisa enorme en el rostro. Todo el mundo, incluso yo.

—Vaya —exclamo—. Qué forma de empezar el día.

Caminamos más despacio que el resto, que se apresuran por llegar a clase.

—Aisha me dijo una vez que la cualidad número uno que busca en un candidato cuando tiene que contratar a alguien es la felicidad. Me pareció cursi cuando lo escuché, pero queda claro que este es un lugar feliz.

Volvemos a la entrada y tomamos un amplio pasillo iluminado por la luz que entra por las ventanas. Sinceramente, no recuerdo las ventanas de mi instituto. Todos los recuerdos están proyectados por la tenue luz de los tubos fluorescentes. ¿Allí era alguien feliz?

Manolo señala una puerta abierta y me indica que es el despacho de Aisha y que entraremos ahí en un instante. Lo sigo a su propio despacho, que comparte con otro colega que está ahora en clase. Hablamos en mitad de la habitación, sentados en sillas a juego que giran, antes de empezar la entrevista. Me pregunta qué leía cuando iba al instituto y le respondo que me mandaron los libros típicos: *El guardián entre el centeno* y *Una paz solo nuestra*, las historias de Updike y

Cheever, relatos de niños desilusionados por la humanidad. En casa, sin embargo, mi madre me daba a Wharton, Didion y Morrison. Veo un ejemplar de *Macbeth* en la mesa y le hablo de un artículo que leí hace poco que mencionaba que Lady Macbeth poseía todas las características de una heroína trágica, pero nadie lo enseña de ese modo. Me pregunta si he leído *Todos los hermosos caballos*, de Cormac McCarthy, que es la novela que están leyendo sus alumnos de último curso. Respondo que sí. Me pregunta qué me pareció y contesto que no fui capaz de disfrutar de la historia con esa forma de escribir, que parecía estar alternando entre imitar a Hemingway e imitar a Faulkner. Parece decepcionado. Suena un timbre y me avisa de que tiene que irse a clase. Recoge la mochila, me asegura que ha sido un placer conocerme y me vuelve a estrechar la mano con la misma fuerza. Me muestra el despacho de Aisha y comprendo que esa ha sido mi entrevista con él. Pensaba que solo estábamos hablando, esperando a que empezara la entrevista de verdad en el despacho de la directora.

Hay una recepcionista en una mesa de la pequeña sala de espera. Se levanta y me pide que entre. De cerca, Aisha no parece tan severa. Sonríe y se quita los zapatos en cuanto se sienta. Flexiona una pierna debajo del cuerpo. Estamos en unas butacas verdes al lado de la ventana.

—¿Qué le hace gracia?

—Oh. —No se me ocurre otra cosa que decir, tan solo la verdad—. Solo estaba pensando en ese libro que tiene una butaca. —Toco el respaldo duro verde.

—¿Qué libro?

—*Tala*. De Thomas Bernhard.

—¿Alemán?

—Austriaco. La mayor parte transcurre en una butaca en Viena.

—¿La historia transcurre en una butaca?

—El narrador ha acudido a lo que él denomina una cena artística en la casa de unos viejos amigos que lo decepcionaron cuando era joven. Lleva treinta años sin verlos y se sienta en esta butaca, junto a la puerta, y rumia sobre ellos y sus cenas artísticas. No hay capítulos ni párrafos. Solo son sus pensamientos, que se ven enfatizados por la frase «sentado en mi butaca». Es un estribillo. Sentado en mi butaca. Muchas veces por página. Está allí porque una amiga en común se ha suicidado y han ido a su funeral. Es un libro sobre el arte y sobre convertirse en artista, y todas las formas que tiene esto de arruinar a la gente.

—¿Cómo la arruinó a ella? A la amiga que se suicidó.

Me gusta comprobar que parece verdaderamente interesada en este mundo de ficción, como si le importara, como si tuviera todo el tiempo del mundo antes de acribillarme a preguntas sobre mi experiencia en la enseñanza.

—Según el narrador, empezó como actriz y bailarina, pero conoció a un artista que hacía tapices, se casó con él y canalizó todos sus sueños de grandeza artística y fama internacional en ese hombre. Él no habría seguido haciéndolos si ella no lo hubiera presionado. Y funciona. Conforme él se hace más y más famoso, ella se vuelve más y más desgraciada, pero él era su verdadera obra de arte, así que tenían que seguir trabajando. Al final se autodestruye. Al menos creo que va de eso, aquí sentada en mi butaca.

No ha dejado de sonreír en todo este rato y por ello me cuesta dejar de hablar. Y hablar sobre personajes de libros es emocionante y tranquilizador al mismo tiempo.

—¿Ha sido siempre una lectora tan entusiasta?

—La verdad es que no. Siempre me ha gustado leer, pero era muy exigente. Creo que el entusiasmo llegó cuando empecé a escribir. Después comprendí lo difícil que es recrear en palabras lo que ves y sientes en tu cabeza. Eso es lo que me gusta de Bernhard en el libro. Consigue simular la consciencia, y es contagioso porque, mientras estás leyendo, se mete dentro de ti y tu mente empieza a trabajar así durante un rato. Me encanta. Esa reverberación es para mí lo más importante de la literatura. Ni la temática ni los símbolos ni el resto de tonterías que enseñan en el instituto.

Se ríe.

Sinceramente, me he olvidado de por qué estábamos manteniendo esta conversación.

—¿Cómo lo haría diferente en su clase de Literatura?

Pienso en ello.

—Me gustaría que los niños hablasen y escribieran acerca de cómo los hace sentir un libro, a qué les recuerda, si cambió sus pensamientos de alguna manera. Les pediría que tuvieran un diario y que escribieran después de leer. ¿En qué te ha hecho pensar esto? Eso es lo que me gustaría saber. Creo que de ese modo aparecen ideas muy originales, no esas ideas antiguas regurgitadas, como la del hombre versus la naturaleza. Que me peguen un tiro si alguna vez mando la tarea de escribir un ensayo acerca del hombre versus la naturaleza. Ese tipo de cuestiones se han diseñado para alejarte por completo de la historia. ¿Por qué ibas a querer que los niños se alejen de la historia? Quieres que se adentren más, que puedan sentir todo lo que el autor se ha esforzado tanto por crear para ellos.

—Pero ¿no cree que hay problemas más amplios que el autor intenta explorar?

—Sí, pero no se les debería de dar prioridad ni separarlos de la experiencia misma de la historia. Un autor intenta ofrecerte una aventura de inmersión. —Levanto las manos y me da la sensación de que la he asustado.

Se aleja de mí.

—El único problema con su pedagogía es que nuestros estudiantes tienen que hacer los exámenes de acceso a la universidad y han de familiarizarse con esos recursos literarios.

—Por supuesto.

Se acabó, pienso en mi butaca.



Cuando voy a salir, me llega el olor del almuerzo. Si me hubiera ido mejor, tal vez me habrían invitado a quedarme a comer. Huele bien. Berenjenas con parmesano y tarta de queso. Lo veo escrito en la pizarra que hay en la puerta de la cafetería. No habría rechazado una comida gratis.

Fuera hay tres chicas apoyadas en los muros del edificio con jerséis de lana y las caras vueltas hacia el sol de noviembre. Hay un ejemplar de *Adiós a las armas* bocabajo en el suelo, al lado de una de ellas. Imagino forzar a las niñas a leer sobre la falsa, servil y autodestructiva Catherine Barkley. «No hay yo. Yo soy tú. No separes tú de mí». El único de Hemingway que podría mandar a los alumnos es *Fiesta* y solo por esa parte en la que entra en la iglesia, reza por todos y por él dos veces, piensa que ojalá fuera religioso, sale a la calle cálida todavía con los dedos índice y pulgar mojados y nota que se secan bajo el sol. Me encanta esa parte.

Bajo la colina en dirección al coche de Muriel. Pero ya no me siento bien. Echo de menos mi bicicleta. No sé si podré conducir. Me siento enjaulada. Bajo las ventanillas. La entrada es más menuda de lo que recuerdo. Salgo a la carretera. No sabía que podías fastidiarla en una entrevista sintiéndote tan cómoda. No sabía que eso era un peligro. No he hablado de ninguno de los temas que me ha sugerido Muriel, el currículo que hice en España y las clases que impartí en la escuela de posgrado y luego en Albuquerque. En lugar de ello, me he dejado llevar por esa improvisación sobre Bernhard y, cuando salgo a la autovía, recuerdo que no es mi butaca, sino la butaca. Sentado en la butaca es el estribillo de *Tala*. Siento mucha vergüenza por semejante error. Además, ella solo contrata a personas felices y eso me tacha de la lista. Pienso en mi conversación con Manolo sobre *Todos los hermosos caballos*. Está claro que a él le encantó el libro y yo lo he insultado. Conduzco por la autovía y absorbo, una a una, todas las formas en las que ha ido mal la mañana. «Tu pedagogía». Se estaba mofando de mí. Luego me acuerdo de la cita de mañana con el oncólogo y puede que nada de esto importe porque, aunque consiga el trabajo, solo seré la profesora que tiene cáncer y muere.

Aparco el coche en el piso de Muriel y meto las llaves en su buzón. Tengo que caminar por Square y volver por el río, y me parece bien. Ahora solo tengo tiempo. En Square, paro en la panadería Au Bon Pain. Tengo hambre y ahí venden un sándwich de pollo con pesto que me gusta por dos dólares con noventa y cinco. En la cola me siento un poco perdida. No dejo de recordar y olvidar el nombre del sándwich que voy a pedir. A veces Tony y Dana compran comida aquí y me preocupa encontrarme con ellos, pero es demasiado pronto. Si hoy están haciendo el turno de las comidas, seguirán en medio del caos del trabajo.

—Hola. —Un tirón de la manga de la chaqueta. Un sonido familiar—. Casey.

Es Silas con su cazadora de motorista.

Todo mi interior enloquece de pronto. Me arde la cara y me tiemblan los labios, así que los estiro en una amplia sonrisa.

—Hola. —Le doy un abrazo torpe. La cazadora cruje y rememoro el beso en el puente y noto un pinchazo en el estómago. Huele como su coche. Me aferro a él más de la cuenta.

—¿Vas a pedir algo? —pregunto, aunque veo que tiene un vaso de café de Au Bon Pain en la mano.

—No. Bueno, a lo mejor compro algo para comer.

Permanecemos juntos en la cola. Recuerdo mi pedido y él añade un sándwich de pavo y paga rápido, antes de que me dé tiempo a sacar el dinero del bolso que me ha prestado Muriel.

Comemos en una mesa que hay junto a la ventana. No puedo comer. Doy dos bocados y no puedo tragar. Cuando se levanta para ir a por mostaza, lo escupo todo en una servilleta.

—¿No te gusta?

Niego con la cabeza.

—¿Qué pasa? Pareces… demacrada.

Podría decirse así.

Le cuento que me han despedido y se muestra considerado. Le hablo del bulto, de las abejas, del insomnio y de la revisión que no soy capaz de escribir. Hablo de la entrevista, del grupo de música de matemáticas, de cómo la he fastidiado al sentirme tan cómoda y la extraña sensación de querer quedarme a comer. No le cuento que he leído su historia porque eso conllevaría admitir que estoy con Oscar, pero quiero hacerlo. Me escucha con atención, asintiendo y jugueteando con la tapa del vaso de café. Él tampoco ha comido mucho. Recoge toda nuestra basura y la tira, y, cuando vuelve, imagino que es para avisarme de que tiene que irse, pero se sienta de nuevo con las manos sobre la mesa, cerca de

las mías.

—¿Recuerdas cuando te pedí salir y luego me fui de la ciudad? Fue porque sentí que todo estaba mal y tuve que levantarme y salir a andar por la ciudad a las dos de la mañana. No podía dejar de caminar. Sentía que, si paraba, me moriría. Me pasé todo el verano pasado haciendo las maletas sin marcharme. Y luego te conocí y supe que no podría salir contigo hasta que no me sintiera más normal. Así que al final me fui.

—Yo no tengo un Crested Butte.

—Tienes algo.

—Es más bien como un abismo.

—Algo a lo que necesitas llegar.

—Sí. El resto de mi vida. Es como si el camino estuviera bloqueado.

Sonríe y toma aliento.

—*Nel mezzo del cammin di nostra vita*… —Se calla y se ríe al ver mi expresión—. Tengo un acento muy malo.

—Es atroz, pero continúa.

—*Mi ritrovai per una selva oscura che la diritta via era smarrita*. Tuve una clase sobre Dante en la universidad y teníamos opción de recitar cinco páginas en inglés o una en un mal italiano.

—Es una primera frase preciosa.

—He pensado en ella mucho más de lo que jamás imaginaría.

—Yo he perdido de verdad mi *cammin*.

—Todos perdemos nuestro *cammin*.

—Es muy físico. Siento que mi cuerpo me rechaza.

Asiente, como si supiera lo que significa.

—¿Has intentado concentrarte en la parte alta de tu cabeza, luego la frente, luego…?

—Es peor. Lo único que me ayuda es tensar.

—¿Tensar?

Levanto el brazo y aprieto el puño derecho. Cuento hasta diez y relajo. Levanto el brazo izquierdo y aprieto, y él me imita. Relajo y él relaja. Hacemos lo mismo con muchos músculos, los brazos, el vientre, las piernas, los pies. Los últimos son los músculos de la cara, apretamos muy fuerte los ojos y la boca, y los abrimos. Parecemos demonios enloquecidos protegiendo un templo.

Después todo parece más tranquilo.

—Está bien —dice—. Siento que floto.

Salimos a la calle. Hay varias partidas de ajedrez en las mesas.

—Eh, vamos a jugar —sugiere, tocándome la chaqueta.

El chico de la última mesa está solo, esperando a un jugador. Silas le pregunta

si podemos jugar nosotros y le da un billete de diez dólares, así que el joven se marcha. Me deja sentarme en la silla del chico, que sigue caliente y está de frente al resto del patio y Mass. Avenue, que desemboca en Central Square. Él toma asiento en la silla de enfrente. Hace mucho tiempo que no hago esto. Mi padre me enseñó con un pequeño juego de viaje con un botón magnético. Jugábamos en los aviones. Este está incrustado en la mesa de piedra. Las piezas son de mármol, negras y marfil.

—Tú eres Adolf Anderssen y yo soy Lionel Kieseritzky —declara, colocando sus caballos—. Estamos en Londres, mil ochocientos cincuenta y uno. Gambito de rey. Empieza el blanco. —Señala mi peón, delante del rey y lo adelanto dos pasos. Asiente. Él mueve su peón opuesto para enfrentarlo directamente al mío —. Tengo un libro sobre partidas famosas de ajedrez y a veces las reproduzco. —Me mira—. Es mi versión de tensar los músculos. Escapar a la mente de otra persona por un tiempo.

Toca el peón que hay delante del alfil de mi rey y lo adelanto un puesto; niega con la cabeza y lo muevo otro, exponiéndolo directamente a un riesgo innecesario del único peón que ha movido él.

—¿Y por qué iba a hacer algo así?

—Es un riesgo. —Se lleva mi peón—. Pero creo que te ofrece más control del centro del tablero.

No entiendo por qué tengo más control al haber perdido de forma voluntaria una pieza de ajedrez. Me hace mover el alfil y luego él mueve la reina por el tablero.

—Jaque —exclama.

—Mierda. —Muevo el rey a la izquierda y él asiente—. Ahora puedo hacer un enroque.

—Es cierto.

Elimino dos de sus peones y él elimina mi alfil y otro peón. Somos temerarios, Anderssen y yo. Cuando nos vemos acorralados, pasamos a la ofensa, sacrificando sin necesidad.

—Lo curioso de esta partida (que llaman el Juego Inmortal) es que juegan en un sofá durante un descanso de un torneo mundial muy intenso de siete semanas de duración. Esta era una partida sin más, para relajarse del resto de partidas.

—A lo mejor para ti es relajante, pero a mí me estás machacando.

Elimina mi torre y su reina está lista para eliminar a mi otra torre y luego a mi rey. En lugar de defenderlos, me hace mover un insignificante peón un puesto en medio del tablero, sin amenazar ninguna pieza.

—Brillante —exclama, y elimina a otra torre con la reina—. Jaque.

Avanzo un paso mi rey. Se ha terminado. Su alfil y su reina vienen a por mí y

no tengo nada. Pero en lugar de eliminar a mi rey, saca un caballo de la fila de atrás.

Estudio el tablero. Entiendo por qué se siente amenazado. Muevo mi caballo y elimino a su peón.

—Jaque.

—¡Sí! Eso es lo que hizo él. —Mueve un paso el rey.

Y entonces lo veo. Lo veo muy claro. Adelanto tres pasos mi reina.

—Jaque.

Elimina a mi reina con su caballo y yo muevo el alfil un paso en diagonal. Su rey está acorralado. Cualquier rumbo que tome, uno de mis caballos se lo comerá.

—Jaque mate —grito—. ¡Jaque mate!

Da un grito de alegría y levanta ambas manos para que las choque.

—¿Cómo ha podido pasar esto? —Miro todas las piezas que he perdido en el lado de la mesa: dos peones, dos torres, un alfil y una reina—. ¿Cómo lo hizo?

—No las necesitaba. Tuvo las agallas de seguir luchando.

—Ahora mismo me siento inmortal.

Se ríe. Parece feliz y no trata de ocultarlo.

Lo acompaño a su coche, en Oxford Street. En su instituto salen antes los miércoles, pero tiene una tutoría con un niño a las dos y llega tarde. Caminamos muy juntos, le rozo el brazo con el hombro, como pasó en el río aquella noche.

—Cuando he movido ese peón y has dicho brillante, no lo he entendido. Pero ese peón ha bloqueado a tu reina para que no pudiera salvarte.

—Sí —responde, pero parece estar pensando en otra cosa.

Llegamos a su Le Car. Toco el agujero de la puerta del copiloto.

—¿Qué ocurrió en nuestra última cita? ¿Por qué no me besaste? —Noto que las palabras son como nitrógeno líquido que emerge de mí.

Se muestra sorprendido por la pregunta directa, pero no se resiste. Algo en su cuerpo se relaja. Se apoya en el coche, con los talones contra la acera.

—Sentí que algo estaba mal aquella noche. Habíamos estado muy cómodos juntos, al menos eso pensé, y de pronto ya no. Parecías lejos de mi alcance. Aún estaba enfermo, así que pensé que tal vez fuera por mí. —Se mira el zapato, con el que araña el suelo—. Iba a sacar el tema cuando te volviera a ver, pero entonces fui a la casa de Oscar y oí a su hijo hablar de los dibujos del frigorífico. Dijo que uno de ellos era Casey, la novia de su padre. Te llamé varias veces para comprobar si era verdad y, como no me devolviste las llamadas, lo tomé como una respuesta. —Levanta la mirada y siento como si nos estuviéramos tocando.

«Tú conoces a tu caballo», oigo decir a Dana.

Empiezo a tensar el cuerpo de forma involuntaria y espero que él no lo vea.

—Lo entiendo —prosigue—. Él es el paquete completo. Tres libros, una casa grande, unos hijos monos. —Da una patada en el suelo—. Pero tiene una rodilla mala.

—¿De verdad? —pregunto, aunque hubiera preferido decir otra cosa.

—Cuando lleva sentado un rato, sí. —Se aparta del automóvil, dobla un poco las piernas y se pone recto—. Mis rodillas están perfectas. —Saca las llaves del bolsillo, se dirige al asiento del conductor y me mira por encima del techo del coche—. Para tu información. —Arranca el automóvil y baja las ventanillas—. Buena suerte mañana.

No sé de qué está hablando.

—En el médico —aclara.

Mete la primera marcha. Me acuerdo de aquella noche en la que sonaba la música de Lou Reed y lo cachonda que me puso su mano al cambiar de marcha.

—¿Podemos quedar algún día para hacer algo? —pregunto, desesperada al oír el motor.

—No. —Suelta el embrague—. No quiero enredarme entre tus cuerdas.

Parece algo que diría Estrella de Ashtabula.

Se interna en el tráfico y desaparece por debajo del puente. Tardo un buen rato en alejarme de ese punto de Oxford Street.



A la mañana siguiente, voy andando a mi cita en Longwood. No está lejos. Camino despacio y la gente aparece por detrás y me adelanta con los vasos de café y los pensamientos médicos. Otros vienen de frente, del hospital, con ropa de hospital arrugada y caras pálidas.

Me acuerdo de aquella época, en el instituto, cuando temía morirme durmiendo, y me pregunto si hay algo en mi interior ahora que desee morir, que quiera ondear la bandera blanca y admitir la derrota. ¿Y si mi cuerpo se ha hartado de intentar hacer que todo funcione? ¿Y si no quiere lo que quiero yo? Me detengo y me quedo mirando una línea de hierba entre la acera y la calle, el delgado tronco de un árbol desnudo. ¿Y si esta es toda la vida que tengo?



Muriel y Harry están en la sala de espera. No sé cómo se han enterado. No recuerdo haber dicho a ninguno el nombre del médico. Me hacen sentarme entre los dos en un sofá de piel falsa. La gente que hay a nuestro alrededor está enferma. Cabezas sin pelo, tanques de oxígeno, una boca deformada. Muriel agarra una revista *People*. Hay un artículo sobre el reencuentro de Joni Mitchell con la hija que dio en adopción en Canadá en 1965. Muriel y yo hemos seguido esta historia, pero Harry apenas sabe quién es. No ha oído nunca la canción *Little Green*, así que tenemos que explicárselo y cantarle algunas partes, la de los carámbanos y la ropa de cumpleaños, y la parte sobre un final feliz. Muriel y yo estallamos en lágrimas por ello y Harry se ríe de nosotras.

—Camila —llama una enfermera desde la puerta.

Harry y Muriel se sorprenden cuando me levanto.

Me siento en el borde de la mesa de diagnóstico con el papel blanco con cuadros azules. Tengo los tobillos cruzados, calcetines puestos, manos unidas,

rezando por mi vida. Soy consciente de que mi caso no es el peor. En la sala de espera había una mujer sin cejas con un niño en las rodillas y dándole el pecho a un bebé diminuto. Mi desaparición de este mundo no será una gran pérdida. Aun así, rezo.

Dos golpeteos en la puerta y entra el médico. Es muy alto y muy delgado, parece la afilada hoja de un cuchillo. Se mueve rápido para lavarse las manos y secarlas mientras hablamos, los huesos de las muñecas alzados y puntiagudos. «¿Dónde está el bulto? ¿Desde cuándo? ¿Duele?». Me levanta el brazo derecho y palpa. Respira por la nariz afilada en mi hombro.

—¿Dónde está? —Tiene prisa. Hay gente esperando. Hay gente muriendo.

Lo encuentro rápido con los dedos.

—Aquí.

Noto que él lo encuentra. Duele porque me lo toco mucho. Dibuja con los dedos un círculo rápido alrededor y se aparta.

—Es un ganglio linfático. —Está de nuevo en el lavabo, lavándose con movimientos rápidos—. Tamaño normal. No tiene mucha grasa, así que es fácil tocarlo.

—Pero en el otro lado no lo noto.

Se encoge de hombros. Saca dos servilletas de papel del dispensador. Se las enrolla en la palma y las tira.

—La salida está a la izquierda. —Abre la puerta y sale.

Muriel y Harry se sorprenden al verme salir tan pronto. Les hago gestos desde el otro lado de la sala y cruzamos la puerta. Después otra puerta. Recorremos un pasillo y cruzamos más puertas. Espero a que estemos fuera, bajo el sol. No sabía que hacía sol. Todo parece mucho más nítido, como si me hubiera puesto unas gafas. Encima de nosotros, una nube espesa parece de mármol. El tráfico pasa a nuestro alrededor.

—No es nada —confirmo—. Es normal.

—¿Qué? —Muriel se está riendo. Yo estoy llorando. Harry nos abraza a los dos, meciéndonos de un lado a otro.

—Cabroncilla —exclama él—. Me tenías asustadísimo.



Tengo mensajes de Oscar y Silas en el contestador cuando regreso.

«Ahora tengo que hacerles un montón de formas con los pelos cuando les echo champú», protesta Oscar. «Y eso supone unos

cuarenta y cinco minutos extra de baño, que ya eran bastante largos de por sí. ¿Cuándo podemos vernos?».

«Estoy seguro de que ha ido bien, pero avísame, ¿vale?», dice Silas.

Llamo a Silas y salta el contestador.

«No era nada». Me quedo callada, esperando que responda a pesar de que sé que está en el trabajo. «Estoy bien». Cuelgo y llamo a Caleb.

—Oh, gracias a Dios. Gracias a Dios. —Está imitando a un televangelista—. Oh, ¡qué milagro de los peregrinos puritanos en Plymouth Rock!

—¡Alabado sea! —respondo riendo, pero lo digo de verdad. Alabado sea.

—Voy para allá. De todos modos, he decidido que tengo que llevarte el coche de mamá.

—Pensaba que lo necesitaba Ashley. —Ashley es la hija de Phil.

—Ashley es una idiota que puede irse a tomar por culo. Y estoy parafraseando a Phil, yo me llevo bien con ella.

—¿Vas a recorrer el país conduciendo tú solo?

—Necesito tiempo para aclarar la mente.

Eso no suena muy propio de Caleb.

—Adam me ha dicho que puedo quedarme en la habitación de invitados.

¿Ya ha avisado a Adam?

—¿Vas a venir de verdad?

—Sí.



Cuatro días después, está en la puerta de mi casa.

Llevo sin verlo desde el funeral. Está distinto, serio. Mucho mejor, diría mi madre. Apesta a Cheetos y puede que a gusanitos.

Él, sin embargo, no me ve tan bien a mí.

—Pareces rata rabiosa.

—Llevo mucho tiempo sin dormir.

—Oh, cielo. —Me abraza con fuerza—. No pasa nada. Todo saldrá bien.

Es mucho más fácil llorar cuando unos brazos te rodean.

—Hace treinta años habrían dicho que estás sufriendo una crisis nerviosa y te habrían enviado a McLean. ¿Te acuerdas de la señora Wheelock?

No me quiero acordar de la señora Wheelock. No quiero que lo que me está pasando se llame crisis nerviosa, una etiqueta de mi infancia que me daba miedo incluso saber lo que significaba.

Me pregunta por el seguro médico. Le recuerdo que me han despedido y dice que probablemente tenga Cobra. No tengo ni idea de qué habla. Comenta que es posible que tenga una cobertura completa al menos hasta que acabe el mes y que, después, puedo pagar para ampliarla. Le contesto que ya he tenido suficientes citas médicas para los próximos diez años, pero él está hablando de un psiquiatra.

—Seguramente tengas un número de visitas por año. A lo mejor encuentras a alguien que te dé las citas antes de que acabe el mes.

—Un psiquiatra simpático que rompa las reglas.

Le ofrezco la ducha. Echa un vistazo a mi baño y dice que cuidará su higiene personal en la casa de Adam.

—Te he traído algo.

—Ya lo sé.

Al otro lado de la ventana está el automóvil de mi madre. No es el Mustang azul de mi infancia ni el Rabbit blanco de mi adolescencia. Es un Ford negro en el que solo me he subido unas cuantas veces. Me alivia tener pocos recuerdos de ella dentro del vehículo.

Pero mi hermano toma una bolsa y me da una lata redonda con galletas.

—Um, galletas de hace cinco días —digo—. No era necesario.

—No son galletas.

No abro la lata, solo la sacudo. Lo que hay dentro se mueve.

—Ya hicimos esto. Con Gil. —Su amigo vino con nosotros a Camelback Mountain, al punto exacto donde mi madre había esparcido las cenizas de Javier dieciséis años antes, y lanzamos al viento los puñados de arena grises que se suponían que era el cuerpo de mi madre. Me enfadó que Gil estuviera con nosotros. Caleb le había dejado tomar un puñado.

—Gil no. Giles. Solo fue la mitad, ¿te acuerdas? Dijimos que el resto lo

echaríamos en el Atlántico.

No me acuerdo. No recuerdo mucho de los días posteriores a su muerte.

—He pensado que mañana podríamos ir a Horseshoe. —Horseshoe Beach es donde siempre nos llevaba ella—. Adam puede tomarse el día libre y acompañarnos.

Le lanzo una mirada asesina.

—No es lo mismo —protesta—. Él la conocía muy bien. Ella adoraba a Adam.

—¿No podemos hacerlo solos?

—Creo que necesito que venga.

—Ten cuidado, Caleb.

—No es siempre mi punto fuerte.




Le cuento a Caleb sobre el fin de semana con los niños y el humor de Oscar cuando volvió de Provo, pero también le digo que me ha llamado al menos una vez al día desde entonces.

—Invítalo a cenar para que le dé un repaso —me pide—. Tengo una intuición fiable.

—Tienes una intuición terrible. Te va a encandilar.

—¡Eso espero!

Le doy un tortazo y busco mi teléfono.



Comemos en la casa de Adam. Cuando llegamos, nos sirve copas de vino y nos sentamos en los taburetes mientras él mueve un *risotto* en la hornilla. Adam se da cuenta rápido de que Oscar es Oscar Kolton.

Deja de mover la comida.

—Santo cielo. Soy un gran admirador de tu obra —confiesa, como si eso significara más viniendo de él que de otro admirador cualquiera.

Oscar le ofrece una inclinación humilde de cabeza.

Caleb alza la copa.

—Por la axila de Casey, que nos ha reunido a todos.

Oscar está confundido.

—Pensaba que tenía un bulto, pero no es nada —le digo.

Noto que Caleb me está mirando.

—¿Cómo es que has mantenido en secreto este romance? —pregunta Adam, haciendo círculos con el dedo entre Oscar y yo.

—No era un secreto. Caleb lo sabía.

—Caleb no lee.

—Leo tus cartas —se defiende él—. Escribe cartas largas y preciosas.

—Y tú nunca respondes.

—Yo llamo. El teléfono se me da bien. —Tiene una sonrisita y Adam se da la vuelta.

Adam remueve un poco más la comida y luego emplata el *risotto*. Llevamos nuestras raciones a la mesa. Me siento al lado de Oscar y él señala el otro lado de la mesa, la silla que hay junto a Adam.

—Las parejas separadas —indica, como un viudo de otro siglo.

Caleb ocupa mi lugar y yo rodeo la mesa para sentarme al lado de Adam. Oscar y Caleb empiezan a hablar. Adam se acerca y me cuenta que ha recibido menos ofertas de las que esperaba por su propiedad. Me asegura que aún no tengo de qué preocuparme.

—Case —Caleb da un golpecito con el tenedor en mi plato—, ¿no le has contado que nuestro padre era el señor Mirón?

Nuestro padre es tema de conversación para las reuniones de Caleb. Tiene un montón de anécdotas que contar.

Lo silencio con una mirada y entonces empieza a interrogar a Oscar sobre *Thunder Road*. Dónde transcurre y cuándo, quién es el protagonista, desde qué perspectiva está narrada la historia. Nunca me ha hecho esas preguntas sobre mi novela. Ni siquiera sabía que entendiera de protagonistas y perspectiva. Adam pregunta a Oscar dónde estaba cuando se le ocurrió todo. Como si la novela entera te llegara como un rayo en lugar de a través de años de concentración.

—Volvía conduciendo a casa de una cita en el dentista —explica Oscar—. Y lo vi todo.

Dios mío.

—Fabuloso —exclama Adam—. Después del dentista, nada más y nada menos.

Oscar se encoge de hombros. ¿Quién lo hubiera imaginado? La genialidad te encuentra en cualquier lugar. Les habla de la novela nueva en la que está trabajando y admite que no va a llegar a la fecha de entrega del contrato, que le está llevando más tiempo del que preveía.

—Bueno —digo—, me parece extraordinario que creas que tienes algo que contar.

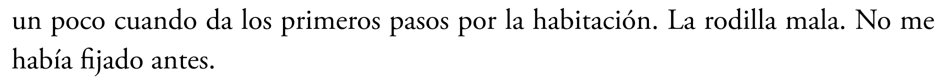
Todos me miran asombrados. No pretendía que las palabras salieran con tanta ira. Le doy un codazo a Adam.

—¿Te acuerdas? Me lo dijiste tú. En la entrada.

Niega con la cabeza.

—¿Por qué iba a decirte algo así?

Cuando estamos con el postre, Oscar se levanta para ir al baño. Se tambalea


un poco cuando da los primeros pasos por la habitación. La rodilla mala. No me había fijado antes.

—¿Nos vas a acompañar mañana? —le pregunta Caleb cuando regresa.

—¿A dónde?

—Vamos a esparcir las cenizas de mi madre —contesto. Lo hago despacio, como si mi boca no quisiera pronunciar las palabras—. En una playa.

Oscar niega con la cabeza sin mirarme.

—Jasper tiene un partido y John, una fiesta de cumpleaños, así que no puedo. —Levanta la copa de vino—. Buen Sancerre, Adam. ¿De dónde lo has sacado?

Cuando salimos, Caleb le da un abrazo a Oscar y Adam le estrecha la mano y le sugiere que podrían jugar al *squash*. Fuera, Oscar me agarra del brazo y se empieza a reír. Está de buen humor. Se los ha ganado. Siempre se gana a la gente. Ese siempre será su objetivo.

Me besa en el claro de luz proveniente de las ventanas del salón.

—No sabía que eras la Jasper de tu familia. —Beso—. La niñita encantadora. —Beso. Beso—. La pequeña provocadora. —Todos besos breves interrumpidos por las palabras. Mantienen el fuego controlado.

—Creo que no deberíamos seguir haciendo esto.

—¿El qué?

—Salir.

Se ríe y me acerca a él.

—¿De qué hablas?

Normalmente yo no tengo que romper con nadie. Suelen ser ellos los que lo hacen por mí, o me marcho del estado o del país. No tengo que aclararlo muy a menudo.

—Mira, Case. —Nunca me había llamado así hasta la cena de esta noche, cuando empezó a copiar a Caleb. Nos aleja de la luz de la ventana, pues ya no quiere que nos vean—. Sé que estás asustada. Es aterrador. Pero te quiero y estamos bien juntos. Me siento muy bien cuando estoy contigo. Dios, me gusta cómo soy cuando estoy contigo.

—No estoy segura de que eso sea estar enamorado de mí, Oscar. Es estar enamorado de ti.

—¿Hay otra persona? —pregunta. No piensa de verdad que sea una posibilidad.

—Eso creo.

—¿Es él? —Señala la ventana.

—¿Adam? —Y entonces veo que está de broma.

—¿Quién es?

—Eso no es importante.

—Sí lo es. ¿Lo conozco?

—No. —Pero soy una mentirosa horrible, así que se lo digo.

—¿Ese tipo de mi taller? ¿Cuántos años tiene, quince?

—Tiene mi edad.

—¿Tu edad? Puede que tenga tu edad, pero no está en el mismo sistema solar, Casey. Ese hombre vive en Júpiter.

No menciono que Júpiter está en nuestro sistema solar.

Insulta un poco más a Silas y su forma de escribir y luego intenta explicarme de nuevo por qué deberíamos de estar juntos, pero con menos convicción esta vez. Estoy empezando a hundirme.

—Bueno. —Se saca las llaves del coche del bolsillo—. Puede que sí cumpla la fecha de entrega al final. —Me da un último beso—. Probablemente los labios más jóvenes que besaré en mi vida.

Había olvidado todo lo que se descubre justo después de romper con una persona.

—Lo dudo.

Se ríe, esperanzado, y se dirige a su coche.



Vamos a Horseshoe en el coche de Adam. Hoy es un día deprimente, hace mucho viento, el agua está de un gris metálico y parece cemento. Hay una fotografía de mi madre con Caleb de bebé en esta playa. Ella va en bikini, la parte de abajo es cuadrada, grande y le llega por encima del ombligo. Pero no le gustaba nada y ahora mismo no querría tener nada que ver con esta agua fría.

Caminamos en contra del viento por la arena firme hasta la orilla. Caleb abre la lata de galletas y saca un puñado de los escombros grises que hay dentro. El viento sopla muy fuerte como para lanzar las cenizas al agua, así que las echa en una pequeña ola que le moja los zapatos. No quiero creer que sea ella. No quiero creer que el cuerpo de mi madre (su pelo, su sonrisa, las dos cuerdas vocales que formaban el sonido de su voz, su corazón, su rodilla buena, sus piernas embadurnadas en crema, sus dedos de los pies que crujían al caminar) se quemó hasta formar esta arena que tengo en la mano.

Así y todo, no puedo hacerlo. No puedo echar estos granitos grises en el agua fría en este día tan plomizo.

—Echa la mitad —le digo a Caleb—. Yo llevaré el resto a otro lugar.

Me quedo a su lado mientras lo hace. Adam espera detrás de nosotros. Una gaviota solitaria, la única que hay en el cielo, vuela baja sobre la playa, cerca de nuestras cabezas, y vuelve a virar hacia el mar, inclinándose hacia la izquierda, con un ala apuntando al agua como un avión que efectúa una maniobra acrobática. Sube, se pone recta y entonces baja, planea por la superficie, metiendo las patas en el agua y luego se alza nuevamente, elevándose con increíbles movimientos, impulsada por las alas, arriba, arriba, arriba, sigue adelante, aletea un poco más, sigue adelante, arriba, aleteo, adelante hasta que se pierde de la vista.

Miro a mi alrededor. He seguido a la gaviota desde la playa sin darme cuenta. Caleb ha terminado y está apoyado en Adam sobre la arena seca y blanca.

En el trayecto hacia aquí hemos permanecido muy serios, con la lata de

galletas en el regazo de Caleb, pero cuando estamos de vuelta en el automóvil, pone las cenizas restantes en el asiento vacío que hay a mi lado, enciende la radio y empieza a bromear con Adam sobre su forma de conducir.

Paramos en el bar de almejas y comemos junto a una ventana, cerca de las mesas que dan al puerto donde me senté con mi madre el día que volvió de Arizona e intentó explicarme, una vez más, el año y medio que había estado ausente. Yo me limitaba a asentir. Me hubiera gustado haberme portado mal con ella aquel día. Me hubiera gustado haber tirado la comida y haberle gritado cosas crueles. Me hubiera gustado que me hubiese ayudado a desenterrar mis sentimientos. A lo mejor así ahora estaría mejor.

Pero Caleb tiene otros recuerdos.

—¿Te acuerdas de cuándo vinimos aquí después de la boda de Gus?

—Sí —responde Adam—. Aquel chico de la perilla intentó enrollarse contigo, y yo estaba allí mismo, en el asiento de atrás.

Caleb se ríe.

—Hizo más que eso cuando te quedaste dormido.

Están mirando una carta de postres, muy pegados el uno al otro.

—¿Podemos volver ya? —pregunto.



Caleb se queda cinco días. Adam no va al trabajo y yo los dejo tranquilos. Conduzco mi coche nuevo. Voy a la casa de Harry y a la de Muriel. Voy a la frutería que está a tres manzanas. Contesto a anuncios del *Globe* y me citan para hacer una entrevista en una escuela de Nuevo Hampshire. Llego allí conduciendo, veo el centro gótico y sombrío, giro en el camino de entrada, curvo alrededor del patio y el mástil de la bandera, paso el aparcamiento y vuelvo a casa llorando y tensando los músculos.

Phil deja un mensaje en el contestador diciendo que Caleb no le contesta al teléfono.



Tiene un vuelo el jueves, pero no se va. Dice que Adam tiene entradas para una obra y le ha pedido que lo acompañe.

Esa noche estoy leyendo en la cama y los oigo llegar y entrar en la casa de Adam. No me gusta lo que está pasando. Quiero llamar a mamá, a ella tampoco le gustaría.

Vuelvo a centrarme en el libro e intento no pensar en ellos.

Alguien llama a la puerta y abro los ojos. La luz sigue encendida y tengo el pulgar dentro del libro, pero me siento dormida. Me siento dormida. No me importa que me hayan despertado porque me he dormido como solía hacer antes, durante años y años, con el pulgar en un libro.

Abro la puerta. Caleb sigue vestido con el traje del teatro, pero parece más menudo. Nunca lo he visto tan menudo. Su cara tampoco está bien.

—¿Puedo dormir aquí hoy, Case?

Se acomoda en mi cama y me siento a su lado.

—¿Qué ha pasado?

Sacude la cabeza y toma aliento.

—Hemos consumado nuestro coqueteo.

Y entonces se acurruca, se tapa la cara y el llanto comienza por sus manos. No sabía cómo llora Caleb, nunca lo había visto hacerlo. Suena físicamente doloroso para él. Le acaricio el brazo, le aliso el pelo. La cama tiembla debajo de mí.

—No pasa nada, todo saldrá bien. Phil lo entenderá. —No sé si Phil lo entenderá, pero no creo que le sorprenda tanto como cree Caleb.

—Lo quiero, Case. Creo que siempre, siempre lo he querido.

—¿A Adam? Qué asco.

Gimotea.

—Me ha echado después. —Apenas es capaz de pronunciarlo antes de perderse en un gemido terrible. Oafie empieza a ladrar en el recibidor de la casa de Adam.

Cuando ha terminado el ataque de llanto, le aparto las manos de la cara.

—Escucha, él quería hacerlo. Él te deseaba. Lo único que ha hecho en toda la semana ha sido hablar de sexo y de la gente con la que habéis tonteado. Ha estado flirteando contigo toda la semana, lo he visto. Te deseaba y quería experimentar la satisfacción de echarte luego.

—Ha sido horrible. La expresión de su cara.

—Nunca va a permitirse la opción de tenerte a ti o a cualquier otro hombre. No es tan valiente. Y no creo que estés enamorado de él. Solo necesitabas culminar una atracción del pasado.

Está tumbado en la cama con los ojos cerrados, pero me está escuchando.

—Vete a casa. Cuéntaselo a Phil. Averigua qué va a pasar ahora. A lo mejor quieres dejarlo. A lo mejor ves esa magnífica mesa del salón que te hizo y piensas: ¿hay algo más sexy que un oftalmólogo construyendo para ti una mesa de dos metros?



Por la mañana, lo llevo en coche al aeropuerto. Baja el espejo retrovisor y mira las manchas rojas que tiene debajo de los ojos.

—Dios, tengo peor aspecto que tú —observa. Mira por la ventanilla el pantano de carreteras que están construyendo—. Odio Boston. En Boston no hay más que dolor.

Cuando llegamos a la terminal, saca la maleta de detrás y nos quedamos el uno al lado del otro en la acera.

—¿Estarás bien? —me pregunta.

—Sí, y tú también. Llámame cuando llegues a casa.

Asiente y nos damos un fuerte abrazo.

Me siento como mi madre, y siento como si mi madre me estuviera abrazando.

Camina hacia la puerta giratoria y se despide con la mano. La puerta gira con él dentro.





Caleb me ha dado el nombre de un médico que ha aceptado verme tres días antes de que me quede sin seguro al final del mes. Se llama Malcolm Sitz y tiene la consulta en Arlington, en la tercera planta de un dúplex de ladrillo. Solo me puede recibir a las cinco y media de la tarde. Ya hemos perdido la luz del día y casi está oscuro cuando llego.

Es un hombre esbelto con la piel suave y el pelo gris. Tiene un bigote que le gusta tocar. Desde mi asiento, un sillón de relleno de algodón frente a su silla reclinable ergonómica, alcanzo a ver por la ventana y más allá del pequeño patio de su casa. Se trata de una propiedad moderna con paredes de cristal que dejan a la vista una cocina muy iluminada. Hay una niña de nueve o diez años sentada a la mesa, haciendo los deberes.

Me pregunta por qué estoy aquí y le hablo del hormigueo que noto bajo la piel, del repiqueteo…

—¿Te pitan los oídos?

—No es un pitido de verdad. Es como si todo mi cuerpo fuera una campana, una campana enorme de una torre que han tocado y…

Levanta la mano.

—Vamos a saltarnos las descripciones floridas. Tienes ansiedad. ¿Por qué? ¿Cuándo empezó?

Le habló de Red Barn, de Luke y de la noche que lo sentí por primera vez. Le hablo de la muerte de mi madre, de cuando me fui de Barcelona y me mudé al este, de Iris, del cobertizo, de las revisiones y las cartas de rechazo, de EdFund y todos los cobradores de deudas que me persiguen. Él me escucha, el bolígrafo grueso con agarre de goma sobre un cuaderno, pero no anota nada.

—¿Algo más?

Le hablo de Oscar. Le hablo de Silas.

—¿Has escuchado alguna vez lo del burro que murió de hambre entre dos

montones de heno?

Malditos peregrinos de mierda.

En la cocina luminosa, un hombre está cortando verduras y una mujer está mezclando arroz y agua en una olla. La niña sigue haciendo los deberes. Balancea las piernas debajo de la silla.

Me echo a llorar.

El doctor Sitz parece saber exactamente qué es lo que estoy viendo a pesar de que no puede verlo desde su silla. Parece casi una representación. De una familia estable.



Empiezo la segunda sesión hablando de mis padres y unos minutos después mueve la mano en mi dirección.

—No quiero escuchar esas historias del pasado. Cuéntame en qué pensabas cuando venías hoy aquí.

Contesto que pensaba en toda la gente a la que he compadecido y menospreciado por «vender» o «comprar», y que ninguna de esas personas está sola, o destrozada, o conduciendo de camino a una consulta en Arlington.

—Eres una apostadora. Has apostado. Puedes apostarlo todo.

—¿Con esta novela? Eso ha sido una mala apuesta. Ni siquiera puedo acabarla.

—Con la novela no. Tu éxito o fracaso no depende de lo que suceda con un montón de hojas de papel. Sino contigo. Tus fantasías. ¿Qué es lo que quieres a la edad de treinta y uno?

—Quiero terminar el libro.

Asiente.

—Y empezar otro.

Se ríe.

—Eres una jugadora empedernida.



—¿Qué te da miedo? —me pregunta en la última cita—. Y me refiero a miedo de verdad.

Pienso en ello.

—Si no puedo controlar esto ahora, ¿cómo podré controlar cosas peores en el futuro?

Asiente. Se retuerce el bigote entre los pulgares.

—Cosas peores en el futuro. ¿Qué hay peor que esto? Tu madre fallece de repente. Te persigue el dolor de su abandono previo y eso hace su muerte el doble de dolorosa. Tu padre demuestra ser incapaz de ser tu padre. Debes dinero a muchas empresas importantes que te van a apretar la soga mucho tiempo. Pasas seis años escribiendo una novela que tal vez publiquen o tal vez no. Te despiden del trabajo. Dices que quieres una familia propia, pero parece que no hay ningún hombre en tu vida, y tal vez sufras problemas de fertilidad. No lo sé, amiga. Esto no es poca cosa.

De todas sus respuestas raras, esta es la que más me ayuda. Esto no es poca cosa.



Manolo me llama para ofrecerme el empleo. Dos horas con noveno curso, dos con los de tercero y una optativa de Escritura Creativa que empieza el próximo semestre. Salario de jornada completa, seguro médico con Blue Cross Blue Shield. Se acabaron los peregrinos.

—No lo entiendo.

—¿Qué es lo que no entiendes?

—La entrevista con Aisha no fue bien.

Se ríe.

—Confía en mí, fue muy bien. No quiso recibir a nadie más después de ti.

Me pide que vaya esa tarde para rellenar el papeleo y recoger los libros con los que voy a enseñar, el manual del centro y el plan de estudios del Departamento de Literatura. Me pregunta si puedo empezar el próximo lunes.

—Por cierto, no sé si viste los carteles, pero vamos a celebrar un festival de escritura en dos semanas. ¿Te gustaría hacer algunas observaciones introductorias? Eres la única del departamento que puede hablar de un compromiso real con la vida como escritora. A Aisha le gustó lo que fuera que le explicaste del tema.

¿Qué le dije del tema?

—Claro —respondo—. Puedo comentar algo.

Sientes algo muy particular dentro de ti cuando algo sale bien por fin, después de que todo salga mal durante mucho tiempo. Me siento cálida, dulce, libre. Siento todo esto mientras sostengo el teléfono y escucho a Manolo hablar sobre formularios y el horario del aula de estudio y mi combinación del correo electrónico y el aparcamiento para los empleados. Por un momento, todas las abejas se han convertido en miel.



Tengo una semana para terminar la revisión para Jennifer y prepararme para las clases.

Saco el manuscrito y empiezo a leer. Tomo notas. Recuerdo algunas de las cosas que me dijo, pero, cuando me esfuerzo por recordar más, no puedo. No obstante, comienzo la reescritura. Levanto la mirada, está oscuro. Vuelvo a levantar la mirada y pasa de la medianoche.

Trabajo así cinco días y cinco noches. Como espaguetis con salsa de tomate y manzanas con crema de cacahuete. No salgo a correr. Cuando la gente merodea por mi ventana con el agente inmobiliario, bajo la persiana. Disfruto del tiempo, del tiempo inagotable. No tengo turnos dobles, no tengo turnos de ningún tipo. El olor de Iris ha desaparecido de mi pelo. Aún noto chispas en el cuerpo, pero no son chispas malas. En parte es energía buena. En parte es de emoción.

El viernes por la tarde hago cola en la oficina de correos.

—Todavía con esto —comenta la mujer, tecleando los números.

—Sí.

—Bueno, no puedo culparla por intentarlo.



Durante el fin de semana, releo *Siddharta* y *Sus ojos miraban a Dios* y preparo el plan para las clases. Muriel y yo vamos a una tienda de segunda mano en Davis Square. Si hubiera ido sola, no habría encontrado nada, pero ella me empuja al probador y me trae tesoros: un jersey de cachemira gris con botones en la espalda, una falda hasta las rodillas, unas botas negras con una cremallera roja.

El lunes por la mañana me despierto a las cinco. Necesito establecer una rutina desde el principio: una hora y media de escritura todos los días antes de ir a trabajar. Me siento a la mesa y reúno las notas: en recibos de Iris, en la parte de atrás de algunos libros, en un pequeño cuaderno que llevo en la mochila. Son sobre una idea que tengo para algo nuevo. Preparo un esquema de lo que tengo hasta ahora en las últimas hojas de una libreta nueva. Voy al principio de la libreta. Ya sé la primera frase.



Mi primera clase es con los alumnos de tercero. Entran y sueltan las mochilas pesadas haciendo mucho ruido. Intento saludarlos uno a uno cuando entran, como si estuviera acostumbrada a impartir clases en un instituto. No he estado con niños de esta edad desde que yo tenía esta edad. Con solo mirar sus caras (la que tiene acné, la que brilla, la preocupada, la enfadada) doy gracias por no estar ahí de nuevo. Antes de que entraran estaba muy nerviosa, pero ahora que los veo, solo quiero ayudarlos a superar el día. Me aprendo rápido sus nombres, es mucho más sencillo que memorizar aperitivos y platos principales de una mesa de seis personas, y les pido que me pongan al día de lo que han hecho hasta ahora, lo que les gusta y lo que no. Me doy cuenta de que estoy sentada en la esquina izquierda de la mesa, como solía hacer el señor Tuck y, aunque sigo enfadada con él, ahora mismo estoy imitándolo.

Van por la mitad de *Sus ojos miraban a Dios*, pero yo vuelvo casi al principio, leo varias páginas en voz alta y termino con la parte en la que Nanny está de rodillas en la casa, rezando por sus errores. Después les pido que escriban sobre algún día en el que ellos se sintieron así. Abren despacio la libreta. Se muestran precavidos, como cuando intentas dar de comer a una ardilla.

Llamo a Muriel desde el despacho en mi hora libre. Giro en la silla y le hablo del precioso texto que una alumna llamada Evelyn ha escrito sobre el nacimiento de su hermana pequeña y de todos los cumplidos que he recibido. Pasan dos profesores hablando sobre la política del New Deal. Hay lasaña para comer y el olor inunda los pasillos.

Cuando cuelgo, me siento lo bastante bien para imaginarme llamando a Silas en Trevor Hills, donde trabaja. Lo imagino en el descanso, en su despacho, pero el corazón se me acelera y tengo que tranquilizarme para la siguiente clase.



Las clases en el instituto son breves y pasan volando. No consigo llegar a la mitad de mi plan para la clase. Después de meses hablando de piernas de cordero y reducciones de salsa de limón, es todo un alivio hablar de libros.

Al final de cada día de esa semana, me acuerdo de mi novela, pero lo hago con más curiosidad y menos pánico. Me pregunto si Jennifer la estará leyendo. Decido que, hasta el mes que viene, no volveré a preocuparme por no haber recibido noticias suyas.

Sin embargo, cuando llego a casa del instituto el jueves por la tarde, tengo un mensaje de ella en el contestador. Es un mensaje corto y habla muy rápido. Tengo que escucharlo varias veces. La revisión está bien. Va a enviarla.

Llamo a Muriel y le pongo el mensaje para asegurarme de que dice lo que creo que dice.

Muriel chilla.

El sábado por la noche quedo con ella, Christian, Harry y James en un restaurante tailandés de Square. Muriel hace un dibujo de un ejemplar en tapa dura de mi libro en una servilleta y nos obliga a todos a poner las manos encima.

—A la de tres vamos a levantar las manos y a soltar un grito de guerra.

Todo el mundo tiene su versión de lo que es un grito de guerra, pero el grito colectivo es fuerte y viene el gerente. Muriel le enseña el dibujo de la servilleta, me señala y se lo explica. El hombre regresa con un mantel amarillo.

—El amarillo es el color de la suerte en Tailandia —indica.

Levantamos los platos y él extiende el mantel. Creo que nunca he hecho algo tan amable por un cliente de Iris.

Harry hace un brindis y chocamos las copas, y siento, por un momento, que todo esto sucede ajeno a mí, lo del libro, es como si este siguiera su propio camino.

La semana siguiente es todavía más corta en el instituto, solo cuatro días de clases y luego el festival de escritura del viernes.

El lunes, mientras me lavo las manos en el baño de profesores, sonrío. No sé por qué. Las manchas grises de debajo de los ojos se están disipando. Mi cara está tomando forma. La comida del instituto sabe tan bien como huele y como mucho. Mis alumnos de noveno ya hacen bromas sobre toda la comida que pongo en mi bandeja a la hora del almuerzo.

El miércoles por la tarde me llama Jennifer. Ya he vuelto a casa del instituto y estoy tomando notas para el discurso que tengo que pronunciar en el festival. Me comunica los nombres de las editoriales a las que ha enviado mi libro. Anoto esos nombres que he visto en los lomos de los libros y que llevo toda mi vida leyendo. No me parece real que haya enviado de verdad mi novela (por mensajero, me dice) a editores de esas editoriales. Tengo el pulso acelerado y me preocupa que no se relaje, pero sí lo hace, como el de cualquier corazón normal.

—Te llamaré cuando reciba noticias.

Le doy el número del instituto y cuelgo. Oafie ha salido y está arañando mi puerta. Lo dejo entrar.

—Era mi agente —le cuento.

Olisquea debajo de mi mesa y se sube a la cama, da varias vueltas encima de la manta y se tumba. Le acaricio la cara. Tiene un collar azul nuevo con letras rosas. Ophelia, pone.

—¿Ophelia? —pregunto en voz alta y el perro levanta la cabeza. Ophie—. ¿Has sido una chica todo este tiempo? —Apoya la cabeza grande en mi muslo.



Cuando llego el viernes al instituto, Manolo está en la puerta esperando para recibir a tres escritores invitados. Me quedo acompañándolo.

Mira las hojas dobladas que tengo en la mano.

—¿Nerviosa?

—Creo que me contrataste solo para no tener que pronunciar tú este discurso.

Los escritores llegan todos juntos en un Volkswagen destartalado. Reconozco una capa negra que avanza hacia nosotros.

—¿Victor Silva?

—¿Casey Peabody?

Me envuelve en su capa para darme un abrazo. Huele igual que en Iris, a ajo y vino Pernod. Le presento a Manolo y Victor nos presenta a los otros dos, un joven con la cabeza rapada y brazos musculosos y una mujer de unos cincuenta años con acento irlandés. Los acompañamos adentro, con Aisha, y vamos todos juntos a la biblioteca, donde hay café, pastas y un lugar para que dejen los abrigos, aunque el dramaturgo musculoso solo lleva una camiseta negra y Silva no tiene pensado quitarse la capa.

Empiezan a llegar los alumnos, no solo los nuestros, también autobuses de otros centros. Es otro detalle que desconocía: han invitado a los estudiantes de otros cinco centros educativos. Se mueven en masa y los dirigen al gimnasio. Cuando llego allí con los escritores, las gradas están llenas y hay niños sentados de piernas cruzadas en la pista de baloncesto formando un círculo alrededor del atril que hay en medio. Tenemos que caminar entre ellos para llegar hasta allí. Los escritores se sientan en unas sillas al lado del atril y Manolo se acerca al micrófono y da la bienvenida a todo el mundo. Presenta a cada escritor con un breve resumen de su carrera. Resulta que Victor Silva ha publicado cuatro libros de poesía y una colección de ensayos personales. ¿Cómo es posible que no lo

supiera?

—Ahora voy a pasar el turno a nuestra nueva incorporación al Departamento de Literatura —dice y me presenta también a mí. Ha sacado la información de mi currículum y hace que todo suene bonito, mis insignificantes publicaciones y el premio en el máster.

Se oyen varios aplausos y me acerco al atril. Veo varios grupos de alumnos a los que doy clase y muchos otros a los que no conozco. Tienen los rostros vueltos hacia mí. Me acuerdo de Holden Caulfield, queriendo agarrar a los niños antes de que se caigan por la colina, y ahora lo entiendo. Inspiro profundamente. Un chico de décimo primer curso grita un hurra.

—Gracias, Brad —digo con el micrófono—. Tus notas acaban de subir.

Hay muchas más personas de las que me había imaginado, pero esto no puede ser mucho más difícil que informar de los platos especiales a una mesa de diez comensales impacientes en Iris. Además, quiero contar a estos chicos las cosas que he anotado. Me tiemblan los labios y la voz me sale un poco entrecortada, pero lo consigo.

Les cuento la verdad. Digo que tengo treinta y un años y una deuda de setenta y tres mil dólares. Les cuento que, desde que acabé la universidad, me he mudado once veces, he tenido diecisiete trabajos y varias relaciones que no han funcionado. Llevo sin hablar con mi padre desde que iba a décimo segundo curso y a principios de este año murió mi madre. Mi único hermano vive a casi cinco mil kilómetros de distancia. Lo que he tenido durante los últimos seis años, lo que ha sido constante y estable en mi vida, es la novela que he estado escribiendo. Eso ha sido mi hogar, el lugar al que siempre podía retirarme. El lugar en el que a veces me sentía poderosa, admito. El lugar donde soy más yo misma. A lo mejor algunos de vosotros, prosigo, han encontrado ya este lugar. A lo mejor algunos de vosotros lo encontraréis en unos años. Espero que algunos lo encontréis hoy por primera vez, escribiendo.

Me siento desorientada al volver a mi silla. El lugar se ha llenado de aplausos. La gente me está mirando. Y, cuando me siento, la chica que está a mi lado me dice que ha sido genial, y Manolo sigue aplaudiéndome desde el atril. Repite los temas del taller y las aulas. Señala la mesa llena de programas y les desea a todos que tengan un día inspirador.

Voy al taller de Victor Silva. Está lleno de estudiantes que no se sienten intimidados por un bigote encerado y una capa negra. Nos pide que dibujemos un plano del primer lugar donde recordamos haber vivido.

—Las habitaciones, los armarios, el recibidor —comenta mientras dibuja él uno en la pizarra. Se vuelve hacia nosotros—. Y añadid ahora los detalles significativos: el sofá, la botella de *bourbon*, el espacio entre la pared y el

frigorífico. —Se ríe—. ¿Veis? Acabo de contaros toda mi infancia con tres detalles.

Se aparta hacia la izquierda y escribe en mayúsculas:

IDEAS NO, SOLO COSAS.

—William Carlos Williams. Guiaos por eso.

Una vez que tenemos los detalles (nuestros lugares cálidos de experiencia, los llama), tenemos que elegir uno y escribir sobre él.

—No lo hagáis con frases, sino con sentimientos: frases, palabras, no importa lo que digáis, solo escupirlas. Estáis vomitando.

Rodeo con un círculo el baño de mi madre y empiezo a escribir sobre él (la crema untuosa para la cara, el espray de champú en seco, la cuchilla, el frasco de color ámbar de Chanel Nº 5) y de las cosas que pasaron a ser mías el día que se fue.

—Casey —la recepcionista del instituto, Lucille, se agacha al lado de mi silla—. Disculpa, pero dice que es urgente. —Me pasa una notita azul.

Jennifer, línea 2.

La sigo a la oficina. Me enseña la habitación, que está acristalada como la de Aisha, aunque llena de pilas de folletos. Descuelgo el auricular.

—Amy Drummond ha ofrecido treinta para Norteamérica.

Otra ha ofrecido veinte y otra se ha interpuesto con veinticinco para el mundo entero. Sigue mencionando a otros editores y derechos subsidiarios, pero yo me he quedado congelada en su primera frase. Y en la palabra «ofrecido».

—He informado a las demás editoriales de que estamos recibiendo ofertas. Algunas la habían rechazado y ahora están leyendo a toda velocidad. —Suelta una carcajada. Está emocionada, a su manera—. ¿Está ahí? Su libro va a salir y se va a vender, Camila. Estamos en una subasta, empiece a practicar su firma.

—¿Todo bien? —se interesa Lucille cuando salgo.

—Sí, gracias. Muchas gracias. —La adoro y adoro esta oficina y adoro ese teléfono.

Vuelvo a la clase flotando como un globo. Todos están escribiendo. Musito una disculpa a Victor Silva, que me levanta el dedo medio disimuladamente desde la mesa. Regreso al baño de mi madre, el champú Pantene, el albornoz de imitación de terciopelo verde que dejó allí y que yo me estuve poniendo hasta que mi padre me dijo que dejara de hacerlo.

Victor nos pide que encontremos momentos de calidez en lo que hemos

escrito, que marquemos con un círculo y aislemos esas palabras y que escribamos con ellas un poema. Los leemos en voz alta. Hay uno sobre un cenicero, un vestido de lentejuelas, la harina en el suelo de una cocina. Victor hace comentarios sobre cada uno. El ambiente de la habitación es precioso, totalmente abierto.

Cuando cambiamos a la siguiente sesión, el pasillo está atestado de gente. El chico que va delante de mí tiene una chaqueta deportiva verde y blanca. En la espalda pone TREVOR HILLS.

En el taller con la ensayista irlandesa, me siento al lado de la bibliotecaria del centro.

—¿Trevor Hills? ¿Están aquí?

Asiente.

—¿Y sus profesores?

—Suelen venir uno o dos de cada instituto.

El corazón me late acelerado. *Silas, Silas, Silas.*

La ensayista irlandesa nos pide que cerremos los ojos y escuchemos las palabras que pronuncia sin tratar de controlar nuestros pensamientos.

Yo los dejo un poco abiertos para examinar el aula. No está aquí.

—Un día lluvioso —dice la ensayista.

Mi madre y yo corriendo del Mustang a la casa.

—El sonido de un instrumento musical.

Caleb tocando la guitarra.

—Un acto de amor.

Mi padre limpiando los palos de golf en el fregadero de la cocina.

Nos pide que escribamos sobre uno de esos momentos que surgen de forma espontánea, sin forzar. Estoy escribiendo sobre los palos de golf cuando Lucille me da un golpecito en el hombro. Una notita azul:

Línea 1.

De camino a la oficina, me entero de que lleva trabajando aquí catorce años y su hijo es alumno mío de noveno.

Jennifer me informa de una nueva ronda de ofertas.

—Tengo que hacerle una pregunta, ¿hay alguna raya que desea cruzar? ¿Un número que necesite alcanzar? Mencionó que tenía algunas deudas de préstamos de estudios. —*¿Se lo conté?*—. Dígame la cifra de sus sueños.

Hay una calculadora en la mesa. Pongo la renta de un año del apartamento de la planta alta con el asiento de la ventana y las estanterías y sumo la deuda. Le digo la cifra. Ni siquiera nos acercamos.

Vuelvo al taller de ensayo, pero los pasillos están llenos de gente y se ha terminado la clase. A la que quiero ir a continuación se imparte en la segunda planta. Hay muchas personas en las escaleras y subo despacio.

—Supongo que no la fastidiaste tanto en la entrevista.

Levanto la mirada. Silas está en el rellano con una corbata. La gente pasa por nuestro lado y yo subo unos escalones más para acercarme.

—Acabarán entrando en razón —respondo.

—Me ha gustado lo que has dicho esta mañana. Sobre escribir. Es bueno para que escuchen ese tipo de cosas.

Tiene los dedos en la barandilla, unos centímetros por encima de los míos. Empiezan a temblarme las piernas.

—¿Quieres almorzar conmigo?

Parece a punto de decir que no.

—No tengo aún muchos amigos.

—No…

—Por favor.

Pone una mueca.

—De acuerdo.

—Te espero en la puerta.

Asiente y sigue adelante.



El almuerzo es en el gimnasio, con fiambreras en mesas redondas. El espacio se llena de charlas. Permanezco en la puerta mientras entran los chicos, esperando a Silas, pero es Lucille quien llega antes.

—Le he dicho que probablemente estuvieras comiendo, pero me ha respondido que es urgente.

Está molesta, y es comprensible, así que le explico lo del libro y la agente cuando vamos de camino a la oficina. Me da un abrazo y me ofrece el teléfono.

Tres editores siguen en la subasta. Jennifer piensa que estaría bien que hablara con ellos. Trato de explicarle que estaré libre en una hora, pero dice que ellos están ahora en sus despachos. Han cancelado los planes para almorzar solo por hablar conmigo.

Cuelgo y Lucille está al otro lado del cristal, preguntándome qué ha pasado alzando los brazos.

—¡Tengo que hablar con los editores!

Hace un bailecito en la silla y yo hago otro.

Los llamo a todos. Hablo un largo rato con la última. Ha leído la historia

cuidadosamente y ha tenido la buena idea de añadir un pequeño puente entre la primera y la segunda parte. Como la sección de «El tiempo pasa» de *Al faro*, comento, y afirma que en eso estaba pensando ella. Esta conversación me resulta vivificante. Pero me pierdo el almuerzo. Me pierdo a Silas.

La última sesión del día ha comenzado ya. Echo un vistazo en varias aulas, pero no lo encuentro. En la clase del dramaturgo musculoso ya están escribiendo. Me ve y señala una silla al frente, así que tengo que sentarme.

—Escribe tu mayor miedo —me indica en voz baja y me tiende una hoja de papel. Al otro lado del aula, un estudiante ya ha comenzado a recoger recortes de papel doblados en un gorro de lana.

Estamos en una de las aulas más grandes con ventanas altas. En los alféizares hay varios libros: *Sula*, *Jane Eyre*, *La casa en Mango Street*. Nunca me he permitido imaginar la publicación de mi propio libro. Cuando era pequeña, esperaba ganar torneos, y a menudo lo hacía, pero dejé de tener esperanzas de éxito hace mucho tiempo.

El gorro se acerca. Coloco el lápiz encima del papel en blanco. El gorro está delante de mí. «Hoy no tengo miedos», anoto, doblo el papel y lo echo. Me sorprende comprobar que es verdad.

El alumno entrega el gorro al dramaturgo y este aprieta los cordones y lo sacude. Intento dar con un modo de salir de la habitación para buscar a Silas, pero estoy en la primera fila y el dramaturgo está a solo unos metros de distancia, bloqueando la entrada.

—Los problemas con la escritura y la actuación surgen todos por el miedo. Miedo a la exposición, miedo a la debilidad, miedo a la falta de talento, miedo a parecer un tonto por intentarlo, por incluso pensar que puedes escribir. Es todo miedo. Si no sintiéramos miedo, imaginad cuánta creatividad inundaría el mundo. El miedo nos retiene de cada paso que damos. Muchos estudios afirman que, de entre todos nuestros miedos en este país (a la muerte, la guerra, las armas, la enfermedad), nuestro mayor temor es hablar en público. Lo que estoy haciendo yo ahora mismo. Y cuando se les pide a las personas que identifiquen el tipo de discurso en público que más miedo les da, señalan el recuadro de la improvisación. Así pues, la improvisación es el miedo número uno en Estados Unidos. Olvidaos de un invierno nuclear, de un terremoto de ocho coma nueve o de otro Hitler. Es la improvisación. Es curioso, porque ¿no nos pasamos el día entero improvisando? ¿No es toda nuestra vida una larga improvisación? ¿Qué es lo que nos da tanto miedo?

No, no pienso hacer ninguna improvisación. Meto el lápiz en la mochila y me muevo al borde de la silla. En cuanto él se mueva, huiré.

—Tú. —Señala a una chica que hay dos filas detrás de mí—. Tú. —Señala al

chico que hay en el extremo de mi fila—. Y tú. —Me señala a mí—. Levantaos.

Nos levantamos.

Le tiende el gorro al chico.

—Toma un miedo, cualquiera.

El chico lo hace.

—Enséñaselo a tus compañeros, pero no lo digas en voz alta.

Enseña el papel y todos lo leemos. «Me da miedo la jirafa azul».

Madre mía.

—De acuerdo —le dice al muchacho—. Tú tienes este miedo. Es sobrecogedor e implacable. Y tú —se dirige a la chica— tienes que intentar animarlo de cualquier forma que puedas. —Se vuelve hacia mí—. Y tú —tengo un mal presentimiento— eres el miedo. Empezad.

Los dos me miran. La jirafa azul. Me pongo muy recta, hundo los hombros y empiezo a mover la mandíbula, arrancando hojas de un árbol con sacudidas de la cabeza. Sigo haciéndolo mientras me acerco al chico.

—Habla con él —le indica el dramaturgo a la chica.

—Sabes que no es real —le dice al niño—. Solo es algo que inventaste hace mucho tiempo, cuando eras pequeño y estabas asustado porque esa noche tus padres estaban discutiendo, pero no existe y no te va a hacer daño.

Es buena, pero cuanto más le asegura que no existo, más real me siento. El chico se aparta de mi lado y yo lo sigo hasta la pizarra, alrededor de la mesa y de vuelta a nuestros asientos. Me subo en mi silla, me inclino sobre él y empiezo a hacer un ruido horrible, una mezcla de los ronquidos de mi padre y las terribles canciones de *heavy metal* de Clark. La chica sigue hablando y yo empiezo a aullar todo lo fuerte que puedo para evitar que él la escuche, echando el cuello hacia atrás para aullar más fuerte y sacudiendo la cabeza. Todos se ríen y también sienten un poco de miedo, y yo no le tengo miedo a nada.



En los pasillos, cuando suena el timbre, se nota quién ha pasado una hora y media en el taller de improvisación. Tenemos los cuerpos más relajados y todo nos parece divertido. Nos movemos en la misma dirección: hacia la puerta de entrada, donde los autobuses esperan.

Lucille aparece a mi lado con una notita.

Hemos cruzado la raya.

La abrazo con fuerza y noto que se ríe.

—Gracias, gracias, gracias.

Luego me interno entre la gente y busco a Silas.

Fuera, veo tres chaquetas de Trevor Hills subiendo al autobús. Por las ventanillas tintadas veo una figura de pie con una lista, contando a los niños. No es Silas.

—¡Casey!

Victor Silva se acerca a mí.

—Tengo algo para ti. —Me da dos entradas. David Byrne en el Strand, en Providence, Rhode Island—. Mary Hand me dio unas cuantas.

—Has estado fantástico hoy —lo felicito.

—Me ha gustado esa descripción de los productos de baño de tu madre.

—Gracias.

—Nos vemos en Rhode Island.

Los autobuses se marchan y el lugar se queda vacío. Pero abajo, en el aparcamiento del profesorado, veo algo que brilla. Algo verde. Un Le Car verde.

Bajo corriendo por la colina. Está de espaldas a mí. Alzo los brazos y aúllo su nombre. Soy una jirafa azul intrépida.

Se da la vuelta y estoy a su lado. Aun con mi nuevo cuello largo, él es más alto. Y está adorable con la camisa blanca y la corbata aflojada.

Pero oculta el diente descascarillado.

—Siento mucho haberme perdido el almuerzo, Silas.

Levanta la mano.

—No pasa nada, ya sé cómo funciona esto contigo.

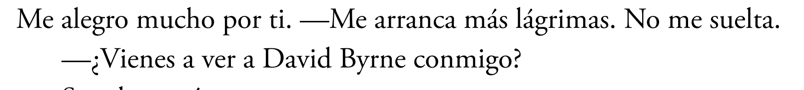
—No. ¡No! —chillo—. ¡Conmigo no funciona así! Tenía muchas ganas de comer contigo. De verdad. Muchísimas. Necesitaba contarte algunas cosas. —Se me rompe la voz y trago saliva. Tengo que decirlo—. Primero, tu historia sobre Estrella y el árbol es muy bonita. La robé de la casa de Oscar y la he leído antes de ir a dormir muchas noches. La pasada primavera me rompieron el corazón y me daba miedo que volviera a suceder. Me gustabas mucho, pero eras arriesgado. Oscar tenía ese enorme agujero que pensé que tal vez yo podía llenar, no dejaba de pensar en besarte a ti. Todo mi cuerpo vibraba —me paso las manos por el cuerpo, arriba y abajo— cada vez que pensaba en ello. Rompí con él y quería contártelo en el almuerzo, pero tuve que hablar con unos editores porque estaba en mitad de una subasta y acabamos de cruzar la raya. —Levanto la notita y me echo a llorar. Sollozo como una intrépida jirafa azul.

Agarra la notita.

—¿Tu libro?

Asiento.

—Casey. —Noto su mano en el pelo. Me acerco a él. Despacio, tira de mí—.


Me alegro mucho por ti. —Me arranca más lágrimas. No me suelta.

—¿Vienes a ver a David Byrne conmigo?

Se echa a reír.

—¿David Byrne? —Se aparta para mirarme. Ese precioso diente roto.

Le enseño las entradas arrugadas que tengo en la mano.

—Claro. —Está muy cerca y no se aleja. Me despega varios mechones de pelo de la mejilla y se agacha para susurrarme—: Creo que tu jefa viene por la colina.

—No pasa nada. —Sigue teniendo la cara muy cerca—. Solo soy la profesora nueva que está besando a alguien en el aparcamiento.

Y lo beso. Un beso largo e ininterrumpido que entra directo en mi cuerpo, haciéndolo resonar en el mejor de los sentidos.



Cuando llegamos a nuestra sección del Strand, nos vemos en medio de un mar de empleados de Iris. Gory y Marcus están en la fila de delante con Fabiana entre los dos, luego Dana, Tony y Yasmin. Dana está hablando de su cita de la noche anterior y cuenta que el chico le puso unas flores en la boca antes de besarla.

—¿Qué soy? ¿Un jamón? —protesta cuando pasamos a su lado.

Angus y Yasmin debaten acerca de cómo pronunciar «ventrílocuo». Silas y yo nos sentamos al lado de Harry y James, que tienen el aspecto de dos personas que acaban de besarse, los labios rojos y las mejillas aplastadas. Mary Hand está en la fila que hay delante de nosotros, con Craig, Helene y Victor Silva; la vieja guardia. Thomas y su esposa también están aquí con su bebé, que parece dormida.

En la actuación de apertura permanecemos sentados, pero cuando David Byrne sube al escenario con un traje de angora rosa fucsia, Mary se levanta y la seguimos todos a la pista de baile, delante del escenario.

—*I can't seem to face up to the facts* —entona David Byrne con el micro.

La gente enloquece durante toda la canción. A continuación, canta *Making Flippy Floppy* y *The Gates of Paradise*, de su nuevo álbum, y luego *Take Me to the River*, que logra que la gente vuelva a enloquecer. Realiza varios cambios de vestuario rápidos y cada vez que vuelve al escenario, lo hace con energías renovadas. No habla con el público hasta que no sujeta una guitarra, se pasa la banda por la cabeza y se acerca al micrófono del centro. Acaba de cantar *Miss America* y lleva todavía puesto un *kilt* y unas botas militares negras con calcetines hasta las rodillas. Empieza una canción que no conozco con la guitarra.

—Hola, Pro-vi-dence. —El público ruge al oír su voz—. No soy famoso por las canciones de amor. —Tiene que esperar a que se apague otra ronda de gritos—. Pero escribí esta hace mucho tiempo. Una canción de desamor. Todo el mundo ha escrito al menos una canción de desamor en su vida, ¿no? Esta es para

ti, Mary.

Todo el mundo chilla, pero los de Iris chillamos aún más fuerte. Ella está delante de mí, un poco a mi derecha, embutida entre Victor y Craig, ambos rodeándole la espalda con los brazos. Le veo la mitad de la cara. Busco arrepentimiento o tristeza, pero está esbozando su sonrisa de siempre; las luces moradas y rojas del escenario le iluminan la piel.

Nos mecemos con la melodía de la guitarra. La letra es enigmática: rellanos de escaleras y hamburguesas en cajas marrones. La canción se vuelve más rápida a la mitad y nos apartamos y bailamos delante del escenario, como si la hubiera escrito para todos nosotros, como si hablara de nuestros corazones rotos y de la recuperación, y de la amistad que podría perdurar.

Después, en el coche de Silas, me pitan los oídos y, cuando al llegar le pido que entre, no me oye y tengo que volver a pedírselo. Y cuando entra, se tumba en mi cama, como si este fuera su lugar.



Los gansos están dormidos. Algunos sacan la cabeza de debajo de las alas cuando nos acercamos. Abro la lata de galletas y otros pocos se vuelven un poco hacia nosotros. Hace frío y Silas me ha envuelto con la manta verde, siento que yo también tengo alas. El suelo está más caliente que el aire, y aún más cálido en el lugar donde estaban durmiendo los gansos. Las cenizas caen uniformes en la hierba.

Los pájaros picotean las motas grises, moviendo los picos como si fueran máquinas, más rápido de lo que mis ojos pueden registrar. Se acercan más. No se pelean, hay suficiente para todos.

Abro la manta para Silas, que se acerca a mi lado y la envuelvo entre los dos.

—¿No es un poco raro?

—Sí —responde. Acerca los labios a mi pelo—. Me gusta lo raro.

Los gansos picotean y graznan durante un buen rato. No queda mucho cuando han terminado. Holgazanean un rato, moviendo las patas gomosas. Los cuellos parecen cubiertos de pelo y no de plumas. Algunos vuelven a dormir, inclinándose hacia el suelo y enterrando las cabezas entre las alas plegadas del lomo.

Voy a perderme el momento en que se vayan volando. Yo no estaré presente. La charla animada, las alas extendidas al fin, las patas despegando. Alzando el vuelo. Me lo voy a perder. Cuando surquen el cielo, yo estaré en clase, o en la mesa de mi habitación, o en la cama.

—Quiero que se vayan ahora mismo.

—Lo sé —responde Silas—. Se irán cuando estén preparados.

Un libro que vi en la biblioteca decía que algunos gansos de Canadá pueden volar hasta Jalisco, México. A mi madre le gustará ese viaje emocionante, esa tierra desconocida.

Pero, según el libro, otros se quedan en el lugar de donde son durante el

invierno. Estos gansos ya están en casa.